



LA

COMPAÑERA

PREDESTINADA

DE LA LUNA

JENNIFER EVE

La compañera predestinada del Alfa

Un romance paranormal de hombres lobo con pareja rechazada
(Guerras Míticas Alfa)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)

Capítulo 1

Aislin

—La decisión es definitiva. Muriel Vale se queda aquí con nosotros —dijo mi alfa y mejor amigo, Gavin Steele, con los ojos oscuros por la severa resolución.

La tensión era tan densa entre mis compañeros de manada que se hacía difícil respirar. Habíamos estado discutiendo mucho durante los últimos días. La presencia de un cambiaformas unicornio en una manada de lobos era un desastre inminente, y nuestra manada ya estaba luchando por sobrevivir sin las fauces de la muerte cerniéndose sobre nosotros.

Desde el enfrentamiento entre nuestra manada Grandbay, y nuestra manada vecina, Dalesbloom, me di cuenta de que mis compañeros habían empezado a cuestionar el liderazgo de Gavin. El alfa de Dalesbloom, David Hexen, ansiaba nuestro territorio y pretendía matar al unicornio Muriel, llegando incluso a aliarse con los cambiaformas dragón de Inkscale para conseguirlo. Nos superaban en número y todos estábamos nerviosos, pero Gavin se había comprometido a protegerla. Eso significaba mantenernos firmes, incluso ante el peligro inminente.

Yo estaba al otro lado de la habitación, con la barbilla levantada en orgullosa solidaridad con mi Alfa, mientras nuestros compañeros de manada murmuraban entre ellos. De los once que estábamos reunidos en la sala de estar de la cabaña de nuestra manada, cinco seguían en desacuerdo, pues consideraban que la decisión de quedarse con Muriel era una sentencia de muerte más que un acto de buena voluntad.

Billie Jesper, la nueva compañera de Gavin, estaba sentada en el sofá con las manos juntas y sobre las rodillas. Rápidamente se había convertido en parte de nuestra familia, y ahora esperaba una pausa en los susurros antes de hablar.

—¿Cómo evitaremos que David identifique dónde tenemos a Muriel?

Gavin se había anticipado a este asunto y había dispuesto que varios miembros de su manada, incluidos mis padres y yo, nos mudáramos a apartamentos y casas en distintas partes de la ciudad de Grandbay.

—Aislin —dijo—, tú también tienes una habitación para Muriel, ¿verdad?

—Oh, sí —dije con confianza. Un dolor inusual me hizo cosquillas en los pulmones.

—Así que tenemos cinco casas seguras por las que podemos hacer rotar a Muriel, y sólo necesitamos que una persona la vigile —continuó Gavin—. Si cambiamos de lugar cada uno o dos días, disminuirán las posibilidades de que los hombres de David la encuentren. A menos que de alguna manera se enteren de todas las casas seguras y coordinen una emboscada en cada lugar, soy optimista de que podremos mantenerla a salvo.

—Pero seguimos estando expuestos a ser atacados —argumentó Albin, propietario de un hotel en nuestra pequeña ciudad de Grandbay, que estaba sentado junto a su esposa, Barbara.

—David se ha comprometido a atacarnos de todos modos. Quiere nuestra tierra —le recordé a Albin.

—Me quiere a mí —dijo Billie.

El asco se me revolió en las entrañas al recordar cómo David había intentado apoderarse de Billie. Se la había robado a sus padres, a los que había asesinado, y la había criado para que soportara sus frustraciones sexuales. Era un milagro que nunca le hubiera puesto un dedo encima antes de que la disputa entre Grandbay y Dalesbloom llegara a un punto crítico. Pero desde que nos enteramos de sus intenciones sexuales, todos habíamos empezado a ver a David bajo una nueva luz. Era mucho peor de lo que podríamos haber esperado. Y había arrastrado a su hijo, Colt, a sus depravados planes ordenándole que marcara a Billie. Saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar Colt para obedecer a su padre hacía mucho más repugnante que Colt estuviera enamorado de mí. Ahí esquivé una bala. Imagínate a lo que me habría sometido si le hubiera dado una oportunidad a Colt y me hubiera involucrado con su familia. Casi vomito al pensarlo.

—Entonces está claro que otro ataque de Dalesbloom es inevitable —dijo Albin—. ¿Cómo podemos protegernos? ¿Cómo podemos evitar perder a alguno de nuestros seres queridos a manos de Dalesbloom y los Inkscales?

Gavin suspiró. —Entiendo el factor riesgo aquí. Ninguno de nosotros quiere otra tragedia como lo que le pasó a Cat.

La muerte de Catrina Hexen nos pesó a todos. Como hija de David y ex novia de Gavin, había sido la que más había perdido en el conflicto entre nuestras manadas y planeaba usar el cuerno

de unicornio de Muriel en un ritual para convertirse en un peligroso Lycan . Su ira y locura habían sellado su destino, intensificando el odio de David hacia nosotros. El silencio de Dalesbloom tras su muerte fue sólo la calma antes de la tormenta. El dolor de los Hexen se cernía como una nube llena de lluvia ácida a punto de estallar.

—Proteger a los nuestros significa que daremos prioridad a las medidas evasivas, poniendo tanta distancia entre nosotros y Dalesbloom como sea posible —dijo Gavin—. Pero también significa que tendremos que prepararnos para otro combate. Tenemos que entrenar. Ya tengo nuevo equipo en camino: cámaras de seguridad, escudos balísticos y placas blindadas que podemos usar en nuestra ropa. David cree que puede llevarnos ventaja usando armas de fuego, pero con las defensas adecuadas, creo que podremos evitar más muertes.

Sabía lo importante que era para Gavin proteger a nuestros compañeros de manada. Las últimas muertes que había sufrido Grandbay habían sido las de sus padres, hacía tres años, y la pérdida había sido devastadora. Ahora éramos tan pocos que otra muerte nos destrozaría, nos haría aún más vulnerables. Nadie quería perder a un padre, un hermano o un hijo.

Wendy, peluquera en Grandbay, se cruzó de brazos y miró con desagrado a su compañero, Philip, quien se dirigió entonces al Alfa. —Lo siento, Gavin. Pero quizá sea más prudente que algunos de nosotros abandonemos la ciudad hasta que esto acabe.

Los hombros de Gavin se hundieron. —Debilitará nuestras defensas si tenemos menos números.

—Ninguno de nosotros quiere morir, menos en manos de un extraño —dijo Wendy, mirando a Muriel.

La mujer mayor estaba sentada junto a Billie, con el pelo ondulado y plateado recogido en la nuca, y parecía digna a pesar del juicio que le habían lanzado. Muriel se limitó a inclinar la cabeza en señal de reconocimiento.

—¿Alguien más quiere irse? —preguntó Gavin.

Bárbara abrazó a su hijo Casimir. —Un conflicto como éste no es lugar para mí y mi hijo —murmuró.

La simpatía cruzó el rostro de Gavin.

—Estoy de acuerdo. Estaría mucho más cómodo si Barbara y Cas no estuvieran aquí. Pero me

quedaré —dijo Albin—. Alguien tiene que administrar el hotel.

Gavin asintió. —¿Y tú, Niko?

Niko Silva, un fuerte trabajador de la construcción de unos veinte años, hizo una mueca y se ajustó la gorra de béisbol. —Esto va a acabar mal para todos los que seguimos aquí. No hay forma de evitarlo —dijo—. Pero si somos nosotros los que tenemos el unicornio y su magia curativa, al menos tendremos una oportunidad de luchar. Además, he vivido aquí toda mi vida, leal a Grandbay en las buenas y en las malas. Nadie va a decidir por mí a quién sirvo o dónde vivo excepto yo. Que se joda David.

—¿Así que te quedarás?

Niko se burló. —Supongo que no tengo elección.

Sentí cierto alivio al saber que al menos siete de nosotros seguiríamos protegiendo nuestro territorio. Niko a veces era un gilipollas baboso, pero era leal, así que, a pesar de nuestras diferencias en el pasado, me alegraba de que se quedara.

De repente, sentí una opresión en el pecho. El dolor me hizo cerrar los ojos y toser sobre el codo. Cuando volví a abrirlos, vi a mi madre, Gretel, y a mi padre, Oslo, los betas de Gavin, de pie junto a Gavin y mirando con preocupación. Me limpié las manchas rojas del brazo, esperando que no me vieran, pero mi respiración seguía siendo agitada. Me costó todo lo que tenía controlarla, calmando el ronco silbido en inhalaciones poco profundas.

—De acuerdo —dijo Gavin—, empezaremos a entrenar enseguida. Hoy mismo, si es posible. Los que os vayáis que lo hagáis cuanto antes.

Todos murmuraron, asintiendo unos a otros.

—Si alguien de la Guardia de los Mitos o Eastpeak se pone en contacto contigo, no respondas —advirtió—. Ha quedado claro que no podemos depender de la ayuda de ninguna de esas manadas, o de lo contrario nos arriesgamos a que Muriel caiga en manos dudosas. Pero no los necesitamos. Podemos soportar esto por nuestra cuenta. Encontraremos un nuevo Alfa para derrocar a David.

Reemplazar a David se había convertido en nuestra solución. No había forma de derrotar a Dalesbloom y a los Inkscales con fuerza bruta. Luchar contra ellos de frente nos mataría a todos. Habíamos decidido que la única forma de salir de esta con el menor número de muertes posible

era eliminar a David -y a Colt, si era necesario- y plantar un nuevo Alfa en su lugar. Tenía que haber alguien en Dalesbloom que nos ayudara, que compartiera nuestra idea de paz sin más derramamiento de sangre. David sería tan bueno como muerto una vez que completó la transformación Lycan, de todos modos. Ningún líder podría ser eficaz como un híbrido incontrolable, un hombre-monstruo, y sabíamos que el objetivo final de David era conseguir a Muriel para poder utilizar el cuerno del unicornio para realizar ese ritual. Se estaba condenando a sí mismo y a su manada a la autodestrucción, y teníamos que detenerle antes de que fuera demasiado tarde.

Después de que los que se iban de la ciudad abandonaran la cabaña, quedamos Gavin y Billie, mis padres, Niko, Albin y yo. Fuimos a la cocina y los siete nos apiñamos en torno a la mesa, donde Gavin dispuso un horario y una serie de papeles con ilustraciones de técnicas defensivas y ofensivas. No todos éramos guerreros, pero era imperativo que llegáramos a serlo, aunque tuviéramos que reunir toda nuestra determinación para conseguirlo.

—Tendremos nuestra primera sesión de entrenamiento esta tarde —dijo Gavin—. Trabajaré con Billie para empezar. Oslo, quiero que refresques los conceptos básicos con Albin, y Niko y Aislin harán de sparrings para medir su nivel de habilidad. Primero lucharán como humanos, luego como lobos. Gretel llevará a Muriel a la casa de los Mundy. Intentad no heriros demasiado; Muriel aún se está recuperando de toda la energía que tuvo que emplear curando a todo el mundo tras la pelea.

La idea de enfrentarme a Niko y a sus técnicas de lucha me producía un fuerte malestar, y el dolor en el pecho empeoraba con cada respiración. Pero de ninguna manera iba a dejar que se notara. Yo era Aislin Mundy: una campeona, una gladiadora, una bola de fuego. No podía revelar ni la más mínima vulnerabilidad. Además, sobrevivir al dolor demostraría mi capacidad para proteger a mi manada. Un día, cuando mis padres se jubilaran, me convertiría en la Beta de Gavin. Daría mi vida por él y por Grandbay, incluso si eso significara luchar hasta mi último aliento. Pelear con Niko no sería nada comparado con eso.

Llamé la atención de Niko y sonrió con satisfacción. No me disuadió.

Salí y seguí a Niko hasta una zona de hierba segada cerca del extremo del jardín. Gavin y Billie se quedaron cerca de la cabaña, la pequeña Billie decidida y llena de ganas de aprender, mientras mi padre tenía a Albin en medio del césped. Más allá del patio, la cálida luz del sol de la tarde de agosto llenaba el bosque de un brillo dorado. No había sombras premonitorias acechando en la periferia, solo árboles imponentes y el suave susurro de las hojas atrapadas por el viento. El cielo

azul hacía un día precioso, pero ninguno de nosotros podía disfrutarlo, sabiendo los peligros que nos aguardaban fuera de Grandbay.

Niko tiró su gorra de camionero a la hierba, se desabrochó la franela roja y la tiró a un lado, dejándose sólo una camiseta blanca manchada. Dobló el torso y levantó las manos en previsión de un forcejeo.

Mi espíritu de lucha me impulsó a burlarme de él. —Oh, ¿crees que puedes superarme en esos vaqueros tuyos?

La forma en que se le arrugaba la nariz hacía que se le moviera el bigote. Llevaba una especie de salmonete corto que completaba su aspecto de camionero sórdido. —Preocúpate de ti misma, Mundy.

Me burlé. No importaba. Las manchas de hierba y barro que se mancharían en sus vaqueros cuando lo aplastara contra el suelo no eran mi problema. Por otra parte, suponía que, si luchábamos contra alguien como humanos, lo haríamos con lo que lleváramos puesto en ese momento. Por suerte, la mayoría de las veces llevaba unos leggins que me daban toda la libertad de movimiento que necesitaba en las piernas para patearle el culo a cualquiera.

Lo primero que hice fue evaluar rápidamente los puntos débiles de Niko. Probablemente se centraría más en usar los brazos que las piernas. El largo mechón de pelo detrás de su cabeza me proporcionaría algo a lo que agarrarme, pero yo tenía la misma debilidad con mi pelo rojo recogido en una coleta. Tendría que disparar bajo y evitar sus manos. Mis pulmones irradiaban dolor y carraspeé antes de inspirar larga y lentamente.

Niko atacó primero, lanzándose directamente a mi sección media. Me deslicé hacia un lado y lo esquivé, dándole una fuerte patada en la cadera, sólo para que mi ataque se volviera en mi contra cuando el impacto llevó mi pie al suelo. Estaba de espaldas a Niko, que aprovechó la fuerza de mi patada para redirigir su peso al pie contrario y clavar su hombro en mi costado derecho. Su tamaño y su peso me hicieron tambalear hacia un lado, girando el cuerpo para volver a encararme con él, pero él me agarró los brazos con demasiada rapidez y tiró de ellos hacia el pecho y hacia abajo. Mis hombros le siguieron y supe que intentaría controlar mi cuello desde allí. Me giré, con el hombro izquierdo hacia abajo y el derecho hacia arriba mientras intentaba girar el cuerpo. Justo cuando me rodeaba el cuello con el brazo izquierdo, le mordí el bíceps por encima de la parte interior del codo. Aulló y me agarró de la coleta como yo esperaba. Le clavé el talón justo encima de la rodilla. Eso hizo que se doblara hacia delante, pero me dejó el torso

abierto, y él contraatacó clavándome la palma de la mano en el pecho.

La intensa colisión me dejó sin aliento, afectando la lesión preexistente en mi pulmón izquierdo. El dolor me paralizó mientras retrocedía a trompicones, un dolor tan fuerte que me hizo caer de rodillas mientras luchaba por respirar. Niko avanzó hacia mí y, presa del pánico, levanté la mano, incapaz de pedir una pausa mientras un ataque de tos me sacudía el pecho. Tuve suerte de que se detuviera.

El dolor era insoportable. Sentía que me asfixiaba, incapaz de inspirar, como si ya tuviera el pecho lleno de aire que mis pulmones no aceptaban. Lo único que podía hacer era seguir tosiendo y, por acto reflejo, tosí sobre mi brazo, ocultando las gotas de sangre que escapaban de mis labios. Me marchité en el suelo, resollando, mientras Niko permanecía de pie sobre mí.

—Si yo fuera el enemigo, ya estarías muerta —dijo.

Lo sabía. Eso era lo peor de todo, darme cuenta de lo vulnerable que era de repente.

—Creía que eras más fuerte —rio Niko, levantando el pie y apuntando a mi pecho. Pretendía asegurarse su primera victoria aprovechándose de mi debilidad, pero no sabía lo grave que era mi situación.

—No lo hagas —ronqué desesperadamente, tratando de detenerlo.

Habría seguido si no fuera porque mi padre de repente llamó: —¡Aislin!

En lugar de eso, el pie de Niko se estrelló contra el suelo y se apartó. Mi padre se abalanzó sobre mí, pero yo, desesperada por ocultar mi débil estado, ahagué la tos y me puse en pie tambaleándome. —Estoy bien —dije, pero las palabras apenas salían. El mero hecho de hablar me hacía sentir como si se me hubiera desinflado el pulmón izquierdo.

Mi padre se detuvo junto a Niko. —¿Qué ha pasado? —preguntó, mirando entre nosotros.

—No ha aguantado el golpe —dijo Niko.

Le enseñé los dientes a Niko. —Me pilló con la guardia baja.

—Estás resollando —señaló mi padre.

—No es nada —insistí, tambaleándome junto a los dos—. Sólo necesito un descanso.

Dudó. Detrás de mí, le oí decirle a Niko: —Ve contra Albin por ahora. Yo seré espectador.

Lo único que quería era escapar de sus miradas indiscretas. No podía dejar que supieran lo mal que estaba, y agradecí que aceptaran mi excusa y me dejaran retirarme a la cabaña. Entré tropezando en el cuarto de baño, me apoyé en la encimera y mis pulmones traquetearon, expulsando flemas sanguinolentas al lavabo. Sentía que el pecho me iba a estallar.

Sabía lo que me pasaba. Una parte de mi pulmón izquierdo debió de colapsarse durante la pelea con Dalesbloom y los Inkscales hace unos días. Quienquiera que fuese la persona contra la que estaba luchando en aquel momento me había golpeado con fuerza en la caja torácica, y sospeché que la costilla se había fracturado y una astilla me había perforado el pulmón. Sentía el pecho cada vez más apretado mientras el aire llenaba lentamente el espacio pleural donde normalmente se encontraba el pulmón. No me había molestado en acercarme a Muriel para que me curara porque creía que mi condición de cambia-lobos aceleraría mi recuperación; pero en lugar de eso, la herida seguía empeorando. De todos modos, ya era demasiado tarde para acercarme a Muriel. Usar su magia curativa le había exigido tanto en los últimos días que se había debilitado, y no sabía cuánto más necesitaría para ayudarme.

Sobreviviría por mi cuenta. No tenía otra opción.

Capítulo 2

Everett

El orgullo de los lobos de Grandbay iba a hacer que los mataran, y me dolía saber que nada de lo que dijera conseguiría convencerlos.

Me encorvé en la silla, mirando por la amplia ventana que cubría la pared del fondo del estudio. Mi casa posmoderna, decorada con granito oscuro, estaba situada en la ladera de una montaña, en el extremo sureste del bosque nacional de Gunnison. Sus altos pilares de cemento se alzaban entre abedules y álamos temblones sobre un acantilado que dominaba mis dominios: el humilde pueblo de Eastpeak, que se extendía entre los picos de las montañas que dominaban el horizonte a nuestro alrededor. El sol vibrante de la tarde de agosto iluminaba la habitación, y su resplandor en la ventana me devolvía el reflejo de mi imagen: Everett March, alfa de la manada de Eastpeak y director general de March Lumber Mill. Vestido con vaqueros azules, zapatillas grises viejas y una camisa verde oliva con el botón de arriba desabrochado, apenas aparentaba nada. La mayoría de los ejecutivos no llevaban el pelo rubio sucio recogido en un moño en la cabeza, ni se sentaban en sillas apenas lo bastante grandes para sostenerlos. Y mis ojos grises acentuaban mi aspecto salvaje.

Nadie lo dijo nunca en voz alta, pero solía pensar que mi presencia intimidatoria era lo que mermaba la capacidad de la gente para confiar en mí. Sin embargo, ahora tenía una mejor idea de lo que era. Nunca había permitido que Eastpeak se involucrara en las pequeñas disputas entre nuestras manadas vecinas. Esta evasión había mermado la confianza que mis aliados tenían en mí, y ahora preferían condenarse a una muerte segura antes que dejarme entrar en la situación.

La Guardia de los Mitos debería haber sacado a Muriel Vale de aquí hace semanas. Ahora, ninguno de ellos podía siquiera poner un pie en territorio de Grandbay sin la amenaza de represalias por parte de Gavin Steele.

Tras el fatal enfrentamiento entre Dalesbloom y Grandbay hace unos días, me di cuenta de que había que hacer algo, y no tuve más remedio que actuar en segundo plano. Me parecía imposible que no se pudiera razonar con David. La relación entre él y Gavin se había agriado en algún

momento del proceso de fusión de Grandbay y Dalesbloom, y estaba seguro de que la falta de mediador fue lo que intensificó la pelea. Incluso con la verdad revelada sobre los crímenes de David -su plan para que los dragones asesinaran a los padres de Gavin, su secuestro de Elizabeth Rathbone, ahora conocida como Billie Jesper-, algún fragmento del hombre lógico y con los pies en la tierra que había conocido toda mi vida debía de seguir existiendo. Quizá no estaba dispuesto a ceder ante Gavin, pero nuestra relación siempre había sido profesional, pragmática. Pensé que podría hacerle entrar en razón. Todo lo que necesitaba era ponerlo al teléfono.

Cuando por fin sonó el teléfono fijo de mi mesa, giré la silla y contesté. —Everett March —dije enérgicamente, esperando oír la voz de David.

Al mismo tiempo que echaba un vistazo al identificador de llamadas, me llegaba la voz de una mujer. —Buenas tardes, señor March. Ha llegado la factura de la Gunnison Millwright's Association y el pago está a la espera de su firma. ¿Vendrá hoy a la oficina?

—Sí, respondí—. Estaré allí en treinta minutos.

—De acuerdo, gracias. Se lo haré saber a contabilidad.

Tal vez era una tonta por ser optimista respecto a David. Gavin era sólo un niño, así que entendía que David no le tuviera en cuenta, pero si él tampoco iba a tomarme en serio, entonces el conflicto entre nuestras manadas iba a degradarse mucho más rápido y a ser mucho peor de lo que yo había previsto.

Mi mente se desbocó con pensamientos catastróficos mientras miraba por la ventana, observando el mundo que había caído bajo mi control. Entre las montañas resoplaban espesas columnas de humo procedentes de la Maderera March, la empresa que heredé de mi familia. Como director general, era a lo que dedicaba la mayor parte de mi tiempo. Entre el trabajo, la manada y mis compromisos con la Guardia de los Mitos como corresponsal local, no tenía muchos momentos para mí mismo, pero cuando los tenía, los pasaba aquí, en mi despacho. Era mi base de operaciones. La mayoría de la gente se sorprendía al saber que sólo tenía 26 años. Incluso al final de mi adolescencia, la responsabilidad me dominaba. Supongo que mi perseverancia había hecho que mi vida social se resintiera; ahora, mi distanciamiento de las manadas aliadas -o de cualquiera, en realidad- estaba teniendo sus efectos nocivos.

Aun así, haría lo que pudiera para ayudar. Incluso si Gavin y su manada no me querían.

Me incliné sobre el escritorio y volví a coger el teléfono, marcando un número que me sabía de

memoria. Al cabo de un timbrado, contestó la voz familiar de mi Beta, Taylor Byrne. —Hola, Ev.

—No he podido ponerme en contacto con David. Necesitamos saber qué está pasando en Dalesbloom —empecé—. ¿Puedes hacerles una visita?

Incluso por teléfono, sabía que Taylor me estaba mirando. —¿Quieres que vaya a la mansión Hexen después de ponernos del lado de Gavin en esa pelea?

—No, quiero que compruebes el perímetro del territorio de Dalesbloom para ver si ellos o los dragones se han movido o si todavía están allí. Suponiendo que lo estén, quiero que te encargues de enviar a un humano a la mansión: su sistema de seguridad es atendido por Rooster Alarms en Dalesbloom. Tenemos 10.000 dólares para ofrecer a alguien que ponga discretamente un micrófono en el interior. ¿Puedes hacerlo?

Taylor se quedó en silencio, los engranajes de su cabeza girando mientras un nuevo plan tomaba forma entre nosotros. —Puedo arreglarlo. ¿Tienes el dinero?

—Te transferiré el dinero.

—¿Y si es un no-go en Rooster?

—Ofréceles el dinero de todos modos, para que guarden silencio. Y no uses tu verdadero nombre.

—Eso es un hecho.

—¿Puedes tener todo esto hecho para esta noche?

—En la medida de mis posibilidades —dijo Taylor.

—Genial. Llámame una vez que termines la revisión del perímetro.

—Lo haré.

Aunque no supiera con qué eficacia podría interferir en el conflicto entre Dalesbloom y Grandbay, poner en marcha un plan calmaba algunas de mis ansiedades. Diez mil dólares era mucho dinero, pero no era como si me faltara dinero. Teníamos que hacer que valiera la pena para quienquiera al que nos acercáramos, para que hiciera el trabajo o no descubriera nuestra

tapadera.

Me dirigí al aserradero y aparqué mi Lexus gris cerca de la entrada industrial. Atravesé el vestíbulo, atendido por una sola recepcionista que me saludó amablemente, y un vestíbulo que conducía a las taquillas de los empleados y a un comedor. En la pared había una fila de ganchos de los que colgaban chalecos de alta visibilidad de color naranja brillante que mis empleados debían llevar en la planta en todo momento, así como gafas de protección y cascos. Cogí uno de cada antes de entrar por las anchas puertas dobles que daban a la planta de producción.

En el interior, un laberinto de maquinaria de batido y triturado procesaba los cargamentos de troncos de madera dura que el aserradero recibía cada mañana. La mayor parte de la maquinaria estaba automatizada y equipada con herramientas de cepillado guiadas por láser que reducían el riesgo de lesiones, pero seguía habiendo empleados en la planta que supervisaban, contaban e inspeccionaban manualmente y manejaban el equipo cuando era necesario. El olor a serrín era tan fuerte que a menudo me provocaba un estornudo, pero al haber pasado toda mi vida en torno a un aserradero, el olor se había convertido en un consuelo para mí. Dulce, seco, polvoriento, ácido. El aroma siempre variaba ligeramente según la procedencia de los troncos y el tipo de madera, pero todos tenían ese mismo olor a tierra de la naturaleza que me recordaba mis raíces como animal salvaje. Un lobo.

Hace poco, una de nuestras descortezadoras falló y no pudimos determinar la causa. Parecía que los aserradores que habíamos traído la habían vuelto a poner en funcionamiento. Observé cómo el aparato cogía los troncos con avidez y los despojaba de su rígida corteza marrón, lanzando alguna que otra astilla al aire antes de colocar el tronco desnudo en una cinta que lo alimentaría al siguiente aparato de la fila. Satisfecho con las reparaciones, regresé al vestíbulo con una nueva capa de serrín en la camisa.

La recepcionista me mostró la factura para que la firmara. Me sonrió dulcemente, buscando algún tipo de atención, pero mi mirada no se elevó hasta que hube garabateado mi nombre en el papel y lo empujé hacia ella. —Gracias, señor March —me dijo, y me la devolvió.

—El placer es mío.

Siempre era un placer pagar por un buen trabajo. Hubiese hecho lo que fuera necesario para que mi negocio siguiera funcionando sin problemas.

Tras mi rápida visita al aserradero, me habría unido a Taylor en la comprobación del perímetro,

pero con la Guardia de los Mitos en la ciudad, necesitaba asegurarme de que sus operaciones también funcionaban sin problemas. Me detuve en un motel al pie de las montañas, con el aparcamiento salpicado de pocos coches, y llamé a la puerta de la quinta suite. Me recibió un hombre larguirucho, de cabello castaño ralo y mejillas desaliñadas.

—He recibido los expedientes de los recientes incidentes relacionados con Lycans —dijo Sebastian Hicks, representante de la Guardia de los Mitos que supervisa las manadas de Gunnison. —Los he estado revisando y, en cada evento, el daño ha sido... significativo. Parece que no hay ningún evento Lycan en el que el individuo transformado en cuestión no haya causado destrucción. De nuevo, los eventos no destructivos podrían no haber sido reportados, pero basados en nuestro conocimiento de los Lycans, parece improbable que una persona pueda cambiar a su forma Lycan y permanecer en control de sus acciones. Es como si el aspecto bestial de un metamorfo se amplificara diez veces y se volviera tan dominante que abrumara por completo el conocimiento humano.

—¿Incluso en un individuo marcado?

—La condición marcada antes de convertirse en Lycan parece no tener efecto.

Me coloqué junto a Sebastian delante de la mesa donde había extendido los expedientes de sus casos. Teníamos ante nosotros cinco incidentes de todo el mundo: uno de Islandia, otro de Tailandia y tres de Estados Unidos. En todos ellos se había producido alguna muerte humana, y en todos se había practicado la eutanasia al Lycan implicado.

—Todos estos individuos Lycans eran dragones —señalé.

—Sí. Son los más conocidos por buscar el ritual. Los necrófagos tienden a mantenerse al margen, y los vampiros encuentran la fuerza en el número, confiando más en el sigilo que en la fuerza bruta. Los Fae no suelen ser un problema, ya que tanto ellos como los unicornios son mucho más benévolos que las agresivas razas de cambiaformas. A veces, los lobos hacen sus pinitos, pero son sobre todo los dragones los que abusan de las bendiciones de su Dios del Sol —explica Sebastian—. Sospechamos que se debe a que los dragones sienten los mayores efectos de la opresión de los metamorfos, al ser diurnos en lugar de nocturnos como los necrófagos y los vampiros. No tienen tanta libertad para cazar o abrazar a sus bestias como los lobos, porque los dragones... bueno, la mayoría de los humanos no creen que los dragones existan. Los lobos son parte de la naturaleza. Los dragones son una anomalía que la Guardia de los Mitos ha trabajado durante siglos para ocultar, para proteger la delicada sensibilidad de los humanos. Creo que la

humanidad sufriría un colapso mental colectivo si supiera que hay reptiles gigantes y voladores merodeando.

Tenía sentido que los cambiantes de dragón fueran los más propensos a actuar. —Esa era la causa favorita de Lothair Javier, ¿no? Mientras estuvo en la Guardia de los Mitos, fue un defensor de la exposición y las libertades de los cambiantes de dragón.

—Así es —dijo Sebastian—. Apoyaba la lenta introducción de los dragones en la humanidad, pero la Guardia de los Mitos rechazaba continuamente sus propuestas. Exponer a los dragones significaría exponer a los metamorfos, y el mundo no está preparado para eso. El daño que podría causar a las comunidades cambiaformas a nivel mundial sería astronómico.

En cierto modo, lo sentía por Lothair. No podía ser fácil verse forzado a las sombras cuando los dragones adoraban al sol. Pero tenía que haber una forma mejor que imponer el poder de los dragones a humanos desprevenidos. La muerte en masa no era la respuesta.

—¿Cuántos cambiaformas unicornio están bajo la protección de la Guardia de los Mitos? —pregunté.

—Tenemos unos trescientos en nuestro sistema, pero tienen que existir al menos dos mil. Son el tipo más raro de cambiaformas, con líneas alfa ineficaces que rara vez se extienden más de dos o tres generaciones.

—Eso se debe a su naturaleza plácida. Hay una sensación de violencia intrínseca al acto de transformar a un humano en metamorfo, que aborrecen —reflexioné en voz alta—. Y como son tan raros, no suelen reproducirse.

—Interesantemente, hemos encontrado que últimamente, el cuello de botella en las líneas Alfa es causado por la hibridación de los cambiaformas unicornio. Se reproducen con otras razas para proteger a sus crías: un híbrido unicornio sin cuerno es inútil para el ritual Lycan.

El cuerno era una parte integral del ritual Lycan, un pozo de magia del que se alimentaban los dioses metamorfos. Los Dioses concedían magia a los metamorfos, pero ésta procedía de sus propias reservas. El ritual era una ofrenda, una forma de agradecimiento, una devolución de la magia a su origen. El Dios Sol, en particular, siempre había sido receptivo a estas ofrendas, ya que el propio sol siempre estaba hambriento de más combustible para quemar, para consumir.

—¿Hay alguna forma de bloquear a un metamorfo para que realice un ritual efectivo?

Sebastián me llamó la atención. —No que sepamos. Si pudiéramos impedir que Lothair y David realizaran el ritual, lo haríamos. Pero tal y como están las cosas, no tenemos forma de impedirselo, salvo restringiendo su acceso a un cuerno de unicornio. Y con Muriel Vale retenida en Grandbay, tan cerca de ellos, es sólo cuestión de tiempo que le pongan las manos encima.

Un largo suspiro salió de mi nariz mientras pensaba en esto. Gavin insistía en proteger a Muriel, pero sólo estaba invitando a lo inevitable. No había forma de convencerlo de que entregara a Muriel a la Guardia de los Mitos, sobre todo porque la Guardia de los Mitos era la razón por la que Muriel había sido atacada en primer lugar. No la habían protegido de que Lothair accediera a sus archivos cuando abandonó la Guardia de los Mitos y se convirtió en un renegado.

—¿Has considerado el siguiente curso de acción con respecto a Grandbay? —preguntó Sebastian.

—Estoy trabajando en ello. Ahora mismo, no podemos enfrentarnos directamente a Grandbay sin dañar aún más la alianza entre Grandbay y Eastpeak. Voy a intentar medidas preventivas indirectas con Dalesbloom.

—¿Te has puesto en contacto con David?

—No, pero le guste o no, voy a averiguar qué trama.

Sebastián asintió. —Tenemos que preservar tantas vidas como sea posible. Incluso si Grandbay piensa que son ellos contra nosotros.

Yo también asentí.

Su orgullo sería su muerte, y si sucumbían a la violencia de Dalesbloom, seguramente les seguiría Eastpeak. No iba a dejar que eso ocurriera.

Capítulo 3

Aislin

Como el sparring de ayer había sido un fracaso, no había manera de que pudiera entrenar hoy. En circunstancias normales, no habría querido. El combate físico era mi especialidad. Gavin y yo solíamos pelear todo el tiempo cuando éramos niños, y a pesar de su ventaja de tamaño contra mí, mi agilidad lo mantenía alerta y me hacía ganar la mitad de nuestras peleas. La emoción de la lucha era adictiva; el desafío físico -medir mi habilidad contra la de otra persona- satisfacía un impulso innato y primario que atraía a mi lobo. En el fondo, tenía que haber una compulsión subyacente por demostrar que valía la pena, pero nunca había tenido motivos para dudar de mí misma hasta ahora.

Esa mañana me desperté silbando por los pulmones. Mi estado se había deteriorado aún más desde el combate con Niko, que fue tan embarazoso que me hizo evitar a todo el mundo después. Pasé una hora inclinada sobre el lavabo de mi cuarto de baño, tosiendo y escupiendo rojeces hasta que por fin pude respirar. Las ojeras y la palidez de mi piel delataban lo mal que me encontraba. Pero me enderezaba y me sonreía radiante, manifestando la fogosidad que me caracterizaba. Nadie se daría cuenta. Y estaba segura de ello... hasta que salí del edificio de mi apartamento y me encontré sin aliento con sólo dar un par de pasos. Tal vez no pueda seguir así, pensé miserablemente, apoyándome en el edificio y esquivando las miradas curiosas de la gente que pasaba. La única que podía ayudarme era Muriel.

Vale, lo he decidido. Hablaré con ella.

Estaba en casa de mis padres, por lo que yo sabía. Llamé a mi padre, pero la línea sonó cinco veces antes de saltar al buzón de voz, y no quise despertar la curiosidad dejando un mensaje sobre el unicornio. Llamé a mi madre, pero tampoco contestó. Ni siquiera contestaba el teléfono fijo. Eso significaba que no había nadie en casa y no tenía ni idea de dónde estaba Muriel.

Gavin fue mi siguiente opción, y respondió rápidamente. —¿Qué pasa, Ais?

La flema se me atascó en la garganta antes de que pudiera hablar. Molesta y avergonzada, aparté

el teléfono para respirar. —Lo siento—. Tal vez no pensaría nada—. ¿Dónde está Muriel? Nadie contesta al teléfono en casa de mis padres.

—La trajeron a la cabaña mientras hacían un control fronterizo —dijo Gavin.
—De acuerdo. Gracias.

Gavin dudó un instante. Temiendo que me preguntara por mis ataques de tos, colgué antes de que volviera a hablar.

Haría un viaje rápido a la cabaña y acabaría con esto de una vez. Con suerte, Muriel estaría lo bastante recuperada como para curarme y no se sentiría inclinada a compartir la noticia de mi lesión con nadie más.

Cuando llegué a la cabaña, ya había nubes. El olor a lluvia flotaba pesadamente en el aire, acentuando los olores personales de mis compañeros de manada entretejidos en la tierra y entre los árboles; lo más nauseabundo era que Niko dominaba el patio, y enseguida descubrí por qué. Apareció por la esquina de la cabaña, llevando una escalera para alguna tarea que pretendía hacer en el tejado, sólo para hacer una mueca de desprecio cuando me vio salir de mi coche.

Cerré la puerta. —¿No deberías estar en el trabajo?

—Tengo la mañana libre —dijo Niko—. Sorprendido de verte aquí después de huir con el rabo entre las piernas.

La ira crepitó en mi interior. —Sólo me diste en un punto raro. Eso es todo.

—¿Qué se te ha atascado en la almeja, tienes la regla o algo? ¿No aguantas un empujoncito?

¿Tenía que ser tan gilipollas? Inspiré con fuerza para responderle, pero el dolor se apoderó de mis pulmones. Se rio, sin darse cuenta de que me costaba hablar.

—¿Por qué estás aquí? —Niko pinchó.

—No tengo por qué darte explicaciones —ronqué.

Niko puso la escalera junto a la pared, mirando despreocupadamente hacia los canalones. —Claro, pelirroja.

Si había algo que odiaba, era que me dejaran de lado y me despreciaran como si no fuera nada.

No podía soportar que me viera como débil. No dejaría que alguien como Niko Silva pensara que era más fuerte que yo, mejor que yo. —Ven a mí entonces —lo desafié—. Te he aplastado antes, Niko, y lo haré de nuevo.

—Hoy nos hemos puesto las bragas de niña grande —dijo Niko.

—¿Cuál es tu problema? —le dije acercándome por detrás.

Me echó un vistazo por encima del hombro, mirándome de arriba abajo, y luego abandonó la escalera para encararse conmigo. —Mi problema sois Gavin y tú creyéndooos invencibles y luego tú... —Niko me empujó con el dedo—. Poniéndote nervioso, haciéndote el duro sólo para escaparte en el último momento. No tiene buena pinta, Mundy. Para ninguno de nosotros atrapados aquí en Grandbay.

Fruncí el ceño. —No me voy a acobardar la próxima vez que haya una pelea. No lo hice cuando Dalesbloom nos tenía rodeados, ¿verdad?

—Cuando la gente casi muere, tiende a cambiar su forma de pensar —dice Niko.

Me dolía que me considerara tan incompetente.

—No voy a arriesgar mi vida por una zorrita enclenque, Ais —añadió, inclinándose hacia mí, ajustándose la visera de su gorra de camionero—. No hagas que me arrepienta de quedarme aquí.

El veneno de su voz me indignó. Se suponía que era leal, pero ahora me acusaba de cobarde y lo utilizaba como excusa para cuestionar su propia decisión de apoyar a Grandbay. —Si quieres largarte, hazlo —gruñí, empujándole el pecho.

Niko me agarró de las muñecas y me empujó hacia la cabina. Choqué con la pared con un grito ahogado, los pulmones me temblaban. El dolor fue inmediato, pero el instinto me decía que esta vez no podía arrugarme y rendirme. En cuanto Niko me soltó las muñecas, levanté la pierna y le di una patada en el estómago, haciéndole tambalearse contra el lateral de la escalera. La satisfacción floreció al verle tropezar con ella, al ver cómo la escalera se derrumbaba, pero él se apartó antes de que le cayera encima.

—Maldita zorra —escupió, poniéndose de pie.

Mis hombros se estremecieron mientras respiraba con dificultad, con los mocos húmedos en la garganta. —No te hagas el sorprendido. Sabes que no dejo que los gilipollas me pisoteen.

—Últimamente me he estado preguntando si Gavin y tú merecéis algún respeto —dijo Niko—. ¿Vas a tratar de demostrármelo esta vez?

—Te meteré la cara en el barro si hace falta —le respondí.

Niko se enderezó y se arremangó la franela. No me miraba como a una oponente, sino como si me hubiera convertido en un caramelo para los ojos. Ya había sentido antes cómo me miraba lascivamente. Sus ojos recorrían mi cuerpo con penetrante diversión, sin duda imaginando cómo le gustaría ponerme en mi lugar. Antes, simplemente me encogía de hombros. Ahora, me indignaba más que cualquier otra cosa. Me recordaba a Colt. Yo no era el juguete de ningún hombre.

Esta vez, no le dejé hacer el primer movimiento. Un puño cerrado llevó toda mi rabia hacia Niko, apuntando a su mejilla, pero él se esquivó y me dio un tajo en la garganta. El impacto me hizo ahogarme. Por reflejo, le quité la visera de la gorra de un manotazo, le agarré del pelo y le tiré de la cabeza hacia abajo, pero él reaccionó clavándome el hombro en el estómago. Me dolió mucho, pero no emití ningún sonido. Quería gritar, pero me obligué a no hacerlo; sabía que mis ruidos estrangulados sólo le animarían. Tras tambalearme un poco, le golpeé con el pie en las costillas. Me agarró el tobillo y me lo torció en la dirección contraria, dejándome sólo las opciones de tirarme al suelo o acercarme más. Opté por lo segundo, doblé la rodilla y me acerqué lo suficiente como para rodearle el cuello con los brazos. Niko me soltó el tobillo y mis piernas quedaron libres para rodear su abdomen. Apenas tuve tiempo de estrangularle con los brazos antes de que me agarrara del pelo y me tirara de la cabeza hacia atrás. Mis pies volvieron al suelo. Le pinché en la garganta y retrocedió.

Nos separamos de nuevo, jadeando y mirándonos el uno al otro. Tenía que tirarle al suelo si quería ganar, pero ya me costaba volver a respirar. Tosí en mi brazo, y él aprovechó la oportunidad para atacar, llenando el espacio entre nosotros. Una vez más, se lanzó contra mí con el hombro por delante, clavándolo en mi diafragma. Niko debía saber que yo era vulnerable allí. La colisión me lanzó hacia atrás y me dejó sin aliento al aterrizar con fuerza en la hierba. Respiraba con dificultad, pero la embestida de Niko no terminaba. Cuando se abalanzó sobre mí, metí los pies e intenté esquivarle, dándole patadas en el pecho y el estómago. Una buena patada me dio espacio suficiente para rodar sobre mis manos y rodillas, pero él se abalanzó sobre mí inmediatamente después, poniendo su brazo alrededor de mi cuello y apretando.

Estaba atrapada. Niko me tenía estrangulada, arrodillado detrás de mí y doblando mi cuerpo hacia atrás mientras me aplastaba la garganta con sus brazos. Era inútil arañarle el brazo; aunque

le clavaba las uñas en la piel, él apretaba más fuerte, apretando los dientes junto a mi oreja.

—No eres una mierda, Ais —siseó—. Si así es como vas a luchar contra alguien de Dalesbloom, tengo la sensación de que va a terminar mal para ti.

Aspirando desesperadamente bocanadas de aire, enrosqué los dedos alrededor de su brazo e intenté abrirme la tráquea. Me dolía el pecho. No podía respirar. Tenía que haber una forma de salir de esta. Torciendo el cuerpo, intenté zafarme, girar y ponerme en una posición que me permitiera respirar de nuevo, pero Niko me tapó la boca y la nariz con la palma de la mano y me cortó las vías respiratorias por completo. Me zumbaron los oídos mientras el pánico me recorría las venas, la adrenalina caliente y el miedo frío se enfrentaban a la oscuridad borrosa que se colaba en mi visión. Me dolía todo. Me agité, pataleando, apretando la espalda contra él, pero el sonido áspero de su risa me decía que estaba disfrutando.

—¿Ya te has rendido? —se burló.

Sabía que no debía forzarme más. Le golpeé el brazo, rogándole que me soltara. Pero no lo hizo.

Qué pretendía conseguir reteniéndome aquí, no lo sabía. Lo único que sabía era que mi mente gritaba con la urgencia de respirar, y yo no podía. La sangre me latía con fuerza en la cabeza mientras la vista se me nublaba, una sensación de ardor detrás de los ojos me advertía de la falta de oxígeno en el cerebro. Ni siquiera podía proferir súplicas ahogadas de libertad porque la flema y la sangre se me habían acumulado en la garganta e impedían que escapara ningún ruido que no fueran toses roncadas y entrecortadas. Le desgarré el brazo, intentando arrancarle trozos sin saber si funcionaba. Mi visión se oscureció y toda la energía de mi cuerpo se agotó. El entumecimiento se apoderó de mí antes de que mi mente escapara de la realidad y saltara al reino de las alucinaciones inconscientes.

Ahora la muerte me envolvía en sus brazos.

Una espesa niebla tóxica abrazaba el bosque, rodando entre los árboles y devorando la hierba a mi alrededor. De repente, volví a despertarme, pero de una forma más salvaje. Mis largas piernas se extendían a mi alrededor, mi cuerpo inerte en el suelo. Levanté la cabeza cansada y miré por el hocico a la niebla agitada. Era un lobo, pero los tonos otoñales que normalmente cubrían mi cuerpo parecían más apagados, sin vida ni color. Me escocían los ojos y, cuando abrí las fauces, descubrí que seguía sin poder respirar. Esta vez el problema no parecía estar en mis pulmones. Ahora, el problema era el aire en sí, como si no hubiera oxígeno, sólo smog, y enseguida me di

cuenta de por qué no podía respirarlo. No era smog, ni niebla, ni neblina. Era humo denso y ceniciento que me llenaba la boca con sabor a quemado. Puse los ojos en blanco cuando me di cuenta de lo que me rodeaba, pero apenas sentía mi cuerpo como propio, cada parte de mí era demasiado pesada para sostenerla.

De la oscuridad surgieron destellos rojos. Me levanté como pude y me sacudí, mis inhalaciones apenas recogían el oxígeno suficiente para mantenerme con vida... ¿o acaso respiraba? El calor me envolvió y se introdujo bajo mi piel, asentándose bajo mi pelaje con una incomodidad insoportable. Un resplandor infernal ardía entre los árboles, bailando entre el humo en ascuas crepitantes y escupidas. Ahora podía verlo: lenguas de fuego que surcaban las profundidades del bosque, trepando por las copas de los árboles y alcanzando el cielo. Un viento caliente me atravesó, convirtiendo el infierno en una tormenta. El espeso humo me rodeaba y debilitaba mis sentidos, asfixiándome por completo.

Intenté correr, pero mis piernas no se movían. Los tropiezos me devolvían al suelo, pero no podía rendirme y me esforzaba por ponerme en pie. Esto era una pesadilla, tenía que serlo, pero aunque no fuera más que una ilusión de mi mente inconsciente, presagiaba el destino que me aguardaba. No podría escapar de esas llamas. Mi destino ya estaba escrito en la aullante tormenta de fuego que devoraba el bosque. No podía respirar y el fuego se acercaba cada vez más.

Una forma oscura eclipsó el resplandor del fuego ardiente. Estiré los ojos hacia arriba y lentamente percibí a alguien que se cernía sobre mí, un cuerpo macizo, con las orejas erguidas sobre la cabeza y los ojos como bronce de cañón brillando en el resplandor. Impotente, sopesé si mi orgullo me permitiría o no extender la mano, suplicar que me alejaran del fuego, y estuve a punto de no moverme. Estuve a punto de cerrar los ojos y dejar que el infierno se apoderara de mí. No quería ayuda. Debería haber sido lo suficientemente fuerte por mí misma.

Pero no quería morir.

Un gemido salió de mi garganta mientras levantaba la cabeza, implorante.

El lobo tomó una decisión y se agachó para agarrarme por el cuello. Sólo cuando estuvo lo bastante cerca oí también el silbido de su pecho, la respiración que se le escapaba de los pulmones mientras clamaba por aire. Sentí cómo le temblaban los miembros, oí el serrín en su pelaje y la sangre en sus labios. Él tampoco podía respirar, pero aun así me puso en pie de un tirón y me arrastró a su lado.

Corrimos, agarrándonos entre los dientes, sabiendo que el fuego nos consumiría o nos liberaría de esta pesadilla.

Capítulo 4

Everett

Un incendio arrasaba mi conciencia, con llamas parpadeantes que lamían las imágenes que ardían detrás de mis ojos. El fuego era tan vivo que me cegó, y sentí cómo me chamuscaba la piel antes de caer completamente inconsciente. Un calor sofocante me asfixiaba, y en la pesadilla no podía respirar. No supe por qué hasta que la encontré. Era una encarnación del propio incendio descontrolado, tambaleante, imposible de tocar, hasta que me miró. Tenía que hacer algo, o de lo contrario esta pesadilla nos destruiría. Nos habría obligado a arder a los dos si no me hubiera dejado ayudar.

Desplomado sobre mi escritorio, me desperté jadeando. El fuego me roía la columna vertebral y me hizo sentarme de golpe. Gotas de sudor rodaron por mi sien mientras buscaba frenéticamente en la habitación, sólo para encontrar todo quieto y silencioso como antes de que el sueño me tomara. No había humo en el techo ni fuego en las paredes, sólo mi despacho blanco y vacío, el suave zumbido del aire acondicionado central, mi mundo intacto. Pero no era un sueño cualquiera; lo sabía por el dolor que sentía en el pecho, como una cuchilla. La opresión en la garganta. Malestares que no provenían de una mala decisión mía, sino de otra persona a cuyo cuerpo estaba inextricablemente unida. Había estado temiendo este día.

Tosiendo con fuerza en el codo, me levanté y miré por la ventana, como si pudiera ver a la persona cuyas aflicciones compartía. La aplastante intensidad del dolor en mis pulmones no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Me hizo darme cuenta de lo protegido que estaba de la dureza de la vida salvaje. Nunca había sufrido una lesión tan grave que me hiciera sentir que no podía respirar. La persona que había experimentado este Sueño Lunar conmigo estaba ahí fuera, en algún lugar, luchando sólo para llenar sus pulmones.

Sabía quién era, pero una parte de mí no quería aceptarlo. Porque eso significaba aventurarme en un territorio en el que no quería estar, donde sabía que no era bienvenido. Y porque eso significaba enredarme con alguien que sólo había sido una espina en mi costado, con su afición por las travesuras y su obstinada determinación.

La Diosa de la Luna no podía pensar en serio que era mi compañera predestinada. ¡De todas las

personas!

Sin embargo, la incertidumbre se agitaba en mi interior. ¿Se estaba muriendo?

Inspirando hondo, me incliné sobre el escritorio, cogí el smartphone y me puse a buscar entre mis contactos. Los Mundy. No, tal vez Gavin. Quizá debería llamarla directamente. Tenía su número de móvil.

En cambio, sonó el teléfono de mi mesa. El número de Taylor apareció en el identificador de llamadas y contesté por reflejo. —Hola —le saludé, aclarándome la garganta.

—¿Estás bien? Suenas mal —dijo.

—Estoy bien —gruñí—. ¿Qué pasa?

—El tipo de Rooster Alarms acaba de terminar en Hexen Manor. El micrófono está conectado al amplificador de señal de la mansión, pero sólo llega a unos 400 metros.

Eso fue desafortunado. Habíamos contado con conducir a media milla de distancia de Hexen Manor, donde podríamos sentarnos con seguridad en la furgoneta de Taylor en el aparcamiento de una gasolinera para grabar cualquier audio que el micrófono recogiera y transmitiera.

—Tendré que aparcar en Hedge Road si queremos conseguir ese audio", continuó Taylor.

—Hazlo entonces. Monitorea durante una hora para empezar, y luego hazme saber lo que conseguiste.

—Sí, claro.

Iba a poner en peligro nuestra operación tener a Taylor sentado en medio de una carretera boscosa como esa. Yo tampoco podía ir a reunirme con él, porque estaría justo en medio del territorio de Dalesbloom, pero era lo mejor que podíamos hacer. Después de colgar, me apoyé contra el borde de mi escritorio y reconsideré si quería exponer el contenido de mi Sueño Lunar a los Mundys. ¿Por qué ocurría esto ahora, cuando la relación entre nuestras manadas se había vuelto tan complicada y traicionera?

Llamé a Aislin Mundy desde mi smartphone. No contestó y no tuve palabras para dejarle un mensaje de voz. Pero al menos vería que había habido una llamada desde mi número.

Tal vez fuera mejor que no me involucrara en lo que fuera que le pasaba. Tenía una reunión con un nuevo proveedor durante el almuerzo, y necesitaba tener la cabeza bien puesta si quería conseguir un acuerdo para un suministro de arce mucho más barato que el que teníamos ahora. No podía estar preocupándome por lo que hacía esa persona explosiva, aunque de repente pudiera sentir cada segundo de sufrimiento que padecía. Cuanto más pensaba en ello, más evidente me parecía que esa conexión entre nosotros era insostenible. Suponiendo que siguiera viva la próxima vez que la viera, tendría que dejar claro que nuestro vínculo predestinado no estaba destinado a existir.

Pero no sería tan trágico que muriera, ¿verdad?

¿Estaba siendo insensible...?

No, sólo actuaba en defensa de mi manada y de mi negocio. Ella lo entendería, y si no lo hacía, no era mi pérdida. Además, ya estaba arriesgando más de lo que me sentía cómodo, ayudando a Grandbay a sobrevivir. En todo caso, ella debería estar agradecida de que yo estuviera aquí.

Y, sin embargo, incluso mientras me ocupaba del resto de la mañana, las visiones del incendio forestal en nuestro Sueño Lunar compartido me perseguían. Mi bosque se desmoronaba. Mi mundo ardía. Estaba segura de que sería ella quien lo incendiaría todo.

Después de reunirme con el proveedor, todavía sin acostumbrarme a la molestia en el pecho y tratando de que no me molestara la falta de seguimiento por parte de Aislin, llamé a Taylor, curiosa por lo que pudiera haber oído. Pero él tampoco respondió. Eso no presagiaba nada bueno. Sabiendo dónde había aparcado, conduje los diez minutos que separaban Eastpeak de las afueras de Dalesbloom, hacia el corazón del bosque donde se encontraba la mansión. Conducir a través de Dalesbloom no era la parte peligrosa. Era detenerse, pisar el asfalto que ellos reclamaban, lo que podía meterme en problemas. No solía ser así. Años atrás, David me habría dado la bienvenida a su territorio, pero comprendí que la decisión que había tomado me había colocado en malos términos con los alfa de Dalesbloom. No podía evitar preguntarme si se habría enemistado conmigo a pesar de todo, si hubiera dominado Grandbay y luego se hubiera encontrado ávido de más.

Camino arriba, vi la furgoneta azul oscuro de Taylor aparcada en el arcén. La puerta del conductor estaba abierta de par en par. Me dio un vuelco el corazón, pero pensé que quizá Taylor estaba sentado dentro, cogiendo algo del asiento del copiloto. Cuando me detuve detrás de la furgoneta, esperaba que asomara la cabeza, pero seguía sin moverse, incluso después de aparcarse.

En cuanto salí del coche, el presagio en mi pecho empeoró. El olor a sangre saturaba el aire, al igual que los rastros de los Hexen. —¿Taylor? —llamé, pero sólo recibí silencio.

Se me pusieron los pelos de punta cuando seguí el rastro del olor por el arcén, aventurándome a través de la zanja y adentrándome en el bosque del otro lado. No era el tipo de persona que saca las peores conclusiones. Podía haber una explicación perfectamente razonable. Entonces divisé un cuerpo entre los anchos helechos de la base de un árbol, lo que me dijo que era tan grave como temía. Taylor yacía entre el follaje, respirando con dificultad y desangrándose.

—Mierda. Taylor! —le llamé, atravesando rápidamente los arbustos hasta llegar a su lado. Mi amigo estaba acurrucado, con unos pantalones cortos caqui y una camiseta negra hecha jirones y manchada de rojo. Tenía profundos cortes en el cuello y el brazo, y en el abdomen le habían arrancado marcas de mordiscos en forma de mandíbula. Me arrodillé a su lado y le sacudí el hombro. —Despierta. Soy yo, estoy aquí —le insistí.

Taylor volvió en sí y giró la cabeza para mirarme. Las nubes grises y aceradas empezaron a escupir lluvia, pequeñas gotas salpicaron su mejilla mientras movía las manos debajo de sí e intentaba incorporarse. —Joder, tío —dijo con voz ronca. —Lo siento. No quería preocuparte. Sólo estaba descansando antes de volver.

Si no hubiera conocido a Taylor de toda la vida, me habría asombrado de que pudiera estar tan tranquilo por haber recibido una paliza. —¿Qué ha pasado? Huelo Hexens. Dragones, también.

—Sí, me pillaron merodeando en la furgoneta —dijo Taylor, aceptando mi mano mientras le ayudaba a ponerse en pie.

Un gruñido se gestó en mi garganta. —¿Cómo?

—Vi pasar a David en su camión. Debí de reconocerme en el asiento del conductor porque pasó una segunda vez y, unos veinte minutos después, apareció con Colt y unos cuantos dragones —explicó Taylor—. Me sacaron de la furgoneta, me arrastraron hasta aquí y me dieron una paliza.

La culpa me invadió mientras rodeaba la espalda de Taylor con el brazo para apoyarlo. —¿Sabes lo del bicho?

—No que yo sepa —dijo Taylor, cojeando a mi lado—. No entraron en mi furgoneta, creo. Cuando me preguntaron qué estaba haciendo, sólo dije que tenía un pinchazo y que estaba esperando a que alguien me trajera una rueda de repuesto.

—¿Y se lo creyeron?

—Estaban más preocupados por enviar un mensaje, creo.

—¿Y qué mensaje era ese?

Taylor rio secamente. —Ese Eastpeak se ha ganado un enemigo en Dalesbloom por ponerse del lado de Grandbay.

—Por supuesto.

David Hexen siempre había sido un oportunista. Después de oír cómo había matado a su propio compañero de manada, Joseph Nym, me sorprendió -y me alivió- que no hubiera llegado a hacer lo mismo con Taylor. —Nos está amenazando —dije.

"¿Y está funcionando?

Llamé la atención de Taylor, pero ambos sabíamos que haría falta algo más que David arremetiendo contra nosotros. Taylor era demasiado leal para dejar que esas tácticas intimidatorias le disuadieran de nuestro plan. —Enséñame lo que has conseguido del bicho hasta ahora. Luego te llevaremos a mi casa y te limpiaremos.

Taylor asintió.

Al volver a la furgoneta, encontramos el teléfono y los auriculares de Taylor en el asiento del copiloto. Había accedido a los datos del micrófono en su teléfono y estaba escuchando la señal en directo mientras analizaba los niveles de audio de lo que el micrófono había grabado hasta entonces. Cuando los niveles eran bajos, significaba que no había ruido; un volumen más alto sugería que el micrófono había captado algo. Escuchamos unos diez minutos de audio - predominantemente pasos, probablemente de David en su camino desde su estudio a la puerta principal- antes de que un coche que pasaba junto a nosotros llamara nuestra atención. Ambos reconocimos al conductor como otro de los compañeros de manada de David, probablemente enviado a comprobar la furgoneta de Taylor.

—Deberíamos salir de aquí— decidí. No sería bueno que David me encontrara aquí, en el corazón de su territorio, pero al menos tenía una coartada, si realmente creían que Taylor había estado esperando una rueda de repuesto.

—Espera —dijo Taylor. Subió a la parte trasera de la furgoneta, vacilante por las densas heridas

que le recorrieran el cuerpo, y luego volvió a su asiento con otro teléfono y una bolsa de plástico verde oscuro. —Podemos grabar al menos unas horas más con esto. Pensaba instalarlo antes de irme. Con suerte, la lluvia no lo dañará.

—Toma, yo me encargo —Cogí el teléfono, abrí una aplicación y empecé a grabar el audio del micrófono—. ¿Estarás bien para conducir?

Taylor inclinó la cabeza hacia atrás y suspiró. —Sí. Lo conseguiré.

—De acuerdo. Nos vemos en mi casa.

Le cerré la puerta y esperé a que devolviera la furgoneta a la carretera. Entonces, envolví el teléfono en la bolsa de plástico y lo metí entre los juncos de la zanja. Era poco probable que consiguiéramos algo útil en las pocas horas de batería que le quedaban al teléfono mientras grababa, pero merecía la pena intentarlo. Si podíamos obtener algún tipo de información sobre cómo, dónde o cuándo pretendía Dalesbloom atacar Grandbay, podríamos utilizarla en nuestro beneficio.

El viento húmedo me trajo los aromas dulzones de Dalesbloom mientras volvía a mi coche. Me detuve a mirar entre los árboles, pero no vi a nadie. Si volvían aquí a investigar, era muy probable que encontraran el teléfono, así que solo podía esperar haberlo escondido lo bastante bien.

Tenía muchas cosas en la cabeza mientras conducía de vuelta a Eastpeak. Cuando llegué a la entrada de mi casa, volví a mirar el móvil y vi un mensaje de Aislin.

Supongo que la llamada no ha sido accidental, decía el texto.

Ambos sabíamos para qué la había llamado. No respondí al mensaje.

Después de ayudar a Taylor a llegar hasta la puerta de mi casa, lo metí dentro y envié un mensaje de texto a su novia, Bree: *"Taylor está herido. Necesito que vengas y lo llesves a casa. Lo estoy limpiando ahora."*

"No deberías haberle tendido una trampa a cinco minutos de Hexen Manor. Por supuesto que iban a encontrarlo", respondió, y la imaginé hablando con juicio y decepción, las únicas fuerzas lo bastante fuertes como para oponerse a su lealtad hacia mí. La culpa me golpeó de nuevo.

"Date prisa", le dije.

Taylor se sentó en el borde de la bañera acrílica blanca del cuarto de baño de la primera planta de mi casa. Hice que se desnudara hasta quedarse en calzoncillos, con la piel manchada de sangre oscura y seca, los párpados pesados y el pelo castaño despeinado. Con un paño húmedo y caliente, le limpié las heridas de sangre y suciedad como estaba acostumbrado a hacer. Durante nuestra infancia, él siempre había sido el más arriesgado. Cuidar de él había sido mi trabajo y, poco a poco, se había convertido en mi trabajo cuidar también de todos los demás.

Sonó el timbre, avisándome de la llegada de Bree. Había dejado la puerta abierta y entró como un huracán, quejándose de las heridas de Taylor y de lo tontas que habíamos sido. —No puedo creer que pensaras que era una buena idea sentarte en Hedge Road, como si nadie se diera cuenta de que estabas allí —me amonestó.

No me conmovió su crítica. —Tenemos un plan, Bree. Es importante que intentemos comprender el proceso de pensamiento de David.

Bree frunció el ceño y me quitó el paño para enjuagarlo. El agua rosa pálido se escurrió por el desagüe. —Taylor no es sólo tu peón al que puedes mandar a hacer lo que quieras.

—Está bien, Bree —dijo Taylor—. Soy su Beta. Este es mi trabajo.

—Tu trabajo es servir a tu manada, y lo haces mejor vivo que muerto —argumentó.

—Su trabajo es lo que yo determine —dije con calma.

Bree inhaló bruscamente y miró por encima del hombro. —Esto podría haber salido mucho peor. Da gracias de que no haya sido así.

Fruncí el ceño y, aunque tuve la tentación de recordarle quién estaba al mando, tuve la sensación de que no le importaría. En lugar de eso, la dejé que atendiera a Taylor mientras las preocupaciones se encendían en la volátil brasa de mi mente. Por supuesto, me preocupaba lo que podría haberle ocurrido a Taylor si David hubiera decidido tomar medidas más drásticas. Temía lo que iba a ser de Grandbay si no tomaba la decisión correcta. Temía lo que le pasaría a mi propia manada si David ganaba suficiente poder. Temía toda la muerte y destrucción que sobrevendría si se apoderaba del unicornio. Nada de lo que había hecho fue imprudente, pero ni siquiera yo podía prever todas las situaciones posibles.

Y eso incluía la llamada que recibí de David al teléfono fijo de mi estudio.

Al reconocer el número al instante, contesté. —David.

—Hola, Everett —me saludó con tono suave y premonitorio.

—Asaltaste a mi Beta hoy mientras estaba varado en el borde de la carretera. No estaba haciendo ningún daño; estaba esperando ayuda.

David tarareó. —¿Qué razón tenía para estar en Hedge Road en primer lugar?

Taylor y yo ya habíamos hablado de esto. —Iba de camino a una cita con el dentista; como recordarás, el dentista más cercano está en Dalesbloom.

—No estoy seguro de creerlo.

—¿Y cuál crees que fue la razón?

—No importa. El hecho de que mintiera diciendo que tenía una rueda pinchada es prueba suficiente de que tramaba algo.

Parecía que David se había tomado su tiempo para intentar validar la excusa de Taylor. Me sentí aún más afortunado de que no hubiera perjudicado más a Taylor después de darse cuenta de que había estado mintiendo.

—Tal vez leyó mal el manómetro —le dije—. Aun así, no te da derecho a agredirle.

—Todo vale en el amor y en la guerra, Everett

—suspiré—. Esto se nos está yendo de las manos. Tiene que haber algún compromiso al que podamos llegar.

—Es demasiado tarde para eso.

—Quiero hablar cara a cara.

David se quedó callado, considerando esto, pero algo me decía que sólo estaba tratando de crear una oportunidad a partir de mis demandas. —Muy bien. Mañana por la noche, te invito a la Mansión Hexen propiamente dicha.

—No. Quiero que nos encontremos en terreno neutral.

La agitación agudizó su voz. —De acuerdo. Nos reuniremos en la zona neutral entre nuestras fronteras.

—Mañana a las nueve de la noche —dije—. Sólo tú.

—Espero que seas sólo tú, también, entonces.

—Soy un hombre de palabra.

La sonrisa de su parte era casi audible. —Como siempre.

La llamada terminó rápidamente. Estaba asombrada de haberme puesto por fin en contacto con David. Incluso estaba dispuesto a hablar conmigo en persona. Parecía tranquilo, sensato, aunque podía oír la rabia arañándole. ¿Era posible que pudiéramos hablar del conflicto como aliados? Esta iba a ser mi primera oportunidad desde que se rompió nuestra amistad. Tenía que hacerlo con diplomacia y elegancia o, de lo contrario, arriesgarme a deteriorar aún más nuestra relación. Como había prometido, iría sola. Le demostraría a David que me tomaba en serio la preservación de nuestra alianza.

Este sería el primer paso para apagar la docena de pequeños incendios que habían surgido en la zona de Gunnison. Debía tener fe en que podría mantenerlos bajo control antes de que se fusionaran en algo peor.

Capítulo 5

Aislin

Decir que me sorprendió despertarme vivo sería quedarme corto.

Abrí los ojos con un fuerte grito ahogado y mi cuerpo se estremeció contra una oleada de dolor que, una vez más, se renovó con mi consciencia. Seis manos me agarraron por los brazos, me sostuvieron el cuello y me apartaron los mechones de pelo rojo de la frente mientras las voces se oían entrecortadas. No sabía quién se inclinaba sobre mí, pero las visiones del cielo nublado y el dolor de mi cuerpo me recordaron lo que había estado haciendo antes de esto: había estado luchando contra alguien. Asfixiándome. Perdiendo el conocimiento. Las manos que me rodeaban reavivaron la misma sensación de estar atrapada y mi primer instinto fue pensar que se trataba de Niko. Desorientada, aparté a la gente e intenté incorporarme.

—Aislin, relájate. Estás bien —canturreó una voz suave cerca de mi oído.

Una voz aún más familiar suspiró aliviada. —¡Mi niña! ¿Te encuentras bien? Estábamos tan preocupados.

Las palabras no bastaban para tranquilizarme, no cuando la opresión en el pecho me hacía sentir que me ahogaba. Me apoyé de lado y me temblaron los brazos al intentar sostenerme. Tosí roncamente en la hierba, con un sabor a cobre en los labios. Todo el mundo a mi alrededor me hablaba, me tocaba. Era tan abrumador que no pude reaccionar a nada; me quedé encorvada en el suelo hasta que finalmente se callaron, esperando a que respondiera. Las gotas de lluvia golpeaban suavemente mis brazos y se deslizaban por mi piel.

En mi mente se grabó la imagen de un lobo que se cernía sobre mí. Sus ojos grises estaban envueltos en una emoción incomprensible. Todo a la vez, o nada en absoluto. No sabía lo que sentía por mí, pero sabía quién era.

—¿Dónde está Niko? —raspé, finalmente levantando la vista.

A mi alrededor estaban mi madre, Billie y Muriel. Mi madre parecía la más angustiada, abrazada

a mí a pesar de mis frenéticos intentos de expulsar a todo el mundo de mi espacio personal. El dulce rostro de Billie estaba suave por la preocupación; mantenía las manos quietas, pero Muriel me sujetaba suavemente la muñeca como si hubiera estado suplicando mi atención. Ni siquiera me había dado cuenta de que me estaba tocando hasta ese momento.

Mi madre volvió a echarme el pelo hacia atrás, haciéndome callar. —No te preocupes por Niko. Tu padre ya se ocupó de él.

—¿Qué? —. Mi corazón sintió una punzada de pavor enfermizo. Buscando por el patio, no vi ni rastro de Niko ni de mi padre. —¿Dónde está?

—Se fue —dijo Billie.

Estupendo. Eso era jodidamente genial. Ya era bastante malo que pensara que yo era débil; ¡ahora tendría que justificar que la mitad de la manada viniera a rescatarme después de perder un combate contra él! —Cabrón —dije, tosiendo.

—¿Recuerdas lo que pasó? —preguntó Muriel.

—Muriel dijo que salió y te vio desplomada en brazos de Niko —añadió mi madre.

—No es nada —insistí, aborreciendo la idea de que los demás se enteraran de mi fracaso. Pero supongo que ya era demasiado tarde. Todos los intentos por aplacar mi mal genio fueron en vano. Me separé de todos y me levanté, balanceándome mareada y rechazando sus ofrecimientos de apoyo.

Había querido pedir ayuda a Muriel, pero de ninguna manera le pediría que me curara ahora, con todo el mundo mirando, juzgando.

Peor que enfrentarme a mi fracaso fue procesar la pesadilla que se apoderó de mí en mi estado inconsciente. Una vez dentro de la cabaña y en el cuarto de baño, donde por fin pude esconderme en soledad, las visiones del fuego pasaron ante mis ojos. Había sido tan real, tan repentino. Fue aterradora la forma en que el fuego salvaje me había rodeado, pero no más aterradora que las implicaciones del lobo que acudió en mi ayuda. Lo que experimenté no fue sólo una alucinación. Mi Sueño Lunar había golpeado, finalmente me conecta con mi compañero predestinado, justo cuando menos lo necesitaba. Aunque supongo que la Diosa de la Luna diría lo contrario.

Suspiré con el rostro entre las manos y luego me eché agua. El dolor no remitía, pero ya no sabía

a quién acudir en busca de alivio. Cuando volví al salón, esperaba que todo el mundo estuviera allí de pie, esperando verme, pero sólo estaba Billie. Sonreía, con un aspecto mucho más desarmada de lo que podría hacerlo cualquier otra persona.

—¿Siguen todos fuera? —pregunté, con la voz entrecortada.

Billie negó con la cabeza. —Tus padres están llevando a Muriel al hotel.

Aunque quisiera tragarme mi orgullo y pedir ayuda, ahora no tenía suerte.

Arrastré los pies hasta el sofá y me senté junto a Billie, mirando fijamente a la nada y bajando poco a poco mis muros lo suficiente como para confiar en ella. Al menos no me juzgaría. —Había estado entrenando con Niko.

—Eso es lo que dijo —respondió Billie en voz baja.

—¿Dijo cómo terminó?

Se mordió la mejilla, pero no pude saber si se resistía a decírmelo o sólo pensaba. —Dijo que ganó.

Seguramente lo dijo con ese acento sórdido y satisfecho de sí mismo, como si estuviera orgulloso de lo que había hecho. —El cabrón me estranguló hasta que me desmayé —murmuré.

Billie enarcó las cejas. —¿Él te hizo eso?

—Mm-hmm.

—Eso es horrible. ¿Por qué haría eso?

—Estaba enfadado conmigo por haber abandonado el sparring ayer.

Billie me miró de arriba abajo, pero sentí que sus ojos se detenían en mi garganta. No creía que me salieran moratones por lo que me había hecho Niko, pero no me cabía duda de que me había dejado otras marcas. La mirada de Billie me hizo cosquillas y me cohibió de repente, deseando retirarme a la soledad una vez más.

Durante medio segundo, consideré preguntarle cómo se había sentido después de experimentar su Sueño Lunar con Gavin, pero sabía que hacerlo me delataría. Era mejor guardármelo para mí,

al menos hasta que mi compañero predestinado nos descubriera.

Extrañamente, siempre pensé que Gavin acabaría siendo mi pareja predestinada. Odiaba admitir que me había enamorado de él cuando éramos más jóvenes, pero eso murió cuando empezó a salir con Catrina. No me resultaba extraño que Billie fuera su pareja ahora; no lo sentía como una oportunidad perdida o como si me hubieran quitado algo. Pero a veces, cuando pensaba en Billie y Gavin, sentía envidia. No porque quisiera estar con Gavin, sino porque su conexión parecía desarrollarse de forma tan natural después de tener la oportunidad de pasar tiempo juntos. No creía que eso fuera a pasar nunca conmigo y el hombre con el que compartía un vínculo predestinado.

—Aislin, ¿estás... bien? —me preguntó Billie.

La verdad sobre lo mal que me encontraba me erizó la piel. La miré y sonreí, conteniendo las ganas de toser. Apreciaba su amabilidad, pero después de todo lo que había pasado, ahora sentía que necesitaba estar sola.

Billie acabó marchándose diez minutos después. Tumbada en uno de los dormitorios, consideré la posibilidad de echarme una siesta, pero el sueño no llegaba fácilmente. Tenía la mente acelerada y me dolía la garganta. Se me ocurrió que podía transformarme en lobo y eso podría ayudarme a curar los pulmones o empeorar la herida, pero en aquel momento estaba dispuesta a correr el riesgo.

Una lluvia constante caía sobre el patio como una cortina de plata. Después de despojarme de la ropa en la cabaña, salí, saboreando el aire fresco y húmedo y mostrando mi piel desnuda al cielo. Por una vez, inspiré y llené mis pulmones sin estremecerme. La lluvia resbalaba por mis hombros pecosos y me pegaba el pelo a la espalda. Levanté la barbilla y cerré los ojos, olvidando por un momento todos mis problemas. Entonces, mi cuerpo se sacudió y comenzó la transformación.

El calor corría por mis venas, la sangre hervía mi carne. Mi piel se tensó sobre los huesos que se agrietaron y alargaron, el calcio adoptando nuevas formas para favorecer mi metamorfosis de humano a bestia. Intrínsecamente, era un proceso doloroso, pero lo había hecho tantas veces que, a estas alturas, lo sentía más como una agradable quemadura que se apoderaba de mi cuerpo, dándome la bienvenida de nuevo a la fisiología de la naturaleza salvaje. Como si saludara a un viejo amigo. Mi lobo cantó de alivio al sentirse libre de nuevo, y las volutas de pelo rompieron la superficie de mi piel. En mi boca, hileras de dientes depredadores, y sobre mi cabeza, orejas

hábiles para escuchar.

Pero pronto perdí la claridad en mi pecho. La transformación perforó una vez más mis pulmones y me asfixió, arrancándome la satisfacción que pudiera haber sentido al convertirme en lobo. Gorgoteé de dolor y acabé tirada en la hierba, jadeando, saboreando la sangre.

Se parecía demasiado al Sueño Lunar.

Gruñendo para mis adentros, por fin conseguí ponerme en pie, pero las esperanzas que tenía de adentrarme en el bosque y aislarme se vieron frustradas por el sonido de un motor que se acercaba. Vi detenerse un coche y me tensé, reconociendo a la persona que se apeaba, sorprendida por el descaro que tenía para estar aquí. Era Sebastian Hicks, el hombre de la Guardia de los Mitos.

Me vio inmediatamente y me saludó. —Aislin Mundy, ¿verdad?

Levanté la cabeza. Un trueno desafiante retumbó entre mis dientes y mi cola se alzó sobre mis caderas.

—No quiero problemas —dijo Sebastian—. Sólo me preguntaba si podría hablar con Muriel.

Lástima que yo fuera un lobo, si no lo habría mandado a la mierda. Puede que Gavin y yo no tuviéramos un vínculo predestinado, pero eso no significaba que careciéramos de la misma mentalidad. Los guardianes de los mitos no eran bienvenidos aquí después de todo lo que habían hecho o, mejor dicho, habían dejado de hacer.

Sebastian miró detrás de mí hacia la cabaña, protegiéndose los ojos de la lluvia. —¿Está dentro?

Sacudí la cabeza.

—Oh. ¿Dónde está?

¿Creía que le iba a dar esa información sin más? La punta de mi cola se crispó; entonces, cuando sentí que no estaba captando el mensaje, azoté mi cola en su lugar, acercándome y enseñando los dientes. Sebastian levantó las manos y retrocedió.

—Mira, no necesitamos complicar esto. Lo único que quiero es hablar —dijo Sebastian.

¿Qué más tenía que hacer para entenderlo, morderlo?

—Aislin —dijo con calma—, la Guardia de los Mitos no quiere hacer daño. Tú más que nadie deberías saberlo. Querías unirte a la Guardia de los Mitos, ¿verdad?

Dudé a medio paso, pero el hecho de que mencionara mi sueño más precoz me erizó la piel. No tenía derecho a recordarme las cosas que nunca había sido capaz de lograr.

—Si cooperas conmigo, puedo ponerte en contacto con un agente de reclutamiento.

Nunca les había interesado darme una oportunidad. Siempre me habían rechazado alegando que ya había un corresponsal en la zona de Gunnison. No era una oferta sincera basada en los méritos de mi habilidad. Sólo intentaba manipularme para que le dijera dónde estaba Muriel, y tuvo suerte de que yo no supiera hablar, o ahora mismo estaría echándole la bronca.

—¿Está en casa de Gavin?

Saqué la lengua y me la pasé por la nariz.

—¿O en casa de tus padres, tal vez?

Entrecerré los ojos. Podía adivinar todo lo que quisiera, pero yo no cedería.

Sebastian se pasó los dedos por el pelo. —Es importante que los metamorfos que colaboran con la Guardia de los Mitos sean cooperativos. Si no vas a trabajar conmigo, no sé hasta qué punto puedo garantizar tu lugar en la organización.

¿Me estaba regañando ahora? Solté una burla lobuna.

—De hecho, clasificamos a los metamorfos en nuestra base de datos basándonos en su comportamiento —. Habló como si tratara de educarme—. Por lo que recuerdo, estás categorizada como legal, pero siempre has mostrado un gran potencial para ser ascendida a favorable. Everett March apostó por ti como uno de nuestros tres principales candidatos si tuviéramos que contratar a otro corresponsal.

Lo dudaba. El nombre me quemaba.

—Pero si vas a resistirte, puede que tenga que pedir que te recategoricen.

No era una gran amenaza, pero me molestaba, porque sabía que perder mi condición de legítima eliminaría cualquier posibilidad de unirme a la Guardia de los Mitos. Nunca tendrían en cuenta a

una metamorfa categorizada como hostil, y ahora Sebastian Hicks estaba ante mí, advirtiéndome de que me haría exactamente eso. Destruiría el sueño de mi infancia ante mis propios ojos.

No sólo me molestó. Me cabreó.

Todos los hombres últimamente parecían pensar que podían derrotarme. Niko, llamándome cobarde y descargando su ira conmigo. Sebastian, chantajeándome para que traicionara a mi Alfa. Esperaba la misma ignorancia machista de mi prometido, y ese pensamiento fue lo que me llevó al límite, convirtiendo todo y a todos en insufribles. La ira que se agitaba en mi interior era feroz. No podía controlarla cuando mi bestia decidía actuar.

Gruñendo, me abalancé sobre Sebastian y chasqueé los dientes, empeñada en castigarle por amenazarme.

Sebastian maldijo y tropezó hacia atrás. —¡Señorita Mundy! ¡Este tipo de comportamiento es completamente inaceptable!

En ese momento, me daba igual. Se me erizaron los pelos como cuchillas entre los hombros. Mi cuerpo se impulsó hacia delante, con las mandíbulas abiertas buscando las partes de él que tenía más cerca: su mano y sus pantalones. El pánico se encendió en los ojos de Sebastian cuando se dio cuenta de que no estaba fingiendo, hablaba en serio sobre lo mucho que me había enfadado. Quería hacerle daño. Cuando se dio la vuelta para huir, me abalancé sobre su tobillo, pero sólo conseguí agarrarle la pernera del pantalón con los dientes, rasgando la tela en su desesperado intento de escapar. Me dio una patada y salió corriendo hacia su coche. Le perseguí, deseoso de sangre.

La vocecita racional en el fondo de mi cabeza me decía que estaba cometiendo un error irreversible, pero no podía parar. Excepto que no era tanto yo quien lo hacía, sino mi bestia, ¿verdad? Esta ira incontrolable siempre me había atormentado. Tal vez no tan descaradamente como a Gavin, pero lo suficiente como para empujarme a luchar. Fue lo que me había hecho luchar contra Niko y me hacía querer luchar en ese momento.

La puerta del coche de Sebastián se cerró de golpe y yo raspé el metal con los colmillos, rasgando la pintura y abollando el panel. Como no podía alcanzarlo, golpeé el retrovisor lateral con la pata, mordiéndolo y retorciéndolo. Sebastian arrancó el coche y dio marcha atrás. Le perseguí, evitando que me atropellara mientras él daba la vuelta al coche, chasqueando los neumáticos sin pensar hasta que se precipitó por la carretera y se alejó de la cabaña.

El corazón me latía tan fuerte que casi me olvido de respirar. Esta vez no era fácil respirar bajo la lluvia. La espalda me subía y bajaba en respiraciones entrecortadas mientras miraba el vehículo que huía.

No había duda de que oiría hablar de esto más tarde. Sabía exactamente de quién lo oiría, también.

Cuando volví a mi forma humana y consulté mi teléfono por primera vez desde mi encuentro con Niko aquella mañana, vi la llamada perdida de mi compañero predestinado. Su nombre en texto rojo indicaba que no lo había cogido. Everett March.

La llamada había entrado poco después de nuestro Sueño Lunar, pero yo seguía tan enfadada que quería invitarle a que me criticara en ese mismo momento. Le envié un mensaje de texto: *Supongo que eso no fue una llamada que se disparó sola, y luego esperé.*

Nunca contestó.

La rabia me consumía. No sabía qué hacer conmigo misma.

Capítulo 6

Everett

Al caer la tarde, me había enterado del ataque de Aislin contra Sebastian. Había confesado con cierta culpabilidad que se había encargado de visitar Grandbay y hablar con Muriel en nombre de la Guardia de los Mitos, dejando que la molestia se enconara silenciosamente detrás de mis labios. No me atrevía a expresar lo que sentía al respecto. Aunque yo fuera el Alfa de Eastpeak y corresponsal de la Guardia de los Mitos, Sebastian seguía teniendo superioridad sobre mí. La Guardia de los Mitos podía perfectamente tomar decisiones sin consultarme si lo consideraba oportuno y, al parecer, habían decidido entre ellos que valía la pena intentar una visita a Grandbay sin mi aprobación ni siquiera sabiendo de la idea. Sebastian tuvo que aprender por las malas lo mal recibido que era la Guardia de los Mitos. No me sorprendió que Aislin hubiera perdido los estribos de esa manera. Era demasiado tonta y agresiva para ser una candidata legítima para trabajar con la Guardia de los Mitos. A pesar de todos los intentos que había hecho para unirse, ni una sola vez había respondido por ella.

Sebastian tuvo suerte de que tuviéramos que trabajar juntos tan estrechamente; de lo contrario, mi enfado con él habría dejado a la Guardia de los Mitos fuera de los asuntos de Eastpeak durante los dos días siguientes. Sin embargo, no podía permitirme perderlos como recurso, sobre todo teniendo en cuenta mi inminente encuentro con David Hexen.

Insistí en ir solo, como le había dicho a David que haría. Sebastián me instó a reconsiderarlo, pero no podía permitirme que David descubriera otro engaño. Aquella noche, me transformé y me llevé una bolsa de ropa hasta las afueras del territorio de Eastpeak, escalando la ladera de la montaña con pies hábiles a pesar de mi tamaño. Me había criado en la montaña y, aunque el terreno de Gunnison se parecía más a altas colinas que a verdaderas montañas, mis compañeros de manada de Eastpeak y yo éramos notablemente más ágiles que nuestros vecinos.

El olor a Dalesbloom contaminó el aire en cuanto llegué al perímetro. Comenzó a entrelazarse con el hedor de los dragones, transportando una podredumbre dulce y floral que ofendió mi olfato. Fui el primero en llegar, por lo que pude ver, y volví a mi forma de lobo. En la oscuridad, me vestí con unos vaqueros y una camiseta. El cielo nublado se había despejado a medida que

avanzaba el día, y ahora la luz de la luna se reflejaba en la centelleante humedad que cubría los árboles y la hierba, haciendo que el bosque se volviera sereno.

Esa serenidad se evaporó cuando la agitada oscuridad reveló que alguien se acercaba a mí. Intenté no revelar mi incomodidad en la postura de mi cuerpo, pero mis músculos estaban rígidos igualmente. Por la estatura del hombre y su porte, supe que era David. Lo que no esperaba era la segunda persona que apareció por detrás de él.

La única tranquilidad que sentí fue reconocer que era Colt, y no ninguno de los dragones.

Padre e hijo estaban ante mí, más pálidos de lo que recordaba. Sus cuerpos estaban cubiertos de heridas cicatrizadas, y el olor a costras y antibióticos flotaba entre su almizcle natural. David tenía la barba sin afeitar y las cejas oscuras sobre los ojos y bajo las arrugas de la frente. A su lado, Colt se había metido las manos en los bolsillos de la chaqueta; estaba encorvado con el peso del mundo sobre los hombros. Sus mejillas, normalmente bien afeitadas, habían empezado a desaliñarse. Ninguno de los dos parecía estar llevando muy bien la muerte de Catrina.

Decidí no señalar que David se había salido de nuestro acuerdo de vernos a solas. La empatía daba sentido a su decisión de traer a Colt consigo, ya fuera por apoyo moral y emocional o simplemente para mostrar a su hijo cómo llevar a cabo los asuntos de un Alfa. El plan de Grandbay de buscar un nuevo alfa seguía presente en mi mente, y mi empatía se vio cuestionada al darme cuenta de que si David estaba entrenando a Colt para que lo siguiera, eso significaría entrenarle en los hábitos de un tirano.

Pero tal vez no era eso lo que estaba pasando. Quizá David y su hijo sólo buscaban consuelo en la poca solidaridad familiar que les quedaba. No podía asentar la indecisión que sentía, teniendo en cuenta que David y Colt habían atacado a Taylor apenas unas horas antes.

—Dime, en serio: ¿corren peligro mis compañeros de manada si tropiezan con tus subordinados o con los dragones? —comencé.

David giró el cuello y me di cuenta de que estaba decidiendo hasta qué punto ser sincero conmigo. —Cualquier metamorfo que no esté alineado con Dalesbloom está alineado contra nosotros —dijo—. Hemos dejado claras nuestras intenciones. Si te interpones en nuestro camino, te eliminaremos.

Su voz era fría y carente de emoción. Habitualmente suave, David carecía ahora del carisma que solía emplear para ganarse a quienquiera que fuera su interlocutor. Eso era preocupante, porque

un hombre que no se preocupaba por las apariencias era un hombre que no dudaría en tomar decisiones cuestionables.

—Mis compañeros de manada no han hecho nada para desairarte, David. No merecen ser castigados por las acciones de Grandbay, ni por las mías.

—No me importa si tus compañeros de manada están recién salidos del útero. Como dije, o estás con nosotros o contra nosotros.

Mis puños se cerraron. —¿Los matarías?

—Casi mato a Taylor —confesó David—. Si no fuera porque la Guardia de los Mitos estaba esperando una excusa para acabar con mi manada, lo habrías encontrado muerto. Y tú habrías sido el siguiente.

Su crueldad me produjo un escalofrío. —Así que lo único que te impide masacrarnos es el tecnicismo que impide a la Guardia de los Mitos destruirte.

—La Guardia de los Mitos confirmó que no intervendrán hasta que matemos a alguien. No tiene sentido desafiarlos hasta que estemos más cerca de conseguir lo que queremos.

—Que es Muriel —señalé.

David torció la boca.

La implicación era que David tenía toda la intención de eliminar Grandbay, y posiblemente mi manada, también, pero no hasta que tuvieran en sus manos el unicornio. En ese momento, David parecía seguro de que, en su forma de Lycan, no tendría que preocuparse por la Guardia de los Mitos. O bien veía sus esfuerzos inútiles, o simplemente no le importaba el destino de Dalesbloom después de haber conseguido lo que quería.

Elegí mis siguientes palabras con cuidado. —No tiene por qué ser así. El ritual Lycan no satisfará lo que te falta. Te destruirá —murmuré.

Colt miró a su padre, pero David me miró fijamente. —No sabes el alcance de lo que me estoy perdiendo, Everett. Tampoco entiendes lo que me motiva a ponerme del lado de los Inkscales. He oído la difícil situación de Lothair directamente de boca del dragón, y es mucho más conmovedora que cualquier cosa que la Guardia de los Mitos te hubiera contado.

—La Guardia de los Mitos dicen ser defensores de los cambiaformas, pero nos oprimen más de lo que nos protegen. No sólo a los dragones, sino también a los lobos. La forma en que nos observan, como si fuéramos criminales, esperando a que cometamos un error. Miman a la humanidad como si los propios humanos no hubieran cometido los peores crímenes de todos. Destruyen el mundo que debería pertenecernos. Nos empujan hacia rincones de los que no podemos salir, y luego nos sentencian a muerte cuando por fin mordemos el anzuelo. He visto la forma en que te tratan, sosteniendo recompensas sobre tu cabeza como si no fueras más que un estúpido chucho. El mejor amigo del hombre es un cambiaformas, ¿verdad?

Cuanto más decía, más enfermo me sentía que se lo creyera. No sólo eso, sino que intentaría hacérmelo creer a mí también. —La Guardia de los Mitos siempre me ha tratado con justicia. Mantienen el orden en un mundo que, de otro modo, vería a los metamorfos crucificados por su existencia.

—La Guardia de los Mitos espera que nos comportemos lo mejor posible y luego nos pone pegas por aspectos de nosotros mismos que no podemos evitar —replicó David, hablando rápido—. La naturaleza es salvaje: eso es lo que somos. No todos tenemos la suerte de estar marcados por una pareja predestinada para controlar a nuestras bestias. Mi hijo, si perdiera el control de su lobo y matara tres ciervos en lugar de uno, ¿crees que merecería una sanción por exceso de caza? Tu amigo Gavin, si perdiera el control y asaltara un campamento en busca de su comida, ¿merecería la eutanasia por ello?

—Si las acciones de los metamorfos ponen en peligro a quienes nos rodean, entonces sí, esos individuos merecen ser corregidos —razoné.

David se burló de mí. —Esto viene de un hombre que nunca ha tenido las agallas de darle las riendas a su lobo.

—Mi lobo sale sólo cuando lo necesito —respondí con dureza—. Un Alfa debe tener control sobre sus facultades, en exceso.

—Y sin embargo te alineas con un joven propenso a las rabietas —dijo David.

—Gavin está marcado. Será más sabio en el futuro, si le das una oportunidad en vez de arrancarle Grandbay.

—No estoy en desacuerdo con el temperamento de Gavin. Como he dicho, la naturaleza es salvaje. La naturaleza se ha desgarrado a sí misma durante millones de años. Mi intención es que

vuelva el orden natural.

La certeza de David era ominosa. Todo este tiempo, sentí que había estado conteniendo la respiración. —¿Estás de acuerdo con él, Colt?

El joven Hexen se puso rígido, no esperaba tener mi atención, y parecía que David tampoco. Su cara se torció de fastidio.

Colt bajó la mirada. —No actúes como si tuvieras la moral alta, Everett —dijo amargamente—. Estabas allí cuando Gavin mató a mi hermana.

—Una ofensa en represalia por las muchas que ya habían cometido los Hexen.

—¡Ella no merecía morir! —gritó Colt.

Su ira alimentó la mía. —Ella mató a Joseph Nym, Colt. No puedes creer que era inocente.

—No te atrevas a faltarle el respeto a mi hija —cortó David—. Ella era más fuerte que cualquiera de ustedes, patéticas excusas de Alfas.

No habría forma de hacer comprender a David lo equivocado de su proceder, ni de convencerle de que cambiara de opinión sobre lo que ya había hecho y lo que pensaba hacer a continuación. La situación de Lothair era persuasiva, sobre todo cuando David ya había perdido tanto. Ahora, en un intento desesperado por recuperar su dignidad, utilizaría el ritual Lycan para reclamar lo que le había sido arrebatado. Libertad, venganza. Control, en cierto sentido. Control no significaba necesariamente racionalidad. Sólo significaba dominación.

—Comprende que tus acciones pondrán fin a nuestra alianza —le dije.

—Ya te comprometiste al distanciamiento cuando enviaste a tu Beta a espiarnos —gruñó David.

Se me revolió el estómago de miedo de que hubieran encontrado el teléfono o descubierto el fallo en su sistema de alarma.

—Además, tarde o temprano, Everett, tu lealtad a la Guardia de los Mitos traerá tu muerte. Si no del cuerpo, entonces del alma. Los lobos no están hechos para servir al hombre.

No. Estaba equivocado. No servíamos a nadie, éramos libres... ¿no?

En cualquier caso, nuestra reunión había llegado a su fin. Había terminado de negociar con David y estaba deseando volver a la seguridad de mi territorio, pero parecía que David tenía otras ideas.

Las sombras que nos rodeaban se separaron y se transformaron en más cuerpos. Mi dificultad para respirar había afectado a mis sentidos, o tal vez estaba tan distraída con los Hexen que no me había dado cuenta del hedor a aceite quemado que había empezado a impregnar el aire. Unos gruñidos bajos y diabólicos perforaron la noche y, antes de que pudiera ponerme en una posición más segura, me rodearon. Cinco dragones se deslizaban a nuestro alrededor, con sus alas ondeando en la oscuridad, borrando el cielo.

—Dijiste que vendrías solo —disparé a David.

—Todo vale en el amor y en la guerra —repitió encogiéndose de hombros.

Pero no planeaba matarme. Sólo castigarme por oponerme a él, como había advertido que haría.

Evaluando mi entorno, me di la vuelta y busqué una ruta de escape, pero la oscuridad era demasiada en el bosque como para ver por dónde podía ir. Los dragones se cerraron a mi alrededor y, detrás de ellos, vi a David sonriendo antes de coger a Colt del brazo y desaparecer de mi vista, dejándome entre el crujir de dientes. Maldije en voz baja, con las tripas cuajadas de un pánico inusitado. Nunca me entraba el pánico. Siempre tenía la situación bajo control. ¿Pero cinco dragones...? No creía que pudiera soportarlo.

Se abalanzaron sobre mí desde todas las direcciones. Uno de ellos me dejó sin aliento y me tiró al suelo. Otro me agarró del brazo y empezó a arrastrarme mientras yo gruñía de dolor. Unos dientes me atraparon la pierna y me arrastraron en otra dirección, mientras los dragones se disputaban mi cuerpo. En ese momento, me sentí indefensa, como si no fuera más que un juguete para masticar. —¡Suéltame! —grité—. ¡Aargh!

Sólo sentía agonía cuando los dragones caían sobre mí, destrozando la carne de mis brazos y piernas. Mis ropas se desgarraban bajo sus garras y su masa retorcida me asfixiaba. Intenté apartarlos sin éxito. Si hubiera estado en mi forma de lobo, al menos podría haberme defendido, pero como humano no podía hacer nada. Tal vez, en cierto modo, David tenía razón: la necesidad de la Guardia de los Mitos de que los metamorfos se disfrazaran me había despojado de mis defensas. Pero yo era humana por más razones que porque la Guardia de los Mitos dijera que tenía que serlo. Fue decisión mía. David estaba equivocado. Esta vulnerabilidad no tenía

nada que ver con ellos. Pateé y pinché los ojos de los dragones, pero fue inútil. Podrían haberme desmembrado si David se lo hubiera ordenado.

En cuanto me quitaron los dientes de encima, me puse de pie y eché a correr. Pero la opresión en el pecho me impidió llegar lejos. No podía respirar. Tropezaba y jadeaba, y sentía como si tuviera líquido en los pulmones en lugar de aire. Los dragones se me echaron encima en un instante, aprovechando cualquier oportunidad para atacarme.

Yo era un Alfa. Debería haber sido lo bastante fuerte como para rechazarlos, y aunque no fuera por mí mismo, mi compañera predestinada debería haberme dado la fuerza para hacerlo. Pero fuera lo que fuera lo que le pasaba a ella, se había convertido en algo que me pasaba a mí. Me arrastró hasta el suelo y me hizo ahogarme, y mientras sufría la ira de los dragones, no odiaba a nadie más que a Aislin Mundy por haberme hecho esto.

Capítulo 7

Aislin

No solía sentir vergüenza, pero tras mi furia contra Sebastian, dudaba en mostrar mi rostro a nadie. Tenía la ligera sospecha de que mi prometido no tardaría en enterarse, y si Sebastian había dicho la verdad -que realmente era una candidata para unirme a las filas de la Guardia de los Mitos-, no creía que pudiera soportar la decepción que seguiría a mi arrebato.

Lo más fácil para mí era sentarme tranquila en mi apartamento, lejos de todo el mundo, y no someter a mis pulmones a ningún esfuerzo adicional. Más fácil... físicamente, supongo. Todo el mundo conocía mi afición a meter las narices en los asuntos de la gente, y normalmente estaba involucrada hasta cierto punto en los asuntos de Grandbay. Les parecería extraño, sin duda, que de repente me mantuviera al margen. Creo que ese hecho me hacía querer esconderme aún más. En cuanto dejara de comportarme como siempre, todos sabrían que algo iba mal, y yo no quería confesar que así era.

Muriel debía quedarse en mi casa esta noche. Tal vez podría templar mi orgullo lo suficiente como para pedirle ayuda, y entonces el dolor de mi pecho se aliviaría y podría demostrarle a Niko de una vez por todas mis capacidades como luchador.

De hecho, mi dolor había empezado a remitir hasta el anochecer, cuando de repente me asaltaron los dolores. No sólo en el pecho, sino en todas partes, y fue tan chocante que me sacudió de la siesta en la que casi me había sumido. Jadeé bruscamente y me tumbé en el sofá, debilitada, mientras me preguntaba de dónde procedían aquellos dolores.

Toda la noche estuve esperando noticias de Gavin. Me sorprendió el alivio que sentí cuando sonó el teléfono y vi que aparecía el nombre de Gavin. —Hola —le saludé, haciendo acopio de fuerzas para hablar sin ronquera.

—Ais, ¿dónde estás? —preguntó Gavin.

—Estoy en casa. Mi habitación de invitados está lista para Muriel.

Gavin hizo una pausa. —Bien—. Unos segundos después, continuó—. ¿Puedes venir a la cabaña?

El matiz de incertidumbre en su voz hizo que se me apretara el estómago. —Sí, ¿para qué?

—Es Everett. Tenemos algunos asuntos que resolver.

Oh. La forma en que lo dijo implicaba fuertemente que los problemas eran conmigo. Pero no tenía que adivinarlo. Ya sabía de qué se iba a tratar y odiaba la culpa que el tono de Gavin sembraba en mí.

—No tardaré en llegar —dije, a pesar de las ganas que gritaban en mi interior de salir corriendo.

Se acercaba la medianoche cuando llegué a la cabaña. En cuanto salí del coche, el hedor de la sangre invadió el aire y me hizo ahogarme. Supe al instante que la sangre pertenecía a Everett: tenía el olor a madera propio de los lobos de Eastpeak. La curiosidad luchó con el miedo mientras me dirigía a la puerta. Fue la primera persona que vi al entrar.

Everett March estaba de pie en la cocina, empapado de sangre. Llevaba el pelo largo suelto por los hombros, oscuro por la grasa y la suciedad. Tenía la piel arañada y hecha jirones, y la sangre manchaba las evidentes heridas que debía de haberse hecho hacía apenas unas horas. Incluso su nariz, normalmente orgullosa y fuerte, estaba golpeada y tenía sangre coagulada en el vello facial. Estaba claro que se había cambiado de ropa desde el altercado, pero los vaqueros y la camisa verde abotonada que había elegido ya estaban manchados de sangre que se escapaba de las vendas con las que se había envuelto. De repente comprendí de dónde procedían los misteriosos dolores que me habían asaltado antes. En el momento en que aparecí en el umbral de la puerta, los adustos ojos grises de Everett se alzaron hacia mí, con una mirada de máxima decepción que sentí en lo más profundo de mi alma.

Este era mi compañero predestinado, y no se alegraba de verme.

Supongo que yo tampoco me alegraba mucho de verle.

—¿Qué te ha pasado? —solté.

Las cejas de Everett se doblaron furiosamente sobre sus ojos, pero eso fue todo lo que se permitió mostrar. Su voz era sorprendentemente tranquila cuando respondió: —Me tendieron una emboscada los Inkscales.

Me pareció detectar notas de aceite quemado a su alrededor. —¿Dónde?

—Entre Eastpeak y Dalesbloom. Como le decía a Gavin, había ido a reunirme con David.

—Mierda —dije en voz baja, mirando a Gavin. En realidad, la persona cuya reacción quería ver era Billie, pero no estaba aquí. Probablemente para mejor—. Supongo que la reunión no fue bien.

Everett me frunció el ceño con dureza. —David está decidido a realizar el ritual Lycan. Desprecia lo que ha sido de los metamorfos y lo que considera sumisión a la Guardia de los Mitos. Y si no te conociera mejor, pensaría que compartes su opinión.

Ahora que el centro de la conversación se había vuelto hacia mí, me ericé. —¿Qué se supone que significa eso?

—El truco que hiciste con Sebastian, atacándolo.

La irritación me corroía. Puse los ojos en blanco y me aislé de Everett cruzando los brazos sobre el pecho.

—Estaba siendo un imbécil, pensando que le diría dónde estaba Muriel —. Volví a mirar a Gavin, desesperada por su apoyo en el asunto—. No iba a darle a la Guardia de los Mitos la oportunidad de recuperarla.

Gavin parecía indeciso, como si quisiera darme la razón, pero no delante de Everett. —No deberías haber ido tras él —me dijo Gavin.

¡Eso me molestó aún más! —Como sea, no fue como si lo hubiera mordido.

—Lo intentaste —dijo Everett.

—Bueno, entonces supongo que por fin tendría la oportunidad de ver el mundo desde la perspectiva de un metamorfo —respondí con sarcasmo.

Everett gruñó, claramente no divertido conmigo. —Lo que hiciste fue imprudente y grosero. Para alguien que quiere trabajar con la Guardia de los Mitos, desde luego no sabes mostrarles ningún respeto.

—Que se jodan. No voy a jugar limpio con alguien que nos manipula para conseguir lo que

quiere —respondí.

Mi enfado sólo pareció alimentar el de Everett, porque había mantenido la calma hasta que empecé a insultarle.

—Tu insolencia es vergonzosa —replicó—. Algún día representarás a Grandbay como Beta de Gavin, y tus acciones definirán las opiniones que se formen sobre tu manada.

—Oh, seguro que ya he influido en una o dos opiniones —me burlé.

—Puedo asegurarte de que has influido en la mía —dijo Everett—. Me desconcierta haberme relacionado con gente como tú. Tú —agregó señalándome con el dedo—, que no aceptas un no por respuesta, no controlas tu ira y crees que puedes crear problemas sin afrontar las consecuencias.

—¿De qué coño estás hablando?

—No creas que no lo siento —me gruñó Everett—. ¿Qué les pasa a tus pulmones?

Cuando dijo eso, Gavin miró con curiosidad al Alfa de Eastpeak.

Por reflejo, contuve la respiración. Ya notaba cómo se intensificaba la opresión, las ganas de toser. Cerré la garganta para sofocar la molestia, pero mi ira ya estaba agitando la herida hasta el punto de hacerla insoportable. No quería contestar a Everett, pero Gavin también me miraba expectante y no creía que esta vez pudiera darme la vuelta y marcharme sin más.

—Es sólo una pequeña congestión en mis pulmones —murmuré.

—Es más que eso —dijo Everett.

—¿Qué eres, un curandero?

—Deberías ver uno —dijo—. No sé por qué estás siendo difícil con esto.

—Porque no es asunto tuyo.

—Ais, ¿qué les pasa a tus pulmones? —presionó Gavin.

No quería desentenderme de él como de todos los demás. Tan discretamente como pude, intenté aclararme la garganta, pero acabé carraspeando de todos modos.

—No sé. Alguien me golpeó muy fuerte cuando nos enfrentábamos a Dalesbloom y los Inkscales.

—¿En las costillas? —Gavin se acercó y su rostro se ensombreció de preocupación.

Di un paso atrás. —Sí. Está bien.

—Apenas puedes respirar —dijo Everett.

Era realmente jodidamente agravante que Everett de repente estuviera al tanto de todo lo que yo podía sentir. Yo también sentía todo lo que él sentía, pero al parecer Everett no sentía nada en absoluto porque lo único que había experimentado desde nuestro Sueño Lunar compartido era el dolor en el pecho. Bueno, excepto por todo el daño que había recibido esta noche, pero ¿en el aspecto emocional? Nada. Le enseñé los dientes. —Si la gente me dejara en paz, podría curarme.

—Si es tan grave, Ais, necesitas que te lo miren —dijo Gavin.

—No es tan grave.

—Es así de grave —argumentó Everett.

—¿Es eso lo que te impidió entrenar con Niko? —preguntó Gavin.

—Los dos tenéis que apartaros —dije a la defensiva.

—Ais, estamos preocupados —dijo Gavin.

Everett se tensó y miró entre nosotros. —No me importan las decisiones estúpidas que tome tu compañero de manada, pero cuando me afectan a mí, ahí es donde tengo que intervenir.

—Espera un segundo —interrumpió Gavin—. ¿Sientes su dolor? ¿Estás...? —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Has tenido un Sueño Lunar?

—Es mi compañera predestinada —dijo Everett, completamente indiferente a la revelación.

Pero oírlo en voz alta hizo que se me retorcieran las entrañas. Everett lo dijo como si no significara nada para él. Para mí tampoco significaba nada, estaba segura, pero tampoco esperaba que me doliera tanto como cuando lo trataba como un inconveniente.

Gavin se tapó la boca con la mano y miró pensativo entre nosotros. —Ella no es parte de tu

Línea Alfa, ¿verdad?

—El abuelo de Gretel es originario de Eastpeak —respondió Everett.

Lo sabía, pero pensé que la transición de mi familia a Grandbay durante tres generaciones habría diluido la Línea Alfa March en mi sangre. Debería haber sido la Línea Alfa Steele la que me uniera a alguien de mi propia manada.

—Mierda —murmuró Gavin—. No puedo permitirme perder a Ais.

—No tienes que preocuparte por eso —dijo Everett con un estoicismo cortante. Fijó sus ojos en mí, atravesándome el corazón y el alma con su resolución personal—. No tengo intención de marcarte, Aislin. Sería desastroso para mi manada. No puedo tener a mi lado a alguien tan tonta como tú. Te rechazo.

Las palabras resonaban en mi mente, sonando irreales. Nunca pensé que cuando por fin encontrara a mi pareja predestinada, él me rechazaría. Pero era obvio que yo no era lo suficientemente buena para Everett March. No tenía lugar junto a él en Eastpeak, y aunque sabía que eso era lo mejor para los dos, me destrozaba oírlo. Tal vez había estado esperando que, de alguna pequeña manera, él me hubiera querido. O que, al menos, le hubiera molestado tener que hacer esto. Pero no parecía importarle.

Las lágrimas brotaron inesperadamente de mis ojos. —Eres un imbécil —dije entre dientes—. No es como si quisiera estar contigo de todos modos, maldito aguafiestas.

Everett hizo una mueca. —Muy maduro.

—Come mierda —dijegirando sobre mis talones para dirigirme a la puerta.

—Ais —Gavin me llamó—. ¡Espera!

—No me necesita aquí. Everett sabe claramente lo que quiere, que es que me ponga las pilas para no ser una molestia para él. Bueno, ¿qué tal si primero evitas molestar a los dragones y luego hablamos? —arremetí contra Everett.

Salí corriendo por la puerta sin esperar su respuesta. Era dudoso que me contestara. Everett era demasiado alto y poderoso para rebajarse a mi nivel.

Cualquier asunto del que Gavin y él tuvieran que ocuparse, no era mi problema. Gavin podría

informarme más tarde. Ya no quería tener nada que ver con Everett, aunque me atormentara esta conexión que compartíamos. No quería hablar con él ni verlo. Por mí, podía irse y ser masacrado por los dragones.

Me metí en el coche, me senté en el asiento delantero y me consumí. Entonces reconocí las siluetas de Gavin y Everett en la cocina, enmascaradas por las cortinas de la cocina, y volví a sentirme enferma de rabia.

Ganar a mi compañero predestinado no debería haberme hecho sentir así. Debería haber calmado mi ira, no haberla empeorado. Everett March era la persona equivocada para mí, y no iba a hacer lo imposible por cambiar para satisfacer sus expectativas. ¡Que le jodan!

Me alejé a toda velocidad de la cabaña, pero esta vez no sentí alivio al huir. Lo único que me quedaba eran mis pensamientos, y eran catastróficos. Las lágrimas que rodaban por mis mejillas ni siquiera parecían reales, y quería insistirme a mí misma en que no lloraba porque estuviera enfadada. Lloraba porque estaba tan furiosa con Everett que no sabía de qué otra forma afrontarlo. Pero las lágrimas hicieron que se me hinchara la garganta y me zumbara la cabeza hasta que no pude aguantar más. Detuve el coche y me estremecí tosiendo, sintiéndome cada vez peor, derramando flema y sangre en el pliegue de mi brazo. Esperaba que Everett pudiera sentirlo.

Quería que supiera exactamente lo terrible que me había hecho sentir, y quería que él también se sintiera así.

De repente, el conflicto entre Grandbay y Dalesbloom no parecía nada bajo la imponente sombra de mi confusión por Everett. No existía nada más en el mundo excepto este dolor. Deseaba que los Inkscales hubieran matado a Everett, porque al menos así habría tenido la oportunidad de encontrar una nueva pareja en lugar de vivir con el rechazo de Everett el resto de mi vida.

Quería que pagara por esto de la peor manera.

Capítulo 8

Everett

Sabía desde el momento en que experimentamos nuestro Sueño Lunar que rechazaría a Aislin Mundy, pero no había esperado que causara tal conflicto en mi interior. En cuanto salió de la cabaña, el lobo que llevaba dentro se rebeló contra mi decisión. La conexión que compartíamos me imploraba que buscara su presencia. La atracción que sentía hacia ella era inexplicable y, a pesar de lo definitivo de mi rechazo, no me había dado cuenta de lo penetrante que era ese magnetismo hasta que ella desapareció de repente.

La tensión de Gavin salió en un fuerte suspiro. —Maldita sea, Everett.

Un leve remordimiento me erizó la piel de la nuca. No pude evitar mirarle con el ceño fruncido. La forma en que hablaba me hacía sentir como si yo fuera el malo por mi decisión, pero sólo estaba siendo racional. —Sabes que no podría haber funcionado entre nosotros.

—Las parejas predestinadas se eligen por una razón —dijo—. No habría esperado que funcionara con Billie y conmigo, pero míranos ahora.

—Eso es porque os proporcionáis mutuamente algo que necesitáis. Yo no necesito nada de Aislin.

—Eso no lo sabes.

—Tengo todo lo que necesito —dije fríamente.

—¿Y qué pasa con ella?

No había pensado en lo que podría necesitar, al menos no de un modo que inspirara compasión. Pensaba que el infierno en el que nos habíamos visto atrapados era un desastre creado por ella misma. Que ella era el fuego que nos quemaría vivos a los dos. Era milagroso que hubiera aceptado mi ayuda lo suficiente como para que pudiéramos huir en el sueño, pero no podía esperar que yo apagara sus fuegos por ella. No necesitaba nada, excepto a alguien que la sacara

de apuros cuando se hundía demasiado. ¿No es cierto?

—Estará bien —decidí.

Gavin gruñó su desacuerdo. —Al menos podrías haber sido más amable con ella.

—No deseo endulzar mis palabras. Ella no parece encontrarlo necesario.

Tal vez reconociendo el doble rasero, Gavin no insistió más. Comprendía su desaprobación, dado que Aislin era su mejor amiga, pero la percepción que tenían de mí no afectaba más allá de la viabilidad de nuestra alianza y, a estas alturas, no creía que Gavin pudiera permitirse cortar lazos conmigo solo porque no me había portado bien con su futura Beta.

Tras un rato de silencio, Gavin suspiró y volvió a hablar. —Supongo que estábamos equivocados sobre las motivaciones de David.

—¿Por qué pensabas que estaba haciendo esto?

—Pensamos que quería apoderarse de toda la zona de Gunnison para poder realizar sus envíos ilegales sin interrupción, utilizando la línea férrea en territorio de Eastpeak. Su razón para querer unir Grandbay y Dalesbloom era hacerse con nuestro territorio de caza, hasta la autopista. Si controlaba los tres territorios, no tendría que dar explicaciones por cruzar desde el patio ferroviario hasta el centro de carga con sus cargamentos.

Torcí el labio, irritado. —Esto es nuevo para mí. No sabía que llevaba cargamentos ilegales.

—¿No? —Gavin se frotó la nuca—. Intentó involucrarme.

—¿Qué está corriendo?

—Armas, por lo que sé. También podrían ser drogas.

Aquello me encendió casi del mismo modo que Aislin, salvo que en el caso de David no sentí culpa alguna por mi ira. ¿Cómo se atrevía a ensuciar nuestro tranquilo y ordenado hogar con contrabando? Claro que no dudaba de que hubiera chicos tontos por ahí vendiéndose drogas unos a otros, pero Eastpeak, Grandbay y Dalesbloom siempre habían estado limpios en las altas esferas. Lo sabía porque estaba muy involucrado en la política de nuestro pueblo; si algo hubiera estado entrando y saliendo de Eastpeak a través de los humanos, me habría enterado.

—Está claro que ese ya no es el plan —dijo Gavin un momento después.

—No. El plan es que David se una a Lothair como Lycan y cause estragos en los pueblos. Está cansado de ser sofocado por la Guardia de los Mitos, al igual que Lothair. Se cansó de seguir las reglas —le expliqué.

—Quiere venganza —murmuró Gavin.

Si el plan de David hubiera seguido siendo tomar el control de nuestros tres territorios, podría haber habido una manera de disuadirlo lentamente o rechazar sus intentos. Pero la única forma de evitar que David se convirtiera en Lycan y lo destruyera todo era mantener a Muriel alejada de él.

—Gavin —le insistí—, debes dejar que la Guardia de los Mitos se lleve a Muriel de aquí. Es la única manera...

Gavin se erizó y me enseñó los dientes. —Ya te he dicho que eso no va a pasar. Si no se llevan a Muriel, lo más probable es que encuentren a otro unicornio. De cualquier modo, David se asegurará de vengarse, y si la Guardia de los Mitos cree que la única forma de ayudar es tomando medidas preventivas, entonces tomaremos las cosas en nuestras manos.

—Matar al resto de los Hexen no puede ser tu solución —gruñí. A pesar de lo mal que estaba David, el asesinato sólo los pondría a su nivel—. ¡ los matas, la Guardia de los Mitos categorizará a todos los involucrados como hostiles.

—¡Ya maté a Catrina! —Gavin gritó.

Su oleada de emoción me advirtió de lo profundamente afectado que estaba por lo que había hecho. A pesar de la locura de Catrina, había sido su novia durante cinco años; había estado con él durante la muerte de sus padres, y él había pensado que iba a pasar el resto de su vida con ella. Ella convirtió a Gavin en el enemigo, pero sólo fue porque Gavin fue quien rompió con ella primero. Me di cuenta de que Gavin nunca había querido hacer daño a Catrina, y que quitarle la vida fue sólo el resultado de su propia ira incontrolable que no pudo domar hasta que Billie lo marcó.

Me mordí la lengua mientras Gavin continuaba: —La única forma de mantenernos a salvo, de tener siquiera una oportunidad de restablecer las alianzas entre nuestras tres manadas, es matar a David y a Colt y encontrar un nuevo alfa que ocupe su lugar. Eso es lo que estamos haciendo.

Sugiero que la Guardia de los Mitos se mantenga al margen y nos deje manejar esto.

—Negar la ayuda de la Guardia de los Mitos te hace tan malo como David —advertí.

—Quizá tenga razón —espetó Gavin—. Los humanos no tienen ni idea de lo que son capaces los metamorfos. Somos animales salvajes, Everett. No tienen lugar en nuestro negocio.

—No lo hagas —le disparé a Gavin—. No quiero que la Guardia de los Mitos también te considere una amenaza.

Gavin gruñó. —A la mierda la Guardia de los Mitos.

No entendía por qué a Grandbay le costaba tanto confiar en ellos. Todos parecían más deseosos de enemistarse que de comprometerse.

—Sal de mi territorio, Everett. Si sigues interfiriendo, Grandbay reaccionará con fuerza —dijo.

—Sé racional con esto, Gavin.

—Estoy siendo racional. Estoy haciendo lo que es mejor para mi manada, así que no te metas en nuestro camino. Y mantente alejado de Aislin. ¿Entendido?

Me aparté de Gavin, entrecerrando los ojos. Si realmente estaba dispuesto a rechazar cualquier ayuda que Eastpeak y la Guardia de los Mitos pudieran ofrecerle, no había nada más que yo pudiera hacer.

—Me duele verte vulnerable ante Dalesbloom. Sólo... ten cuidado, Gavin.

—No actúes como si de repente te importáramos una mierda —retumbó.

Si no estuviera tan cansada, me habría quedado para seguir corrigiéndole, para hacerle saber que Grandbay me importaba. Pero comprendí que nunca me había esforzado por demostrárselo. Eso no era culpa de nadie más que mía.

Gavin me miró fijamente, y lo tomé como una señal para irme.

Me dolía todo el cuerpo, tanto que apenas podía concentrarme en el trayecto. Tampoco podía volver a casa. Necesitaba saber si David había encontrado el teléfono que Taylor y yo habíamos escondido en los juncos, así que di un rodeo hacia Dalesbloom, esperando que nadie viera mi

Lexus parpadeando en el arcén. Usando la linterna del teléfono, me metí en la zanja y busqué la bolsa de plástico verde, suspirando de alivio cuando la encontré. Las gotas de agua se bamboleaban en su brillante superficie. Recogí la bolsa, la arrojé al asiento del copiloto y me dirigí a casa.

Nada me habría sentado tan bien como una ducha caliente después del desastre de hoy. Podría haberme pasado horas bajo la ducha, perdiéndome en el vapor mientras la sangre salía de mis heridas y se iba por el desagüe. Por más que intentaba no pensar en todo lo sucedido, mis pensamientos volvían a Aislin. Me molestó que Gavin me dijera que me alejara de ella. Obviamente, ese había sido mi plan. No quería tener nada que ver con ella. Y, sin embargo, cuanto más pensaba en su indignación y en las lágrimas de sus ojos, más me preguntaba si mantener las distancias era realmente lo que quería. Sí, quería estar solo y alejarme de la temeraria idiotez a la que era propensa Aislin. Pero mientras estaba en la ducha, dolorida y exasperada, la idea de dejar que otra persona se ocupara de mis heridas me pareció de repente más dulce que hacerlo yo misma.

No la necesito, insistí para mis adentros. Pero ella no era cualquiera. Era mi compañera predestinada. Eso tenía que sentirse un millón de veces mejor que dejar que cualquiera estuviera cerca de mí.

Agitada, me devané los sesos buscando un modo de calmar la inquietud de mi corazón mientras me curaba las heridas y me sentaba en el borde de la cama. Quería sacar la grabación del teléfono y plantarla de nuevo en la cuneta para volver a grabar mañana, pero el cansancio hacía que mis miembros se sintieran pesados. No tardé en darme cuenta de que la angustia que me anclaba a la cabecera de mi cama tenía su origen en mi decisión sobre Aislin. Tenía que ser así. Me dolía y me sentía... solo.

No me arrepentía de nada. La lógica me decía que había hecho lo correcto.

Pero necesitaba hacer algo para aliviar la agitación, y lo único que se me ocurrió fue abrazar a mi compañera predestinada en una fantasía. Nadie tenía por qué saber que tal vez la hubiera deseado de verdad entonces. Era sólo para sentirme mejor. Recostado en la cama, pensé en Aislin y me froté, preguntándome distraídamente si ella también sentiría ese placer.

Los rayos del sol matutino entraban por las ventanas de mi dormitorio, quemándome los párpados hasta que parpadeé con pesadez. Estaba tumbado en la cama con la toalla aún alrededor de la cintura, pero desnudo salvo por las vendas de los brazos, las piernas y el abdomen. Me

incorporé bruscamente y maldije en voz baja, dándome cuenta de que había dormido toda la noche. Ahora, si quería volver a plantar el teléfono, tendría que hacerlo a la luz del día o me arriesgaría a perderme cualquier cosa importante que se comunicara en la mansión Hexen. Probablemente ya me había perdido algo.

Era sábado por la mañana, lo que significaba que al menos nadie en el aserradero me necesitaría.

Con una mueca de dolor en el cuerpo, me di la vuelta y miré el móvil. Tenía los mensajes de texto y de voz habituales de mis compañeros de manada. Imaginé que también tendría algunos mensajes del trabajo en mi teléfono fijo. Esa era la forma más fácil de mantener separadas mi vida en la manada y mi vida laboral: solo permitía que mis empleados me llamaran al teléfono fijo si se trataba de una emergencia, pero se me daba bastante bien mantenerlo todo bajo control. Tal vez no fuera la forma más eficaz de llevar mi negocio, pero ellos sabían que los duros límites que establecía se debían únicamente a que tenía que mantener a todo el mundo a distancia por mi propia cordura.

Por otra parte, hacer eso había agriado mis relaciones con... bueno, con todo el mundo, al parecer. Pero dudaba en estar siempre disponible. No quería que la gente pudiera localizarme cuando quisiera. Siempre me había ido bien.

¿Me estaba engañando a mí mismo al pensar que lo tenía todo bajo control manteniendo a los demás a distancia? ¿O este aislamiento social que había formado a mi alrededor en realidad me estaba sabotando?

Nunca antes había tenido motivos para dudar de mí mismo. Pero los asuntos de mi manada tampoco habían sido nunca tan complicados.

Con un suspiro, me vestí con unos vaqueros, una camiseta y un jersey ligero, teniendo cuidado de ocultar mis heridas por si hoy me encontraba con alguno de mis conocidos humanos. Contesté a mis compañeros de manada, escuché los tres mensajes de voz dejados en mi teléfono fijo e hice una llamada al aserradero. Por último, me senté en mi despacho y escuché la grabación del micrófono de Hexen Manor. El teléfono sólo había grabado desde las dos de la tarde hasta las siete de la tarde antes de morir.

Durante las dos primeras horas, no hubo más que silencio y pasos. Murmullos de intercambios vacíos entre David y sus compañeros de manada, o Lothair y sus dragones, cada líder enviando a sus subordinados a patrullar por el territorio de Dalesbloom. Nada de eso me ayudaría.

No fue hasta las 6 de la tarde en la grabación cuando oí a David ordenar a Colt: —Te vienes conmigo a ver a Everett esta noche.

—¿Crees que habrá una pelea? —preguntó Colt.

—Dudoso. Es poco probable que Everett se vuelva agresivo. En todo caso, seremos nosotros —dijo David.

—¿También tenemos que estar preparados para enfrentarnos a sus compañeros de manada?

David se burló. —Everett es demasiado fiel a su palabra como para traer a otros con él. Es admirable, pero estúpido. No vamos a encontrarnos con él solos.

—¿Cuántos lobos llevaremos?

—Lobos no. Llevaremos dragones. Cinco, tal vez diez, y que los demás se queden atrás por si acaso

Me enfurecía que David hubiera planeado engañarme tan descaradamente. Había ido a aquella reunión con toda la intención de darme una paliza, y yo podría haberlo sabido de antemano, de haber comprobado el teléfono.

—¿Tenemos... que hacerle daño? —preguntó Colt de repente.

Volví a centrarme en la conversación.

David vaciló. Oí el gruñido que se estaba gestando en su pecho. —Lo mataría si no se volviera la Guardia de los Mitos contra nosotros inmediatamente.

El silencio entre David y Colt impregnó la grabación antes de que David continuara.

—Ni se te ocurra recurrir a la cobardía. No te crie para que fueras blando y débil como ellos —reprendió—. Sabes que cuando emprenda el ritual Lycan, el control de Dalesbloom recaerá en ti. Por el bien del futuro de nuestra manada, necesito que seas tan despiadado como yo. ¿Puedes hacerlo, Colt?

Volvió a hacerse el silencio y me imaginé a Colt pensando, tal vez sin saber qué decir.

David gruñó disgustado. —Has pasado demasiado tiempo con Billie.

—Lo siento —dijo Colt en voz baja.

—No pidas perdón. Sentirlo sólo te convierte en una decepción.

Se oyeron pasos y Colt emitió un ruido como si le hubieran empujado o agarrado. La voz de David bajó ominosamente.

—Sé cruel. Es la única manera de que Dalesbloom salga victorioso de esto.

—Sí, sí —murmuró Colt.

Después de eso, la grabación no contenía nada de interés. Ningún indicio de planes futuros, ninguna otra pista sobre la vida interior de los Hexen. Pero la conversación entre David y Colt estaba llena de implicaciones. No podía evitar preguntarme si Colt realmente quería seguir los pasos de su padre, o si había algo blando en su interior que podía persuadirle de hacer lo correcto.

Dejé a un lado el teléfono extra de Taylor y rebusqué en mi escritorio. Tenía un teléfono más nuevo con batería y más espacio para más horas de grabación que el de ayer. Me tomé diez minutos más y configuré el teléfono para que transmitiera directamente a mi almacenamiento en la nube, desde donde podría acceder al audio en mi propio teléfono. Mejor equipado para escuchar a los Hexen, me dirigí a Hedge Road, con la esperanza de que esta vez se me concediera la previsión de evitar que me patearan el culo si volvía a encontrarme con David.

Y a pesar de la amenaza de Gavin de mantenerse alejado de Grandbay, esperaba que, si Dalesbloom tenía la intención de atacar pronto, yo tendría las pruebas para preparar a Gavin para lo peor, tanto si quería mi ayuda como si no.

Capítulo 9

Aislin

Muriel nunca acabó viniendo a mi apartamento. No estaba segura de si era porque Gavin estaba tan enfadado conmigo que no confiaba en mí o porque ya era demasiado tarde para traerla. En cualquier caso, no estaba de humor para hablar con nadie y fue un milagro que consiguiera dormirme tan rápido.

A la mañana siguiente, Gavin me mandó un mensaje: *Muriel se quedará en tu casa esta noche. Por favor, deja que te cure.* No acusé recibo de la petición. Los recuerdos de la noche anterior - Gavin y Everett implorándome que buscara ayuda para mis pulmones heridos- me llenaron de una ira que no podía manejar.

Pero tuve que reprimirlo e ir a trabajar. La mayoría de los cambiaformas lobo tenían trabajos normales, igual que los humanos, y yo pasaba la mayor parte del día trabajando en una tienda de accesorios baratos del centro comercial de Grandbay. Era la subdirectora y normalmente trabajaba de cuatro a cinco días a la semana, ganando lo justo para pagar mi apartamento ahora, pero no mucho más. El trabajo estaba bien, pero pasaba mucho tiempo rodeada de preadolescentes parlanchinas y mujeres adultas que se esforzaban demasiado por ser guays. Hoy, sobre todo, me costaba mucho no gritar a cualquiera que me preguntara si estaba bien después de uno de mis ataques de tos. Lo bueno es que era fácil separarme del trabajo una vez terminado mi turno. En cuanto salía de la tienda, volvía a ser Aislin Mundy, metamorfa lobo y futura Beta de Grandbay. Mientras nadie que conociera se atreviera a visitar la tienda mientras yo trabajaba, casi me sentía humana mientras estaba allí.

Esta tarde, me acerqué al apartamento de Gavin y llamé a su puerta, temiendo su mirada. Afortunadamente, fue Billie quien abrió la puerta.

—¡Hola! —parpadeó—. Gavin y Muriel no llegarán hasta dentro de una hora. Lo siento.

—Está bien —Me encogí de hombros.

—¿Quieres entrar?

Frotándome la nuca, lo consideré. No había pasado mucho tiempo de calidad con Billie últimamente, y su compañía femenina sería un soplo de aire fresco. —Claro.

Después de acomodarnos en el sofá de Gavin, Billie me dio un vaso de agua y lo disfruté.

—¿Cómo está tu pecho? —me preguntó.

Fruncí el ceño. —Gavin te habló de eso, ¿eh?

—Pensé que algo podría estar mal.

—No es tan grave como él lo pinta —insistí. Pero incluso ahora, la opresión volvía a mis pulmones, y el dolor subyacente subía al primer plano de mi atención—. ¿Qué más te contó de anoche?

Billie subió los pies al sofá, rodeándose las rodillas con los brazos. —Me habló de ti y de Everett.

—¿Que somos compañeros predestinados?

Asintió con la cabeza, mirándome con prolongada incertidumbre sobre mi reacción. Billie seguía siendo un alma sensible a pesar de todos los pasos que había dado para abrirse a nosotros. Me cuidé de suavizar mi rostro con un suspiro, intentando que no se notara lo mucho que me molestaba abordar el tema.

—Sí, eh... eso no va a pasar. Es el Alfa de Eastpeak —me burlé—. Y es un imbécil engreído sin ningún interés en Grandbay. Nunca se ha preocupado por nosotros, y dudo que eso cambie si nos convertimos en compañeros.

El silencio de Billie casi gritaba que sabía que me estaba tirando un farol sobre mis sentimientos por Everett. Él fue quien me había rechazado, y Gavin se lo habría dicho. Incluso sin que dijera nada, sabía que se preguntaba si yo estaba de acuerdo con lo que había pasado.

—No me importa que me haya rechazado —continué—. Yo le habría rechazado si me hubieran dado a elegir.

—¿Estás segura? —preguntó.

Curvé el labio. —Estoy segura. Prefiero que me despellejen viva antes de convertirme en la

novia de Everett March.

—¿No te molestó en absoluto que hubiera sido atacado por los Inkscales?

—No. ¿Debería? Billie se rascó una costra en la rodilla. —Tal vez la conexión no es la misma entre Everett y tú que entre Gavin y yo.

Intenté ignorar mi sutil ardor de envidia. —¿Qué sentiste tú?

—Al principio, me rechazaba. Hubiera jurado que me odiaba, pero luego rompió con Catrina y al final me dijo que era porque el vínculo de la pareja predestinada le hacía sentir mucho más en paz de lo que se sentía estando con ella. Era como si cada vez que estábamos juntos, toda la rabia desapareciera —dijo Billie, levantando los ojos para mirar al otro lado del salón. Me la imaginaba recordando aquellos tiernos momentos entre ella y Gavin, pero no podía identificarme con el dulce y apacible ensueño en el que incurrían sus recuerdos—. Yo era alguien en torno a quien podía dejar caer sus muros. No tenía que demostrarme nada. En cambio, yo era como... un refugio para él, donde podía sentirse seguro.

—Eso no es lo que siento cerca de Everett —murmuré.

—¿Pero crees que se sentiría así contigo? Quiero decir, es el Alfa de Eastpeak; debe tener muchas obligaciones de las que preocuparse.

La cara que puse probablemente dijo lo suficiente sobre mi percepción de Everett. —Cree que soy una molestia. Mierda, probablemente está avergonzado de que yo sea su compañera predestinada.

Billie se quedó pensativa. —¿Y qué sientes a su alrededor?

—Creo que he dejado claro lo que siento por él.

—No, quiero decir... ¿qué te hace sentir estar cerca de él? ¿Qué sientes a través del vínculo de pareja predestinada?

Mi respuesta inmediata iba a ser la misma que había compartido antes: que estaba totalmente desencantada con Everett y que no quería tener nada que ver con él. Pero de repente me sentí deshonesto cuando di un paso atrás mentalmente y volví a evaluar los sentimientos que Billie me estaba sondeando. Me tomé un momento para pensar realmente en lo que sentía en torno a Everett, más que en lo que él encendía en mí, y tuve que admitir que aquellos sentimientos

inusuales hacían aflorar en mí una sensación de vulnerabilidad a la que no quería enfrentarme.

—No lo sé —dije al principio, queriendo evitar la pregunta—. Hay una especie de... magnetismo, supongo. Pero eso es sólo el vínculo predestinado. No es real —Me lo repetía una y otra vez—. Más que nada, me hace sentir que no soy lo suficientemente buena.

Billie asintió. —Nunca has tenido la oportunidad de hablar a solas, ¿verdad?

—Oh, he hablado con él a solas antes. Sabes que llevo años intentando entrar en la Guardia de los Mitos. Nunca me ha dado ni la hora —refunfuñé.

—Pero todo esto fue antes de tu Sueño Lunar —dijo Billie.

—Sí.

—Deberías hablar con él si tienes la oportunidad. Los dos solos —sugirió—. Intentad tener una conversación sincera sobre vuestro vínculo de pareja. Apuesto a que descubrirás que tenéis más en común de lo que crees.

—¡Ja! —me reí, y luego tosí, la ronquera en la garganta me pilló desprevenida. Picándome en el brazo, hice una mueca antes de sacudir la cabeza hacia Billie—. Ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar. Creo que los dos estamos bastante decididos a no tener nada que ver el uno con el otro.

La expresión de Billie decayó. Era mucho más tierna que yo y tenía la sensación de que se consideraba una romántica empedernida después de haber formado su vínculo con Gavin. Obviamente, ella esperaba que yo quisiera darle una oportunidad a Everett, pero al hacerlo sólo me estaría preparando para una decepción.

—Bueno, ¿puedo preguntar de qué se trataba tu Sueño Lunar? —aventuró Billie.

—¿Por qué importa eso?

Cruzó las manos sobre las rodillas, jugueteando ahora con los nudillos. —Sólo tengo curiosidad.

Una parte de mí quería acusarla de actuar como si fuera una experta. Pero, en su defensa, ella estaba marcada por su pareja predestinada y yo no. Con un suspiro, levanté también los pies y apoyé la barbilla en los brazos.

—Me desperté en medio de un incendio. Estaba devorando todo el bosque y no podía respirar a causa del humo, aunque creo que el hecho de no poder respirar se debía a mi lesión en la vida real. Ni siquiera podía correr hasta que apareció él. Everett —. Recordé vívidamente su aspecto en el sueño, de pie junto a mí como un ángel de la guarda—. Me puso de pie y corrimos. No recuerdo mucho más después de eso.

Billie asintió, digiriendo la información, analizando mi Sueño Lunar como si tratara de encontrarle un significado. Estaba segura de que lo había analizado un millón de veces y no había encontrado ninguna interpretación que mereciera la pena. —¿Cuándo lo tuviste, exactamente?

—Ah. Fue justo después de que Niko me asfixiara.

Billie enarcó las cejas. —¿Cuando perdiste el conocimiento?

—Sí.

—No dijiste nada al respecto.

—Lo siento, me pilló un poco desprevenida —. Me encogí de hombros—. No estaba preparada para soltar que acababa de tener un Sueño Lunar y descubrir que mi pareja predestinada era el puto Everett March.

—Supongo que... —Billie frunció el ceño—. Pero ya sabes, puedes hablar conmigo de estas cosas, y no te juzgaré ni se lo contaré a nadie. Eres mi amiga, Aislin.

La dureza de mi voz se apagó en una suave carcajada. Un segundo después me di cuenta del valor que debía de tener Billie para decir aquello. No podía imaginarme que alguna vez hubiera tenido la oportunidad de consolar a alguien. Probablemente yo era la primera amiga de verdad que tenía fuera de la mansión Hexen. —Yo... sí. Lo sé —. Atrapando su mirada, sonreí—. Gracias, Billie. Te lo agradezco.

Me devolvió la sonrisa y me tendió la mano. Le estreché la mano, sintiéndome un poco menos alienado.

Pero por mucho que apreciara la franqueza de Billie conmigo, fue un alivio cuando la conversación derivó hacia un terreno menos serio. Últimamente nos rodeaba tanta pesadez que era agradable hablar simplemente del libro que Billie estaba leyendo o de los programas que yo

veía cuando intentaba dormirme.

Volví a ponerme en guardia en cuanto se abrió la puerta y apareció Gavin con Muriel. Cuando entraron en el salón, su atención se dirigió directamente a mí. —Me pareció olerte —dijo Gavin—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Alrededor de una hora —dije a la defensiva.

Se había levantado un muro entre Gavin y yo. Después de la conversación de la noche anterior, y ahora sabiendo más sobre la conexión entre Billie y él, me sentía como si me hubieran desplazado. Me resultaba más difícil reunir mi camaradería habitual con él. Ya había identificado la fuente como celos, pero no porque quisiera a Gavin románticamente. Simplemente estaba acostumbrada a ser su confidente femenina. Nunca había tenido eso con Catrina, pero Billie... Ella le daba todo lo que necesitaba. Ya no me necesitaba para nada, excepto para tener a alguien a quien regañar por ser estúpida.

Desvié la mirada cuando Gavin se acercó a Billie para darle un beso. Por suerte, tenía a Muriel a quien mirar, capté su mirada y la saludé con la cabeza. La mujer mayor llevaba un fino y vaporoso vestido azul que complementaba su ya mística apariencia, con el pelo plateado recogido en un moño y unos suaves ojos púrpura engarzados en su rostro suavemente arrugado. Me sonrió cuando me levanté del sofá. —¿Estás lista para irnos? —le dije.

—¿Cuál es la prisa? —preguntó Gavin, separándose de Billie.

—Es tarde. He tenido un día muy largo —le contesté.

—¿Trabajas mañana?

—Tengo un turno corto a las cinco.

—Enviaré a Oslo a buscar a Muriel entonces —decidió Gavin—. Sólo esperaba que pudiéramos pasar algún tiempo juntos esta noche.

—¿Por qué? —corté. No pretendía parecer cortante con él, así que cuando Billie y Muriel me miraron con curiosidad, me encogí de hombros.

—Creo que tenemos mucho que discutir —dijo Gavin.

—Ya me he desahogado de todo lo que necesitaba. Estoy segura de que Billie podrá informarte

—dije mientras caminaba junto a él hacia la puerta—. Vamos, Muriel.

Detrás de mí, Gavin suspiró. Imaginé a Billie tendiéndole la mano, asegurándole que no necesitaba ir a por mí. No se dijo nada más al respecto. Muriel se unió a mí en el pasillo del complejo de apartamentos, y caminamos en silencio de vuelta a mi edificio un poco más adelante.

Una vez en casa, deseé poder dejar de lado la tensión que llevaba encima, pero la presencia de Muriel me hacía sentir que aún tenía que esconder partes de mí misma. Abrí la puerta de mi habitación y le hice un gesto para que me siguiera.

—Siento que no sea tan bonito como los sitios de los demás. La cama es mi vieja cama de cuando aún vivía con mis padres, pero está limpia.

Muriel se acomodó en el borde de la cama sin rechistar. Era tan desenvuelta y educada que, aunque no hubiera sabido que era un unicornio, habría adivinado que había algo de otro mundo en ella. Me miró, dio una palmada en la cama y me invitó a sentarme a su lado.

—No pasa nada. Debería dormir un poco, de verdad —fue mi excusa.

—Sé que todavía estás herido por la pelea con Dalesbloom —dijo Muriel—. Me he recuperado desde entonces. Por favor, déjame ayudarte.

Se me erizó el vello de la nuca. —Estoy bien. No quiero agotarte, por si alguien más se lesiona y tienes que ayudarlo.

Muriel inclinó la cabeza y me miró con simpatía. —Todavía puedo ayudarte. Por favor —me pidió.

Pero sabía que, si me curaba, Everett lo notaría. Sabría que había recibido ayuda, lo cual sería darle lo que quería, y yo me sentía tan rencorosa y amargada hacia él -y hacia todos los demás- que no quería darle esa satisfacción. Mi ira hacia Everett era tan abrumadoramente intensa que prefería sufrir, para que él sufriera, sólo para demostrar lo molesta que podía llegar a ser. Tragando la flema que mis pulmones habían expulsado a mi garganta, sacudí la cabeza y salí de la habitación. —Quizá más tarde. Está bien, Muriel. Deja que me ocupe de esto yo sola.

Cabizbaja, Muriel se limitó a dejarme marchar. Sabía que ella no entendía por qué yo era tan testaruda. Yo misma apenas lo entendía. El distanciamiento que sentía hacia todo el mundo me

dificultaba abrirme de nuevo, y cada vez alejaba más a la gente. Pero me parecía más seguro hacerlo que bajar la guardia.

Aquella noche me costó conciliar el sueño. Más de una vez, fuertes ataques de tos me despertaron, con el sabor amargo de la sangre en la lengua. Esperaba que Everett lo sintiera. Quizá, de alguna jodida manera, esperaba que eso le diera otra excusa para enfrentarse a mí.

Cuando me di cuenta de lo obsesivamente que Everett ocupaba mis pensamientos, comprendí que algo tenía que cambiar. El aislamiento de la noche probablemente no era el mejor ambiente para que se me ocurrieran planes y, sin embargo, me encontré pensando en Colt y preguntándome en qué se habían convertido sus sentimientos hacia mí. Everett se enfadaría aún más si descubriera que me estaba poniendo en peligro comunicándome con Colt, pero era con él con quien más quería hablar. Era imprudente, pero era la única escapatoria que podía concebir.

Además, me justifiqué, aún teníamos que averiguar hasta qué punto Colt era leal a David.

Saqué su número en mi teléfono. *Siento haberte pegado*, decía el primer mensaje. *¿Podemos hablar?* decía el segundo.

A las tres de la madrugada, no esperaba recibir una respuesta. Me dio un vuelco el corazón cuando la pantalla de mi teléfono se iluminó con un mensaje de Colt.

Bien, decía.

Capítulo 10

Everett

Un día debería haberle bastado a Aislin para curarse la herida. Tenía muchas opciones: ir a ver a un médico, incluso ir a un hospital si no quería ver a Muriel, que habría sido la opción más fácil y rápida. Y, sin embargo, cuando me desperté el domingo por la mañana, me desanimé al encontrar esa terrible presión que me oprimía el pecho, advirtiéndome de que Aislin aún no se había hecho curar.

Tenía que hacer algo al respecto.

Un mensaje de grupo fue enviado a los diecinueve miembros de mi manada: *Reunión esta noche, 6 p.m., en mi casa.*

Aislin estuvo en mi mente todo el día, por mucho que hubiera deseado pensar en otra cosa. Había emprendido el camino de la autodestrucción y yo no entendía por qué, sobre todo cuando su manada ya corría tanto peligro. Los sentimientos que me inspiraba eran una mezcla exasperante de confusión, preocupación y fastidio, y los tres me habrían empujado a tenderle la mano en circunstancias normales. Podría haberle enviado un mensaje, pero habría sido inútil. Me habría contestado bruscamente y habría hecho caso omiso de mis preocupaciones.

Con la intención de compartir mi plan con Sebastian, lo cité primero en casa. Recibió mi idea con reticencias, pero al final se mostró dispuesto a llevarla a cabo.

Diez de mis compañeros de manada entraron por la puerta principal aquella tarde. Los más notables eran Taylor y su novia, Bree, y mi madre, Lyssa, viuda desde la muerte de mi padre hace casi diez años. Nos sentamos todos en mi salón, una zona amplia con mucho espacio alrededor de un sofá seccional gris y el televisor de pantalla plana colgado en la pared. Me gustaba mantener esta habitación limpia y abierta; mis únicos adornos eran dos helechos en macetas blancas; el resto de mis paredes blancas y el suelo de piedra gris quedaban yermos. Mientras algunos de mis compañeros de manada se acomodaban en el sofá, Sebastian rondaba cerca y yo permanecía de pie ante todos, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sentía sus ojos

curiosos recorriendo mis heridas vendadas, pero ya estaban al tanto de mi encuentro con los Inkscales. Se lo habían comunicado ayer.

—Puede que esto os sorprenda a todos —empecé despacio—, pero el viernes por la mañana experimenté un Sueño Lunar en el que se reveló mi compañera predestinada. Puede que algunos la conozcáis: es Aislin Mundy, de Grandbay.

La sorpresa y la emoción colectivas de mis compañeros de manada eran palpables, como si se tratara de una bendición en medio del caos. Sin embargo, mi expresión solemne indicaba lo contrario, y se apresuraron a guardar silencio, dándose cuenta de que no habría ninguna celebración en torno a la noticia.

—No tengo intención de tomarla como compañera. Como todos sabéis, valoro demasiado la disciplina y la integridad de nuestra manada como para permitir que alguien con afinidad por la irresponsabilidad influya en mi liderazgo. Como el control sobre mi lobo siempre ha sido un asunto sin importancia, permaneceré sin marcar, y Aislin no se involucrará en Eastpeak ni en la Guardia de los Mitos.

Mi madre habló, primorosa y expectante. —¿Has hablado ya con Aislin?

—Sí —respondí.

—¿Está de acuerdo con tu decisión?

Me estremecí ante el más mínimo atisbo de crítica. —Somos de la misma opinión de que nuestro vínculo de pareja predestinada está fuera de lugar.

Mi madre no mostraba ningún signo de emoción, ni en su expresión ni en su postura corporal. Supongo que lo había aprendido de ella, por la forma en que estaba sentada con las manos cruzadas sobre el regazo, el pelo rubio perfectamente peinado en bucles sueltos, una blusa blanca y unos pantalones grises oscuros tan lisos que parecían recién salidos de la tintorería. A pesar de no parecer afectada por la noticia, la larga mirada que me dirigió hablaba mucho de su juicio. Supongo que esperaba algo más constructivo que un rechazo inmediato por mi parte.

—Sin embargo, nuestro vínculo ya ha demostrado ser una interferencia en la vida cotidiana de ambos. Ninguno de los dos está preparado para gestionar las consecuencias físicas de nuestra conexión telepática. Aislin, en particular, ha recibido una grave herida que se niega a tratar, y eso me impide operar con todo mi potencial como estoy acostumbrado -y, sospecho, como la

mayoría de vosotros dependéis de mí-. Con esta información en mente, Sebastian y yo hemos colaborado en una solución que debería ver no sólo tratada la herida de Aislin, sino también resuelto el peligro que supone que Grandbay se quede con el unicornio. Os pido que nos tengáis paciencia ante este planteamiento tan poco ortodoxo —transmití a mis compañeros de manada. Me siguieron, asintiendo, hambrientos de esta solución nuestra—. Sebastian y yo buscaremos la oportunidad más inmediata para sacar a Aislin y Muriel Vale de Grandbay.

Esperaba que algunos de mis compañeros de manada no aprobaran esta idea. Los lobos de Eastpeak no eran de los que salían a causar problemas. Intercambiaron miradas y murmullos, claramente no muy entusiasmados con lo que parecía un acto abierto de agresión hacia Grandbay, que ya estaba de los nervios.

—¿No crees que esto dañará aún más nuestra alianza con Grandbay? —preguntó alguien.

—Sé a ciencia cierta que así será, pero estamos dispuestos a correr ese riesgo —confirmé.

—Pondrá aún más en peligro a Grandbay si Dalesbloom ataca sin darse cuenta de que el unicornio se ha ido —dijo otra persona—. Sin mencionar que estaríamos quitando a uno de sus guerreros de la primera línea.

—No nos quedaremos con Aislin. Estará bajo nuestra custodia el tiempo suficiente para curar sus heridas, luego será enviada de vuelta. Y confío en que continuarán con su plan de reemplazar el liderazgo Hexen incluso sin Muriel.

—¿De verdad crees que Gavin va a estar de acuerdo con esto?

—Es probable que profundice la brecha entre Eastpeak y Grandbay, pero no estoy dispuesto a dejar a Muriel vulnerable en el territorio de Grandbay sabiendo que David tiene la intención de atacar con toda su fuerza. Confío en que extraer a Muriel y reemplazar a los Hexens devolverá la paz a nuestras manadas. Gavin tendrá que aceptar que la única forma de resolver esto sin más pérdidas de vidas es cooperar.

Ahora era mi madre la que hablaba de nuevo, mirándome con serenidad. —¿Y cómo pretendes exactamente secuestrar a Aislin y Muriel?

Durante años, la orientación de mi madre había contribuido a mi rígido control sobre Eastpeak. Como antigua compañera del alfa, Lyssa March había visto su buena dosis de conflictos y había ayudado a Eastpeak a salir ileso. Se retiró cuando murió mi padre y ahora disfrutaba de su

libertad lejos de la manada y del aserradero, pero eso no parecía impedir que me acribillara con sus juicios cada vez que podía.

—Sé que hacen rotar a Muriel por varios lugares de Grandbay, uno de ellos el apartamento de Aislin. Les haremos una visita durante una de esas ocasiones para poder llevarlas a las dos al mismo tiempo,— dije.

—¿Cómo sabrás cuándo es eso? —insistió.

Necesité todas mis fuerzas para no suspirar. —Taylor y yo hemos estado experimentando con dispositivos de vigilancia. Creo que podemos usar este método para rastrear la actividad alrededor del apartamento de Aislin.

Mi madre tarareó, tolerante con mi respuesta.

Tenía que despejar algunas dudas más, pero por lo demás, mis compañeros de manada me confiaron el éxito de este plan. Nunca antes les había fallado, y no tenía intención de hacerlo ahora. Sobre todo, sentí que estaban satisfechos de que no arrastraría a ninguno de ellos a problemas. Se me ocurrió entonces lo cómodos que se habían sentido con mi práctica de aislar a Eastpeak de las otras dos manadas. Tampoco querían interferir. Su aparición durante la pelea entre Grandbay y Dalesbloom había sido suficiente acción para mucho tiempo.

Un pequeño pero fuerte temor se apoderó de mi pecho cuando pensé en cómo David planeaba descargar su ira sobre nosotros. Mis compañeros de manada lo sabían, pero no creo que se tomaran en serio su amenaza. Esperaban que yo lo impidiera, y por eso ignoraban felizmente lo cerca que podían estar de la muerte, contentos de seguir viviendo sus vidas como si no hubiera un monstruo esperando para atacarnos más allá de nuestras fronteras.

Cuando todos se fueron, nos quedamos Taylor, Sebastian y yo en mi despacho, escuchando las grabaciones de audio guardadas en la nube.

—Sabes, cuando todo esto termine, creo que los tres deberíamos salir a tomar unas copas —dijo Taylor.

Sebastian se recostó en su silla y soltó una risita. —Si podemos resolver esto sin que muera nadie más, yo invito las bebidas.

—Trato hecho —dijo Taylor—. Todo lo que tenemos que hacer es enviar a Muriel y cuidar de

David, y estamos de oro.

—Entre tú y yo, creo que sería mejor que David fuera eliminado. La Guardia de los Mitos puede oponerse a la terminación entre cambiaformas, pero sólo deteriorará la opinión de Dalesbloom sobre la Guardia de los Mitos si intervenimos —dijo Sebastian.

—¿Así que prefieres que saquemos a David antes que a vosotros?

—Bueno, preferiría que nadie muriera. Pero ya que esa parece ser nuestra única opción, sí, tal vez sea mejor que los metamorfos lo solucionen entre ellos.

—¿Incluso Lothair?

Sebastian asintió. —Sería descartado como daño colateral.

Resoplé desde donde estaba sentada detrás de mi escritorio. —Es curioso, pero David parece creer que los de la Guardia de los Mitos quieren controlar todos los aspectos de la existencia de los metamorfos. No cree que sólo intervengamos cuando es necesario.

—Si soy totalmente sincero, mis superiores preferirían que la Guardia de los Mitos se ocupara de esto. No siempre comparto su opinión —dijo Sebastian.

Eso no me tranquilizó. Sólo probaba que las acusaciones de David y Gavin eran correctas.

—Así que, esta chica Aislin... ¿De verdad no crees que tu vínculo de pareja predestinada con ella funcionará? —preguntó Sebastian.

Esta vez, Taylor se burló. —La conociste, amigo. Sabes cómo es. Ella y Everett son como una fuerza imparable encontrándose con un objeto inamovible. En cuanto chocan, es una explosión nuclear.

Refunfuñé, recordando la última conversación que había mantenido con Aislin. "Explosión nuclear" me pareció un eufemismo.

—No es así todo el tiempo, ¿verdad? —preguntó Sebastian.

—Por lo que he visto de ella, sí, lo es —dije.

—Pero debes haberla conocido casi toda tu vida.

—Lo he hecho. Y en cada interacción que hemos tenido, ella ha sido descarada, terca y grosera. Créeme cuando digo que somos polos opuestos.

—Aunque eso es lo que hace que a veces salten chispas —señaló Taylor.

Lo fulminé con la mirada. Se suponía que Taylor debía estar de mi lado en esto.

—Es divertidísimo que quiera estar en la Guardia de los Mitos —dijo Sebastian con indiferencia—. No duraría ni un día.

A continuación, fulminé con la mirada a Sebastian. Taylor y yo podíamos juzgar a Aislin, pero de algún modo me parecía cruzar la línea oír a Sebastian hablar así de mi compañera predestinada. Aunque tuviera razón.

De repente, el audio nos devolvió el eco de unos pasos. Tras horas de silencio, parecía que por fin había habido algo de actividad sobre las siete de la mañana en la mansión Hexen. Los tres escuchamos la voz de Colt a través de la grabación.

—¿Cuál es el plan para esta noche? —preguntó. Sonaba como si se estuviera acercando cautelosamente a alguien que acechaba en otra parte de la habitación.

—Vigilancia, como siempre —dijo Lothair, con una voz aterciopelada que se distinguía de los gruñidos de los lobos Hexen.

—¿Por qué? —preguntó David.

Se oyó un ruido entre el silencio de los que estábamos reunidos mientras esperábamos esta nueva información. Entonces, Colt la proporcionó: —Aislin quiere reunirse conmigo. A solas.

Las náuseas me revolvieron el estómago de inmediato. La respiración se me entrecortó en los pulmones, sofocándome hasta que una tos me arrancó el pecho, igual que le había estado ocurriendo a Aislin. Sentí calor y frío a la vez. Me temblaban los hombros por la intensidad de mi reacción visceral mientras intentaba comprender por qué Aislin se había acercado a Colt. ¿No sabía lo peligroso que era?

—Mierda —murmuró Taylor.

La grabación continuó. —Interesante —dijo David—. No crees que podría ser una trampa, ¿verdad?

—Tiene que tener motivos ocultos —reflexionó Colt—. Nunca antes se había interesado por mí.

—Obviamente, quiere hacer algo más que hablar —dijo David.

—Aislin es la chica que te gustaba, ¿verdad? —preguntó Lothair.

Segundos después de que se me pasara la tos, un gruñido me subió a la garganta, casi provocándome otro ataque de tos. No sabía que Colt sintiera algo así por Aislin.

—Ya no —murmuró Colt.

No me fiaba de eso.

—Sospecho que cuenta con que ese pequeño enamoramiento tuyo siga en juego —dijo David—. Grandbay debe estar tramando algo. ¿Tienes intención de ir a verla?

—¿Debería?

—Por supuesto que sí —dijo Lothair—. Sería una tontería dejar pasar la oportunidad de conocer mejor los planes de Grandbay. Supongo que esperan atacarnos a través de ti. Pero no dejarás que eso ocurra, ¿verdad, Colt?

—No —dijo.

—Bien —retumbó David—. Reúnete con ella, entonces. Nos quedaremos atrás y observaremos. No te preocupes por estar en inferioridad numérica si Grandbay intenta tenderte una emboscada. Sólo mantén tu palabra de reunirte con Aislin a solas, y nosotros haremos el resto.

El silencio de Colt daba a entender que había algo más que quería preguntar, pero nunca lo expresó. Estaba desesperado por saber si realmente seguía sintiendo algo por Aislin o si ella había borrado esas emociones cuando arremetió contra él durante la pelea. No estaba segura de qué haría a Colt más peligroso.

—Le diré que se reúna conmigo en la zona neutral a medianoche —dijo Colt.

El silencio volvió a la grabación de audio. Miré entre Taylor y Sebastian, incapaz de describir lo que se agitaba en mi corazón tras enterarme de aquello. Quería llamarlo traición, pero sabía que no tenía derecho a acusar a Aislin de eso cuando fui yo quien la rechazó.

A pesar de todo, mi lobo gritó poseyéndola.

—Vas a intervenir en su reunión, ¿no? —Taylor me preguntó.

—No dejaré que sea víctima de lo que David pretenda hacerle. No creo que la maten, pero puede que la hagan prisionera sólo para dañar los números de Grandbay —dije.

—Y esto es puramente una decisión estratégica por su parte, ¿verdad?

Mis ojos se oscurecieron advirtiendo a Taylor. —Estoy evitando que Aislin cometa un error mortal.

—¿Necesitarás el apoyo de la Guardia de los Mitos? —preguntó Sebastian.

—No —dije—. No podemos permitir que esto se convierta en otra batalla. Informaré a Gavin de lo que está pasando y espero que se reúna conmigo allí.

—Iré contigo —ofreció Taylor.

Asentí con la cabeza. A diferencia del resto de mis compañeros de manada, Taylor siempre había estado dispuesto a estar a mi lado, y yo lo agradecía.

Fuera lo que fuera lo que Aislin tramaba esta noche, no podía dejar que llegara a buen puerto. Tenía la ligera sospecha de que estaba haciendo esto sólo para cabrearme.

Capítulo 11

Aislin

Por muy reacia que fuera a contárselo a Gavin, tenía que hacerlo o podría costarme la vida.

—No te enfades conmigo —empecé por teléfono aquella tarde—, pero le envié un mensaje a Colt Hexen.

El gruñido de mi Alfa me estremeció hasta los huesos. —¿Qué has hecho?

—Le envié un mensaje a Colt —dije con creciente desafío.

—¿Por qué? —preguntó Gavin y luego bajó la voz—. ¿Respondió?

Ignoré la primera pregunta. —Sí, quiere quedar y hablar.

—Vas a entrar en una trampa mortal —dijo Gavin—. ¿De qué coño quiere hablar?

—Lo sé. Probablemente sus sentimientos o algo así —dije, olvidando mencionar que había sido yo quien había pedido a Colt que se reuniera conmigo.

—Tienes que tener cuidado, Ais. Cuanto más zorra seas con él, más le motivarás para ponerse del lado de su padre —advirtió Gavin.

Di vueltas por mi habitación, preguntándome si Muriel podría oír la conversación. —No estoy planeando ser una perra. Sólo quiero saber cuán leal es a David.

—¿Crees que puedes averiguarlo reuniéndote con él?

—Creo que sí.

Gavin reflexionó un momento. —Esto no es un intento de vengarte de Everett, ¿verdad?

La acusación directa me puso nerviosa. Me reí, ocultándolo. —Esto no tiene nada que ver con Everett. Necesitábamos tener a Colt a solas para averiguar dónde están sus lealtades, ¿recuerdas?

—¿Ya habéis quedado?

—A medianoche —dije.

Gavin no dijo nada durante unos segundos insoportables, pero finalmente inspiró profundamente.

—No, no dejaré que suceda. No quiero que David haga algo sucio y te tienda una emboscada como hizo con Everett.

—No hará nada horrible porque no quiere que la Guardia de los Mitos intervenga oficialmente

—repliqué—. Lo peor que hará será darme una paliza a mí también, pero al menos habré hablado con Colt —añadí en voz baja.

Podía oír a Gavin apretando los dientes a través del teléfono. —No puedo dejarte ir, Ais. ¿Quién sabe cuándo David cambiará de opinión y dejará de seguir las reglas? Nunca me lo perdonaría si dejara que te fueras y te mataran. Ni siquiera sabes si Colt estará allí.

—Alguien tiene que hablar con él, y yo soy tu mejor opción si quieres obtener respuestas reales. Aparte de Billie —dije con indiferencia—. Pero no la enviaremos a hablar con Colt.

—Nadie es tan estúpido como para reunirse con él a solas —gruñó Gavin—. Ni siquiera tú.

—¿Qué va a pensar cuando lo deje plantado, entonces?

—Envíale un mensaje y cancelalo.

—¡Pero podemos progresar aquí! —grité. Mi racionalidad y mi impulsividad estaban en guerra. Supuse que era posible que estuviera siendo estúpido al respecto, pero con la misma rapidez, mis dudas se sobrepusieron con una venganza. Si me daban una patada en el culo, Everett también lo sentiría. Además, confiaba bastante en mi capacidad para huir. Mi pecho no se sentía tan mal esa mañana; mi lobo me estaba ayudando a sanar. Quería hacer esto a pesar de lo descerebradamente imprudente que era, y la única forma en que podía describir la intensidad con la que lo quería era que algún espíritu violento dentro de mí estaba arañando la confrontación. Parecía una locura.

—Esta conversación ha terminado —dijo Gavin.

—Bien —espeté.

—Ven a mi apartamento en su lugar.

—¿Vas a estar en casa?

Gavin alzó la voz. —Me quedo en casa para asegurarme de que no te escapas para reunirte con Colt. Será mejor que estés aquí esta noche a las 11:30.

—¡Bien!

—¡Bien!

Terminé la llamada al mismo tiempo que él. Lo primero que pensé fue en desobedecerle, obviamente. En eso me obsesioné mientras me preparaba para mi turno, enviando a Muriel con mis padres antes de dirigirme al centro comercial. Y sólo allí, entre ayudar a los clientes a elegir pendientes baratos y zapatos chillones, la pequeña parte humana de mí se dio cuenta de la gravedad de desafiar directamente a Gavin y caer en manos de Dalesbloom, o incluso en las fauces de los Inkscales. Estaba dispuesta a luchar, a huir, incluso a recibir una paliza si llegaba el caso, pero... ¿y si realmente me mataban?

Bastante cansada de mi turno, las horas de pensar fijamente en esa posibilidad casi me convencen de cambiar de opinión e ir al apartamento de Gavin. No fue hasta después de cerrar la tienda que comprobé mi teléfono y encontré un mensaje de voz de Gavin. Con una mueca, escuché lo que tenía que decir.

—Hola, Ais. Acabo de recibir una llamada de Everett. Dijo que tiene audio de Colt planeando reunirse contigo, y David y Lothair están enviando refuerzos. Está bastante claro que se va a poner feo. Planea estar allí esta noche en caso de que aparezcas, pero Ais... Realmente no puedes ir. No te arriesgues.

Un millón de preguntas pasaron por mi mente. ¿De dónde demonios había sacado Everett ese audio? ¿Qué posibilidades había de que se enterara de mis planes de reunirme con Colt? ¿Me estaba acosando? ¿Y seguía planeando presentarse en la zona neutral por si yo lo hacía? Si lo hacía, y los Inkscales lo atacaban de nuevo, ¿esperaba sobrevivir a eso?

Sentí un peso terrible en el estómago. No había pensado que mi plan pondría a Everett en peligro y me devané los sesos pensando cómo podría haberlo descubierto.

En casa a las 10:30, tenía como mucho una hora para pensar qué iba a hacer. Me senté en el sofá y me quedé mirando el teléfono. La opción más sensata sería enviarle a Colt un mensaje de texto que dijera "no importa", decirle a Everett que no arriesgara su vida saliendo por ahí y luego ir a

casa de Gavin temprano y distraerme de mis pensamientos desbocados con una película o algo así. Pero ¿hasta qué punto me afectaría a mí, o a Colt, acobardarme? Quizá quería cerrar su corazón roto. La idea me hizo estremecerme, pero sabiendo lo despiadada que había sido con Colt, no me sorprendería haberle hecho daño de verdad. Incluso si David y Lothair planeaban asaltarme más tarde, yo seguiría teniendo la seguridad de contar con Everett y quienquiera que trajera consigo para pedir ayuda, y eso podría darnos a ambos la oportunidad de hablar, aunque fuera brevemente...

Lo siento, Gavin, pensé amargamente. Podía gritarme todo lo que quisiera una vez que arrastrara mi lamentable carcasa a casa esta noche.

En contra de mi buen juicio, salí en dirección contraria al apartamento de Gavin. El viaje de medianoche me llevó a las afueras de la ciudad, donde me cambié de ropa y la guardé en una bolsa, como de costumbre. En mi forma de lobo, me palpitaban los pulmones, quizá no tan curados como esperaba. Aun así, planeaba ser capaz de huir de los dragones si me atacaban o, al menos, aullar por Everett.

El cielo nublado hacía que la noche fuera húmeda y fresca. Corrí a paso ligero hasta el límite del territorio de Grandbay, con los pies ligeros a pesar del peso en el pecho. Incluso antes de pasar nuestro perímetro, empecé a ahogarme con el hedor ardiente de los dragones, lo que significaba que ya debían de estar allí, esperándome. A través de sus notas acres, otro olor extraño se abrió paso hasta mi nariz, éste más dulce y amaderado, un aroma que me atraía en lugar de repelerme. Me entraron ganas de vomitar cuando me di cuenta de que pertenecía a Everett. Pero al menos él también estaba aquí. Colt no estaría lejos.

Aparté a Everett de mi mente y me centré en lo que me esperaba. Saliendo del territorio de mi manada, abandoné el último bastión de seguridad y me hundí en lo desconocido. Fue allí, sin la luz de la luna ni de las estrellas y envuelta en una oscuridad total, donde encontré a Colt esperándome.

Después de convertirme en humana, salí con mis vaqueros y un jersey rojo oscuro, el pelo rojo cayendo sin fuerza sobre mis hombros. En un pequeño claro entre los abedules, Colt vestía pantalones negros y zapatillas blancas y negras, con la capucha de su jersey negro levantada. Incluso en la oscuridad, podía ver cómo flexionaba y cerraba los puños. Esta noche no se parecía a sí mismo, más a un extraño que al chico que conocí cuando era pequeño. Se parecía menos al niño rico, guay y con derechos, y más a un enemigo temible, listo para golpearme.

—Sé que los dragones están aquí —empecé.

Colt se acercó un paso. —No saldrán a menos que yo se lo diga.

—¿Se lo vas a decir después de que terminemos de hablar?

—Eso depende de cómo me sienta —dijo Colt con un desconcertante distanciamiento y un tono subyacente de frustración.

Nunca había visto a Colt enfadado.

Inspirando, me mantuve firme y carraspeé en silencio, disimulando mi ronquera. —Entiendo que me excedí un poco durante la pelea —le dije a Colt—. Ambos hicimos cosas que fueron... irracionales.

Colt se acercó de nuevo, ladeando la cabeza. Sus ojos se entrecerraron.

—Me refiero a cuando intentaste marcar a Billie —añadí.

Las brasas se encendieron dentro de Colt. —Sólo lo hice porque David me lo dijo. No quería hacerle daño.

—Relájate —respondí a su enfado. Mi reflejo inicial fue devolverle el golpe, pero eso sólo nos habría llevado a los dos a una discusión que seguramente me habría matado. —Mientras Billie esté lejos de David, está a salvo. No te culpo por hacer eso. David te habría castigado después si no lo hubieras intentado, ¿verdad?"

Colt suspiró por la nariz y bajó la voz. —Billie debería estar lejos de aquí. Muriel también.

Mis ojos se abrieron de par en par en la oscuridad. Eso debía significar que Colt al menos se preocupaba por Billie y por evitar el ritual Lycan. Tal vez no compartía la ira vengativa de David después de todo. —Si se fueran, Gavin tendría que ir con ellos. Y no hay manera de que él o alguien más vaya a ninguna parte.

—Dalesbloom va a acabar con toda tu manada —advirtió Colt.

—No tiene por qué ser así —argumenté, reduciendo mi voz a un susurro—. Estás lo suficientemente cerca de David. Puedes acabar con esto.

Los ojos de Colt se abrieron de par en par, su cara se contorsionó en ira. —Gavin acaba de matar a mi hermana, ¿y me pides que mate a mi padre?

El hecho de que no bajara la voz me hizo encoger los hombros alarmada, mirando hacia los árboles, esperando que los dragones le hubieran oído. —¿Cuál es la alternativa, Colt? ¿Dejar que todo el mundo muera mientras tu padre se vuelve loco con el cuerno de unicornio? Lo vas a perder de cualquier manera.

—Al menos entonces se lo habrá hecho a sí mismo —gruñó Colt.

Más que sorprendido, me indigné al oírlo. Quería elegir la salida del cobarde, ¡incluso si eso significaba sacrificar a todos los demás en el proceso! —¡Mucha gente morirá, Colt!

—Entonces Dalesbloom no tendrá más 'aliados' poco fiables —señaló las comillas aéreas—, de los que preocuparse.

—No puedes estar enfadada en serio porque Gavin no siguiera adelante con la fusión de las manadas, ¿verdad? —Parpadeé—. Ese era el plan de David. ¿Qué ganarías con ello?

—Mi familia no se habría destrozado si hubiera ocurrido —dijo Colt.

—Billie habría estado atrapada en Hexen Manor para siempre con tu padre violador —le respondí—. ¿Es eso lo que quieres?

—¡No! —Colt se encrespó, con cara de asco—. Yo no habría dejado que eso pasara. La habría protegido. Joder, Ais. Quizá si te hubiera conocido mejor, habría podido sacarla de allí y llevarla a Grandbay sin que muriera gente en el proceso.

—Lo dudo. David no la habría dejado ir. Y si defiendes a David, eres tan malo como él —. Billie no habría estado a salvo ni con David ni con Colt, y dejarla consumirse en la Mansión... eso habría sido condenar a Billie a una vida de servidumbre a esos dos hombres, que ya habían manipulado su infancia—. Lo siento, Colt. Pero si esto es lo que realmente crees, no creo que nunca hubiera podido funcionar entre nosotros.

—¿Entre nosotros? —repitió, y luego se echó a reír—. ¡Como si alguna vez te lo hubieras planteado!

Tragándome la culpa, busqué en mi interior algo de sinceridad. —Sabes, podría haberlo hecho. Si no fueras tan... —insufrible, quise decir—, "tímido al respecto. Siempre me hiciste sentir que

tenía que perseguirte. ¿Por qué iba a hacerlo si no tenía ninguna razón para ello?

—¿Ahora vas a criticar la forma en que te hablé? —Colt sacudió la cabeza, exasperado—. Hemos terminado. No tengo nada más que decirte, si para lo único que has venido es para presionarme para que traicione a mi propio padre.

—¿Qué más quieres que te diga?

Los pocos segundos que tardó en contestar sugirieron que se lo estaba pensando. Una brisa fría me puso la piel de gallina en las manos y en la nuca. En ella, el hedor de los Inkscales me recordó mi destino acechante.

—No volveré a los dragones contra ti si me dices dónde está Muriel. Ahora mismo.

—¿Y que envíen a los dragones a Grandbay en su lugar? No lo creo —. No tiraría a Muriel y a toda mi manada bajo el autobús sólo para salir de esta sin unos pocos cortes y moretones.

—Entonces es una pena que me hayas cabreado —gruñó—. A menos que vayas a hacer algo más por mí, te sugiero que empieces a correr.

—¿Hacer otra cosa, como qué? —Tartamudeé, dando un paso atrás. ¿Qué, quería que se la chupara? A veces, Colt había sido lo bastante juguetón y coqueto como para insinuar que quería tontear. Siempre había sido sutil al respecto, y siempre me molestó que quisiera que yo captara sus indirectas. Ahora, volvía a manejar el tema con la misma avidez bárbara de su padre.

Sus dientes brillaron en la noche. —Piérdete.

Era sólo una amenaza. No pensó hacerlo.

Me alejé de Colt, demasiado recelosa como para darme la vuelta. Los árboles crujían y el olor de los dragones abrasaba el aire, convirtiendo la fría humedad en una humedad asfixiante. Aferré con más fuerza la mochila entre las manos y decidí entonces que mi mejor oportunidad de escapar sería como lobo. Buscando refugio entre los árboles, me despojé de mis ropas y abandoné mi forma humana, sólo para que un cuerpo chocara con el mío en plena transformación.

Un sonido gutural salió de mi garganta al caer al suelo, inmovilizada por alguien que instintivamente pensé que era Colt, pero era demasiado grande y musculoso, y no lo bastante oscuro. No era el pelaje negro del lobo de Colt, ni las brillantes escamas de obsidiana de los

dragones. El olor a pino de la criatura me invadió de repente.

¡Everett!

Mi mente se agitaba mientras empujaba desesperadamente mi cuerpo para terminar de moverme, pero el peso de Everett me hizo entrar en un pánico sudoroso. Gemidos agudos y estrangulados salían de mi garganta mientras me agitaba bajo el alfa de Eastpeak. Mi cuerpo no podía transformarse lo bastante rápido. Para cuando tuve mis patas, vislumbré formas que aparecían entre los árboles que nos rodeaban; las alas desplegadas fueron inmediatamente reconocibles. Si Everett no me dejaba subir, ambos seríamos la cena de los dragones.

En lugar de eso, me clavó los dientes en el cogote. Mi aullido de dolor rasgó el aire mientras me ponía en pie y me arrastraba a su lado. A pesar de mi rabia, esta escena me resultaba terriblemente familiar. Incapaz de respirar, jadeé y vacilé mientras intentaba seguirle, con el corazón golpeándome las costillas como un pájaro enjaulado. No tuve más remedio que correr junto a Everett. Si intentaba separarme, los dragones me atraparían. Me perseguirían hasta que inevitablemente me atraparan, y me castigarían por orden de Colt. Mi única oportunidad de sobrevivir a esto de una pieza era ir con Everett, uniéndome finalmente a la marea de cinco de sus compañeros de manada que habían venido a mantenerlo -y a mí- a salvo.

El fuego salvaje de los dragones irrumpió en el bosque detrás de nosotros. No nos atrevimos a mirar atrás, o ese fuego abrasador nos consumiría.

Capítulo 12

Everett

Sabía que aparecería por aquí esta noche. A pesar de todas las advertencias de que no lo hiciera, Aislin era siempre propensa a tomar las decisiones más estúpidas, así que no me sorprendió del todo que el aroma dulce y picante de mi prometida llegara con la brisa.

Sin esperar un grito de alarma, partí primero, ordenando a mis compañeros que se quedaran atrás y esperaran mi señal. Fuera lo que fuese lo que Aislin pretendía discutir con Colt, sabía que el resultado no podía ser bueno, simplemente porque sabía que Aislin no era lo suficientemente elocuente como para mantener esto como una misión diplomática. Es cierto que también contaba con que Aislin desobedeciera a Gavin porque, aunque eso no pusiera a Muriel en mis manos, al menos me daría la oportunidad de llevarme a Aislin y ocuparme de su herida.

Ahora corría a mi lado, o más bien tropezaba, mientras avanzábamos por la maleza del bosque hacia la libertad, rompiendo ramas y haciendo crujir las hojas a nuestro paso. Me dolía el cuello de lo inclinado que estaba mientras intentaba sujetar a Aislin para que no se soltara y se quedara atrás. Los dragones avanzaban hacia nosotros, chocando con los árboles como si los arrasaran y chillando como demonios. Hacía falta mucho para ponerme nervioso, pero esto era aterrador. Nos acosarían a los dos sin la piedad que tuvieron conmigo la última vez al permitirme escapar con vida. Esta vez, el daño sería irreversible. E imaginando ver a Aislin destrozada por los dragones, no creía poder soportarlo, y mucho menos explicárselo a Gavin. Pero nunca había sido de los que se tomaban la muerte a la ligera, fuera de quien fuera.

Los dientes repiquetearon sobre la punta de mi cola. El dragón rodeó mi periferia y sus enormes alas se extendieron hacia delante, tratando de acercarse. Unas uñas afiladas me desgarraron el anca, reabriendo una de las heridas que había intentado curar. Gruñendo, hice acopio de fuerzas para empujar con más fuerza, corriendo más deprisa, incluso cuando el cuerpo de Aislin casi se paralizaba mientras jadeaba en busca de aire. Yo tampoco podía respirar, pero era cuestión de vida o muerte, y correría hasta que mis pulmones se rindieran.

Al oír la cacofonía, mi manada se agrupó rápidamente a nuestro alrededor, interceptando a los

dragones en una ráfaga de dientes y garras. Recé para que fueran capaces de desengancharse y seguir huyendo, porque por mucho que lo deseara, no podía permitirme mirar atrás y defender a ninguno de ellos cuando tenía a Aislin para ponerla a salvo.

Volvimos a sumergirnos en el territorio de Grandbay justo a tiempo para oír el coro de aullidos preocupados de Gavin y sus compañeros en dirección a la cabaña de su manada. Seguramente ya sabía que Aislin se había largado, pero yo no tenía intención de devolvérsela.

Los dragones retrocedieron cuando Gavin se dio cuenta de la persecución. Mis compañeros de manada y yo continuamos corriendo, zigzagueando hacia el perímetro y a lo largo de su borde oriental hacia las montañas que llamábamos hogar. Mis cinco compañeros lo consiguieron, aunque todos tenían heridas recientes que demostraban su valentía. Me sentía aliviado de tener a estos cinco conmigo, cuando casi toda mi manada se había mostrado tan reacia a enfrentarse. Sin duda, nunca oiría el final de esto.

Por fin, estábamos a salvo en el territorio de Eastpeak. Refugiada en la ladera de la montaña, mi manada se detuvo para respirar y lamerse las heridas. Dejé caer a Aislin al suelo y aspiré aire en mis pulmones. Ella se desplomó, también ronca. El cielo nublado se disipó y la luz plateada de la luna rompió la bruma, reflejándose en su pelaje rojo como gotas de rocío.

Una serie de gruñidos y quejidos intercambiados entre mis compañeros de manada me aseguraron que todos estaban bien. Habían recibido algunos mordiscos, pero nada letal. Tras ese breve descanso, nos pusimos en marcha de nuevo, cruzando el resto de la distancia hasta mi casa con vistas a la ciudad.

Todos los demás se transformaron y entraron a curar sus heridas. Me quedé en mi patio, iluminado por las brillantes luces blancas de seguridad, mirando expectante a Aislin. Ella me devolvió la mirada con aquellos fieros ojos marrones, con la lengua fuera de la boca mientras luchaba por respirar sin delatar que estaba luchando. Sus pómulos afilados y su mandíbula estrecha le daban un aspecto feroz. La desaprobación retumbó en mi garganta.

Yo empecé mi transformación y ella la suya.

La ropa extra en bolsas convenientemente guardadas era un elemento básico en todo el territorio de Eastpeak, incluso en mi propio patio trasero. Una vez humano, cogí una bolsa de nailon que colgaba de un árbol y que contenía unos pantalones cortos de gimnasia y una camiseta. Sólo después de ponérmelos me di cuenta de que Aislin se había convertido en humana detrás de mí,

con su cuerpo delgado y atlético aún sin ropa. Cuando la miré por encima del hombro, vi que fruncía el ceño. —Me has hecho quitarme la ropa —me dijo.

—Bien. Ponte esto —Me quité la camiseta y se la tiré.

Hizo una mueca y se quitó la camiseta de encima. —No quiero apestar como tú. Llévame a casa así.

¿Esperaba entrar con el culo al aire en su edificio?

—No voy a llevarte. Ponte la camiseta —le dije.

Los ojos de Aislin casi ardían en llamas. —Sí, lo harás —insistió, tosiendo—. Gracias por alejarme de los dragones, pero tengo que presentarme ante Gavin.

—No irás a ninguna parte hasta que te revisen la herida —le dije—. Si te llevo a algún sitio, es con Muriel para que te cure.

—Bien —me respondió con desprecio.

Esa habría sido mi oportunidad de secuestrar a Muriel, pero no estaba seguro de que Gavin lo apreciara después de lo que ya había pasado esta noche. Él tampoco me permitiría coger a Muriel a solas. —Pensándolo bien, no confío en que dejaras que te tocara una vez que llegáramos allí. Tal vez te lleve a un hospital en su lugar.

—Buena suerte con eso. Entonces me iré sola —Aislin tiró mi camisa al suelo y empezó a alejarse, abriéndose camino por mi jardín hacia los árboles.

Todos los años que me habían enseñado a respetar a las mujeres, a no levantarles la mano, se opusieron al instinto de detener a Aislin. Finalmente, mis músculos se tensaron y me lancé tras ella, tratando de agarrarla por la muñeca.

Se tambaleó cuando la cogí. —¡No, no me vas a tocar!

Pero no era lo bastante fuerte como para soltarse. Apreté el agarre, como si el contacto físico hubiera borrado de repente mi discreción y me abrumara el deseo de mantenerla agarrada, por encima de todo. —No irás a ninguna parte, Aislin —dije entre dientes, luchando por mantenerla clavada en el sitio.

Aislin se giró para mirarme, clavándome las uñas en el brazo. —¡Maldito idiota! —Entonces tosió, y sentí cómo reverberaba en mi propio pecho—. ¡Suéltame! ¿De verdad vas a hacer esto delante de toda tu manada?

—Que vean de lo que es capaz su Alfa cuando se lo lleva al límite —gruñí, cerniéndome sobre ella.

Cuando recuperó el aliento, Aislin me miró desafiante. Su nariz delicada y sus labios rosados se contorsionaron en un gruñido furioso; sus cejas finas y oscuras se entrecerraron. Parecía querer arrancarme la garganta con sus dientes. Una furia al rojo vivo me impulsó a ponerla en su sitio, tan poco característico de mi habitual comportamiento tranquilo y controlado. Me daban ganas de derribarlo todo a mi alrededor. Todo en ella era destructivo. No podía imaginar que fuera mi compañera predestinada, que se suponía que debía calmarme, domarme... cuando era ella quien me incendiaba peor que nadie.

—Entra —le ordené.

Aislin apretó los labios esta vez. —No te metas conmigo, joder —dijo, arrancándome por fin la muñeca de la mano.

No tenía intención de meterme con ella, sobre todo después de haber oído la amenaza de Colt.

Después de agacharse para coger la camiseta, Aislin se dirigió hacia mi casa. La seguí, observando cómo se contorsionaba su ágil cuerpo mientras se ponía la camiseta. Habiéndome cuidado antes de no absorber demasiados detalles de su desnudez, no pude evitar fijarme en el dorso desnudo de sus muslos mientras caminaba, vislumbrando de vez en cuando la parte inferior de su culo. Una vez de pie bajo las luces de mi salón, intenté evitar mirar demasiado las yemas de sus pezones también a través de la camisa.

El fuego se extendió desde mi pecho por todo mi cuerpo. Odiaba esta conexión que compartíamos.

Mis cinco compañeros nos miraron. Taylor me llamó la atención y murmuré rápidamente: —Que todo el mundo se cure las heridas y descanse. Las cosas están a punto de ponerse interesantes.

—Oh, tienes toda la puta razón, se va a poner interesante —replicó Aislin.

Se quedó junto a la puerta trasera de cristal mientras yo me acercaba a Taylor. No la perdí de

vista, sabiendo que en cuanto apartara la mirada, intentaría huir. —No creo que esté herida, salvo en los pulmones, así que la mantendré aquí —dije— Haz que alguien que no nos acompañó esta noche patrulle el perímetro de Eastpeak y Grandbay.

—De acuerdo. ¿Estás seguro de que podrás mantenerla bajo control? —preguntó Taylor.

—No la perderé de vista.

Taylor asintió y reunió al resto de nuestros compañeros de manada para vendar sus heridas en la cocina. Volví junto a Aislin y automáticamente estiré la mano para cogerla del brazo. Ella se apartó y mantuvo la distancia. —Ven conmigo —le ordené.

Con un gruñido de fastidio, Aislin me siguió escaleras arriba hasta el cuarto de baño del segundo piso, donde estábamos aislados de todos los demás. El frío suelo de baldosas en mis pies no hacía más que acentuar los dolores que inundaban mi cuerpo. Mis músculos aún gritaban de tanto correr. Me senté en el borde de la bañera con cabezal de ducha desmontable y me enjuagué el profundo corte del muslo con agua caliente.

Aislin se situó lo más lejos posible de mí, con los brazos cruzados. —¿Qué esperas ganar secuestrándome, exactamente?

—Sabes lo que espero ganar.

—Entonces, si soluciono todo este asunto de mis pulmones, ¿me dejarás ir?

La miré. Ahora que la tenía, extrañamente, no quería renunciar a ella. Mi mandíbula se tensó mientras masticaba la respuesta.

—Sí.

—Deberías haberme llevado de vuelta a Grandbay entonces. Haré que Muriel lo haga.

—No confío en ti.—Bueno, ¿qué coño quieres que haga entonces? —espetó Aislin.

La verdad es que no sabía lo que quería. Simplemente no quería perder el control sobre ella. —Cállate de una puta vez —murmuré, soltando una rara palabrota, indicativa de mi frustración.

Aislin arrugó el labio y me observó. Después de limpiarme la sangre del muslo, cogí un paño húmedo y caliente y lo pasé alrededor de la herida, ahogando una mueca de dolor. Seguramente

estaba disfrutando, aunque también sintiera el dolor. No nos dijimos nada mientras sacaba el botiquín de debajo del fregadero y me vendaba el muslo, como había hecho con las innumerables heridas de los últimos días.

Si no hubiera bajado los ojos a mi muslo, no me habría fijado en el corte de su tobillo, en el rojo que se deslizaba por su talón y caía al suelo. —Estás herida —señalé.

Aislin se miró el pie, como si no se le hubiera ocurrido. —Supongo que sí.

—Ven aquí —le dije.

Ella se apretó contra la puerta. —No. He dicho que no me toques.

—Puedo limpiarlo rápidamente.

—Lo haré yo misma.

—¿Por qué eres tan difícil? —suspiré.

Aislin se burló. —Porque no necesito a un puto hombre que cuide de mí como si fuera una damisela en apuros.

—Sin embargo, me necesitabas para llevarte lejos de las Inkscales.

—No te necesitaba para nada —contraatacó Aislin— De hecho, esperaba que me jodieran, sólo para poder ser aún más una molestia para ti.

Claro que sí. Enjuagué el paño y me levanté, viendo que mi paciencia con las estupideces de Aislin se estaba agotando. En cuanto me levanté, Aislin se sobresaltó y se llevó la mano al pomo de la puerta. Intentó abrir la puerta mientras yo la acorralaba, pero la cerré de golpe y le puse la mano junto a la cabeza. —Siéntate en la bañera —La señalé.

Aislin contuvo la respiración, negándose a inspirarme. Incluso eso me enfurecía. Todo lo que hacía para evadirme sólo alimentaba mi ira. Yo sólo trataba de ayudarla, no era como si intentara hacerle daño o aprovecharme de ella, y ella lo sabía. Sólo quería rechazar todo tipo de ayuda para demostrar que no la necesitaba, ni a mí, ni a nada. Nuestras miradas se cruzaron, saltaron chispas y mi corazón se aceleró. Ella seguía sin moverse.

¿Quería siquiera que se moviera?

Estar tan cerca de Aislin nublaba mi juicio. Sabía que los efectos de estar tan cerca de mi compañera predestinada antes de marcarla podían ser peligrosos. Era exactamente lo que no quería sentir, ese revuelo en las tripas que me daba hambre, que me volvía loco. La curiosidad ardía en mi interior. Si siguiera tan vehementemente enfadada conmigo como para no querer saber nada de mí, estaría golpeándome el pecho para alejarme, ¿no?

En lugar de eso, Aislin se limitó a mirarme con fijeza, recorriendo con la mirada los rasgos de mi rostro. Desde mis cejas sucias hasta mis labios agrietados.

—¿Sientes esto? —murmuré.

—No creas que quiero —atajó Aislin, bajando la voz para mí.

—Pero tú sí.

Respiraba entrecortadamente, sus pestañas se inclinaban sobre su mirada mientras evaluaba la proximidad de nuestros cuerpos. La sangre manchaba el suelo bajo su pie. No me importaba; podría limpiarla más tarde. La presencia de Aislin me embriagaba, me despojaba del pensamiento racional, encarnaba las fantasías a las que había sucumbido a principios del fin de semana. Nunca me permitía acercarme a nadie, y tanto tiempo pasado en aislamiento físico había debilitado mi autodisciplina. Mi mano se apartó de la puerta y rozó el dobladillo de mi camiseta sobre su cuerpo. Sólo podía pensar en levantarle la camiseta por encima del pecho y estrujar sus hermosas tetas.

Me hizo sentir como un cerdo.

Debió de pensar lo mismo, porque me dio una palmada en la mano y se apartó, lanzándome una mirada venenosa. —No hagas esto después de haberme rechazado, Everett —me advirtió Aislin.

En ese momento, me arrepentí de haberla rechazado como mi compañera predestinada. Ojalá hubiera pasado más tiempo pensándolo, o al menos me hubiera dado la oportunidad de tenerla a solas primero. —¿Y si cambio de opinión?

—¡Eres jodidamente increíble! —Esta vez, ella realmente golpeó sus puños en mi pecho, empujándome lejos de ella.

En cuanto volvió la distancia entre nosotros, recobré el sentido común. La culpa y la vergüenza chisporrotearon en mi interior. Me enderecé y la miré, luchando por recuperar mi dignidad. —

Tienes razón. Fue una estupidez de mi parte —dije con la mayor frialdad posible—. Pues límpiate el pie.

Me quitó el paño y pasó de largo, mirándome con advertencia de que no volviera a invadir su espacio. No iba a hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta cómo me había rechazado hacía un segundo. No me quería, tuviera o no una conexión de pareja predestinada. No podía negar que respirar su olor, estar tan cerca de su cuerpo que podía tocarla, me había maldecido con una lujuria que ya no creía poder reprimir tan fácilmente.

—Mañana te llevaré al hospital —le dije.

—Como quieras —espetó Aislin.

Aunque deseaba tocarla, lo mejor era sacarla de casa lo antes posible. Estar cerca de ella nos volvería locos a los dos.

Sabía sin lugar a dudas que deseaba intimar con ella, pero en ese momento, Aislin Mundy se había convertido en un inalcanzable sueño febril de un deseo.

Capítulo 13

Aislin

Estar atrapada en la casa de Everett era peor que la muerte. Hubiera preferido ser masacrada por los Inkscales que ser rehén de la pareja predestinada que no me quería.

El momento de intimidad que compartimos en su cuarto de baño fue irreal, y nunca lo admitiría, pero me dolía el cuerpo por sentirlo, por silenciar mi mente y dejarme llevar por nuestros impulsos. Mi ego nunca se habría recuperado si eso hubiera ocurrido. No podía justificar ceder a su presencia dominante cuando ya me había rechazado, sobre todo cuando lo único por lo que parecía quererme era por el físico. Me hizo darme cuenta de lo tierno que se había vuelto mi corazón cuando pensé en lo que realmente quería de Everett, y por qué estaba tan enfadada con él.

Everett nunca se había interesado por mí a nivel emocional, y yo estaba cargada de emociones que no era lo bastante fuerte para domar. Nunca le habían importado mis sueños ni cómo me sentía, sólo lo que era más ventajoso para él, como el magnetismo sexual de nuestro vínculo predestinado, u obligarme a curar mis heridas. Me alienaba. Sentía que yo no valía nada para él. Así que, aquella noche, después de lavarme el corte del tobillo y envolverme en una manta en su sofá -negándome a dormir en su cama, a pesar de su ofrecimiento-, me sumergí en tortuosos pensamientos, odiando la situación en la que me había encontrado. Everett se sentó en el extremo opuesto del sofá para poder vigilarme; quise gritarle, pero ninguno de los dos dijo nada hasta que me quedé dormida.

El cansancio me dejó inconsciente durante horas. Cuando volví a abrir los ojos, el sol apenas había salido, iluminando la sala de estar con un resplandor frío y azul. Torcí el cuello para espiar a Everett. Estaba recostado en el sofá, con la cabeza apoyada en los cojines, los ojos cerrados y las manos sobre el regazo, bajo una manta. Por la forma en que su pecho subía y bajaba lentamente, me di cuenta de que seguía dormido. Bueno, no esperaba quedarse despierto toda la noche mirándome, ¿verdad? Esta podría ser mi oportunidad para escabullirme. Me incorporé y él seguía sin moverse. Sus musculosos brazos estaban flojos a los lados, sus pies descansaban perezosamente en el suelo, las crestas de su garganta sublimes. Su nuez de Adán temblaba con

algún que otro ronquido silencioso. Parecía tan tranquilo. Era injusto que pudiera estar tranquilo cuando yo sufría tanta agitación.

Me quité la manta con cuidado, me levanté y crucé la habitación de puntillas, ignorando mis dolores sordos. Sólo tenía que salir y entonces podría correr. Atenta a las más leves señales de vigilia, me detuve frente a las puertas de cristal que daban al patio, me quité la camiseta de Everett que aún llevaba puesta -no podía creer que la hubiera llevado toda la noche- y la dejé caer al suelo. Buena suerte, pensé. De espaldas al sofá, me acerqué a la manilla de la puerta y tanteé cuando me di cuenta de que estaba asegurada con varios cerrojos.

El sonido de la puerta sacudiéndose en la vía puso fin bruscamente a los serenos ronquidos de Everett. Me quedé helada al oírle incorporarse y sentí sus ojos en mi nuca.

—¿Dónde crees que vas?

Su voz, ronca por el sueño, me hizo estremecer. Le devolví la mirada, desnuda y vestida sólo con los suaves matices del amanecer.

—No me quedaré aquí.

Everett arrugó la frente y se levantó. Su manta se cayó de su regazo al suelo, dejando ver un bulto en sus pantalones de chándal que estoy segura de que ninguno de los dos esperaba ver. Refunfuñó, dándose la vuelta para ocuparse de su leña matutina mientras yo seguía jugueteando con los tres cerrojos de la puerta. —No te atrevas a abrir esa puerta —advirtió Everett por encima del hombro.

—Que te jodan —Abrí todos los cerrojos y deslicé la puerta mientras Everett volvía a darse la vuelta. Al oír sus pasos detrás de mí, salí corriendo y me desperté sobresaltada por el rocío frío en los pies.

El instinto me dijo que corriera, así que lo hice. A grandes zancadas, atravesé el patio, henchida de esperanza de poder escapar de Everett sin tener que ir al hospital. Segundos después, su cuerpo chocó con el mío con una fuerza descomunal y me tiró al suelo con los brazos alrededor de la cintura. Gruñí con fuerza y me revolví contra él.

—He dicho que no irás a ninguna parte —me gruñó Everett, luchando por controlar mis muñecas.

Enrosqué mi cuerpo y le di un rodillazo en la barbilla. —¡Suéltame! ¡Déjame ir, Everett, lo juro por Dios! Tan pronto como Gavin se entere de esto, ¡estás jodido!

—¿Qué va a hacer Gavin, acabar también con nuestra alianza? —me amenazó.

—¡Sí, y cuando todo esto termine, nunca más tendremos nada que ver con la Guardia de los Mitos!

—Bien, no es que necesite a Grandbay para nada —dijo Everett.

—¡Imbécil! —grité. Me ardían los pulmones. El impacto me había sacudido el pecho y me había reducido a carraspear de nuevo.

Everett se cernía sobre mí, sujetándome las muñecas a la hierba. Su cuerpo se acercó a mí mientras inclinaba una oreja hacia mí, escuchando mi respiración. —Vamos al hospital ahora mismo —dijo Everett, poniéndose de pie y tirando de mí hacia mí.

—Voy a decirles que me secuestraste —respondí.

Everett me arrastró hacia su casa. Me resistí, arrastrando los pies por la hierba y la tierra húmeda. —Me da igual. Puedes irte a casa cuando tu pecho esté mejor.

—Estoy bastante segura de que tengo un pulmón colapsado, y no creo que puedan curarlo, así como así —repliqué.

—Pueden con un tratamiento de oxígeno y una aguja para liberar cualquier aire que está impidiendo que sus pulmones se expandan —dijo Everett.

—Entonces iré a romperme el brazo. Eso no será tan fácil de arreglar, ¿verdad?

Me arrojó de nuevo al salón, cerrando la puerta con fuerza tras de sí. —¿Me odias, Aislin?

Me burlé. —¿Qué te dio esa impresión?

—No puedo decir si he hecho algo o si estás naturalmente llena de tanto vitriolo que eres desagradable para todo el mundo —espetó.

—Conóceme mejor y descubrirás que simplemente te odio.

—¿Qué he hecho, entonces? ¿Por qué quieres hacerme sufrir?

—¿Por qué crees? —. Alcé la voz para que resonara en su salón, esperando que la ira de mis palabras se filtrara en sus paredes y le persiguiera todos los días del resto de su vida—. ¡Nunca me has tomado en serio! Actúas como si fuera una maldita idiota. Me has rechazado. ¡Claro que no quiero tener nada que ver contigo! Y ahora me has encerrado en tu casa, manteniéndome prisionera, ¿y me preguntas por qué estoy siendo tan poco razonable? ¿Por qué coño crees?

—No me culpes por tu falta de madurez —dijo Everett.

—Dios mío, ¿puedes ser más engreído? —. Recorrí el salón en busca de algo que lanzarle, pero lo único que tenía eran las mantas del sofá. No había adornos, chucherías, posavazos en la mesita, sólo un minimalismo exasperante. Apretando los puños, grité en su lugar.

Everett cerró la puerta y cargó contra mí. Sin otro recurso, acorté la distancia y me encontré con él a medio camino, lanzando mi puño contra su pecho. —¿Por qué tuve que quedarme atrapada con una pared de ladrillos por un maldito compañero predestinado, eh? Ojalá los dragones te hubieran atrapado anoche y terminado lo que empezaron.

Volvió a agarrarme de los brazos. —Créeme, mi vida sería mucho más sencilla si mi compañera predestinada no fuera una mocosa irracional.

Me zafé de su agarre, pero rápidamente me rodeó con los brazos por detrás, sujetándome cada muñeca con la mano contraria y convirtiéndose en una camisa de fuerza, rodeándome el pecho con los brazos. —¡Tú...! Suéltame. ¿Quieres morirte, Everett? Quizá debería arrastrarme hasta Colt para pedirles a los dragones que se deshagan de ti.

—A diferencia de ti, en realidad soy un miembro valioso de la sociedad —dijo Everett mientras forcejeaba conmigo—. La gente me necesita. Tengo responsabilidades. ¿Qué haces además de empezar peleas que no puedes terminar?

En mi pecho saltaron chispas. Le di un fuerte pisotón en el pie, pero él se limitó a gemir entre dientes y me apretó los brazos con más fuerza. —Si no fuera por esta lesión, te estaría pateando el culo. Te garantizo que soy mejor luchadora que tú. Lo único que te importa es tu puto trabajo de director ejecutivo y mantener a tu manada alejada de los problemas —argumenté.

—Me preocupo por mantener a salvo a mi manada —dijo—. Ni siquiera puedes luchar mientras intentas atormentarme a través de la conexión. ¿Por qué sufrir, también, cuando te podría curar fácilmente por Muriel?

—¡No necesito la ayuda de nadie!

—¡Sí, lo sabes!

—Siempre y cuando no seas tú quien tenga que ayudarme, ¿verdad? —siseé.

—De todas formas no querías mi ayuda.

La rabia se me agolpaba en la garganta y me costaba tragar saliva. Tenía la cara roja de tanto pelear y de los pensamientos que no quería confesar. Una vez que dejé de resistirme, me di cuenta de cómo me envolvía el cuerpo de Everett, consciente de repente de su calor contra mi espalda, mi piel desnuda sólo separada de su pecho por una fina camiseta. Su cabeza estaba inclinada sobre mi hombro, y si inclinaba la cabeza hacia atrás, me llegaba a la nariz el olor de su cuello. Sus manos alrededor de mis muñecas me aferraban sin intención de soltarme, incluso después de haberme quedado inmóvil.

—Nunca te importé una mierda —murmuré.

Everett no dijo nada mientras intentaba controlar la respiración.

—No puedes hacer esto después de rechazarme —añadí con dureza.

—Tienes que entender por qué lo hice.

—No te debo ninguna simpatía, Everett.

Cuando no me contestó, mi enfado aumentó. Estaba convencida de que sólo intentaba urdir una nueva forma de conseguir lo que quería de mí, ignorando las súplicas que le había hecho para que primero me viera con más simpatía. Seguía buscando la manera de ser más astuto que yo sin tener que preocuparse por mí. Sólo quería utilizarme.

Por eso me sorprendió cuando finalmente murmuró por encima de mi oído: —Tienes razón. He sido demasiado implacable con las imperfecciones de la gente. No es justo por mi parte.

—Vaya, gracias.

—Quiero decir —suspiró—, las cosas que veo como imperfecciones. Moldean mis opiniones. Exijo a todo el mundo lo mismo que me exijo a mí mismo. Y no debería.

—No todo el mundo puede ser perfecto como tú —le espeté.

—Bueno, es solitario ser perfecto —dijo Everett rotundamente—. Quizá debería bajarme de mi pedestal y empezar a dar segundas oportunidades.

—No me haces sentir mejor.

—No soy bueno con... los sentimientos.

—Eso explica muchas cosas —. Así que no era tan perfecto como parecía creer. Tal vez había estado descuidando sus insuficiencias sociales bajo la creencia de que era intachable y no necesitaba tratar a los demás como si fueran humanos. Nunca admitió que se equivocaba al no tener empatía. Porque, ¿cómo iba a satisfacer esas altas expectativas sobre sí mismo si admitía tener defectos?

Una larga exhalación me hizo cosquillas en la oreja. Everett había estado inclinado sobre mí todo este tiempo, aferrándose y sin querer soltarme, hasta que por fin soltó su agarre de mis muñecas. Me quitó las manos por completo.

Aún no me había alejado de él. No quería hacerlo, ya que era obvio que luchaba con un deseo interior de atraerme que entraba en conflicto con su perfeccionismo.

Un tintineo lejano llamó nuestra atención. Ambos miramos hacia las escaleras antes de que Everett se separara de mí. —Es mi teléfono —dijo—. Mierda. Debo haberlo dejado arriba.

Everett trotó unos pasos hacia las escaleras, luego volvió a mirarme y pasó junto a la puerta de cristal. Me miró a los ojos y supe lo que iba a decir antes de que lo dijera.

—No te vayas a ninguna parte —dijimos los dos a la vez, él ordenándose y yo burlándome de él con un giro de ojos.

—Por favor —añadió.

Señalé las escaleras, con mi cuerpo moviéndose detrás del suyo. Si eso demostraba mi voluntad de darle una oportunidad -como la que él decía que quería darme-, simplemente me iría con él.

Everett subió las escaleras y se dirigió directamente a su dormitorio. Recordé que se había metido allí brevemente después de que acabáramos en el baño la noche anterior. Con los brazos cruzados, me apoyé en el marco de la puerta y lo vi coger el teléfono de los pies de la cama.

Everett frunció el ceño mientras pulsaba y se desplazaba por la pantalla, despertando mi curiosidad. Luego se llevó el teléfono a la oreja.

—Gavin —dijo, mirándome de reojo—. Siento no haberte contestado antes. Fue una noche larga, y no tenía mi teléfono conmigo.

El corazón me dio un vuelco cuando me di cuenta de lo cerca que estaba mi Alfa, no físicamente, pero si gritaba algo, seguro que lo oiría por el teléfono.

—Aislin está aquí conmigo. Tuvimos que traerla con nosotros o los dragones la habrían atrapado... Sí, está bien. No se lastimó demasiado, sólo en el pie... No la enviaré de vuelta hasta que sepa que está recuperada... Lo entiendo, pero nuestro vínculo de pareja predestinada interfiere con mi propia salud... Lo siento, Gavin, pero no puedo hacer eso. Confío en ti, pero... Mira, sólo intento ser pragmático. Ella está a salvo aquí... No, no sé de qué habló con Colt. Todavía está dormida. La pondré al teléfono contigo en cuanto se despierte. Necesita descansar.

Fruncí el ceño mientras Everett recitaba esta sarta de mentiras a mi alfa. Me acerqué, tentada de arrancarle el teléfono de las manos y pedirle a Gavin que viniera a buscarme, pero entonces Everett me enseñó los dientes, advirtiéndome que me quedara atrás. Inexplicablemente, lo hice.

—Respeto que sea tu compañera de manada, pero es mi compañera predestinada. Voy a cuidar de ella como mejor me parezca... Te llamará desde mi teléfono en una hora... De acuerdo, hablaremos entonces.

Everett terminó la llamada y me miró.

—¿Qué demonios fue eso? —pregunté.

—Necesito saber que no le dirás nada alarmante a Gavin.

—Parece que has olvidado que me secuestraste, y todavía no estoy de acuerdo con eso.

—Quiero que te quedes aquí y me des la oportunidad de entenderte —dijo—. Odiarnos el uno al otro no es la manera de lidiar con esto.

—Vale, pero todo lo que hagamos, lo haremos bajo mis condiciones.

—Muy bien.

—Lo que significa que me vas a llevar a mi apartamento para que pueda coger ropa, mi teléfono y cualquier otra cosa que necesite. Me vas a dejar ir a trabajar. Tal vez me reúna con Muriel para que me cure el pecho.

—Bien.

—No vas a ser un idiota conmigo —añadí—, y no vas a llamarme inmadura, irracional, estúpida ni nada por el estilo.

—No lo haré.

—Y prométeme que no estás jugando limpio sólo para meterte en mis pantalones.

—Yo... —Everett hizo una pausa, encerrando las palabras en su boca antes de que salieran. Se lo pensó, sus ojos recorrieron mi cuerpo desnudo antes de que sus hombros se relajaran—. No puedo prometerle que no te tocaré. Te deseo, Aislin.

Era lo último que esperaba que dijera. Le devolví la mirada, sintiéndome de nuevo expuesta, vulnerable, frágil. —Demuéstralo, entonces —dije finalmente.

Everett inhaló y asintió.

Si me quería, tenía que aceptar que no era el único con expectativas.

Nunca me había permitido codiciar nada de Everett debido a mi ira, pero si él iba a empezar a preocuparse sinceramente por mí... ya podía ver cómo me volvía débil por él. Sólo imaginármelo abrazándose como antes me hacía chisporrotear. Por el bien de nuestra atracción mutua, esperaba que ninguno de los dos la cagara.

Capítulo 14

Everett

Me fui al otro lado del dormitorio, frente a Aislin, y mi mirada firme le advirtió que no se desviara de lo que habíamos planeado decirle a Gavin mientras hablaba por teléfono.

—Siento haber salido anoche. Sé que me dijiste que no lo hiciera. Sí, conseguí hablar con Colt —empezó, llamando mi atención—. Cuando llegué, sólo estaba él. Parecía arrepentido de lo que le hizo a Billie. Dijo que ella y Muriel deberían estar lejos de aquí, lo que me hace pensar que no quiere que David se apodere de ninguna de las dos.

Recordaba vívidamente haber visto al joven hijo de Hexen atacar a Billie Jesper. Había intentado marcar a la chica, extrayendo su sangre e instándola a decir las palabras que los unirían a pesar de no compartir un vínculo predestinado. El ritual de marcado sólo funcionaba con participantes dispuestos, y el hecho de que las vidas de los seres queridos de Billie hubieran sido amenazadas en un intento de obligarla a aceptar el ritual me ponía enfermo.

—Pero cuando le dije que podía cargarse a David y acabar con todo esto, no le hizo mucha gracia —continuó Aislin—. No, obviamente no lo dije así. Pero supongo que el hecho de que hayas matado a Cat y ahora le digamos que David tiene que morir no le sienta bien. Está perfectamente bien quedándose atrás y viendo cómo se desarrolla todo... Sí, no, estoy de acuerdo en que no sería un buen sustituto... Tendremos que encontrar a otro.

En primer lugar, Colt nunca estuvo en la línea para tomar el relevo de David. Siempre había sido Catrina la que había sido preparada para el papel de Alfa y, aunque había planeado compartir el papel con Gavin una vez que sus manadas se fusionaran, no podía imaginar que eso durara mucho. La naturaleza obstinada e independiente de Catrina habría acabado dominando a Gavin. Se habría convertido en una líder aún más tiránica de lo que David era ahora, lo cual era aterrador de pensar, dado lo que David ya había demostrado ser capaz de hacer.

—Sí, estoy a salvo con Everett —La mención de mi nombre me hizo volver a prestar mucha atención a Aislin, observando su expresión facial, las arrugas en las comisuras de sus ojos, el

tono de sus palabras—. Estaré bien. Sólo estamos... —, bajó la voz—, aclarando las cosas.

Esa era probablemente la forma más honesta de decirlo. Ninguno de los dos podía garantizar un resultado positivo, pero después de darme cuenta de lo irresistible que era, sabía que al menos tenía que hacer algún esfuerzo para atraerla. Tenía que ser más amable por el bien de este vínculo predestinado.

—Tendré mi teléfono pronto. Sólo mándame un mensaje o llámame si me necesitas... Todavía puedes usar mi casa, pero alguien más tendrá que quedarse allí con Muriel. Dile a mi madre que... Sí, lo sé... Volveré pronto. Saluda a Billie de mi parte... Vale, adiós.

Me había dado cuenta de que la voz de Aislin cuando hablaba con Gavin tenía un matiz distinto al que yo estaba acostumbrado a oír. Era más suave y cálida, alcanzando cotas de disculpa o perdón, en lugar de la dureza brutal que solía mostrar hacia mí. La envidia crepitó tenuemente en mi interior y la reprimí, reacia a pensar en ello.

Cuando Aislin terminó la llamada, inclinó la cabeza hacia atrás y suspiró. —Está cabreado con los dos.

—Es comprensible.

—Hice todo lo contrario de lo que me había dicho —explica Aislin—. Me advirtió que no fuera a ver a Colt, y yo salí corriendo y lo hice de todos modos. Probablemente no lo habría hecho si no hubiera sabido que estarías allí.

No estaba seguro de creerla, pero me alegraba que hubiera tenido apoyo. Si hubiera estado completamente sola, probablemente no habría sobrevivido. —No voy a permitir tu comportamiento imprudente —añadí.

—No espero que lo hagas —. Ahí estaba ese tono venenoso de nuevo.

Me atrajo más hacia Aislin, mis manos luchando por permanecer a mi lado. Estaba vestida con otra de mis camisetas y un par de pantalones cortos esta vez, sin piel desnuda para tentarme, pero aun así quería tocarla. Sólo con mirarla sentía un cosquilleo. Se mantuvo firme mientras me acercaba, pero no me atreví a poner en peligro el precario progreso que había hecho metiéndome demasiado en su espacio personal. —¿Puedo preguntarte cómo es tu relación con Gavin?

Aislin ladeó la cabeza y me miró con desconfianza. —¿Por qué?

—Me acabo de dar cuenta de que tu forma de hablarle es diferente a la de todos los demás.

—Yo también hablo así con Billie. Y con mis padres. Y con Muriel. Hablo así con la gente que me cae bien.

—Tal vez estoy leyendo demasiado en él, entonces.

Aislin se burló. —¿Crees que siento algo por Gavin?

—No me sorprendería. Habéis estado unidos toda la vida.

—Pues yo no —dijo con un bufido. Luego sus ojos se iluminaron con una sonrisa traviesa. —
¿Estás celoso?

Sopesando el valor de mi respuesta, contesté fríamente: —Sí.

Su sonrisa se transformó en sorpresa y sus cejas se hundieron en su frente. —¿En serio?

—Sí —Me acerqué un paso más, mirándola—. Eres mi compañera predestinada. No la suya.

No había sido mi intención engatusarla, pero ver la sonrisa fresca en su cara me llenó de una satisfacción desconocida. Sólo había querido ser sincero, sabiendo que, si decía que no estaba celoso, mantendría la distancia emocional entre nosotros. Supuse que le gustaba saber que me sentía posesivo con ella.

Antes de que mi mano se moviera a su lado, el timbre del teléfono de mi despacho sonó en el pasillo. La dejé allí, en mi dormitorio, volví al estudio y me incliné sobre el escritorio mientras me acercaba el auricular a la oreja. —Buenos días, soy Everett March.

—Buenos días, señor March —dijo la recepcionista del aserradero—. Tenemos el primer envío de veinticinco troncos de roble de 260 tablones de Gold Timber Co. Pueden ser procesados hoy con su aprobación del envío en la próxima hora.

—Estaré allí en unos veinte minutos.

—¡Está bien! Nos vemos pronto.

Todavía tenía que vigilar a Aislin. Apareció ante la puerta de mi despacho un momento después. —Trabajas hoy, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí, de una a diez esta noche.

—Tengo que ir al molino. Primero iremos a tu apartamento para que puedas vestirme, y después de la fábrica, volveremos aquí para comer. Te dejaré en el trabajo y te recogeré más tarde.

—¿Qué pasó con lo de llevarme al hospital?

—No tendremos tiempo. Y todavía no estoy seguro de confiar en ti.

Creía que su herida se estaba curando, aunque lentamente, en virtud de su condición de loba: los procesos biológicos que permitían la transformación también permitían que los cuerpos de los metamorfos sanaran más rápido. Pero no estaría satisfecho hasta que recibiera la atención médica adecuada.

Los dos nos preparamos para irnos, y me fijé en cómo me miraba Aislin cuando me puse los vaqueros y la camisa de vestir verde oscuro, evaluándome como si intentara decidir si cumplía sus expectativas. Nunca antes había tenido motivos para dudar de mi aspecto -sabía que era atractivo, ya que nunca había buscado la atención femenina-, pero de repente me encontré preocupado por si le gustaba lo que veía. Quizá preferiría que fuera más pulcro. Con el pelo más corto. Me hubiera afeitado la barba. Que me pareciera un poco más a Gavin.

Odiaba tener estas dudas.

Conducir hasta Grandbay me ponía de los nervios. Esperaba ver a los lobos de Grandbay en la acera, mirándome con odio, o recibir un mensaje de texto de alguien inmediatamente consciente de que estaba en su territorio. Pero no pasó nada.

De pie dentro del apartamento de Aislin, sabía que quien llegara después sabría que había estado aquí. Me olerían: mis zapatos junto a la puerta, mis calcetines en la alfombra, las yemas de mis dedos rozando la pared.

Su casa era pequeña y destartada, pero no inhabitable. Olía intensamente a ella, y la seguí ansiosamente hasta el dormitorio sin que me invitara, quedándome justo dentro de la puerta mientras ella buscaba ropa en los cajones. La cama, con su edredón estampado en blanco y negro, estaba deshecha. Un sujetador rosa colgaba del cesto de la ropa sucia. Estos matices de su vida personal me enloquecían con un deseo animal de desprenderme de mis propias formalidades, arrojarla sobre la cama y perderme en ella.

Me pregunté cuánto lo disfrutaría si supiera cuánto deseaba violarla ahora mismo.

Aislin preparó una bolsa llena de ropa, su bolso y su teléfono, para que no tuviera que volver a Grandbay después de esto. Una vez vestida con unos leggings negros y una blusa azul marino, el pelo recogido en un bonito moño y unas gafas de sol oscuras sobre la nariz pecosa, estábamos listas para ir al aserradero.

Aparcamos cerca de la entrada y ella se quedó en el asiento del copiloto. —Vamos —le dije.

—¿Quieres que entre?

—No te quito los ojos de encima.

Aislin salió del coche y se unió a mí a mi lado. No le di mucha importancia hasta que entramos y la recepcionista me sonrió y luego miró con curiosidad a Aislin. —Buenos días, señor March —me dijo mirándome.

—Buenos días. ¿Es ese roble en la bahía de embarque?

—Sí, aún no lo hemos movido.

—De acuerdo. Esta es Aislin —dije, señalando a la pelirroja que estaba a mi lado—. Estará en el piso conmigo. ¿Puedo conseguir una tarjeta de visitante para ella?

—Por supuesto —dijo la recepcionista. Sacó un cordón con una tarjeta blanca de uno de los cajones de su escritorio y me lo entregó. Sin pensarlo, pasé el cordón por la cabeza de Aislin. Me miró brevemente, luego desvió la mirada y juré que vi un tono rojo en sus mejillas.

Quizá por eso, cuando llegamos a las puertas que daban a la planta de la fábrica, también le puse el chaleco de alta visibilidad y el casco. —Puedo vestirme sola —dijo a la defensiva cuando le di las gafas.

—Sólo me aseguro de que todo esté bien puesto —dije.

Tras guardarse las gafas de sol en el bolsillo, Aislin se las puso y me miró. Se las ajusté a la cara, divertido por su sonrisita.

De camino al muelle de embarque, le indiqué las zonas de la planta y el equipo que se utilizaba para desencofrar y procesar la madera. Para mi grata sorpresa, pareció interesarse por lo que le

contaba y me preguntó por las máquinas y su funcionamiento, cuánto tiempo llevaba trabajando en la fábrica y si había trabajado alguna vez en la planta.

—Sí. Este fue mi primer trabajo. Empecé con quince años, en el equipo de limpieza. Hay mucho serrín, corteza y suciedad, así que la fábrica tiene que estar impecable para evitar la contaminación del producto y para que las máquinas funcionen bien. Te sorprendería lo fácil que se incendian las cosas por aquí.

—¿Nunca has trabajado en otro sitio?

—He desempeñado muchas funciones aquí en la fábrica. Pero ésta es la única empresa para la que he trabajado.

—Qué mono —dijo Aislin.

Me ericé, nunca había considerado "mono" nada de mí. Ahora me preocupaba que me faltara experiencia mundana, en comparación con Aislin, que había sufrido muchos trabajos serviles en el comercio minorista a lo largo de su vida.

Cuando llegamos al muelle de embarque, hablé con el supervisor de recepción y evalué los troncos con él. Aislin me esperaba a un lado, y me habría gustado enseñarle el proceso de aprobación de esta madera, pero requería una atención especial, ya que era el primer envío de uno de nuestros socios madereros más recientes. Teníamos que asegurarnos de que cumplía las normas. Una vez dado el visto bueno al envío, seguí mostrando la planta a Aislin y, a las 11 de la mañana, estábamos de vuelta en el coche rumbo a casa.

Disfrutamos de un almuerzo rápido a base de sopa y sándwiches -que me gustó bastante preparar para Aislin, ya que normalmente sólo me alimentaba a mí mismo-, charlamos amigablemente sin levantar la voz ni hacer comentarios airados y sarcásticos, y luego la dejé en la puerta del centro comercial donde trabajaba.

Cuando volví a quedarme solo, me sentía inquieto. Pasar la mañana con Aislin había sido refrescante. Estar sentado solo en mi despacho me recordaba la soledad a la que me había condenado, y estaba impaciente por volver a verla esta noche.

Para distraerme de sus pensamientos, llamé a Sebastian. —Taylor te informó de nuestro encuentro con Dalesbloom anoche, ¿correcto?

—Seguro que lo hizo. Algunos de vosotros interceptasteis la reunión de Aislin con Colt antes de que pusiera a los dragones tras todos vosotros, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Pero nadie resultó gravemente herido?

—Bien.

—¿De qué hablaron Aislin y Colt?

—Nada que cambie la situación —dije—. Ella trató de llegar a él para que abandonara su lealtad a David, pero no tuvo éxito.

—Eso no es sorprendente.

—Sin embargo, el resultado es que Aislin está bajo mi custodia. Sigo trabajando para curarla. Ahora sólo necesitamos a Muriel.

—Tienes un buen punto de acceso, entonces —dijo Sebastian—. Aislin necesita ser curada. Muriel puede hacerlo por ella. ¿Es posible que puedas convencer a Aislin para que te deje llevarla a Muriel? Entonces puedes llevar a Muriel desde allí y dejar a Aislin atrás.

Se me revolvió el estómago al pensarlo. —Sí, es posible. Sólo tendré que asegurarme de que nadie más esté con Muriel.

—¿Crees que podrás hacerlo en los próximos días?

—Depende. Aislin parece más receptiva a mí ahora, pero tendré que proceder con cuidado. No quiero disgustarla y perder mi oportunidad.

—Por supuesto. Sólo háblale dulcemente de la Guardia de los Mitos o algo así.

—Creo que ahora mismo está un poco desencantada con la Guardia de los Mitos.

—Vale, bueno, llévala a una cita o algo. Ya sabes que los metamorfos se vuelven estúpidos cuando están cerca de sus compañeros predestinados; tal vez se relaje.

Gruñí con fastidio a Sebastian. —Gracias por la sugerencia, pero creo que lo tengo bajo control.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

—Mantenme informado entonces. Podemos tener vehículos de transporte listos para Muriel tan pronto como la tengas.

La conversación con Sebastian me dejó intranquila. No podía esperar que supiera que mis sentimientos por Aislin estaban cambiando, pero no me gustaba lo insensible que estaba siendo con ella. También me preocupaba volverme estúpido con ella. Más que eso, me preocupaba sabotear completamente nuestra relación traicionándola para secuestrar a Muriel en Grandbay. Nunca me lo perdonaría. De hecho, me odiaría aún más que antes, y yo tendría que vivir sabiendo que había traicionado a mi compañera predestinada durante toda mi vida, perdiendo la oportunidad de marcarla. Pero tenía un plan con la Guardia de los Mitos y no podía abandonarlo.

Tal vez Aislin lo entendería.

Más bien, tendría que sacrificar mi felicidad para mantener a Grandbay a salvo.

Capítulo 15

Aislin

Trabajar ese día fue una tortura. Sólo podía pensar en Everett. Incluso cuando intentaba concentrarme en el enjambre de clientes de mi tienda, o hacer inventario de nuestro almacén, él volvía a mi mente. Las imágenes de Everett con las mangas de sus musculosos brazos remangadas y el vello de su pecho castaño asomando por encima del cuello abierto me mantenían ansiosa por verle más tarde aquella noche. Cada vez que se movía hacia mí, sabía que era porque estaba sucumbiendo a deseos internos a los que normalmente se resistía. Veía los temblores de sus dedos y cómo sus ojos parpadeaban sobre mi cuerpo, y quería complacerle. Cuanto menos enfadada estaba con él, más difícil me resultaba defenderme de sus avances.

Fui la única que trabajó las tres últimas horas en la tienda. Cuando recogí los expositores y cerré, me quedé en el aseo del centro comercial arreglándome el pelo y el maquillaje. Normalmente salía de la tienda con un aspecto desastroso, pero esta noche, por primera vez en mucho tiempo, quería impresionar a alguien.

Everett estaba fuera de mi tienda cuando salí del baño. Estaba mirando a través de la barrera de seguridad, esperándome, sin saber que yo le estaba observando desde la esquina, hasta que salí y me miró al instante. —¿Has terminado?

—Sí —dije, uniéndome a él. Seguía llevando el traje de antes, pero ahora tenía la barba bien recortada y la camisa abotonada hasta arriba.

Mientras caminábamos hacia el coche, Everett mantenía las manos en los bolsillos. —¿Cómo fue tu turno?

—No tienes que hablar conmigo.

—Quiero hacerlo —dijo—. ¿Cómo fue?

Era extraño que estuviera tan atento cuando nunca antes le había importado. —La gente es molesta a veces. Es como si pensarán que vamos a hacer una excepción con ellos cuando

intentan devolver joyas que son venta final. Pero es como ... que la joyería estaba en su cuerpo, hombre. Son cosas baratas y de mierda. No podemos revenderlas.

—Mm. ¿Qué tipo de joyas?

—Todo está hecho con níquel. Anillos de nariz y clavos. Pendientes. Anillos de ombligo. Todo, en realidad.

Ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo. —¿Has pensado alguna vez en hacerte algún piercing? Me he dado cuenta de que ni siquiera llevas pendientes.

—No. No me gustan —dije—. Una vez me hice un piercing en la ceja —añadí, señalando la pequeña cicatriz apenas perceptible que tenía encima de la ceja derecha—. Pero jugué demasiado con él y se me infectó.

La boca de Everett se crispó de diversión.

El viaje de vuelta a casa fue tranquilo, a pesar de que mi mente se agitaba de emoción por volver a estar con Everett. Uf. Me asqueé de lo fácil que me había acostumbrado a él. Me bastaron unas palabras bonitas para revolcarme y enseñarle la barriga como un cachorro.

Una vez en su casa, me dirigí al baño. —Necesito una ducha —No me había duchado esa mañana antes del trabajo, y ahora sentía que necesitaba quitarme todo el hedor humano. Everett me dejó usar el *baño* de su habitación. No pensé por qué hasta que terminé de ducharme y entré en el dormitorio con una toalla mullida.

Se puso en pie en un santiamén.

Di un paso atrás, instintivamente erizada. Everett había estado en la cama, esperándome -todavía vestido, por suerte, pero no hacía falta ser un genio para darse cuenta de lo que había estado anticipando una vez que yo hubiera terminado. —¿Qué crees que estás haciendo?

—Yo... —vaciló—, iba a coger tu ropa para ti.

Mi bolsa estaba en una de sus habitaciones libres. —Puedo buscarla yo misma.

Everett no dijo nada y se retiró a su cama. Hay que reconocer que me divertía estableciendo los límites entre nosotros, viéndole tropezar consigo mismo y babear, débil ante los deseos formados por nuestro vínculo predestinado.

No tenía intención de hacerle esperar mucho. Después de vestirme con una camiseta y unos pantalones cortos de pijama, volví a su habitación para devolverle la toalla mojada y me lo encontré de nuevo en la cama, tumbado de lado, esta vez mirando el móvil. Me miró sin moverse. Después de tirar la toalla a la cesta, me dirigí de nuevo a su puerta, deteniéndome sólo para lanzarle una mirada insinuante. Volvió a ponerse en pie, y esta vez no se detuvo.

Me agarró las caderas por detrás, me detuvo a medio paso y me apretó contra su cintura. —No te vas a dormir ahora, ¿verdad? —me preguntó, bajando la voz hacia mi oído.

—¿Y si lo fuera?

—Tendrás que dormir en la misma habitación que yo, para que pueda controlarte.

—¿Todavía crees que voy a huir? —se me había ocurrido una o dos veces. Sin embargo, no estaba seguro de querer arruinar mis posibilidades de reparar nuestra relación.

—No creo que lo hagas si te doy una razón para no hacerlo —Everett me rozó el hombro con la nariz, me rozó el cuello hasta que sus labios me hicieron cosquillas en la nuca. Lentamente, sus dedos se hundieron bajo el borde de mis calzoncillos. Me di cuenta de que llevaba horas deseándolo. Días, tal vez.

Me hizo sentir a la vez poderosa y como si lo que estaba ocurriendo escapara a mi control. —No me vas a dejar de lado después de esto, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo puedo confiar en ti?

—Puedo parar si quieres —Las yemas de sus dedos danzaron justo por encima de mi montículo, saboreando la suavidad de mi piel, la textura de mi vello púbico rasurado— Pero ninguno de los dos podrá pensar con claridad mientras resistamos esto.

—Habla por ti.

—De acuerdo. De acuerdo —Everett besó mi cuello, exhalando por la nariz. La sensación me erizó el vello—. No podré pensar con claridad hasta que te sienta —gruñó.

Su otra mano se introdujo bajo mi camisa. Debió de necesitar todo su autocontrol para no ir más allá de acariciarme las costillas con una mano y el abdomen con la otra. Esperó besándome el

cuello mientras me decidía. Tenía razón: cuanto más tiempo pasaba entre sus brazos, más se me nublaba el cerebro.

Finalmente, le agarré de la muñeca y guie su mano por mi ingle hasta que sus dedos llegaron a mi entrada. Un rugido salió de su garganta mientras me acariciaba el clítoris. —¿Hasta dónde quieres que llegue? —me preguntó.

—Haz que me corra —le dije.

—Con mucho gusto.

Everett me llevó hasta la pared más cercana. Apoyé los brazos en ella mientras me bajaba mi ropa interior por las caderas y me subía la camiseta por el pecho. Con una mano me apretó el pecho izquierdo, pellizcándome el pezón, y con la otra hundió los dedos en mi interior, masajeándome los labios hasta dejarme empapada. Respiraba agitadamente contra mi cuello, acelerando el ritmo de sus caderas contra las mías. El bulto que había visto esta mañana había vuelto. Sentía cómo se frotaba contra mi culo, desesperado por que lo tocara mientras me daba placer.

—Joder, Ais. Me vuelves loco —dijo en voz baja.

Volví a apretarme contra él, deseando saborear su erección y empeorar su locura. Volví a sentir opresión en el pecho, la flema se me acumulaba en los pulmones, pero me tragué las ganas de toser. Todo lo que quería experimentar era Everett.

—¿Te gusta esto?

—Sí —jadeé.

—¿Te gusta tener mis dedos dentro de ti?

—Sí. Lo haces muy bien —Ya podía sentir el calor subiendo por mis entrañas, creciendo bajo mi piel con el hambre de liberación.

—Aún no has visto nada —murmuró. Me mordisqueó la oreja, sus dientes y su aliento caliente hicieron que todos mis sentidos se encendieran. Everett empezó a frotarme el coño a un ritmo medio, estimulando todos mis puntos sensibles, alimentando mi placer hasta que el movimiento giratorio de su mano me llevó a un estremecedor orgasmo. Jadeé e incliné la cabeza contra su hombro, gimiendo y temblando mientras el éxtasis se apoderaba de mí.

No paró en ningún momento, llevándome a través del orgasmo con sus dedos hasta que mis músculos se aflojaron y suspiré.

Everett plantó su mano limpia contra la pared, chupándose los dedos antes de volver a besarme el cuello. —¿Puedo follarte?

—¿Crees que puedes hacer que me corra una segunda vez?

—¿Es un reto?

Me reí entre dientes. —Si te motiva, entonces sí.

La ausencia de risas por su parte me advirtió de que iba en serio. No estaba jugando conmigo, tenía una misión. Everett volvió a agarrarme por las caderas y me hizo retroceder, guiándome hasta los pies de la cama y dándome la vuelta. No necesité más incentivos para dejarme convencer y subir a la cama, tirando a un lado mi ropa antes de levantarme y tumbarme hacia atrás. Se paró frente a mí, desabrochándose lentamente la camisa. Sus ojos buscaban ávidamente cualquier reacción en mí, observándome como yo le observaba a él. Era incapaz de negar cómo mi corazón se aceleraba con cada centímetro de su pecho que dejaba al descubierto. Botón a botón, dejaba al descubierto la dura musculatura bajo sus afiladas clavículas, el vello de su pecho brillaba a la luz y se deslizaba por el centro de su vientre, adelgazándose en torno a su ombligo y volviéndose denso entre sus caderas. Los duros ligamentos bajo su vientre atrajeron mis ojos hacia la tienda de campaña que había en sus calzoncillos negros. Una vez que se desprendió de la camisa, le siguieron los calzoncillos. No pude resistir el gemido de deseo que brotó de mis labios cuando me mostró toda la longitud de su polla, gruesa e incircuncisa, acentuando su herencia indómita. Se acarició un par de veces, simplemente presumiendo, y luego fue a la mesilla de noche y sacó un preservativo del cajón.

No podía pensar en otra cosa que tener a Everett dentro de mí.

Su peso sobre la cama fue suficiente para disparar mi excitación. Cuando se arrodilló entre mis rodillas, me froté los pechos y vi cómo se ponía el preservativo. Luego apartó mi mano y se inclinó sobre mí, mordiéndome el pezón y besando mi piel. Sentí un cosquilleo al sentir su lengua. Tirando hacia delante, le puse la mano en la nuca, intentando atraerlo hacia mí, besarlo, pero él se incorporó y me evitó. De momento, no le di importancia. Me distrajo lo suficiente abriéndome los muslos, acariciándome el clítoris mientras presionaba lentamente la cabeza de su polla contra mis labios. Luego, empujó suavemente dentro de mí, gimiendo mientras mi calor lo

envolvía.

—¿Cómo es eso?

—Grande —murmuré, respirando con dificultad cada vez que empujaba dentro de mí. Cuando lo absorbí por completo, la presión que ejercía ahogó de placer todos los demás sentidos. Era manejable hasta que aceleró el ritmo y me penetró con más fuerza; entonces, me dolió, pero no lo suficiente como para que quisiera que parara. Era tan grande que tenía que doler. Lo quería todo, sin importar las consecuencias.

Everett sujetaba mis muslos desde sus costados, golpeando con fuerza y mirándome. Sus ojos grises estaban sombreados por las cejas entrelazadas mientras se concentraba en las sensaciones que provocaba. La sola visión de su cuerpo hacía que mi mente se tambalease, pero el placer añadido de su pulgar trabajando en mi clítoris me privó de todo pensamiento. —Everett... No pares... Por favor...

—Estás muy apretada. Quiero sentir cómo te corres en mi polla —gruñó, inclinándose sobre mí para llenarme aún más.

—Estoy a punto —respiré—. ¡Ev...!

Con demasiada rapidez, el éxtasis me sofocó, apoderándose de mí y cegándome a todo lo demás. Mi cuerpo se arqueó y se tensó, arrancándole un gemido mientras disfrutaba de mi excitación. El calor, el deseo y el éxtasis me recorrían, prolongados por los duros y oscilantes empujones de las caderas de Everett, que continuaba encima de mí. Siguió haciéndolo incluso cuando mi orgasmo se apaciguó, pero nunca dejó de sentirme bien. Echándose hacia atrás, me apretó los muslos y me sujetó los tobillos por encima de los hombros, golpeando más fuerte. Fui muy consciente del momento en que llegó su propio clímax.

Everett siguió presionando, empujando mis piernas mientras metía su polla dentro de mí todo lo que podía. Un gemido salió tartamudeando de su garganta, con las caderas crispadas mientras liberaba toda la lujuria contenida que yo había desatado en él. Fue lo bastante intenso como para que incluso yo volviera a gemir, sintiéndolo todo a pesar del preservativo. Luego, cuando el orgasmo amainó, se estabilizó con una mano junto a mi cuerpo y recuperó el aliento, con los hombros subiendo y bajando.

Estuvimos así un minuto antes de que Everett se incorporara y se separara de mí.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó quitándose el condón.

Me quedé tumbada en la cama, aun jadeando. —Genial.

—Bien.

Everett entró al baño y yo me puse de lado, aún lo bastante sensible como para sentir el placer palpitando en mi ingle. Cuando regresó, esperaba que se uniera a mí en la cama. En lugar de eso, me miró y me hizo un gesto vago. —Ponte cómoda. No quiero invadir tu espacio personal.

—Podemos compartir la cama si quieres —le dije, esperando que lo hiciera. Dos orgasmos me habían inundado con suficientes sustancias químicas cariñosas que lo único que realmente quería era acurrucarme.

Su expresión permaneció extrañamente ausente. —Traeré una silla aquí.

La decepción tiró de mí, pero no dejé que se notara. —Vale, como quieras —No se me escapó que él no había querido besarme. Tal vez era reacio a hacerse vulnerable de esa manera. No quería culparlo, pero me dejó la sensación de que la conexión que yo quería no era la que él quería.

Una vez que Everett se marchó, me retorcí sobre las almohadas y encontré su teléfono, que debía de haberse deslizado entre las sábanas en medio de la acción. Sin pensarlo mucho, estaba cogiendo su teléfono para dejarlo en la mesilla de noche cuando la pantalla se iluminó. Había un mensaje de Sebastian Hicks.

¿Te ha dicho ya dónde está Muriel? La furgoneta de transporte está lista en el motel.

Mi interior se llenó de confusión y pavor. "Ella" obviamente se refería a mí. Sebastian sabía que yo estaba aquí, y parecía que él y Everett habían estado tramando utilizarme para llegar a Muriel. Pero Everett no me mentiría tan descaradamente, ¿verdad? ¿Era ésa la verdadera razón por la que era tan tolerante conmigo? ¿Everett sólo me retenía aquí para utilizarme en la búsqueda de Muriel, y por eso insistía tanto en que la viera, en vez de llevarme al hospital?

Incapaz de resistirme a mi curiosidad, intenté desbloquear su teléfono, pero no conocía la contraseña. Me quedé pensando un momento, intentando recordar si le había visto marcarlo antes o si había algún número que le hubiera oído mencionar. Fue mi primer trabajo. Empecé a los quince años, recuerdo que me dijo. Probé el 0015 y apareció ante mí la pantalla principal. No

podía creer que lo hubiera adivinado, pero quizá Everett era más predecible de lo que yo pensaba. Glotona de información, abrí sus textos, encontré a Sebastian y leí todo sobre sus planes para robarnos a Muriel y a mí y entregar a Muriel a la Guardia de los Mitos.

Con la misma rapidez con la que mis entrañas se habían hundido, se encendieron con fuego indignado.

No había planeado huir de Everett cuando creía que era sincero al querer cultivar una relación real a partir de nuestro vínculo de pareja predestinada. Pero parecía que yo sólo le servía para satisfacer las exigencias de la Guardia de los Mitos.

Ardiendo de rabia, me tapé con la manta y fingí estar dormida cuando Everett regresó con la silla. La colocó junto a la puerta, apagó la luz y se instaló para pasar la noche. Esperé un par de horas más hasta que supe que estaba dormido.

Esta vez, cuando escapara, no lo despertaría. No iba a darle otra oportunidad de utilizarme.

Capítulo 16

Everett

Había tantas cosas dando vueltas por mi cabeza aquella noche que conciliar el sueño había sido una misericordia. Incluso dormida, mis pensamientos estaban plagados de vislumbres de cabellos rojos y destellos de fuego.

Estar con Aislin me afligía con sentimientos que no había esperado. Era como si toda la soledad que había sentido se aliviara de repente cuando me dejaba acercarme a ella, pero el inmenso consuelo era demasiado bueno para ser verdad: temía lanzarme de cabeza a algo que al final me decepcionara. Era la misma desconfianza que me impedía estrechar lazos con cualquiera, esperando que al final no cumplieran mis elevados estándares y me dejaran sintiéndome como un tonto. Aislin era... increíble, la verdad. Era atractiva, y su cuerpo se movía de todas las maneras correctas a mi alrededor. Su sonrisa y su risa me hacían sentir más fuerte. Mi mente y mi corazón ansiaban enamorarse de ella, pero ¿estaba simplemente cegado por el vínculo de la pareja predestinada?

No me atreví a besarla, por mucho que lo hubiera deseado, porque sabía que me habría enamorado de ella más profundamente de lo que estaba preparado. Pero repasé nuestro encuentro sexual en mi mente después de cerrar los ojos. Imaginé su pecho rebotando con cada embestida, sus ojos entrecerrados mirándome, sus labios rosados entreabiertos lo justo para dejar escapar sus gemidos. Sus finas manos recorriendo sus curvas... y tocándome a mí también. Quería conocer todas las pecas que tenía esparcidas por la piel, besar cada una de ellas.

Por la mañana, lo que más deseaba era meterme en la cama con ella y saborear su calor. Aunque su fuego acabara chamuscándome, lucharía contra él. Por el bien de nuestro vínculo predestinado, quería que funcionara, sofocar mis incertidumbres y permitirme amarla, y decidí que intentaría hacerlo. Pero cuando mis ojos se adaptaron a la tenue luz del dormitorio, identifiqué el bulto de la cama no como un cuerpo adormilado, sino como unas sábanas arrugadas.

Confundido, me levanté de la silla y me tambaleé hacia la cama. —¿Aislin? —llamé, echando un

vistazo al cuarto de baño anexo a mi dormitorio, pensando que estaba allí. La puerta estaba abierta. Al asomarme al interior, encontré el cuarto de baño vacío, y cuando volví a la cama, el olor de Aislin era ya de hacía unas horas. No quedaba calor en las sábanas, sólo la evidencia rancia de quién había yacido allí.

—¡Aislin! —llamé, corriendo por el pasillo. Sólo hubo silencio. La habitación de invitados, donde había guardado su petate y otras pertenencias, estaba vacía. Mientras bajaba las escaleras y entraba en el salón, mi mente repasaba todo lo que nos habíamos dicho la noche anterior. Ella diciendo que no huiría, pero nunca dijo explícitamente que no lo haría, ¿verdad? Sólo que quería que le demostrara que la quería. Sus condiciones eran que podía recoger cosas de su apartamento, ir a trabajar y que yo no le hablaría con desprecio, y yo pensaba que había cumplido todo eso. Se suponía que se quedaría; todo lo que hizo y dijo sugería que lo haría, así que ¿por qué cambiaría de opinión tan bruscamente y se marcharía? A menos que nunca hubiera tenido la intención de darme una oportunidad...

Las puertas de cristal que daban a mi patio no estaban cerradas. Cuando salí, vi huellas en la tierra. Olían como ella.

Ella me había dejado.

Entonces, tal vez había mantenido mis muros en alto por una buena razón. Me habría abandonado, aunque hubiera cedido a mi amor y la hubiera besado y me hubiera vuelto vulnerable con ella. Aislin sólo quería verme sufrir de un modo que nuestro vínculo predestinado no podía satisfacer. No le bastaba con provocarme una opresión en el pecho, ni siquiera con romperme un brazo. Quería restregarme en la cara que me odiaba, joder.

Una ira inusitada se apoderó de mí. Volví a subir, luchando contra el cuchillo de la traición que me había clavado en el corazón. Al irrumpir de nuevo en el dormitorio, me golpeó el olor de nuestro sexo, otro recordatorio de mi error al intentar complacer a Aislin. Su desaparición empañó lo que habían sido dulces recuerdos de la noche anterior; ahora, todo lo que sentía era humillación. Había quedado como un tonto. Su olor se entretejía en mis sábanas, impreso en los pliegues y las arrugas, y quería arrancarlas del colchón y prenderlas fuego.

En la mesilla de noche se encendió la pantalla de mi teléfono. Me había olvidado por completo del teléfono cuando me dormí. Un destello de esperanza fue que se tratara de Aislin, explicando de alguna manera su ausencia, pero rápidamente vi el nombre adjunto al mensaje de texto: Sebastián, enviándome nada más que un signo de interrogación.

Confundido, desbloqueé mi teléfono y abrí nuestra conversación de texto. No había visto los últimos mensajes que me había enviado; si los hubiera visto, le habría contestado. Hacía horas me había preguntado si Aislin ya me había dado la ubicación de Muriel.

Entonces me di cuenta. Anoche, había dejado mi teléfono en la cama... justo donde ella podía ver el mensaje de Sebastian.

Si tuviera que adivinar, pensaría que Aislin había visto el mensaje y había hecho sus propias suposiciones. Todavía estaba furioso, pero ahora la lógica intentaba calmarme. Envié un mensaje a Aislin: *Vuelve. Lo que sea por lo que estés enfadada, puedo explicártelo.* No es que fuera a sentarme a esperar todo el día a que me contestara.

Apenas podía concentrarme en otra cosa, pero a medida que avanzaba el día me resultaba más fácil distraerme con los asuntos del aserradero. Aislin seguía sin responder a mi mensaje por la tarde, así que, una vez de vuelta en casa, me instalé en mi despacho y escuché las nuevas grabaciones de audio de la mansión Hexen. Como de costumbre, la mayoría eran pasos que resonaban en el salón o murmullos de David, Colt, Lothair y sus seguidores. Había muy poco de interés hasta que capté una conversación entre dos lobos de Dalesbloom sobre las diez de la noche de ayer. No reconocí sus voces y no tenía forma de identificarlos, pero parecía que habían entrado para compartir palabras lejos de los oídos indiscretos de su líder.

—Grandbay debe estar realmente desesperado por detener a David —dijo una voz masculina en voz baja—. Incluso han enviado a Aislin Mundy para que venga a hablar con Colt.

—Lo sé. Me está haciendo replantearme todo este enfoque —dijo otra voz masculina.

—Bueno, al menos una cuarta parte de nosotros no está de acuerdo con la decisión de David de convertirse en Lycan, y no puedo imaginar que se esté tirando el farol de eliminar a toda Grandbay. Si ya estamos en desacuerdo con él en eso, ¿realmente espera que vayamos y masacremos a toda esa gente? Quiero decir, los conocemos. Ellos nos conocen. A algunos los conocemos de toda la vida. Se siente tan real ahora, con Grandbay empezando a tomar estas medidas desesperadas. Realmente creen que van a morir.

—Es triste, sí. Me siento mal por ellos, de verdad. No sé si me atrevería a matar a alguien. Catrina matando a Joseph fue tan... irreal.

—¿Y qué hacemos? ¿Hay algo que podamos hacer?

—No sé si deberíamos hacer algo. Si David se entera de que algunos nos oponemos a sus planes, nos pasará lo mismo que a José.

—No le faltan seguidores asesinos, eso seguro. Esos dragones se comerán a quien Lothair les diga. Sería un suicidio oponerse a él. Podrá llevar a cabo su plan incluso sin los diez u once que pensamos así.

—Exactamente. Pero tiene que haber algo que podamos hacer, aunque sólo sea avisar a Grandbay de cuándo esperarnos.

—Es un riesgo enorme. ¿Estarías dispuesto a hacerlo?

—No sé si quiero correr el riesgo de entrar en Grandbay.

—Tendría que ser pronto. David se está impacientando. Ya nos hemos perdido una luna llena, y la siguiente se acerca en unos días.

—Tal vez nos... ah, mierda, alguien viene.

Se oyó un ruido de pasos, luego el sonido de una puerta que se abría y se cerraba de golpe.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó David—. La patrulla fronteriza os está esperando. Poneos en marcha.

—Sí, señor. Lo siento —dijo la primera voz masculina.

Y con la misma rapidez, los dos disidentes de Dalesbloom desaparecieron de la grabación de audio, dejando tras de sí los ominosos gruñidos de David.

Mi mente se agitó con una nueva serie de ideas. Aislin seguía ardiendo en el fondo, pero con esta nueva información, sentí que podía actuar en lugar de quedarme sentado dudando de mí mismo. David tenía la intención de atacar Grandbay pronto, en los próximos días, si querían aprovechar la luna llena para el ritual Lycan. Eso probablemente significaba que invadirían la ciudad, buscarían a Muriel en todos los lugares posibles y matarían a quien encontraran. Pero necesitaba más pruebas. No podía advertir a Gavin sólo con los murmullos ambiguos que había captado en el micrófono. ¿Y si me equivocaba y los hacía entrar en pánico por nada?

Decidí llamar a Taylor. —Hola. Acabo de escuchar algo realmente preocupante en el audio.

—¿Qué pasa?

—Tienes que venir aquí y escuchar. No sé exactamente qué pensar.

—Claro, tío. Enseguida voy.

Y fiel a su palabra, Taylor apareció en mi puerta menos de diez minutos después. Ver a mi amigo alivió la repentina soledad causada por la ausencia de Aislin. —Se ha escapado —le dije cuando me preguntó si la pelirroja estaba aquí—. No me sorprende del todo —añadí, envainando mi consternación con palabras rígidas e impasibles.

Taylor no conocía el alcance de mis sentimientos. Nadie lo sabía. Por eso le estaba agradecido, aunque el encogimiento de hombros que me hizo me pareció demasiado desdeñoso.

En mi estudio, le repetí el audio. Vi cómo reaccionaba, sus ojos se clavaban en los míos, se abrían, se cerraban, un tiovivo de expresiones le cruzaba la cara. —Sabía que algunos de su manada no estarían de acuerdo con lo que estaba haciendo —dijo Taylor después—. Parecía imposible que todos aceptaran que David dirigiera una matanza.

—Esto significa que el plan de Grandbay de sustituir a David es viable.

—Sí. Al menos una persona tiene que estar preparada y dispuesta a tomar el relevo, o al menos hay que poder convencerla.

—Necesitamos ponernos en contacto con estos dos tipos. ¿Reconoces alguna de sus voces?

Taylor volvió a poner el principio de la grabación. —Creo que sí, en realidad. La segunda voz... Tiene que ser Garrett Roydon. Era un electricista que hizo algunos trabajos en Eastpeak Lanes, la bolera. ¿Recuerdas? Le dimos autorización para venir a la ciudad.

—Lo recuerdo.

—Podemos conseguir una copia de la factura del trabajo de Dirk, el dueño de Eastpeak Lanes, y casualmente, uno de nuestros cambiadores, y averiguar la dirección postal de Garrett a partir de ahí. Iré a hacerle una pequeña visita.

—Deberías dejarme ir —dije.

Taylor negó con la cabeza. —No, no podemos permitirnos enviarte a Dalesbloom otra vez. Yo

puedo encargarme.

—Bree tendrá mi cabeza si descubre que te envié allí.

Sonrió. —Lo que no sabe no le hará daño.

No aprobaba del todo andar a escondidas de mis propios compañeros de manada, pero esto era importante. Podría ser crítico para salvar Grandbay, y aún mejor, podríamos encontrar a alguien dispuesto a dar un paso adelante y acabar con David desde dentro. —Aprecio todo lo que haces por mí, Taylor. Esto es un gran riesgo.

—Lo sé, pero eres mi mejor amigo —me dijo, dándome una palmadita en el hombro—. No te preocupes. Nunca te he fallado antes, ¿verdad?

—No, no lo has hecho —Reuní una sonrisa para mi Beta.

—Déjame a mí. Te avisaré cuando tenga la dirección y cuando vaya.

Caminamos juntos hasta la puerta principal y le vi meterse en su coche. Incluso después de que se hubiera ido, me quedé rumiando cómo debía percibirme si estaba tan dispuesto a arriesgar su vida por esos planes audaces que ideábamos una y otra vez. Yo no podía ser tan despreciable si tenía a alguien que me era tan firmemente leal, ¿verdad? ¿Los problemas entre Aislin y yo eran culpa mía, o me estaba encallando a mí mismo tratando de complacer a alguien que nunca se comprometería?

O tal vez esa línea de pensamiento fue lo que me mantuvo aislado en primer lugar.

Le estaba dando demasiadas vueltas. Propenso como era a pensar demasiado, al final me di cuenta de que tal vez no debería sentarme a darle vueltas a las cosas esta vez. Hacerlo no me llevaría a ninguna parte. Sabía que Aislin volvía a trabajar esta noche, y estaba seguro de que no iba a faltar a su turno sólo para evitarme.

Esperé hasta veinte minutos antes de que cerraran las tiendas del centro comercial, me aventuré a entrar y la vi enseguida. Su brillante pelo rojo era difícil de pasar por alto. Empezar a discutir con ella mientras trabajaba no me daría puntos, así que me senté en un banco fuera de la vista de la tienda, comprobando mis mensajes repetidamente hasta que Taylor me informó de que había encontrado la dirección: *Voy a su casa ahora. Si no está, le dejaré una nota.*

Cuídate. Y gracias, respondí.

Lo haré.

No estaba seguro de que la sinceridad de mi agradecimiento calara en un mensaje de texto. Cuando volviera, tendría que decirle lo agradecido que estaba de verdad. Considéralo un ejercicio de honestidad emocional.

Cinco minutos antes de que cerraran las tiendas, se me acercó un guardia de seguridad. —Lo siento, señor, pero hemos recibido una queja de alguien del centro comercial sobre usted merodeando. Voy a tener que pedirle que se marche.

Un destello de fastidio iluminó mis ojos antes de mirar en dirección a la tienda de Aislin. Allí estaba ella, asomándose con el ceño fruncido.

—Mm. Muy bien —murmuré, no tanto al guardia como a Aislin. Pensando que la esperaba fuera, me molestó aún más que el guardia me acompañara hasta el coche, esperando a que subiera. Hasta que salí del aparcamiento y me fui.

Bien. No iba a desperdiciar mi noche esperándola. Podía mandarme un mensaje si quería hablar. No digas que no traté de demostrar mis sentimientos, entonces.

Sólo cuando volví a casa me di cuenta de que el dolor que me oprimía el pecho había desaparecido. No recordaba haberlo sentido en todo el día. Inspiré hondo y me llevé una grata sorpresa al comprobar que no había ninguna opresión punzante transmitida a través del vínculo de la pareja predestinada.

Realmente no quería saber nada más de mí.

Capítulo 17

Aislin

Corriendo por el bosque, esperaba ver el cuerpo titánico de Everett March detrás de mí en cualquier momento. Oiría sus pies golpeando la tierra, su corpulencia abriéndose paso entre los arbustos y sentiría sus ojos clavados en mi nuca como flechas feroces. Pero, para mi alivio, durante todo el trayecto de Eastpeak a Grandbay estuve sola.

Una parte de mí esperaba que Everett se hubiera despertado poco después de irme y me hubiera buscado. Entonces podría haberme confesado a la cara que me había estado mintiendo y utilizando, y yo podría haberle dicho lo que pensaba al respecto. Pero probablemente era mejor que eso nunca hubiera sucedido, o podría haberme derrumbado en un desastre emocional, y no quería darle a Everett más oportunidades de acercarse a mí.

Las nubes que cubrían el cielo oscurecían la noche más de lo habitual. Las gotas de lluvia goteaban escasamente a través de la cubierta forestal, golpeando las hojas y envolviendo mi viaje en un persistente y bajo estremecimiento de ruido. Descendí de la montaña de Everett y me dirigí hacia el oeste, manteniéndome cerca del perímetro sur hasta que dejé Eastpeak y me topé con el tranquilizador olor de mi propia mochila. Sólo había estado fuera un día, pero me pareció toda una vida. Cuando me adentré en mi propio territorio, me sentí lo bastante segura como para echar la cabeza hacia atrás y aullar, alertando a mis compañeros de mi regreso. La voz de Gavin resonó y luego la de Billie. Cambié de dirección y fui directa hacia ellos, sin desear nada más que su reconfortante familiaridad.

En cuanto vi la enorme figura de Gavin y la esbelta de Billie a su lado, grité de alivio lobuno y me lancé hacia ellos. Gavin se adelantó para saludarme primero, luego Billie, pero no tardamos en enredarnos los tres en un animado y emotivo reencuentro. El pecho me latía con fuerza por el esfuerzo de los pulmones. Me desplomé sobre la hierba y rodé sobre ella, gimoteando y dando zarpazos a Billie, que estaba agachada sobre mí, lamiéndome las fauces. Gavin se asomaba a mi otro lado, olfateando mi pelaje. Sin duda podía oler a Everett por todo mi cuerpo. Mientras estuviera en forma de lobo, dejaría que sacara sus propias conclusiones. Una vez que rodé sobre mi estómago, Gavin gruñó y me agarró del hocico, recordándome su enfado. Mis orejas se

echaron hacia atrás en una muestra de sumisión. Eso fue suficiente para Gavin, que me soltó y se alejó, dejándonos a Billie y a mí retozando bajo la suave lluvia.

A veces, teníamos que sofocar nuestros instintos animales naturales cuando nuestras vidas humanas empezaban a dominarnos. Era agradable volver a lo que nos hizo metamorfos, olvidar nuestros hábitos humanos y abrazar nuestro impulso primitivo de revolcarnos por la hierba. Incluso sin palabras, me di cuenta de que ambos se sentían aliviados de que yo estuviera bien.

Mi regreso había interrumpido su patrulla. Sin comprobar el resto del perímetro, Gavin y Billie me acompañaron de vuelta a la cabaña de carga mientras yo llevaba mi bolsa de lona entre los dientes. Después de correr toda la noche con ella, me había empezado a doler el cuello. Estábamos empapados de lluvia cuando entramos en la cabaña. Era agradable sentarse por fin y descansar; había subestimado exactamente lo dolorida que estaría por la carrera una vez que volviera a mi forma humana. Mientras Gavin y Billie se transformaban, me desplomé en el sofá y jadeé, muerta de cansancio. Vi cómo se reunían como humanos, ayudándose mutuamente a vestirse, y volví a sentir unos celos dolorosos.

Entonces, Gavin y Billie se quedaron expectantes frente a mí. —¿Y bien? ¿Qué ha pasado? —instó Gavin.

—No creerías a ese maldito imbécil —le dije.

—Pruébame.

Apoyé los codos en las rodillas e inspiré. —¿Recuerdas que te dije por teléfono que me quedaba allí para resolver las cosas? Sí, no. Me secuestró. Luego me amenazó para asegurarse de que te dijera las cosas correctas durante nuestra llamada.

Gavin enarcó las cejas. —¿Te secuestró?!

—Me llevó con él y el resto de su manada después de que los Inkscales nos persiguieran, pero cuando llegamos a su casa, no me dejó salir.

—¿Por qué? —preguntó Billie.

—Quería que me curara el pecho, obviamente, porque no soporta el pequeño inconveniente de no poder respirar a veces —dije con sarcasmo, y luego me incorporé—. ¡Oh, pero eso no es todo! También planeaba utilizarme para llegar hasta Muriel.

—¿Qué! —exclamaron Gavin y Billie.

—Vi algunos de los mensajes que intercambié con ese imbécil de Sebastian Hicks. Everett estaba tratando de engatusarme para que le dijera dónde está Muriel. Ya tienen una furgoneta esperando para llevársela.

Gavin gruñó a la defensiva, erizándose y cerrando los puños. —¿Cómo se atreve?

—Lo sé. Uno pensaría que a estas alturas Eastpeak lo habría dejado, pero ni siquiera podemos confiar en ellos.

Esta vez, Gavin negó con la cabeza. —No, cómo se atreve a usarte así. Bajo el pretexto de tratar de hacer crecer tu vínculo de pareja predestinada.

—Oh —me quedé callada, consternada una vez más al recordar la intimidad que había compartido con Everett hacía apenas unas horas—. Sí...

—¿Qué te hizo?

Mantuve los ojos bajos.

—Trató de tener sexo contigo, ¿no?

—Tuvimos sexo —admití—. Fue increíble —la falta de color en mi voz delataba lo que realmente sentía al respecto—. Unos minutos después, me enteré de su plan.

Un estruendo salió de Gavin mientras se paseaba por el salón, luchando contra su ira. Si Billie no hubiera estado aquí, imaginaba que Gavin habría cogido algo y lo habría lanzado o habría volado hasta la casa de Everett y habría intentado patearle el culo. En lugar de eso, se limitó a detenerse y a inspirar y espirar por la nariz. —¿Qué clase de mentiras te dijo, Ais? ¿Dijo que se preocupaba por ti o algo así? ¿Por qué le dejaste hacer eso?

—Era el vínculo de pareja predestinada, Gavin. Apenas podía resistir que estuviera tan cerca de mí —me defendí—. Ya sabes cómo es.

—¿Te engatusó o algo así?

—La verdad es que pasamos un día muy agradable juntos, en su mayor parte.

—Así que te manipuló.

Abrí la boca con el impulso de rebatir esta afirmación, pero Gavin tenía razón. Eso era exactamente lo que Everett había hecho, y yo había sido tan estúpida como para caer en la trampa.

Billie miró incómoda entre nosotros. Probablemente no esperaba que Gavin fuera tan protector conmigo, y yo esperaba que no sospechara nada. Después de todo, no había nada entre nosotros; a pesar de la envidia que le tenía a Billie, Gavin era más como un hermano para mí que cualquier otra cosa en ese momento.

—Voy a llamarle y decirle que se mantenga alejado de Grandbay —dijo Gavin.

—No lo hagas —solté.

—¿Por qué no?

—No quiero darle más razones para que me odie. Ya es bastante malo que me haya usado, Gavin. Estoy avergonzada de haber huido y haberte chivado, como... como si no pudiera defenderme.

—No deberías tener que hacerlo. Esto ha ido demasiado lejos. Ha abusado de vuestro vínculo de pareja para intentar robarnos a Muriel, y no lo voy a consentir —gruñó Gavin.

—No lo hagas, por favor —dije—. Simplemente cortaremos el contacto con Everett y la Guardia de los Mitos. Eso es todo lo que tenemos que hacer. Concentrémonos en nuestro plan, ¿de acuerdo?

Suspiró con fuerza, pero la súplica de mi voz debió de bastar para persuadirlo. Gavin sacudió la cabeza y se pasó los dedos por el pelo, refunfuñando, y finalmente dejó de pasearse delante de mí. —Muriel está en casa de tus padres. Ve a verla.

Dudando, miré fijamente a Gavin, insegura de si estaba preparada para ceder a la curación.

—¡Ahora! —Gavin rompió.

Me encogí de hombros y asentí. No había que subestimar la ira de Gavin, sobre todo porque sabía que seguía dolido por haberle desobedecido la otra noche. Sin fuerzas para seguir discutiendo, me levanté y arrastré los pies de vuelta al exterior. Me transformé una vez más, con

el cuerpo demacrado y cansado, y arrastré mi petate hasta mi apartamento.

Cuando llegué a casa, sólo quería dormir. Estaba claro que nadie más había estado en mi apartamento porque las notas persistentes de Everett y yo de nuestra visita de ayer por la mañana eran el olor predominante que me obstruía la garganta y me estrangulaba el corazón. La furia floreció en mi interior. Había manchado mi único espacio seguro con su hedor. Entré en la cocina a toda prisa, cogí un bote de eliminador de olores y rocié agresivamente el salón, el pasillo y el dormitorio, ahogando el olor de Everett con el aroma de la ropa de cama limpia y crujiente. Bastardo, pensé miserablemente, tirando mi bolso sobre la cama y sentándome allí, moribundo. Luego también me duché, porque aún podía oler el sudor y el sexo de Everett en mi piel. Sólo después de lavarlo sentí por fin que empezaba a escapar de sus restos.

Sobre las 6 de la mañana, salí en mi coche hacia casa de mis padres. La luz del salón estaba encendida. Mamá y papá solían despertarse temprano, y estaban preparados para mi llegada después de ver mi coche entrar en la entrada. La puerta principal se abrió antes de que llegara y mi madre irrumpió en la escalinata y me abrazó. —¡Oh, Ais! Estábamos tan preocupadas —suspiró, abrazándome—. Niña imprudente, entrando en Dalesbloom. Podrías haber muerto. Podríamos haberte perdido. No sé qué habríamos hecho si te hubiera pasado algo....

—Lo sé, pero estoy bien, mamá —gruñí, zafándome del abrazo—. Mira, ¿está Muriel aquí?

Mi madre se retiró con las manos aún sobre mis hombros. —Sí, está. ¿Por qué?

—Necesito ayuda con algo.

La preocupación se intensificó inmediatamente en su rostro. —¿Con qué?

—Es sólo algo en mi pecho...

—Oh, todavía tienes esa tos, ¿no? Pensé que sonaba mal después de tu pelea con Niko —señaló.

—Sí, sí. Sólo quiero que me ayude con ello, ¿vale?

—Por supuesto. Está dentro.

Seguí a mi madre hasta una réplica del dormitorio de mi infancia. Ella y mi padre habían trasladado absolutamente todo de su antigua cabaña a esta casa para que se sintiera más como en casa. El olor era el mismo de siempre, ese almizcle europeo tan característico, nostálgico y envolvente. Hasta la alfombra se sentía igual bajo mis pies. Las paredes tenían el mismo tono de

amarillo pálido que me había rodeado durante mi infancia. Pero ni siquiera todo esto podía calmar mi malestar, mientras permanecía enajenada mientras mamá llamaba a la puerta. —¿Muriel? —preguntó—. ¿Estás despierta?

La cama crujió con el ruido de alguien que se incorporaba. —Sí, Gretel. Pasa.

Mi madre abrió la puerta y me hizo pasar. A la tenue luz del amanecer, allí estaba Muriel, con su ondulado pelo plateado recogido y un camisón de gasa sobre sus estrechos hombros. Me miró con ojos cálidos. —Buenos días, Aislin.

—Hola —Miré a mi madre, deseando en silencio que se fuera. No era mi intención parecer fría o malcriada, pero mi mal humor definitivamente hizo que frunciera el ceño antes de dejarme en la habitación con Muriel. Suspirando, di un paso más hacia la cama—. Tomaré un poco de esa magia curativa ahora, si no te importa.

La unicornio me miró, con sus ojos violetas suaves pero sabios, como si no me estuviera mirando a mí, sino a través de mí, leyendo mis intenciones más profundas. Sin embargo, siguió sonriendo con comprensión. —Tu pecho no suena tan mal como antes.

—Creo que se ha ido curando, pero no puedo arriesgarme a que se agrave más. Sólo quiero que se trate.

—¿Fue tu propia decisión?

Mis labios se fruncieron mientras desviaba la mirada. —Sí

Al final lo habría sido, de todos modos. Llevaba más de una semana viviendo con esta mierda, y no me estaba haciendo la vida más fácil, aunque ser una molestia para Everett fuera marginalmente satisfactorio.

—Vale. Siéntate a mi lado —me ofreció.

Me acomodé a su lado y la gravedad me acercó a ella más de lo que me hubiera gustado. El aura que rodeaba a Muriel era sobrenaturalmente desarmante, como imaginaba que lo era para todos los unicornios. Esa era una de las muchas cualidades especiales de la raza más rara de metamorfos, y tal vez por eso eran tan codiciados entre ciertos grupos. Imagínese lo agradable que sería emplear a un unicornio para que le hiciera compañía en todo momento, concediéndole paz interior y curación atenta cada vez que se sintiera un poco indispuerto. De hecho, muchos

unicornios fueron esclavizados por sus propiedades curativas. Incluso ahora, mis recelos hacia Muriel se apaciguaban más allá de la razón racional. Jugueteeé con las manos y miré la alfombra rosa claro bajo mis pies.

Muriel se inclinó hacia mí y puso las yemas de sus dedos sobre la piel desnuda justo por encima del cuello de mi camiseta. Di un pequeño respingo cuando me tocó, a lo que ella dijo suavemente: —Lo siento —e hizo una pausa hasta que estuve mejor preparada para ella. La mujer mayor acercó la cabeza y escuchó el silbido de mis pulmones. Entonces, cerró los ojos y empezó el cosquilleo.

Su magia palpó mi piel, la calidez se extendió por mi pecho y se hundió, traspasando mi carne y mi duro esternón. El poder curativo inundó cada rama bronquial de mis pulmones, impregnando los microscópicos alvéolos que se llenaban de aire al respirar, buscando daños en cada uno de ellos y acelerando su recuperación. El aire que llenaba mi espacio pleural e impedía que mi pulmón izquierdo se expandiera se disipó al instante y, por primera vez desde la pelea con Dalesbloom, pude respirar hondo sin toser y sentir por fin que tenía aire suficiente. 3 Sigue respirando despacio así. Inspira y expira —me guió Muriel. Hice lo que me indicaba, y ella se aseguró de que su magia curativa llegara a cada centímetro de mis pulmones, concediéndome la capacidad de respirar como antes.

Luego suspiró y se sentó, cerrando los ojos con una sonrisa. Cada uso de su magia curativa parecía restarle un poco más de fuerza, como si las arrugas de su rostro se hicieran más profundas y envejeciera un poco más. Muriel volvió a abrir los ojos, parecía cansada. —¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor —dije. Ya no se oía el ruido áspero de mi garganta, ya no había flema ni sangre subiendo por mi tráquea—. Gracias.

—¿Necesitas ayuda para algo más?

Todavía me dolía el tobillo por el corte, pero no iba a molestarla por eso. Se estaba curando solo. —No, eso fue todo.

Muriel me sostuvo la mirada, analizándome, mirando una vez más en lo profundo de mi alma. —verett tampoco sentirá más el dolor.

Su nombre me erizó la piel. —Me importa una mierda —murmuré—. Sólo hice esto para sentirme mejor —Y con eso, me puse de pie.

El unicornio me miró arrastrando los pies hacia la puerta. —Quiero ayudar a los lobos de Grandbay tanto como pueda —dijo—. Si hay algo que necesites de mí, Aislin, por favor recuerda que estoy aquí para servir.

—Tú no sirves a nadie —le respondí—. Cuidado con las ideas que metes en la cabeza de la gente.

Muriel sonrió. —Parece que es lo único que sé hacer.

No estaba segura de lo que eso significaba, pero la distancia que había puesto entre nosotros me permitía volver a estar al límite, como solía estarlo. Con una mirada persistente, finalmente me aparté, salí de lo que podría haber sido mi antiguo dormitorio, me despedí de mis padres y volví a casa.

Las cinco horas que dormí no fueron suficientes. Mi turno de esa noche fue un asco, pero al menos ya no tenía resuello. Pensé que podría sacar lo mejor de ello, era lento y estaba reponiendo los estantes, manteniendo mi mente ocupada, hasta que llegó un olor curioso. Alguien lo había introducido en la tienda, agitando el aire a su paso. Me acerqué a la entrada y lo vi ahí fuera.

Ese hijo de puta, Everett March.

Me escabullí y llamé a seguridad para que volvieran a ocuparse de él. No estaba en el estado emocional adecuado para hablar con él. Estaba trabajando. La Diosa Luna sabía que, si tenía la oportunidad de decirle una sola palabra, probablemente se la gritaría, así que sería mejor que desapareciera de una puta vez antes de que hiciera que me despidieran. Lo fulminé con la mirada, y en cuanto me llamó la atención mientras el guardia de seguridad lo alejaba, estallé.

Le había dado lo que quería, curándome los pulmones. No había ninguna posibilidad de que dejara que se aprovechara de mí otra vez, y quería que lo supiera. Eastpeak había perdido la oportunidad de salvar su alianza con Grandbay.

Estábamos dispuestos a romper los lazos.

Capítulo 18

Everett

No podía descansar hasta tener noticias de Taylor. Durante toda la noche, recorrí mi casa en busca de algo que hacer. En mi estudio, procesé el papeleo que había dejado de lado en favor de mimar a Aislin el día anterior, y luego escuché las grabaciones de audio de Hexen Manor, pero no encontré nada que indicara cuándo pensaba atacar Dalesbloom. De repente, hubo silencio de radio en el salón donde se había colocado el micrófono. De madrugada, decidí estirar las piernas en el exterior. Dejé atrás mi ropa y me quedé desnudo en el patio, experimentando una vez más la transformación hasta que en el lugar de mi cuerpo humano se alzó la imponente bestia gris de mi lobo. Sacudiéndome el pelaje, salí corriendo con la intención de comprobar el perímetro.

A pesar de ser el Alfa de Eastpeak, no hacía patrullas fronterizas a menudo. Normalmente, dejaba esas responsabilidades a mi manada. Taylor solía organizar y distribuir las tareas entre mis compañeros de manada mientras yo gestionaba nuestros asuntos internos y externos y el negocio del aserradero. Me di cuenta de cuánto tiempo hacía que no patrullaba cuando las marcas de olor que señalaban los límites de nuestro territorio eran predominantemente de Taylor o de otros compañeros de manada y no mías. Si un extraño llegara a nuestra frontera, ni siquiera sabría que yo era el Alfa. Por lo tanto, me detuve de vez en cuando, levanté la pata y marqué un árbol.

Recorrí todo el perímetro oriental, me aventuré hacia el sur, abracé el perímetro occidental frente a Grandbay y me detuve cuando mi territorio se curvó hacia Dalesbloom, en el norte. El hedor de los dragones dominaba la zona, mientras que los olores de mis compañeros de manada estaban prácticamente ausentes. Eso significaba que los Inkscales se acercaban cada vez más al territorio de Eastpeak, más allá de la zona neutral y hacia nuestros marcadores. Esto no me gustó. Aunque no había actividad por su parte en mi territorio, sabía que estaban empezando a acercarse, probando los límites de lo que toleraríamos antes de tomar represalias. No quería que me tendieran una emboscada, así que volví a casa. El sol estaba saliendo por el cielo nublado cuando volví a mi jardín, y me dirigí inmediatamente a mi despacho, donde había dejado el teléfono, con la esperanza de recibir un mensaje de Taylor. Pero no había nada.

Preocupado, llamé a Sebastian. —No he sabido nada de Taylor en toda la noche —empecé—. Entré en Dalesbloom para intentar hablar con uno de sus miembros.

—¿Lo enviaste a Dalesbloom? —Sebastian me respondió incrédulo.

—Iba a tener cuidado, y se suponía que no por mucho tiempo —dije.

—¿Conducía él?

—Sí.

—¿A quién iba a ver?

—Un tipo llamado Garrett Roydon. Puedo conseguir su dirección...

Sebastian me cortó. —No. Te aconsejo que no envíes a nadie más allí. ¿Has salido a buscarlo?

—Acabo de hacer una revisión del perímetro... excepto el borde norte. El área estaba saturada de Inkscales.

—Tal vez ahí es donde deberías buscar.

—¿Crees que lo atraparon y lo dejaron allí?

—Es posible.

Mastiqué esto mientras el pavor en mi estómago empeoraba. Ya fue bastante malo cuando encontré a Taylor después de que David lo arrastrara al bosque y le diera una paliza. No podía imaginarme lo que podrían haberle hecho a Taylor esta vez si lo atrapaban, pero cuanto más tiempo pasaba sin saber de él, más creía que eso era lo que había ocurrido. Y si me estaba esperando en el perímetro norte, rodeado de dragones... No había forma de que pudiera ir a recuperarlo yo solo. Apestaba a trampa.

—Voy a comprobarlo —decidí—. Pero necesitare refuerzos.

—Podemos enviar algunos de la Guardia de los Mitos para ir con usted. ¿Traerás a tus compañeros de manada?

—El que quiera venir conmigo.

—Bien —dijo Sebastian—. ¿Te vas pronto?

—Sí.

—Tendré los cuerpos en tu casa en diez minutos.

—De acuerdo. Gracias.

Envié otro mensaje de grupo a mis compañeros. No estaban muy entusiasmados con la idea de reunirse para otra misión potencialmente peligrosa. Esta vez, sólo recibí cuatro respuestas confirmando que estaban disponibles, incluida Bree. Molesto, consideré que, después de esto, tendría que celebrar una reunión de manada y recordar a mis compañeros la importancia de la fiabilidad. Aunque rara vez les había instado en el pasado, aún esperaba que hicieran caso a la llamada a la acción. Taylor podía estar en peligro, ¿no les importaba?

Quince minutos después, tenía a tres miembros de la Guardia de los Mitos armados con rifles, más Sebastian y mis cuatro compañeros de manada conmigo, lo que hacía que nueve de nosotros estuviéramos preparados para aventurarnos hacia la frontera norte en busca de Taylor. Mientras pudiéramos encontrar su olor entre el miasma de los dragones, no tardaríamos demasiado.

Cinco lobos acechaban junto a los cuatro humanos, merodeando inquietos entre la bruma matinal. Las nubes se disiparon para revelar el sol brillando bajo en el horizonte dentro de un cálido cielo azul, envolviendo el bosque en una tenue niebla plateada y depositando gotas de rocío sobre la maleza. Era una mañana preciosa, aparte de la desaparición de Taylor. Con las orejas adelantadas y la nariz pegada al suelo, dirigí al grupo en busca de su olor, con una profunda incomodidad que aumentaba a medida que el hedor de los dragones nos rodeaba. Todos estábamos en guardia, con los ojos atentos a cualquier movimiento entre los árboles. A la luz de la mañana, una emboscada no era tan fácil de ejecutar, pero no creí que eso los detuviera. Sin embargo, nada parecía moverse. No se oía el canto de los pájaros ni el trino de los insectos al amanecer, sólo una inquietante quietud. Caminamos en fila india, esperando a que algo rompiera el silencio.

Directamente en el centro del perímetro norte, acercándome a la zona neutral, el olor de Taylor llegó a mi nariz. Me detuve y levanté la cabeza, haciendo un gesto en la dirección de donde lo había traído el viento. Mis compañeros de manada se dieron cuenta un momento después y, por nuestro lenguaje corporal, los humanos de la Guardia de los Mitos murmuraron entre ellos que habíamos detectado a Taylor. Pero no sólo olí el aroma de mi Beta, sino también el hedor agrio y

enfermizo de la sangre.

Inmediatamente turbado, me dirigí hacia el olor, ignorando la densa presencia de dragones a nuestro alrededor. Me sumergiría en las fosas del Infierno para recuperar a Taylor si fuera necesario. Mis pies se movían rápidamente por la hierba, el rocío se pegaba a mi pelaje, pero no sentía nada excepto el corazón golpeándome la caja torácica. En el fondo de mi mente, agradecía que Aislin se hubiera curado los pulmones, porque a mí ya me costaba respirar... y no sabía si habría podido soportarlo ahogándome también con un pulmón colapsado.

Pero lo que vi bien podría haberme colapsado los dos pulmones.

Donde los olores eran más fuertes, había un cuerpo de lobo arrugado en la hierba, abandonado entre un grupo de abedules inclinados. La sangre manchaba su pelaje y se filtraba por el suelo. Tenía las patas inertes a un lado, la cabeza echada hacia atrás y el cuello retorcido de forma antinatural en dirección contraria. El único movimiento a su alrededor era la brisa que le hacía cosquillas en el pelaje. Era Taylor... sin vida.

Se me escapó un grito desesperado mientras corría hacia él, pero por muy rápido que corriera, ya era demasiado tarde. Caí al suelo junto a él, con los ojos desorbitados por el horror, y mil emociones me invadieron. Ni siquiera podía procesar lo que estaba viendo. Mi amigo más antiguo y cercano estaba desparramado ante mí, su cuerpo devastado con el cuello roto y las vísceras goteando de su abdomen. Había trozos de él por todo el claro, un horrible reflejo de mi propio destino si no hubiera escapado de los dragones. Esto era lo que podían hacerle a un lobo que se entrometiera en su territorio.

A mi lado, Bree emitió un gemido estrangulado y lastimero, desplomándose en el suelo. Enterró la cara en la gola de su novio mientras su cuerpo temblaba. Su dolor nos invadió a todos. Los humanos no nos hablaban, sólo compartían palabras entre ellos, pero no me importaba lo que tuvieran que decir. El tiempo se detuvo mientras contemplaba las consecuencias de mi estúpido error. Yo hice esto. Envié a Taylor a Dalesbloom. Lo envié a su muerte. Me fue leal hasta el final, y eso lo mató.

Mis compañeros de manada se movieron a nuestro alrededor, rodeando el cuerpo de Taylor mientras compartíamos nuestro dolor. Estaba asombrado por lo que habíamos encontrado, pero sabía que no podíamos quedarnos aquí mucho tiempo. Los dragones podrían atacarnos en cualquier momento. Ni siquiera podíamos traer de vuelta el cuerpo de Taylor, porque convertirnos en humanos nos dejaría vulnerables, y simplemente no nos era posible llevarlo en

nuestras formas de lobo. No podía soportar ese hecho. Cuando empecé a instar a mis compañeros de manada a retirarse, Bree me miró con una angustia escalofriante, negándose a separarse de Taylor. Comprendí cómo se sentía. Yo tampoco quería dejarlo atrás, pero teníamos que hacerlo.

Finalmente, todos mis compañeros de manada se pusieron de pie, pero Bree no se movió. Le costaría la vida si la abandonábamos. Me coloqué encima de ella y tiré suavemente de su hombro hasta que me lanzó un chasquido con un destello de colmillos, reflejando la rabia que sentía sólo por mí. Mis instintos alfa de gruñir y arrastrarla se enfrentaron a mi empatía por ella. Había mucho dolor, pero no podía dejar que me dominara. Todavía no. De todos modos, me alejé de Bree y la dejé allí para que llorara a Taylor. Sólo podía esperar que los Inkscales y los Dalesbloom la dejaran llorar en paz. El resto de nosotros teníamos que volver a la seguridad.

El paseo por el bosque fue uno de los peores que había vivido. Los dragones seguían siendo una presencia constante y opresiva, como si hubieran rugido desde Dalesbloom y arrasado nuestro hogar como un tsunami. El hedor persistía incluso cuando nos adentrábamos más allá de la frontera, de vuelta a un territorio que se suponía seguro. Una milla dentro de nuestra casa estaba claro que los dragones habían llegado hasta aquí, pero de alguna manera nos perdimos. No podía ser que fueran incapaces de encontrarnos. No habíamos hecho ningún esfuerzo por escondernos, sabiendo -esperando- que atacarían. Era como si nos hubieran pasado de largo, sabiendo que nos habíamos detenido en torno al cadáver de nuestro amigo muerto. Mi temor se intensificó a medida que nos acercábamos a la ciudad, que permanecía silenciosa en la bruma matutina, imperturbable. Sin embargo, más allá del pueblo y en la ladera de la montaña donde mis compañeros de manada solían cazar, volvió el olor a sangre.

Esperaba que los dragones nos tendieran una emboscada. No esperaba que atacaran a los compañeros de manada que había dejado a salvo en mi territorio, a los que se habían quedado atrás para mantenerse fuera de peligro.

Llegamos a nuestro coto de caza habitual y nos encontramos con una masacre.

Mis compañeros de manada habían sido tratados como presas, atropellados por las mareas de los despiadados dragones de Inkscale y los lobos de Dalesbloom. Los cuerpos estaban esparcidos por la ladera, algunos horriblemente desmembrados, otros desangrados, la mayoría muertos. Era lo peor a lo que me había enfrentado nunca. El corazón se me cayó al estómago; no podía respirar, no podía pensar; sólo podía presenciar la catástrofe que me había deparado mi propia idiotez. Los perpetradores ya se habían ido, dejando atrás las secuelas del genocidio. Ninguno de nosotros lo había oído. Habíamos estado demasiado lejos, en el perímetro norte, para oír el

violento enfrentamiento, pero cualquier otra persona cercana se habría sentido atraída por el sonido de un lobo atacado, luego el siguiente, y así sucesivamente mientras corrían a ayudarse unos a otros. Quería creer que era una pesadilla y que me despertaría gritando y llorando, pero cuanto más miraba, más fuerte se hacía el hedor de la sangre, que se alojaba en mi garganta y me asfixiaba.

Había cometido un error crítico al enviar a Taylor a Dalesbloom. David debió de decidir en ese momento que Eastpeak sería el primer objetivo de su ira desatada, desafiando abiertamente a la Guardia de los Mitos... y tuve la premonitoria sensación de que el silencio que había oído en las grabaciones de audio era la prueba de que había encontrado nuestro micrófono. Esta fue la consecuencia de mi intriga. Este fue mi plan, contraproducente. Todos mis compañeros de manada habían pagado el precio de lo que yo pensaba que era la elección más sabia, entrometerme desde lejos, como si mantener las distancias fuera lo más seguro para todos. Obviamente estaba muy equivocado.

De mis diecinueve compañeros de manada, mi Beta y siete lobos más habían sido masacrados, y todo era culpa mía.

Capítulo 19

Aislin

Algo iba mal.

Al principio, no podía identificar lo que era. Me desperté tarde esta mañana sintiéndome mal. Me senté en la cama y examiné mi cuerpo en busca de las heridas que ya me resultaban familiares, pero recordé que mis pulmones se habían curado ayer. No era la herida que se cerraba lentamente en mi tobillo. La sensación podría haber sido el daño que Everett hizo a mi corazón, pero la profundidad de la pena que inexplicablemente me golpeó fue mucho más profunda de lo que hubiera esperado. No era como si Everett me hubiera roto el corazón. Sin embargo, lo que sentí fue... catastrófico. Tenía que venir de Everett. Su dolor no era culpa mía, ¿verdad?

Fue una bendición y una maldición que no tuviera que trabajar hoy, porque sin una distracción, me iba a volver loca pensando en él. Por muy tentador que fuera enviarle un mensaje, no lo hice. Mi rutina de ejercicios me mantuvo ocupada durante una hora, ya que visité el único gimnasio de Grandbay y me ejercité en una bicicleta estática, mejoré mis bíceps y dorsales en la barra de dominadas y cargué mi núcleo con la máquina de remo. Me sentí bien sudando sin la inmensa presión sobre mis pulmones, pero no podía deshacerme de mi malestar.

Después de ducharme, volví a casa, me senté sola en la cocina y desayuné despacio, en silencio, mirando la pared. La terrible melancolía de mi corazón empeoró. Apoyé la frente en la mesa y lloré por razones que no podía comprender. No era por Everett; él no me había destrozado tanto. Pero lo único que quería era verle ahora mismo, hablar con él y tocarle, y no entendía por qué, sobre todo desde que se había aprovechado de mí y me había hecho daño.

Pensé que tal vez necesitaba ocuparme de la manada, así que llamé a Gavin.

—Hay que trasladar a Muriel de casa de tus padres a casa de Niko —dijo—. ¿Puedes hacerlo? Y ya que tus pulmones están curados, tal vez deberías refrescar tus habilidades de combate con él.

—Ugh. Sabes que Niko es la última persona que quiero ver ahora mismo.

—Tienes que hacerlo, Ais. Necesitamos que todos luchen al máximo.

—De acuerdo —suspiré por la nariz, frotándome las lágrimas secas de los ojos—. Oye, um... ¿supiste algo de Everett hoy?

—No, pero capté su olor por la frontera este esta mañana temprano. ¿Por qué?

—Sólo me lo preguntaba.

Era raro oír hablar de Everett en sus propias fronteras. Normalmente, si encontrábamos a alguien de Eastpeak patrullando el perímetro, era uno de sus subordinados. Me pregunté si habría ido a la frontera con la esperanza de captar mi olor. Odiaba estar tan obsesionada con él; había muchas emociones reprimidas en mi interior, así que tal vez ver a Niko me permitiera sacarlas todas.

Al llegar a casa de mis padres, me senté unos minutos antes de que Muriel y yo nos fuéramos. Ella también tenía un aire de tristeza, y después de que mi madre fuera a la cocina a por una taza de café recién hecho, me volví hacia el unicornio y bajé la voz. —¿Sientes que algo no va bien hoy?

La mujer mayor suspiró suavemente. —Pido disculpas si parezco particularmente deprimida en este momento. Es que... echo de menos a mi hija.

—Oh —Bueno, tal vez algo estaba pasando que estaba haciendo a todos miserables—. Lo siento por eso. ¿Cuál es su nombre?

—Kiara —dijo Muriel—. Tendría más o menos tu edad y la de Billie.

—Las tres podríamos ser hermanas —señalé.

—Sí. Puede que por eso me hayas caído tan bien

—me burlé—. ¿Yo? Eso es sorprendente. Aparentemente, soy difícil de gustar.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Puedo ser un poco estúpida. La gente me ha descrito como... distante.

Muriel apretó los labios y soltó una risita. —Entonces no se están esforzando lo suficiente para entenderte.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Todo el mundo merece una oportunidad de ser comprendido y amado, no a pesar de sus defectos, sino junto a ellos.

Mi madre volvió a la habitación con una taza de café humeante y reanudó la conversación de antes, en la que le había hablado a Muriel de las distintas categorías de días libres que podía solicitar en su trabajo remoto en la Administración.

Me quedé callada, pensando en lo que había dicho Muriel. Nunca se me había ocurrido que alguien pudiera ser amado y apreciado a pesar de sus defectos. Lo más normal era que los defectos de la personalidad de una persona alejaran a los demás, no que los atrajeran. La razón por la que nunca le gusté a Everett era porque era muy agresiva y grosera, pero ¿había alguien ahí fuera que viera esos atributos en mí y me adorara aún más? Gavin debía de encontrar algo redentor en mí, si no, no habríamos sido tan buenos amigos.

Entonces me di cuenta de que yo era como Everett en ese aspecto: juzgaba a los demás por sus defectos y, a su vez, esperaba que me juzgaran a mí. Eso era lo que hacía Everett y por lo que parecía tener tan pocos amigos. Pero Muriel tenía razón. Si intentaba ver esos aspectos de una persona como meras peculiaridades de su personalidad, tal vez profundizar en las raíces de esos aspectos, tal vez podría aprender a apreciarlos de una forma totalmente nueva. Más profundamente de lo que los apreciaba antes. Podría haber sido tan superficial como Everett todo este tiempo.

Incluso rumié esta idea mientras llevaba a Muriel a casa de Niko. Ella se quedó detrás de mí mientras llamaba a la puerta y, cuando él abrió, la animadversión hacia él me quemó por dentro, pero intenté recordar lo que Muriel había dicho. Niko estaba ante mí con una camisa de franela abotonada y unos vaqueros, sonriendo divertido mientras su gorra de camionero se alzaba sobre su salmonete de pelo castaño. —Vaya, mira quién es.

—Buenas tardes, Silva —dije inmediatamente—. Vengo a dejar a Muriel, y ya que me he curado, quiero otra pelea.

Los ojos de Niko pasaron de mí a Muriel. La saludó con una respetuosa inclinación de cabeza, para seguir mirándome con el labio torcido. —La tercera es la vencida, ¿no? ¿Tu mami te dio permiso para jugar?

—Supéralo.

—Mientras no me delates por haber ganado limpiamente.

—Eres un imbécil —dije, enseñando los dientes—. Eso es lo que va a hacer que vencerte sea tan satisfactorio.

Se rio de mí y abrió la puerta del todo, acogiéndonos a los dos dentro. La arrogancia de Niko era el defecto que hacía que me cayera mal, pero intentaba verle el mérito. Siempre estaba dispuesto a tener peleas cortas, lo que me daba mucha práctica. No se contendría, pero probablemente seguiría subestimándome, lo que me daría ventaja. Considerando todo, Niko era probablemente mi compañero de práctica ideal, a pesar de su desagradable comportamiento. Ves, Muriel, puedo apreciar a alguien por sus defectos.

Muriel nos siguió a través de la casa de Niko hasta su patio trasero. Él y yo nos enfrentamos en la hierba mientras Muriel se sentaba en el borde de su terraza, observándonos. —Estaré aquí si alguno de los dos se lesiona —dijo—. Y para arbitrar, por supuesto.

—Creía que a los unicornios no les gustaba la violencia —dijo Niko, estirando los brazos y crujiéndose los nudillos.

—No nos gusta mucho la sangre —dijo—. Pero entiendo la necesidad del entrenamiento.

—No te preocupes, no le daré mucha caña —me reí entre dientes.

—Cuidado, pelirroja —advirtió Niko.

Quería enemistarme con él. El peso de mi corazón me hacía desear un subidón de ego.

Una vez más, Niko y yo nos miramos fijamente, esperando a ver quién de los dos hacía el primer movimiento. Escudriñé su postura en busca de aperturas, pero en cuanto me vio hacerlo, Niko decidió atacar. Su cuerpo se abalanzó hacia mí, con las manos buscando mis brazos. Me enderecé y le quité las manos de encima, agarrándolo por la nuca y tirándolo hacia abajo. Apoyando las piernas, Niko me rodeó el torso con los brazos, y yo le di un fuerte codazo en la nuca, provocando un gruñido de dolor en mi oponente. Siguió sujetándome y me levantó.

Si no hubiera sido lo bastante rápido, me habría tumbado de espaldas. En lugar de eso, salté cuando me levantó, desplazando su agarre desde mi abdomen hasta justo debajo de mi cintura. Eso me colocó más arriba, de modo que me colgué de su hombro. Niko ajustó rápidamente su técnica y trató de lanzarme hacia atrás, inclinando también su cuerpo hacia atrás, pero mientras

navegábamos hacia el suelo empujé con las manos fuera de su espalda, arrancando los pies y dando un salto mortal antes de que pudiera inmovilizarme. Niko se estrelló contra el suelo con un "¡Oomph!" mientras yo me levantaba detrás de él y giraba para golpearle con el pie cuando volviera a levantarse. Mi pie le dio justo en la cabeza. —¡Aargh, joder! —frunció el ceño, volcándose.

Sí, eso iba a doler.

Alimentada por mi renovada confianza, me puse a horcajadas sobre Niko y bajé las rodillas para quedar sentada con todo mi peso sobre su pecho. Hizo un puente e intentó sacudirme con las caderas, pero me incliné hacia delante para contrarrestarlo. Sus brazos eran demasiado fuertes para que pudiera controlar uno con cada mano. En su lugar, agarré un brazo con ambas manos y lo crucé sobre su cuello. Su mano libre me empujaba la cadera mientras intentaba zafarse de mí, pero una vez que le inmovilicé el brazo sobre el cuello con uno de mis brazos presionado por encima de su codo, pude coger la muñeca de su mano libre y cruzarla hacia el otro lado.

—Mierda. Eres más fuerte de lo que pensaba —gruñó, amortiguado por los brazos que le había puesto en el cuello.

—Te dije que te iba a ganar —dije con orgullo.

—Maldita zorra —Hizo fuerza contra mí, pero había conseguido sujetarlo y mi bajo centro de gravedad lo mantenía anclado en la hierba. Me incliné hacia delante sobre sus brazos, presionando su tráquea y disfrutando del enrojecimiento que subía a su cara—. ¡Quítate de encima!

—No, creo que me gustaría darte a probar de tu propia medicina —me burlé, empujándole con fuerza los brazos hasta que se ahogó y jadeó.

—¡Me rindo!

—¿Y tú?

—Me rindo, joder.

Y, aun así, no le dejé levantarse. Apoyé todo mi peso en los brazos que le había clavado en la garganta mientras él roncaba, luchando por respirar, hasta que finalmente, con una sacudida, me empujó hacia un lado y puso el cuerpo de costado. Desde allí, sacó un brazo y se sentó. Me

reajusté para ponerlo boca abajo y, sentada sobre su espalda, le rodeé la garganta con los brazos en un estrangulamiento por detrás. Para terminar, le levanté la cabeza, le arqueé la espalda y gorgoteó de dolor. —¡Basta!

—Aislin —dijo Muriel suavemente.

Quería atormentar a Niko, pero la indicación de Muriel me convenció de dejarlo ir. Abrí los brazos y dejé que Niko cayera de bruces, luego me senté con una risa victoriosa. —¿Cómo se siente, cabrón?

Niko gimió y se tumbó en la hierba. —¿Dónde estaba la última vez que nos enfrentamos?

—Sólo estaba siendo suave contigo.

—Y una mierda —dijo—, retorciéndose debajo de mí hasta que quedó tumbado boca arriba y yo encima de él—. Suéltame.

Un fuego travieso se encendió en mí. Le agarré la barbilla, le apreté las mejillas y le di un par de bofetadas. —Buen combate —Niko finalmente se incorporó y me empujó. Me puse en pie y estiré los brazos, aliviando mis músculos enroscados y cansados—. ¿Quieres repetir?

—Sí, lo sé. Te voy a partir la cara, zorrita —dijo con veneno.

—Buena suerte con eso.

Hicimos una pausa de cinco minutos para que ambos recuperáramos el aliento y bebiéramos agua. Después, continuamos con otro combate. Me adentré en el combate con creciente confianza. No había nada malo en mis habilidades de combate. La única razón por la que había perdido contra Niko era mi lesión. Después de ganar la segunda pelea, me sentí más segura de mi destreza como guerrera, y entonces la ira de Niko acabó por empujarle a contraatacar con más fuerza en la tercera, lo que nos llevó a un empate cuando quedamos encerrados en la hierba a ambos lados, sin que ninguno de los dos cediera ante el otro. Para entonces, ambos estábamos jadeantes y doloridos, y yo había acumulado más moratones de los que esperaba ese día.

Hubo momentos durante nuestras peleas en los que estuve más cerca de Niko de lo que me hubiera gustado. Seguía mirándome hambriento, sólo que, en lugar de sus sonrisas pomposas, había una determinación viciosa. Cuando me senté sobre sus caderas, un bulto sorprendente se apretó contra mis muslos. No sabía si era yo la que lo excitaba o la emoción de la pelea, pero

como estaba ganando, no me importaba. Sabía que Niko no podría aprovecharse de mí, y menos con Muriel mirando, y sólo me hacía sentir más poderosa que él estuviera tan excitado. Si no fuera por mi sutil, persistente y persistente angustia, podría haberme burlado aún más de él. Por supuesto, eso no quería decir que me sintiera atraída por Niko.

Cuando terminamos y nos separamos, mi dolor volvió a invadirme con fuerza, haciéndome sentir más pesada que nunca. No había nada que la contuviera una vez que la adrenalina disminuyó.

—Buena pelea —dijo Niko a regañadientes—. Será mejor que destroces a Dalesbloom como me destrozaste a mí.

—Y algo más —añadí.

—¿Quieres quedarte a cenar o algo?

Me reí, sabiendo que sólo actuaba por la erección que le había provocado mientras forcejeábamos. —No. Tengo planes. Pero gracias.

Niko frunció el ceño y se encogió de hombros, mirando hacia otro lado. —Como quieras. Aunque te estás perdiendo mi característico pollo. Vamos, Mur.

No creía que me estuviera perdiendo de nada. Con una rápida despedida de los dos, procedí a dirigirme a la cabaña de la manada, donde tenía la intención de reunirme con Billie para una patrulla fronteriza.

Ya me esperaba en el salón. En la pantalla plana de 40 pulgadas, una alegre rubia la guiaba en un ejercicio con mancuernas. Billie levantó dos pesas de dos kilos por encima de su cabeza y me miró. —Hola, Ais.

—¡Mírate! —dije cordialmente—. ¿De qué va todo esto?

—Gav quiere que empiece a ganar músculo, así que decidí probar esto —Bajó las pesas y sacudió los brazos—. Es mucho más difícil de lo que esperaba.

—Sí, pero si sigues así, mejorarás.

Billie sonrió y se pasó un mechón de pelo castaño por detrás de la oreja. —¿Qué has estado haciendo? Hueles como Niko.

—Estábamos entrenando. Gané dos de tres —me regodeé—. El tercero fue un empate.

Sus cejas se alzaron. —¡Vaya! ¡Buen trabajo!

—Gracias. Cualquier cosa para alejar mi mente de Everett.

Después de apagar el vídeo y apartar las pesas, Billie se secó el sudor de la frente. Me coloqué frente a ella y le hice una demostración de algunos de los estiramientos que yo utilizaba después de mis propios entrenamientos. —Haz esto —le dije—. Evitará que se te agarroten los músculos.

Billie miraba y seguía. —¿Cómo te sientes con Everett hoy? ¿Sigues enfadada con él?

—Sí —Me mordí la mejilla y recapacité—. Quiero decir... creo que eso es válido. Pero también está esta extraña sensación que he tenido todo el día.

—¿Cómo de raro?

—Como una oscuridad realmente terrible —No sabía de qué otra forma describirlo.

—¿Es algo que sientes a través del vínculo predestinado?

—Creo que sí.

—¿Crees que está molesto por ti?

—Tal vez.

—¿Has hablado con él desde que te fuiste ayer por la mañana?

—No.

—Tal vez deberías —sugirió Billie—. Tal vez quiera explicarse.

Tararé y me lo pensé. Probablemente daría contexto a la horrible pena que me había embargado durante todo el día. Sin embargo, no estaba segura de querer enfrentarme a los sentimientos de Everett.

—Creo que deberías —añadió Billie.

—Supongo que podría llamarle antes de salir —Así podría procesarlo mientras recorriamos el

perímetro.

Billie asintió. Me senté en el sofá y miré su número en mi lista de contactos, luego suspiré e hice la llamada.

Sonó tres veces antes de que su voz crepitara ronca al otro lado. —Aislin.

Definitivamente, algo iba mal. —¿Ev...?

Vaciló antes de decir nada más. Oí su respiración entrecortada, su voz coagulándose en la garganta antes de que finalmente volviera a hablar. —Dalesbloom atacó. Mataron a ocho de nosotros.

De repente, comprendí demasiado bien la causa de mi dolor. Durante todo el día, Everett había estado desconsolado y yo no tenía ni idea. La noticia fue tan chocante como el sentimiento desconocido que pesaba en su voz, y me quedé en un silencio atónito, sin saber qué decir.

Ocho lobos estaban muertos.

Sin previo aviso, David había lanzado su primer ataque a gran escala contra Eastpeak... y yo tenía la nauseabunda sensación de que Grandbay pronto sería la siguiente.

Capítulo 20

Everett

Ocho de mis compañeros de manada habían muerto. Encontramos a cuatro más entre la carnicería, aún con vida, pero a duras penas. Fueron los primeros que recuperamos y los llevamos a mi casa, donde los dejamos para que se aferraran a la vida bajo el cuidado de pseudocuranderos mal equipados. Lo único que se me ocurrió decir a los que habían estado conmigo fue que limpiaran a los heridos. Todos estaban en su forma de lobo, así que no podíamos llevarlos al hospital. ¿Qué podíamos hacer, llevarlos a un veterinario? No sabía qué debía hacer.

Apenas existí en todo el día, funcionando como un autómatas, intentando hacer frente a la inmensa pérdida que había sufrido mi manada sin pensar hasta caer en el estupor. Si me detenía siquiera un momento, mi sensación de fracaso e incompetencia me dominaría, pero por mucho que quisiera rendirme, no podía. Mi manada dependía de mí para guiarlos, sin importar si nuestros días eran prósperos o graves. Recurrían a mí en busca de orientación. Con demasiada frecuencia, me encontraba aferrándome desesperadamente a palabras que parecía que no eran lo bastante buenas, y me empujaba a realizar alguna otra tarea, con la esperanza de que nadie se diera cuenta de lo totalmente desorientado que me había vuelto. La conmoción y la incredulidad me habían paralizado.

Esa tarde, en una reunión de la manada, nos reunimos para llorar a nuestros muertos. Recogimos los cadáveres, la mayoría lobos, y la Guardia de los Mitos se ofreció a encargarse de sus entierros. Normalmente enviábamos los cuerpos humanos a la funeraria de Dalesbloom, pero yo no quería ni mirar en su dirección. Por suerte, teníamos una conexión con el Departamento de Policía del Condado de Gunnison, lo que facilitaría la justificación de las desapariciones. De lo contrario, tendríamos que dar explicaciones a los humanos, que probablemente iniciarían una investigación y descubrirían más de lo que esperaban. No me cabía en la cabeza cómo afrontarlo. Ni siquiera sabía por dónde empezar. Estaba perdido. Ya me costaba hablar, y mucho más pensar en el siguiente paso.

Sin Taylor, dudaba de mí mismo. Me di cuenta de lo mucho que dependía de su estabilidad y

apoyo para confiar en mi propio liderazgo. Su lealtad inquebrantable siempre me hizo sentir que estaba tomando las decisiones correctas, pero ahora me preguntaba si me había equivocado. Quizá todo este tiempo no había estado capacitado para dirigir. La idea entró en mi cabeza y no quiso salir.

A las tres de la tarde estaba agotado, me sentía sin vida ni pensamiento. Mi madre me instó a descansar, asegurándome que ella podría ocuparse de las secuelas, que eran mucho más de lo que yo había llegado a ser capaz. Me retiré al piso de arriba, me tumbé en mi cama que aún olía a Aislin y cerré los ojos, pero a pesar de no haber dormido nada la noche anterior, mi mente acelerada seguía manteniéndome despierto. Estuve a solas con mis pensamientos hasta que sonó mi teléfono sobre las seis de la tarde.

Apareció el nombre de Aislin. Sentí un pequeño alivio, que desapareció un segundo después. No esperaba nada de ella.

Cuando contesté, apenas podía hablar. No sabía qué decirle, pero en el silencio, todo salió a borbotones. —Dalesbloom atacó. Mataron a ocho de nosotros —balbuceé. Ante el silencio atónito de Aislin, continué— Es culpa mía, Ais. Envié a Taylor a Dalesbloom para hablar con alguien que creía que podía ayudarnos. Esperaba que conociera a un buen candidato para sustituir a David o que al menos pudiera compartir con nosotros los planes de David. Pero me equivoqué. Atraparon a Taylor. Lo mataron. Y luego entraron en Eastpeak y atacaron a todos los que no estaban conmigo buscando a Taylor —Tropecé sin gracia con mis palabras, mi lengua como el plomo. La emoción me subió por la garganta y luego clavó sus garras en mi carne, clavándose allí como alambre de espino. No podía hablar, ni siquiera respirar. El calor de mi cara era vergonzoso; aunque Aislin no podía verlo, sabía que sería capaz de oír las lágrimas que me amenazaban.

Al otro lado, Aislin inhaló bruscamente. —Ev, lo siento mucho —dijo en voz baja—. Ni siquiera sé qué decir. ¿Cómo...? ¿Por qué...?

—Porque fui tan estúpido como para enviar a Taylor a Dalesbloom —repetí.

—¿Por qué matar a tantos?

—Porque estaban allí y podían. David tomó represalias contra mí por espiarlo. Cometí un error, Ais. Intentaba obtener información para ayudar a Grandbay a prepararse para un ataque, pero me salió el tiro por la culata, y ahora Taylor y otros siete de mis compañeros están muertos. Yo hice

esto.

—Ev, no —dijo en voz baja—. ¿No hiciste esto. David lo hizo.

—Pero yo le empujé a hacerlo.

—Intentabas ayudarnos.

—Nunca debí haber hecho nada.

Aislin suspiró. —¿Adónde enviaste a Taylor? ¿Cómo esperabas obtener información?

—Tenía un micrófono plantado en Hexen Manor. Escuchamos a dos lobos de Dalesbloom hablando del ataque, y pensé... si pudiéramos contactar con ellos... podríamos saber cuándo y dónde ocurriría el ataque.

—Espera, ¿cómo plantaste un micrófono?

Dudé, pensando en la semana pasada, cuando la primera misión a la que envié a Taylor le había dejado malherido. Debería haber hecho caso a esa advertencia. —Le pagamos a alguien de Rooster Alarms para que lo pusiera allí.

—¿Y no pensaste en mencionárnoslo?

Sus críticas mordaces no hacían más que hacerme sentir peor. Miré distraídamente la pared del dormitorio, luchando con una mezcla de rabia y desesperanza. Tal vez contarle a Grandbay lo del bicho hubiera sido de alguna manera la solución para mantener a Taylor con vida.

Guardé silencio el tiempo suficiente para que Aislin continuara. —Lo siento, no pretendía que sonara así. Pero... tal vez podríamos haber trabajado juntos en eso.

Aun así, no dije nada.

—Lo siento —volvió a decir.

—No pasa nada. Mira, yo sólo... tengo mucho con lo que lidiar —De repente, ya no quería hablar con ella. Ni con nadie—. Cuatro de mis compañeros de manada aún necesitan cuidados.

—Ayudemos —instó Aislin.

Esta vez ganó mi ira. —¿Qué esperas hacer?

—Algo, Ev. Cualquier cosa. Podemos ayudar.

—¡Olvidalo! No quiero que pienses que te estoy utilizando —murmuré.

El silencio de Aislin me aseguró que había dado en el clavo con respecto a sus suposiciones sobre el intercambio de mensajes de texto que supuse que había visto entre Sebastian y yo.

El sentimiento de culpa latía a fuego lento entre los dos antes de añadir: —Tengo que irme.

Apenas la oí empezar a pronunciar mi nombre antes de colgarle.

Dejé el teléfono y hundí la cara entre las manos. No era propio de mí ser tan irascible. No sabía cómo consolidar todas las emociones salvajes que bullían en mi interior. Mis compañeros de manada seguían dependiendo de mí y sabía que tenía que ayudarles, pero me quedé en mi dormitorio unos minutos más, incapaz de digerir que sólo volvería a bajar para decirles que seguía sin saber qué hacer.

Cuando por fin bajé las escaleras, todos me miraron, expectantes de una solución. Les devolví la mirada, con los ojos hinchados a pesar de no haber derramado ninguna lágrima. No podía. Quería hacerlo, pero el orgullo no me dejaba derrumbarme, todavía no. Contenerlo todo me impedía hablar con la inmediatez que deseaba. Mi voz se arrugó a través de mi garganta y de mala gana golpeó el aire. —Tenemos que mantenerlos hidratados —fue todo lo que se me ocurrió decir—. Y calientes.

Mis compañeros se miraron unos a otros, obviamente esperando más de mí. Creían que ya tendría un plan sólido o que sabría cómo curar a los heridos, pero no era así. Mi madre les habló en voz baja, analizando mis órdenes a medias y convirtiéndolas en instrucciones más detalladas.

Avergonzado de mí mismo, pasé por delante de todos ellos y salí. No sentía el calor del sol. Sólo sentía frío y me sentía perdido.

De pie en la entrada de mi casa, perdí la noción del tiempo antes de ver un coche subiendo por el largo y sinuoso camino de entrada. Un familiar sedán gris oscuro con cuatro personas en su interior se detuvo lentamente junto a los otros tres vehículos aparcados delante de mi casa. Salieron Gavin, Billie, Aislin y Muriel. Me quedé mirándolos sin palabras.

—Oye —dijo Gavin suavemente—. Joder, tío. Siento lo que ha pasado. Estamos aquí para

ayudar en lo que podamos.

—Te dije que no quería tu ayuda —dije rígidamente.

Todos vacilaron al hablar mientras yo miraba a Aislin, que inmediatamente desvió la mirada, frotándose la nuca.

Muriel se acercó. La unicornio me miró e inmediatamente me sentí indigno de su presencia. Después de todas mis intrigas para secuestrar a esta misma mujer, para entregarla a la Guardia de los Mitos y privar a Grandbay de la metamorfa a la que tanto cariño habían cogido, aquí estaba ante mí, sonriendo tristemente. —Por favor, déjame verlos.

Sería cruel por mi parte negar a mis compañeros de manada la ayuda que tan desesperadamente necesitaban. Con un gruñido, me di la vuelta enérgicamente y me dirigí al interior con los cuatro lobos de Grandbay siguiéndome. Cuando entramos en el salón, mis compañeros de manada -y los humanos de la Guardia de los Mitos que se habían quedado para ofrecer su apoyo- miraron a los intrusos y se erizaron. Luego, todos colectivamente parecieron reconocer a Muriel. Algunos se levantaron. Los humanos de la Guardia de los Mitos empezaron a acercarse, pero levanté la palma de la mano para detenerlos. —Está aquí para ayudar a los heridos.

Se replegaron en señal de conformidad.

Mientras Muriel se arrodillaba junto al primero de mis compañeros de manada heridos, Gavin, Aislin y Billie se unieron a los demás. —¿Cómo podemos ayudar? Dinos qué hacer —dijo Gavin.

Mi madre tomó la iniciativa y les envió a por toallas limpias y agua.

Cruzándome de brazos, vi cómo la unicornio extendía la mano hacia la carne hecha jirones de mi compañero de manada. Retrocedió cuando estuvo a punto de tocar su sangre fresca. Recordé que los unicornios eran especialmente vulnerables a la sangre fresca. Era como veneno para ellos. Y aquí estaba ella, rodeada de ella: la vista, el olor, la sensación. Muriel tragó con fuerza y cerró los ojos, aplicando su magia y enviando un cálido cosquilleo a través del aire que todos pudimos sentir.

Aislin regresó con los brazos llenos de toallas y las repartió entre mis compañeros de manada. Cuando terminó, me miró. Sentí demasiadas cosas a la vez como para ser consciente de mi reacción, que fue quedarme mirándola con los ojos muertos.

En el momento en que apartó la mirada fue cuando por fin pude hablar. —Oye —dije—, ¿podemos hablar?

Cerró los puños y asintió. Nos separamos de los demás y la llevé escaleras arriba. Cada paso era como atravesar mercurio líquido, luchando contra la gravedad de un agujero negro. Cuando llegamos a mi dormitorio, cerré la puerta y se me hundieron los hombros.

Aislin se paró a unos metros de mí. —Perdón de nuevo por todo esto.

—No has hecho nada.

—No, quiero decir... no merecías que le pasara esto a Eastpeak. Perder a tantos compañeros de manada a manos de Dalesbloom y los Inkscales. Perder a Taylor.

Sacudiendo lentamente la cabeza, busqué las palabras y luché. Aislin permaneció en silencio. Los dos luchábamos contra lo que queríamos decir y lo que sentíamos.

Su cuerpo se acercó. Primero vi sus pies entrar en mi campo de visión y luego reuní fuerzas para alzar los ojos hacia los suyos, recorriendo las bonitas pecas de sus mejillas, su boca entreabierta, su mirada suave de simpatía. Me devolvió la mirada como si intentara interpretar algo de mí. No sabía qué esperaba obtener de su análisis; parecía que ya me había juzgado hacía tiempo.

—Siento haberme enfadado tanto contigo y haberme marchado en mitad de la noche —continuó Aislin—. Si me hubiera quedado, tal vez podría haber ayudado a proteger a alguien. O Taylor no habría salido.

La sinceridad de su voz me hizo un nudo en la garganta. —s demasiado tarde. No hay vuelta atrás y cambiar lo que pasó.

—Lo sé, es sólo que... habría ayudado si hubiera podido.

—Tú me odias. ¿Qué importa?

Aislin se frotó los brazos. —No te odio, Everett.

—No me des garantías vacías.

—Me fui porque vi tus mensajes con Sebastian —dijo—. Siento haber fisgoneado, pero apareció su mensaje más reciente y pude adivinar tu código de acceso.

Sí, claro. Eso era exactamente lo que sospechaba.

—Sabías que no iba a renunciar a Muriel. Y sólo porque esté aquí ahora no significa que esos tipos de la Guardia de los Mitos puedan llevársela.

—No —suspiré—. No lo harán. Se irá a casa contigo —Por mucho que lograra todo lo que había estado planeando simplemente hacer que la Guardia de los Mitos se llevara a Muriel por la fuerza, no podía aprovecharme de su amabilidad de esa manera. Ella vino por su propia voluntad para ayudar a mis compañeros de manada, y yo lo apreciaba más allá de las palabras.

—Gracias —dijo Aislin.

Ni siquiera pensé que tendría fuerzas para seguir persiguiendo a Muriel. Eastpeak había recibido un golpe tan grande de David, que todos estábamos heridos, ya fuera física, emocional o mentalmente.

Aislin se acercó aún más, y su proximidad hizo que se me aceleraran los latidos del corazón. La cercanía de mi compañera predestinada era tan embriagadora como siempre. No estaba en condiciones de sucumbir a su encanto, pero la forma en que la deseaba ahora era diferente a la de antes. Ansiaba el alivio de su tacto y no sentirme tan solo.

Al notarlo, alargó la mano y me rozó el brazo. Las yemas de sus dedos estaban tan calientes que me di cuenta de que había estado envuelta en sudor frío todo este tiempo. Desplegué los brazos lentamente y apreté los labios para evitar que el exceso de emoción se desbordara. Aislin me miró a los ojos y debió de saber todo lo que pasaba por mi cabeza. Sus manos recorrieron mis brazos y subieron hasta mis hombros antes de estrecharme en un abrazo. Aunque era más pequeña que yo, la forma en que se esforzaba por abrazarme por completo era suficiente. El mero hecho de saber que quería abrazarme, abrazarme entero, me tranquilizó tanto que el dolor que me sacudía el corazón se calmó de inmediato. No era suficiente para curarme del todo, pero por fin me aliviaba de mi intensa soledad. Me deshice de toda la tensión de mi cuerpo y me fundí con ella. Apreté su cuerpo contra el mío y hundí la cara en su hombro, estrechando poco a poco mi abrazo hasta que me aferré a ella como si fuera un salvavidas. La necesitaba con urgencia.

—Está bien, Everett. Sé que intentas mantener a todo el mundo a distancia, pero si quieres dejarme entrar, puedo estar aquí para ti. Quiero confiar en ti —dijo.

Cerré los ojos y la respiré. Eso era lo que yo también quería: que confiara en mí y estuviera a mi lado. Que alguien me diera el consuelo que había anhelado todo este tiempo. Me resultaba tan

difícil dejar entrar a alguien, pero Aislin... era mi compañera predestinada. Podía derribar mis muros por ella, ¿no? Yo también quería confiar en ella. Podía confiar en ella. Necesitaba hacerlo.

—No tienes por qué estar sola —murmuró Aislin.

La emoción me quemaba tanto en la cara que me escocía la humedad de los ojos. Los hombros me temblaban, las fracturas se extendían por mi fachada normalmente estoica y amenazaban con estallar con todo lo que se había acumulado en mi interior. No podía moverme por miedo a que Aislin viera ese lado de mí que nunca había revelado a nadie más, pero estaba tan destrozado y deprimido que era demasiado.

Si alguien tenía que verme desmoronarme, quería que fuera mi compañera predestinada.

Aislin me abrazó y me besó la mejilla, concediéndome el amor del que me había privado durante tanto tiempo.

Capítulo 21

Aislin

Ver a Eastpeak en ruinas cambió toda mi perspectiva de nuestra manada vecina. Una vez pensé que estos lobos eran estoicos, serenos, fuertes de cuerpo y mente, como Everett. Se resistieron a la ayuda y se mantuvieron a sí mismos. Incluso yo los encontraba intimidantes, como si estuvieran tan por encima de los simplones de Grandbay y Dalesbloom que no necesitaban preocuparse por nuestros asuntos. Ahora los veía como lo que realmente eran: cambiaformas que se conformaban con su soledad, que se derrumbaban bajo presión como el resto de nosotros.

Durante toda la noche, entre llantos suaves, los conmocionados lobos de Eastpeak se mostraron agradecidos a Gavin, Billie, Muriel y a mí mientras hacíamos todo lo posible por ayudarles. Todavía no podía comprender cómo había sucedido. No parecía real cuando Everett me lo contó por teléfono. La visión de sus compañeros de manada supervivientes, ensangrentados y andrajosos como estaban, era una prueba del ataque del dragón, pero no fue hasta que viajamos al lugar de la masacre que la devastación se hizo realmente evidente.

Siete cadáveres estaban alineados en la hierba y expuestos al atardecer de principios de septiembre, con el hedor del aceite acre y la sangre coagulada flotando sobre ellos. Gavin, Billie y yo, junto con cuatro humanos de la Guardia de los Mitos, ayudamos a Everett y a sus compañeros a recoger a sus muertos. Habíamos traído lonas para envolverlos y llevarlos a casa de Everett. Había un cementerio en la ladera de la montaña, en el extremo oriental del territorio de Eastpeak, donde iban a parar los cambiaformas fallecidos. Al anochecer, los habíamos llevado a casa y, poco después de medianoche, los habíamos enterrado a todos en fila, con cruces de madera improvisadas en lugar de las lápidas que vendrían después.

En las primeras horas de la mañana, mis compañeros de manada finalmente se fueron. —Voy a quedarme aquí con Everett —le dije a Gavin—. Siento que debo hacerlo.

Él lo entendía. El vínculo de pareja era más fuerte que los desacuerdos que nos separaron en primer lugar, y sabía que lo mejor que podía hacer por Everett era simplemente estar aquí para él. Su manada lo necesitaba, pero cuando todo estaba dicho y hecho... ¿quién más podía darle a

Everett lo que necesitaba sino yo?

Sus cuatro compañeros de manada heridos se quedaron en casa con nosotros. Dos de ellos ocupaban las habitaciones de invitados y los otros dos compartían el sofá de la planta baja. Algunos de los compañeros ilesos se quedaron para vigilarlos, acampados en sacos de dormir en el suelo del salón. Yo había traído una muda de ropa por si acaso, y guardé mi bolsa en el dormitorio de Everett. Él se sentó en el borde de la cama y yo me senté cuidadosamente a su lado, buscando en su rostro pensamientos no expresados.

Everett finalmente suspiró. —Gracias por tu ayuda hoy.

—Por supuesto. No podía dejarte sola con esto.

—No quiero que sientas que tienes que estar aquí.

La aspereza de su voz delataba la dificultad de su día. La frustración subyacente en sus palabras podía estar dirigida a mí o a sí mismo, pero por lo que sabía de Everett, sospechaba que era lo segundo. Se echaba toda la culpa del ataque a sí mismo. Y no sólo por el ataque, sino también por mi enojo por sus planes de usarme para secuestrar a Muriel. Se culpaba de todo lo que había salido mal en los últimos días, y no me habría sorprendido que quisiera alejar a todo el mundo para sumirse en la culpa. Probablemente era la forma en que sobrellevaba todos sus defectos, pero no iba a dejar que se aislara y sufriera solo nunca más.

Me acerqué hasta que mi rodilla rozó la suya. —Quiero estar aquí contigo, Everett. Sé que las cosas entre nosotros han sido difíciles, pero nunca hemos tenido la oportunidad de intentar entendernos. Sin embargo, está ocurriendo, aunque lentamente... Y aunque haga falta una maldita tragedia terrible para que vea las partes de ti que normalmente no mostrarías a nadie más, necesito verlas. Igual que tú necesitas ver las partes de mí que yo suelo mantener encerradas. Así que... está bien si sientes que eres un desastre, como si lo hubieras arruinado todo, porque necesitas darme la oportunidad de ver eso y aceptar eso de ti. ¿Tiene sentido?

Everett miró fijamente hacia delante, procesando lo que le había dicho. Antes, había presenciado un momento de vulnerabilidad en él, en el que todo su cuerpo se bloqueó y tembló mientras lo abrazaba, e incluso ahora me daba cuenta de que intentaba que eso no volviera a ocurrir. Lentamente, respondió: —Es muy sensato de tu parte.

—No puedo atribuirme la idea.

Me miró.

—Muriel dijo algo que me hizo pensar —aclaré.

—¿Qué ha dicho?

—Que las personas deben ser comprendidas y amadas junto a sus defectos

—Everett enarcó las cejas.

—Es que esas imperfecciones de las que hablas son lo que te hace humano. Son lo que nos pone al mismo nivel. Hacen que sea más fácil relacionarme contigo —le expliqué—. Si crees que la has cagado a lo grande, bueno... no pasa nada. Todos la cagamos. Sobre todo, yo.

—No tanto como para que maten a tus compañeros.

—Tal vez no, pero no lo hiciste a propósito. Todo el mundo la caga. Reconocerlo es el primer paso para perdonarte a ti mismo, creo, y cuando puedes perdonarte a ti mismo, puedes perdonar a los demás.

Everett exhaló un largo suspiro y volvió a mirar a la pared. Los engranajes de su mente seguían girando, su boca se tensaba mientras yo le observaba debatirse con la idea de permitirse una pizca de perdón. Durante casi un minuto, me quedé en la incertidumbre de no saber si aceptaría mi consejo o no. Entonces, en lugar de una respuesta verbal, se volvió hacia mí y levantó los dedos hacia mi mejilla. Sin esperarlo, me puse rígida y miré a sus ojos o, mejor dicho, me clavé profundamente en ellos, viéndome reflejada en sus ojos grises. El leve tirón de sus dedos me acercó hasta que sus labios acunaron los míos. Me besó una vez, dulcemente, y luego una segunda vez, con más intensidad y durante más tiempo. Mi corazón floreció de júbilo, por muy inestable que fuera.

Cuando rompimos el contacto, Everett lo reavivó presionando su frente contra la mía. —Creo que, en cierto modo, eres mucho más inteligente que yo cuando se trata de otras personas —dijo en voz baja.

Se me escapó una risita nerviosa. —Tal vez en cierto modo, sí. Pero probablemente no por mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque ahora que has adquirido estos conocimientos tan importantes, vas a empezar a aplicarlos.

—¿Te refieres a tratar a los demás como si fueran humanos?

—Sí.

Everett negó con la cabeza. —Aún tengo mucho que aprender. Esperaba que tú pudieras enseñarme.

—¿Enseñarte a ser más tolerante con la gente?

—Mm-hmm.

—Vale, bueno, difícilmente soy un experto —Todavía era un idiota a veces, también—. Así que tal vez podamos aprender juntos y responsabilizarnos mutuamente.

—Eso suena... manejable.

Me acerqué más a él, buscando otro beso. Me sentía tan limpia al tener esta intimidad con él. Nuestros labios se encontraron y su pecho se apoyó en el mío hasta que sentí los latidos de su corazón. No me había dado cuenta de lo mucho que deseaba este contacto hasta que se lo di, y él me correspondió con un deseo desesperado de estar lo más cerca posible de mí. No tardamos en volcarnos y tumbarnos uno junto al otro en la cama, besándonos y deteniéndonos para mirarnos a los ojos, aliviados de sumergirnos en nuestro vínculo predestinado.

Si las circunstancias hubieran sido más amables, me habría revolcado encima de Everett y le habría demostrado lo mucho que le apreciaba. Pero sabía que el día había sido demasiado duro para los dos; ninguno de los dos poseía la fuerza emocional necesaria para dejar de lado nuestras penas por unos minutos de placer sexual. Había demasiado que curar.

Y resultó que el simple hecho de entrelazar nuestros cuerpos era justo lo que necesitábamos, porque en menos de una hora estábamos desnudos y cómodos bajo sus sábanas, acurrucados inocentemente. Apoyé su cabeza en un brazo, su cara acurrucada bajo mi mandíbula, mientras con la otra mano le pasaba suavemente los dedos por el pelo. Everett me abrazó y cerró los ojos. Se durmió unos minutos más tarde y, con el sonido de sus ronquidos, yo también me sumí en mis sueños.

Al amanecer, me desperté junto a Everett. Ya estaba despierto y me había estado observando

mientras dormía. Le sonreí. Por la pequeña punzada en sus labios, supe que él también habría sonreído si se hubiera sentido más fuerte.

Aquella mañana, para sorpresa de Everett, regresó Bree, la novia de Taylor. Apareció en la casa con aspecto desaliñado, cansada y amargada. —Me quedé con él todo el tiempo que pude, pero tuve que irme. Aparecieron los Inkscales —explicó—. Apenas tuve la suerte de huir de ellos.

—Lo siento, Bree. No puedo ni empezar a decirte lo profundamente que lamento todo...

—No lo hagas —le espetó a Everett—. Nada de lo que hagas lo traerá de vuelta.

—Lo sé.

Sacudió la cabeza y se marchó. Ninguno de nosotros podía culpar a Bree por cómo se sentía, ni por el mensaje de texto que envió a Everett más tarde diciendo que iba a dejar la ciudad y quedarse con su familia humana a un par de estados de distancia. Allí estaría más segura. Vivir con la amenaza constante de la muerte y el recuerdo de Taylor en todas partes era demasiado para ella.

La tensión fue máxima en Eastpeak durante los dos días siguientes, y también en Grandbay, ya que nadie sabía cuándo iba a ser el próximo ataque de David. La Guardia de los Mitos ya había recibido sus razones para actuar ante la agresión de Dalesbloom y los Inkscales, y ahora esperábamos la orden oficial de exterminio basada en la evaluación del ataque por parte de la Guardia de los Mitos. La orden nos diría exactamente quién había sido aprobado para el intento de exterminio. Para ser una medida de emergencia destinada a evitar más muertes, era un proceso muy complicado, pero el exterminio era una medida bastante grave, así que lo entendía. Sin embargo, nos dejó preocupados por lo que David pudiera hacer mientras tanto. Yo debería haber estado en Grandbay para ayudar a mi manada a defenderse, pero incluso Gavin estuvo de acuerdo en que debía quedarme en Eastpeak con Everett. Su manada ya había sufrido mucho; necesitaban tantas manos como pudieran conseguir. No sabíamos si David iría directamente a Grandbay o si lanzaría otro ataque contra Eastpeak cuando ya estaban tan débiles. No podía soportar la idea de que Everett fuera cogido desprevenido y asesinado, así que estaría aquí para protegerlo.

Tres días después de la masacre, Everett parecía estar recuperándose del shock de sus pérdidas. Su confianza se tambaleaba, pero sólo necesitaba tiempo. Gracias a la magia curativa de Muriel, sus cuatro compañeros de manada heridos ya estaban lo suficientemente bien como para hablar y

caminar. No iban a hacer patrullas fronterizas pronto, pero Everett todavía tenía seis compañeros de manada, incluido él, y yo -siete lobos en total- que podían vigilar a los dragones.

La noche de ese tercer día, los diez lobos restantes de Eastpeak se reunieron de nuevo en el salón de Everett. Me senté en un rincón, observando mientras Everett se paraba frente a todos ellos con renovada compostura.

—En vista de las recientes pérdidas, quiero que los que seguimos aquí permanezcamos cerca y en contacto constante. Todos viviréis en mi casa hasta que la amenaza de Dalesbloom y los Inkscales haya disminuido —dijo Everett—. Realizaremos comprobaciones puntuales en el perímetro como humanos en lugar de hacer recorridos fronterizos completos, lo que significa que en grupos de dos o tres, conduciréis hasta las carreteras que se cruzan con nuestro perímetro para comprobar si hay olores. Llevarán sus teléfonos consigo en todo momento. Además, cuando no estéis en el trabajo, estaréis aquí, y habrá un turno rotatorio de dos de guardia en todo momento. Tendremos tres vehículos preparados para salir en cualquier momento. La Guardia de los Mitos vigilará la casa, así como varios lugares de la ciudad, e informará si se avistan lobos de Dalesbloom o dragones. Me comprometo a proteger nuestra manada: ningún lobo más sufrirá la ira de David. Tan pronto como llegue la orden de exterminio, eliminaremos esta amenaza. No descansaré hasta que Eastpeak vuelva a estar a salvo.

Los lobos de Eastpeak asintieron. Hubo pocos desacuerdos con el curso de acción de Everett. Todos sentían el mismo miedo e inquietud, y agruparse en su casa de la montaña les ofrecería la seguridad que todos necesitaban.

Tres de los compañeros de manada de Everett se sentaron a la mesa de su cocina para cenar tarde, incluida la madre de Everett, Lyssa March. Corté carne del flanco de un ciervo y pasé el trozo crudo y goteante a un compañero de manada al que le temblaban demasiado las manos para cortarlo él mismo.

Luego le pasé un cortado a Lyssa. —Gracias —dijo ella secamente, tomándolo en su plato. Era mucho más correcta que las demás, y excepcionalmente más que mis compañeras de Grandbay, que habrían hincado el diente sin molestarse en usar tenedor y cuchillo.

—¿Quién es tu contacto para estos ciervos? —le pregunté.

Lyssa sonrió con fuerza. —No quisiera compartir demasiado. Como puedes imaginar, los recursos escasean estos días.

El miedo a Dalesbloom y a los Inkscales nos había impedido a todos poder cazar. Gavin seguía intentando cazar lo que podía para Grandbay, pero yo no había visto a nadie de Eastpeak organizar una cacería desde que llegué aquí. Los lobos tenían que comer mucha carne, así que la obtenían de alguna parte, pero no sabía de dónde, y Lyssa no parecía muy dispuesta a divulgar esa información.

—Entiendo. Entonces... ¿cuánto tiempo estuviste con el padre de Everett? Continué, tratando de entablar conversación con la mujer que bien podría convertirse en mi suegra.

Ella mantuvo los ojos en su plato. —Mm... veinticinco años. El primero de diciembre habría sido nuestro trigésimo quinto aniversario.

—Vaya. ¿Era tu compañero predestinado?

—Sí, lo era.

—Siento tu pérdida —murmuré, masticando—. ¿Conseguiste otra pareja predestinada?

—No. Pero no tengo interés en eso. Nadie podría reemplazar al primer hombre que amé tanto.

No podía imaginar que sería fácil seguir adelante. Algunas personas nunca lo hicieron, incluso diez años después.

—Mi hijo se toma sus relaciones muy en serio. Tanto como su trabajo y su papel de Alfa —añadió Lyssa—. Confío en que lo respetará.

—Lo sé. Lo que es importante para él es importante para mí.

Esta vez, me miró con el ceño fruncido y crítico. —Es algo que tú también tendrás que tomarte en serio.

—Estaba preparada para convertirme en la Beta de Gavin cuando llegara el momento. Estoy preparada para hacer lo que se necesite de mí sin importar mi posición o dónde me encuentre —le aseguré.

Esto pareció satisfacer a Lyssa, que continuó procesando su comida. —Bien. Porque, ya sabes, no va a soportar que su compañera predestinada pertenezca a otra manada.

Anticipé que esta conversación podría surgir. Me inquietaba pensar que podría tener que

abandonar a mis amigos y a mi familia por Everett. Pero estaría preparada para hacerlo cuando llegara el momento. Por muy serio que Everett fuera con sus relaciones, su trabajo y su manada, yo también lo era con todo lo que le había prometido. Estaría aquí para él, sin importar lo que tuviera que sacrificar.

Siempre y cuando Eastpeak siguiera existiendo al final de todo esto.

Capítulo 22

Everett

Mantener a toda mi manada cerca de mí era todo lo que podía hacer para sentirme seguro. La situación era tan grave que estar lejos de mis compañeros me producía tal ansiedad que no podía concentrarme. Nunca estuve especialmente unida a nadie, excepto a Taylor, pero cada superviviente con el que me sentaba y hablaba me hacía sentir unido a él por el alivio de saber que seguían vivos. Ya no quería darlos por sentados. No eran sólo mis compañeros de manada, sino también mis amigos. Los valoraba mucho más de lo que creía.

La noche de la siguiente reunión de la manada había luna llena. Si David se hubiera hecho con el unicornio, habría sido el momento de realizar el ritual Lycan. Llamé a Gavin, incapaz de deshacerme de la sensación premonitoria que acompañaba a la visión de la brillante luna blanca que se cernía sobre mí. —¿Dónde está Muriel ahora mismo? —pregunté.

Gavin dudó. —No vas a enviar a la Guardia de los Mitos a recogerla, ¿verdad?

—No. Quiero asegurarme de que la mantienes a salvo de David.

—Nos alojaremos todos en el Hotel Grandbay esta noche. Ofrece la mayor protección, al estar situado en el centro de la ciudad. No hace falta que comprobemos las fronteras. Estaremos protegidos de Dalesbloom y los Inkscales, incluso si de alguna manera logran averiguar dónde estamos.

—¿Cuántos sois? ¿Siete?

—Seis lobos más Muriel. Nos quedaremos todos en una habitación.

—De acuerdo. No le diré a la Guardia de los Mitos dónde estás. Sólo mantente a salvo esta noche.

—Gracias, Everett. Mantennos informados si pasa algo por tu parte.

—Lo haré.

Cuando colgué, Aislin me miró con curiosidad para saber los detalles, así que se los transmití.

—No hay manera de que David pueda llegar a ellos, entonces —dijo—. Y con todo el mundo quedándose aquí en la casa, si vigilamos a Dalesbloom y a los dragones, deberíamos ser capaces de prevenir un ataque contra nosotros también.

—Eso es lo que estoy pensando —dije.

—Entonces, esta noche... ¿esperamos y vemos?

Asentí con la cabeza. Permanecimos juntos junto a la ventana de mi habitación, observando la ladera de la montaña bañada en una luz pálida y cristalina. La Diosa de la Luna en persona nos contemplaba esta noche, pero no podía evitar preguntarme cómo podía permitir que un lobo tan malvado y vil como David siguiera atormentándonos. A veces, sentía que la Diosa de la Luna no se preocupaba tanto por nosotros como por absorber la magia que se le ofrecía. Los dioses metamorfos eran entidades volubles y distantes, impersonales hacia las penurias de sus seguidores, sirviendo sólo a aquellos que les servían. Me enfurecía conocer las injusticias que podían persuadirlos.

Aislin me tocó suavemente la espalda, sus dedos me reconfortaron como si supieran lo que agobiaba mi mente, pero seguía sin decir. Luego, lentamente, se deslizó delante de mí, bloqueando mi vista por la ventana con ella misma, acaparando toda mi atención. Hubo otros de guardia durante las dos horas siguientes. Necesitaba el respiro que me ofrecía y me alegré de tomarlo cuando me puso las manos en los hombros y se inclinó hacia delante, apretando su nariz contra la mía. —¿Cómo te encuentras?

La pregunta me impactó. Rara vez alguien me había preguntado eso, y me costó responder. —Como si todo dentro de mí estuviera flotando —logré decir. —Algunos, de mala manera. Otros, en el buen sentido.

—Tienes muchas incertidumbres —comentó Aislin.

—Sí. No sé si sobreviviremos a esto, o si alguien me perdonará por lo que pasó.

—Lo comprendo —En su silencio, la vi calcular qué decir a continuación—. No puedo decirte que lo harán. Lo más que puedes hacer es intentarlo.

—Lo sé. Tenía la intención de darlo todo por los supervivientes de Eastpeak y demostrarles de

verdad lo entregado que estaba. Aunque les había fallado a Taylor y a Bree, haría cualquier cosa por aquellos que aún creían en mí.

Aislin me besó, sus labios suaves como la mantequilla. —¿Qué pasa con los buenos y florecientes sentimientos?

—Esa eres tú —dije.

Sonrió y volvió a besarme. —Haces que quiera ver lo mejor de la gente.

—Siento que aún no te he mostrado lo mejor de mí.

—Puede ser. Pero tenemos mucho tiempo.

Eso esperaba. Quizá Aislin podría ayudarme a ser la mejor versión posible de mí mismo y, a su vez, yo podría hacer lo mismo por ella. Ese deseo compartido alimentó el vínculo entre nosotros. Permanecimos juntos, envueltos en un tierno abrazo y besándonos durante largos minutos hasta que la proximidad de su cuerpo elevó el mío hasta la excitación. Durante todo el tiempo que habíamos estado juntos, nuestro vínculo nos había atraído el uno hacia el otro con una lujuria que nos preparaba para el ritual de marcado, pero nuestro dolor nos había mantenido a raya. Ahora era más difícil negarlo. Con una larga y tensa noche por delante, era demasiado fácil aceptar la distracción de su esbelto físico apretado contra mí. Sus curvas bajo mis palmas, su piel sedosa y cálida. No pude evitar apretarle las nalgas mientras nos besábamos, acercándola más.

Aislin rompió el beso para tomar aire. —¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Cómo qué?

Sus ojos marrones se iluminaron con picardía bajo sus gruesas pestañas. Me picoteó bajo la mandíbula, dejándome tiernos besos a lo largo del cuello mientras sus manos recorrían mi vientre hasta llegar a la parte superior de mis vaqueros. —Me gustaría aliviar un poco tu tensión —me dijo.

La sola insinuación hizo que la sangre se me agolpara en la entrepierna. Luego, la sensación de sus dedos desabrochando hábilmente el botón, jugando con la cremallera... De repente, estaba demasiado duro para el estrecho espacio de la tela vaquera y mi erección se tensó hasta que ella la soltó. Un gemido salió de mi garganta cuando me acarició, aún en calzoncillos, frotándome la polla antes de quitarme los pantalones de las caderas. —¿Te parece bien?

Gruñí: —Sí.

Aislin me guio hacia atrás hasta que me senté en el borde de la cama. Me dio un último beso, se arrodilló frente a mí y me sacó la erección de los calzoncillos, liberándola por fin. Me rodeó con los dedos y me masajeó desde la base hasta la cabeza. En cuanto sentí sus labios sobre mí, se me cortó la respiración. Ya estaba goteando. Entonces su lengua se deslizó por la parte inferior de mi polla y me introdujo en su boca con facilidad. Era tan grande que a mis compañeras no les resultaba fácil darme placer oral, pero Aislin parecía saber lo que hacía. No me pregunté de dónde venía su experiencia: ella era adulta y yo también.

Me incliné hacia atrás y la observé mientras me chupaba, con los mechones de su pelo rojo cayendo sobre sus hombros. Se los pasé por detrás de la oreja y le toqué suavemente la nuca, siguiendo el patrón hipnótico de su cabeza que subía y bajaba cada vez que me chupaba. La visión era intrínsecamente estimulante, por no hablar de la sensación. De vez en cuando, Aislin alzaba los ojos hacia mí y, cuando encontraba mi mirada, sonreía; el aleteo en mi pecho me hizo sonreír a mí también. —Es perfecto —murmuré—. Eres una buena compañera.

—Mm-hmm —Estaba seguro de que habría dicho más si mi polla no estuviera enterrada en su boca.

Mi cabeza se inclinó hacia atrás mientras el placer me inundaba. Su mano y su lengua se movían al unísono para mantenerme duro como una roca, sacándome gotas de excitación. Demasiado rápido, sentí que el éxtasis me subía desde la boca del estómago hasta las entrañas, aumentando hasta que me moría de ganas de liberarme. —Ais —jadeé—. Quiero correrme.

Soltó un gemido ahogado y siguió. Me dio permiso para que cediera a su deseo. Mis caderas se agitaron mientras ella me llevaba al punto álgido del placer, y entonces, con un gemido, estallé, soltándome entre sus labios. La vi tragarme con la boca llena, frotando con firmeza hasta que mi semilla goteó por sus nudillos y su barbilla, y su garganta se estremeció al tragar. El placer me recorrió todo el cuerpo.

Volví a dejarme caer sobre las sábanas, respirando con dificultad. Aislin se levantó y se limpió la boca, pero cuando se alejó, de repente no quise que se fuera. Extendí la mano y apenas rocé su muslo antes de que se detuviera y se burlara de mí. —Voy a limpiarme —dijo—. Vuelvo enseguida.

Aunque podía oírla en el baño, aquellos segundos fueron tortuosos. Me quedé esperando a que

volviera con unos pañuelos para mí y, después de limpiarme yo también, la rodeé con el brazo por la cintura y la tumbé en la cama a mi lado. Deslicé la mano por su camisa, saboreando la sensación de su piel. —Ha sido increíble. ¿Disfrutaste haciéndolo?

—Me gusta hacerte sentir bien —dijo sonriendo—. Además, no sabes nada mal.

—Eres una guarra.

Aislin se rio. —Soy una chica muy guarra, Ev. Soy un bicho raro.

—¿En serio?

—Pruébame.

Mientras Aislin se recostaba en la cama, me limité a observarla, con la sutil luz de la luna iluminando su cuerpo y tiñendo su piel de plata. Tenía los pechos al aire bajo la camisa arremangada; se le erizaban en el pecho y los finos vellos de la superficie de la piel brillaban con cada respiración. Aislin me devolvió la mirada, sonriendo con un aire juguetón que me hizo zumbiar.

Agarré el interior de su muslo y tiré de su pierna hacia mí, pasando mi mano por sus leggings. —Puede que no sea tan friki como tú, pero aun así quiero hacer que te corras.

Aislin ronroneó, acercándose a mí para besarme a lo largo de la mandíbula. Mis dedos se introdujeron entre sus muslos y se frotaron, y sentí una chispa de excitación cuando la vi arquearse y suspirar. Rápidamente me despertó el apetito por el resto de su cuerpo. Me incorporé y le fui quitando la ropa poco a poco hasta que quedó desnuda a mi lado. Su montículo afeitado era suave y desprendía calor; ya estaba mojada. Deslicé un dedo en su interior y sentí que se me ponía dura de nuevo ante su retorcido placer.

Todo en ella me volvía loco. La forma en que su cuerpo se retorció y se mecía, el olor almizclado y sexy que desprendía, los ruiditos que hacía animándome a seguir. Cuando le metí dos dedos, los apreté con tanta fuerza que creí que se entumecerían. Me incliné más hacia ella, le besé las caderas y le pasé la lengua por el clítoris. Pero por mucho que disfrutara haciéndoselo -y por mucho que me diera cuenta de que ella lo estaba disfrutando-, yo quería más. Mi polla se puso tiesa de deseo. Tenía que estar dentro de ella.

Cuando aparté los dedos, Aislin frunció el ceño. —¡Oye! Se estaba poniendo muy bueno.

—Está a punto de ser aún mejor —le dije con voz ronca, colocándome encima de ella y cogiendo un condón de la mesilla de noche. Ella captó la señal y dobló las rodillas, invitándome a entrar con los tobillos en mis caderas—. ¿Estás lista para mí?

—Llevo soñando con que me folles desde la primera vez que lo hicimos.

—Entonces, ¿qué tal si hago tus sueños realidad?

Ya estaba tan mojada que no necesité lubricante. Separé sus muslos, apoyé la polla en sus pliegues rosados y me deslicé dentro de ella, cada vez más profundo. Me incliné sobre ella, la besé con fuerza y un gemido de placer pasó entre nuestras bocas. Compartíamos un ritmo perfecto, embriagados el uno por el otro, ciegos a todo lo que nos rodeaba. Nuestro vínculo predestinado estaba dando sus frutos.

Aislin me pasó el brazo por la nuca, maullándome al oído, diciéndome que la follara duro y rápido. Diciéndome lo bien que me sentía dentro de ella. Cada palabra era un estímulo que aumentaba mi éxtasis. Me asfixié en su cuello, besándola, y ella hizo lo mismo, incluso mordiéndome, dejando tras de sí lo que seguramente serían pequeños moratones de amor, pero no me importó. La intensa excitación hizo que mi mente se aventurara más allá de lo habitual. Pensé en su culo estrecho y en meter los dedos donde no debían. Aún no estaba preparado para eso, pero pensar en ello fue suficiente para aumentar mi placer hasta que estuve a punto de explotar de nuevo.

Cuando su cuerpo empezó a vibrar y a palpar, supe que ella también estaba llegando al clímax. Era tan sensual que no pude contenerme más. Quería hacer que se corriera, y quería sentirlo a mi alrededor. Mientras ella se sumergía en el placer de su orgasmo, yo me zambullí con ella, dando rienda suelta a mi excitación contenida por segunda vez. Nos besamos apasionadamente, abrazados mientras nuestros cuerpos se estremecían.

Me pareció que duró una eternidad, y fue perfecto. No quería separarme de ella. Respiramos profundamente, nuestros labios rozándose y nuestro sudor mezclándose, hasta que me apoyé. —Podría quedarme así para siempre.

—¿Con tu polla todavía dentro de mí?

—Sí.

Aislin se rio y yo lo sentí. Excesivamente sensible, yo también me estremecí y me reí.

Al final, nos separamos. Habría estado bien pasarnos la noche abrazados, pero teníamos que vigilar las amenazas. Después del momento amoroso que habíamos compartido, esperaba desesperadamente que David no apareciera. No podía soportar que me arruinara la noche.

Nos reunimos con todos abajo. Aunque nos habíamos duchado antes de volver a vestirnos, no me cabía duda de que los demás aún podrían oler el sexo que llevábamos encima. Nunca había sido tímido, y no lo sería ahora. Aunque supieran lo que habíamos estado haciendo, Aislin era mi compañera predestinada y debía permitirme disfrutar de ella, sobre todo para distraerme de todo el estrés. Así que me mantuve erguido y orgulloso con ella a mi lado, volviendo a nuestras responsabilidades sin pestañear.

El resto de la noche aumentó mi confianza. Sólo había silencio y quietud en la ladera de la montaña. Quería que David se mantuviera lejos de Eastpeak, pero al mismo tiempo, quería que viniera aquí para poder mostrarle la venganza de la que era capaz. Ahora me sentía más fuerte, lo suficientemente fuerte como para defender a mi manada y vengarme de David en nombre de los que me había arrebatado. Quería hacerle daño por lo que había hecho.

Tuvo suerte de que no apareciera.

Capítulo 23

Aislin

La noche pasó sin dejar rastro de David. Al salir el sol, todos suspiramos aliviados por haber sobrevivido. Pasaría otro mes antes de la siguiente luna llena, lo que nos daba al menos una semana antes de esperar que Dalesbloom y los Inkscales atacaran de nuevo. Sin embargo, David no querría esperar demasiado. Era lo bastante listo como para saber que la Guardia de los Mitos no tardaría en caer sobre él.

Fui con Everett a comprobar el perímetro. Mientras conducíamos, inclinó la cabeza hacia mí, pero mantuvo los ojos en la carretera. —Sebastian vendrá más tarde para ponernos al día sobre la orden de exterminio.

Se me revolvieron las tripas al hablar de él. Había ido y venido de la casa en los últimos tres días, pero yo había estado tan ocupada con Everett y ayudando a sus compañeros de manada que apenas lo había visto. —¿Qué piensa de... nosotros?

—¿Por qué importa eso?

—Porque intenté darle un mordisco, ¿recuerdas?

Everett enarcó las cejas. El sol que le daba en el pelo rubio sucio hacía que pareciera que lo rodeaba un halo, mi prometido envuelto en un resplandor celestial. Me distraje momentáneamente hasta que volvió a hablar. —Si no le gusta, que se apane. De hecho, quizá le diga que se disculpe contigo.

Me reí. —¿Él? ¿Disculparse conmigo? ¿No debería ser al revés?

—No, se despreocupó de nuestro vínculo predestinado y me animó a aprovecharlo para llegar al unicornio. Ahora entiendo que estaría mal quitarle a Muriel a Grandbay. Él también tiene que entenderlo.

—Bueno, creo que será difícil conseguir una disculpa de él.

—Por el bien de la afiliación de Eastpeak a la Guardia de los Mitos, haría bien en enmendarse.

Tarareé y pensé en ello, recordando la conversación con Sebastian que me había encendido. —Es bastante manipulador, ¿verdad?

—Eso es la Guardia de los Mitos para ti —Everett giró el volante al llegar a una curva de la carretera—. ¿Por qué? ¿Qué te dijo exactamente?

—Intentó sacarme información sobre Muriel utilizando mi interés por la Guardia de los Mitos. Diciéndome que yo era tu principal recomendación para representante secundario.

Everett no dijo nada, lo que me preocupó. Por supuesto, no había creído a Sebastian cuando había dicho eso, pero no había previsto cuánto podría escocerle que Everett confirmara que no era cierto. —Odio admitirlo, pero nunca dije eso —confesó finalmente.

Mi corazón se hundió de decepción. —Me lo imaginaba —dije, ocultándolo—. Me lo habrías dicho si lo hubieras hecho, ¿verdad?

—Sí.

Así que Sebastian me había mentido descaradamente sobre las posibilidades que tenía de convertirme en corresponsal de la Guardia de los Mitos. Ni siquiera me había considerado para el puesto. Era consciente de que me consideraba una imbécil ignorante, ¿pero seguía pensando que no estaba calificada? No es que estuviera desesperada por seguir sirviendo a la Guardia de los Mitos, pero, llegado el caso, ¿había cambiado Sebastian de opinión sobre si yo era adecuada para el puesto?

—Antes no te conocía lo suficiente —continuó Everett, percibiendo mi consternación—. Tendré que pensarlo más ahora.

Debió de leerme el pensamiento. Le dediqué una pequeña sonrisa, tranquilizada. —Gracias.

—Sin embargo, es preocupante que Sebastian haya dicho eso. No me gusta cómo ha intentado manipularnos a los dos.

—No, eso fue una mierda de su parte.

—Hablaré con él al respecto.

—¿Puedo hablar con él también?

Everett me miró. —¿Sobre qué?

—Sobre todo esto.

—De acuerdo, sólo... no dejes que tu temperamento te domine.

Quise erizarle la piel, pero me reí. —Si las cosas empiezan a calentarse, vienes a calmarme, ¿de acuerdo?

Mi compañero de destino sonrió ligeramente con la comisura de los labios. —De acuerdo.

Había nueve paradas que hacer en nuestro control del perímetro. En cada intersección de la carretera con las fronteras de Eastpeak, salimos e inhalamos profundamente, evaluando los olores que nos llegaban con la brisa. Los dragones eran una presencia constante, pero menos en las fronteras sur y oeste. Patrullaban vigorosamente entre Dalesbloom y Eastpeak. En la frontera oeste, también captamos los olores de Gavin y Billie. Deben haber pasado recientemente en su propia patrulla. Aparte de los Inkscales, no parecía haber pruebas de que David y sus seguidores hubieran pasado al territorio de Eastpeak, lo cual era una buena señal.

Cuando volvimos a casa de Everett, Sebastian ya estaba allí. Reconocí su coche, con el retrovisor que había desprendido y la pintura que había raspado con los dientes. Cuando entramos en la casa, lo vimos de pie junto a otros dos miembros de la Guardia de los Mitos que nos habían estado ayudando antes: un hombre llamado Brad y una mujer llamada Carla.

—¿Tienes la orden de exterminio? —preguntó Everett, uniéndose a ellos en el salón. Seguí sus pasos y me coloqué a su lado, encontrándome con la mirada desafiante de Sebastian.

El larguirucho resistía visiblemente la mueca. Llevaba un maletín en una mano, que dejó sobre la mesita y abrió para mostrar un montón de papeles. —Aquí —dijo, entregándoselos a Everett, que los extendió para que todos los viéramos. —Veréis que se ha aprobado el intento de exterminio de siete individuos, entre ellos David, Colt y Garrett Roydon, de Dalesbloom, y Lothair, Sibyelle y otros dos dragones de Inkscales.

—¿Por qué Garrett? —preguntó Everett, hojeando los papeles.

—Nuestras investigaciones han determinado que es el responsable directo de la muerte de Taylor. Dada la información de las grabaciones de audio que nos enviaste, los olores detectados

alrededor de Taylor y la hora estimada de su muerte, determinamos que fue asesinado en casa de Garrett. David ya estaba al tanto del micrófono que habías colocado en Hexen Manor cuando Garrett y su compañero tuvieron esa conversación. Tenían la intención de atraer a alguien hacia ellos, presumiblemente a ti, pero cuando Taylor apareció en su lugar, lo mataron de todos modos.

Observé a Everett, sensible al desfile de emociones que se desplegaba en su rostro. Los destellos de culpa y dolor me recordaban que aún estaba asimilando lo que le había ocurrido a su Beta, pero ahora había destellos de la rara ira que yo creía reservada a David. —¿Así que no hay ningún objetor a los planes de David dentro de Dalesbloom? Creía que al menos una cuarta parte de la manada no estaba de acuerdo con él.

—Es muy posible que haya quien se oponga, pero está claro que David utilizó a esos dos para darnos falsas esperanzas de encontrar ayuda dentro —dijo Sebastián.

—Si los conoce, lo más probable es que no sobrevivan mucho tiempo —Everett negó con la cabeza, luego arrugó la nariz y enseñó los dientes con frustración—. Joder.

—Sibyelle, esa es la compañera de Lothair, ¿verdad? —intervine, recordando lo que había oído de Billie y Gavin sobre los dragones—. ¿No está embarazada?

—Sí. De hecho, está de unos ocho meses —dijo Sebastian.

—La Guardia de los Mitos tiene una política contra el exterminio de cambiaformas embarazadas —señaló Everett.

—Normalmente, sí, pero han hecho una excepción con ésta. Su evaluación ha determinado que Sibyelle seguirá siendo una amenaza después de dar a luz, y su hijo plantea un fuerte riesgo de volverse hostil si es criado por los Inkscales —explicó Sebastian.

—¿No hay manera de salvar al bebé? —pregunté.

Sebastian negó con la cabeza. —Esta vez no.

Fue brutal. No envidiaba la situación de Lothair y Sibyelle, pero tampoco sentía ninguna simpatía por ellos. Ambos eran personas malvadas y despiadadas por las muertes que habían causado, incluidos los padres de Gavin y los compañeros de manada de Everett. No creía que un bebé nonato mereciera morir, pero si la única alternativa era dejar a Sibyelle viva o arrancarle el bebé... quizá lo mejor era matar a Sibyelle y dejar que el bebé muriera con ella.

Qué horrible destino.

—¿Puedes empezar a prepararte para el exterminio, entonces? —preguntó Everett.

—Lo haremos, sí.

—¿Qué implica eso?

Sebastian movió los papeles y descubrió una fotografía aérea de la ciudad de Dalesbloom tomada por satélite. Una foto idéntica a su lado estaba detallada con líneas y círculos que ilustraban un plan. —La Guardia de los Mitos enviará un equipo de reconocimiento de tres personas al territorio de Dalesbloom para confirmar dónde están estacionados y calibrar su seguridad. Localizarán a todos los individuos de la orden de exterminio y, una vez que los hayan avistado, llamarán a francotiradores para que se instalen y los eliminen sistemáticamente. El objetivo es eliminarlos manteniendo la mayor distancia posible. Junto a los francotiradores letales, también tendremos francotiradores con tranquilizantes para hacer frente a cualquier cambiante restante en el área inmediata. Los individuos más volátiles serán detenidos y reacondicionados; algunos podrán ser reubicados, y los demás serán reunidos e interrogados por la Guardia de los Mitos. Se impondrá un estricto toque de queda a los miembros supervivientes de Dalesbloom hasta que se establezca una nueva jerarquía con la ayuda de la Guardia de los Mitos. Los Inkscales serán completamente dispersados para evitar que el grupo se reforme.

—Vaya. Así que esto va a ser un proceso largo incluso después de que terminen los exterminios —dije.

—Siempre lo es —dijo Sebastian.

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —preguntó Everett.

—No harás nada más que quedarte aquí y mantener a salvo a tus compañeros de manada. Ahora que David ha demostrado su intención homicida, la Guardia de los Mitos está tomando medidas ofensivas, y cualquier metamorfo que se involucre en el proceso puede ser sometido a reacondicionamiento, reubicación o algo peor.

Podría ver cómo supondría un riesgo para nosotros. Si un lobo de Eastpeak o Grandbay acababa matando a otro metamorfo, también podía ser clasificado como hostil. Gavin tuvo suerte de que no lo clasificaran así después de matar a Catrina, pero ese fue un caso especial, según había oído, y como alfa, a Gavin se le habían concedido ciertas excepciones para proteger a su manada, lo

que le permitía actuar en defensa contra amenazas de alto nivel. Catrina obviamente había salido a matar, dado que ya había asesinado a Joseph.

Everett examinó las fotos y luego miró a Sebastian. —¿Cuándo vas a empezar?

—Esta noche.

—¿Vas a ir?

—No, estaré apostado a las afueras de Dalesbloom para supervisar la situación.

—De acuerdo. Y después de esto —Everett se puso más recto, mirando a Sebastian directamente a los ojos— dejarás a Muriel en paz, ¿verdad?

Sebastian vaciló. —No puedo garantizar que la dejemos quedarse en Grandbay. Puede que la Guardia de los Mitos decida que es más seguro trasladarla a una residencia confidencial.

Everett y yo gruñimos. —No depende de ti. Muriel puede decidir dónde quiere vivir —dije.

—Sí, pero vivir entre cambiaformas lobo la pone en mayor riesgo —explicó Sebastian.

—¿Crees que corre peligro de ser cazada furtivamente para el ritual Lycan incluso después de que se ocupen de David? —desafió Everett.

—El problema es que no sabemos quién más podría tener la misma idea. Puedes confiar en Gavin y en quienquiera que resida en Grandbay; incluso puedes confiar en tus propios compañeros de manada, en tu propia pareja, pero eso no le importa a la Guardia de los Mitos. Lo que vemos son potenciales y posibilidades, y cualquier metamorfo con un unicornio entre ellos representa la amenaza de hacerles daño.

Everett negó con la cabeza, compartiendo mi disgusto. —Presentaré una apelación a la Guardia de los Mitos si deciden extraer a Muriel. Probablemente esté más segura en Grandbay que en cualquier otro lugar del mundo.

—Puedes intentarlo —dijo Sebastian. Empezó a recoger sus papeles y a devolverlos al maletín.

Podía sentir la ira de Everett hirviendo a fuego lento dentro de mí. Ambos nos mordimos la lengua mientras Sebastian terminaba de recoger sus cosas y se dirigía a la puerta con Brad y Carla. Cuando salió, Everett se quedó detrás de él, con la mano en mi hombro. —Por cierto,

Sebastian —dijo—, te sugiero que no vuelvas a mentirnos ni a mí ni a Aislin sobre su futuro como posible recluta. Puede que volvamos sobre esto más tarde.

Sebastian miró entre nosotros, sin inmutarse por la acusación. —Una vez más, señor March, puede intentarlo —repitió encogiéndose de hombros. Con una sonrisa cortés, el hombre se alejó, dirigiéndose a su vehículo con sus secuaces a cuestas. Estaba extrañamente tranquilo para alguien que pretendía practicar la eutanasia a un grupo de cambiaformas esta misma noche.

Everett cerró la puerta y exhaló con fuerza por la nariz. Se dio la vuelta y subió furioso las escaleras, sacando el teléfono del bolsillo. —¿Y ahora qué? —pregunté, siguiéndole.

—Llamaré a Gavin para informarle de los planes de la Guardia de los Mitos. Puede que a Grandbay le convenga sacar a Muriel de la ciudad y esconderla.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé.

—Eso no le gustará. No quiere dejar Grandbay.

—Bueno, puede que no tenga elección si no quiere perder a Muriel.

Everett entró a empujones en su despacho y yo me quedé de pie junto a la puerta, pasándome la mano por el pelo. Oírle llamar a Gavin y repetir lo que Sebastian nos había dicho acentuaba la gravedad de la situación. Si todo iba según lo previsto, David moriría esta noche. Pero también Colt. Y aunque le guardaba rencor a Colt por negarse a escucharme y por poner a los dragones en mi contra, una parte de mí estaba triste por no volver a ver al chico que solía conocer. Dicho esto, tal vez ya había perdido esa oportunidad. La muerte de Catrina y la presión que David había ejercido sobre Colt lo habían cambiado. En última instancia, estos exterminios tenían que hacerse. Grandbay y Eastpeak no podían estar a salvo hasta que los Hexen estuvieran muertos.

Sólo esperaba que los que quedaban en Dalesbloom no nos odiaran por esto. Parecía que no había ninguna posibilidad de que reaviváramos nuestras alianzas. El daño entre nuestras manadas era permanente e irreversible... y temía que encendiera una enemistad interminable de la que nunca escaparíamos.

Capítulo 24

Everett

Odiaba esperar.

Toda mi vida había sido un hombre de acción decisiva. Ahora, no tenía más remedio que sentarme y esperar noticias de Sebastián sobre los intentos de exterminio de David y sus seguidores. Me inquietaba no saber qué estaba pasando. Quería localizar a Sebastian y ver sus progresos por mí mismo. Por curiosidad, comprobé si había nuevas grabaciones de audio en mi nube, pero había perdido la conexión con el micrófono de Hexen Manor. Obviamente, lo habían eliminado. Pero me pregunté qué habría escuchado tras el ataque a mi manada. Estaba seguro de que habría avivado mi ira.

Aislin tuvo la idea de distraerme de nuevo. Ahora estaba sentada en mi regazo, con las manos a los lados de mi cuello mientras nos besábamos. Le agarré el culo y me estreché contra ella, con los calzoncillos tensos sobre mi entusiasta erección, que ansiaba sentirla lo más posible. Durante unos segundos, me concentré en la sensación de su ingle rozándome, pero luego mis pensamientos volvieron a la Guardia de los Mitos, y me encontré imaginando a sus asesinos escabulléndose por el bosque y preguntándome si sobrevivirían a su viaje hacia las fauces de la muerte. Entonces Aislin me mordisqueó el labio y me devolvió a ella, mientras deslizaba la mano entre nosotros y tomaba mi longitud entre las suyas. Quería concentrarme en ella, de verdad. Y agradecí sus esfuerzos, uno de nuestros metamorfos...

Pero la gente podía morir esta noche, y yo estaba luchando para dejar de lado ese pensamiento por la emoción de su tacto.

Su mano movió la mía hacia su cintura y luego subió por su camiseta, instándome a apretar su pecho. Mientras me besaba el cuello, retumbé y busqué la hora en el despertador digital que había junto a mi cama. Eran las nueve de la noche. —¿Crees que ya han localizado a David? —murmuré.

—Olvídate de ellos por ahora —me dijo en voz baja.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

Aislin se apartó y me miró por debajo de las pestañas. Estaba preciosa esta noche, con el pelo recogido y los pelos rojos enmarcándole la cara. Se quitó la camiseta y el sujetador y se quedó en bragas negras ajustadas antes de quitarme también la camiseta. Luego me empujó hacia la cama y me quitó los calzoncillos. —Tumbate ahí y disfruta del espectáculo, ¿vale?

Saboreé la definición muscular de sus piernas, los tendones que ondulaban en sus caderas mientras se apretaba contra mi polla. Me provocó un momento más antes de quitarse la ropa interior y coger un condón. Impaciente, la vi ponérmelo; luego, se sentó a horcajadas sobre mi cintura y me deslizó dentro, apretando la nariz ante la intrusión. —¿Puedes cogerme así? —le pregunté.

—Claro que puedo —respondió, como si lo que le había dicho hubiera sido un reto.

Tal vez no sería tan difícil concentrarme en Aislin ahora que estaba dentro de ella. Lo único que tenía que hacer era mirar. Mantuve las manos en sus caderas y me balanceé arriba y abajo mientras ella me cabalgaba, haciendo todo el trabajo y dejándome a mí disfrutar de la experiencia. Era aún más hermosa desde este ángulo, con el cuerpo arqueado y las tetas rebotando, el pecho desnudo atrayendo mis ojos hacia su cuello y su estrecha barbilla, sus labios entreabiertos, su mirada seductora sólo para mí.

Aislin era toda mía. Y mientras la observaba, se me ocurrió lo desesperadamente que deseaba marcarla ahora mismo. Porque si la Guardia de los Mitos fracasaba en su intento de exterminio, podía garantizar que David volcaría su ira sobre Eastpeak o Grandbay, o ambos, y quizá nunca tuviera otra oportunidad de establecer la conexión de pareja con Aislin. Todo lo que tenía que hacer era extraer su sangre y que ella extrajera la mía. Podríamos decir las palabras. Sería fácil. Palpitaba al pensar en poseerla de ese modo.

Jadeaba, estimulando su clítoris mientras se ondulaba sobre mí. Sintiéndola cada vez más tensa, mis pensamientos se desviaron del marcaje hacia el placer que sus ritmos encendían en mí. Me estaba acercando, y ella también. Con un gemido, dejé que su cuerpo me llevara a un orgasmo sofocante, perdiéndome en la forma en que se apretaba a mi alrededor. Aislin gritó en campanadas de éxtasis. El sonido me llenó la cabeza, insensibilizándome a todo lo demás. La distracción había funcionado, al menos durante unos minutos, y me dejó tambaleándome cuando ella se inclinó hacia delante y me plantó otra serie de besos en el cuello.

—Eres tan sexy —murmuré, sintiéndome como suspendida en un sueño.

Aislin soltó una risita en mi cuello. —Tú también, mi gran y sexy Alfa.

—Ais... —balbuceé. La atrapé en un largo beso hasta que, finalmente, la estupefaciente gratificación del sexo se desvaneció y volví a recordar la misión de la Guardia de los Mitos—. Deberíamos volver abajo.

—Si le mandaras un mensaje a Sebastian, ¿crees que te pondría al día? —preguntó sentándose.

—Me gustaría intentarlo.

—De acuerdo —Aislin me dio un último beso antes de salir de mi regazo.

A pesar de haber hecho la sugerencia, me quedé mirándola mientras recogía su ropa del suelo. Me miró por encima del hombro, guiñándome un ojo y sonriéndome. Me dio un vuelco el corazón. Ya no cabía duda: Estaba muy enamorado de ella. Posiblemente incluso enamorado.

Pero me lo guardé para mí mientras me ponía en pie y me aseaba antes de vestirme. Abajo, la mayoría de los miembros de mi manada estaban ocupados en sus propios asuntos, sin enterarse de los devaneos de Aislin y míos, o simplemente sin inmutarse por ellos. No éramos los únicos que buscábamos distraernos por todos los medios posibles. Un par de parejas también se habían ido a pasar tiempo juntas. No había mucho más que hacer aparte de esperar, así que cualquier cosa que aliviara la tensión era bienvenida.

Le envié un mensaje a Sebastian: *¿Alguna noticia del equipo de reconocimiento?*

Unos segundos después, llegó la respuesta. *Aún no han localizado a nadie.*

¿Quieres decir que no han encontrado a ninguno de los cambiaformas objetivo?

No. No hay nadie en Dalesbloom.

Me quedé mirando el teléfono, inseguro de si le estaba interpretando correctamente. *¿Nada de cambiaformas?*

Ninguna.

¿Están todos en la Mansión Hexen?

Hemos estado vigilando el edificio, pero no hay actividad ni fuera ni dentro.

¿Y los aromas?

El lobo de nuestro equipo de reconocimiento no detecta ninguno nuevo. El más reciente parece ser David de ayer.

¿Qué significa eso?

Sebastian tardó un poco más en contestar esta vez. *Podría significar que han abandonado el territorio.*

—Mierda —dije en voz alta.

Aislin se inclinó a mi lado. —¿Qué pasa?

—Creo que David ha sacado a todo el mundo de Dalesbloom.

Se puso rígida de asombro. Los demás miembros de mi manada, al enterarse de la noticia, se volvieron hacia mí. Los miré a todos y volví a leer los textos.

—Debía de saber que la Guardia de los Mitos vendría a por él después de atacarnos. Parece que la manada ha abandonado su territorio y se ha escondido —añadí, y luego negué lentamente con la cabeza—. —No puedo asegurarlo. Pero Sebastián dice que el olor más reciente en el territorio es el de David, de ayer.

—¿Qué significa eso para nosotros? —preguntó uno de mis compañeros de manada.

—Podría significar que estamos a salvo por ahora, o podría significar lo contrario. No sabemos dónde están, así que no sabemos desde qué dirección vigilarlos. Está claro que intentan eludir a la Guardia de los Mitos —expliqué.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó otro compañero de manada.

—Por el momento no podemos hacer nada más que esperar a que concluya el intento de exterminio —les dije—. Esperaremos al informe oficial de Sebastian.

Mis compañeros de manada empezaron a murmurar entre ellos, preocupados por la desaparición de nuestros enemigos. Yo también estaba preocupado. Significaba que realmente no teníamos ni

idea de lo que David podría estar planeando. Estaríamos conteniendo la respiración durante quién sabía cuánto tiempo.

Llamé a Gavin a continuación. —¿Alguna actividad fuera del hotel?

—Ninguna, ¿por qué?

Le conté lo que Sebastian me había dicho, y Gavin compartió el mismo sentimiento que el resto de mi manada. Ahora, todos estábamos tensos por la incertidumbre.

Tuvimos que esperar otra hora antes de que Sebastian enviara la siguiente actualización:
Confirmado, no hay cambiaformas en los alrededores de Hexen Manor. El rastro de olor más reciente lleva al norte más allá de su frontera.

El norte los situaría en el extremo opuesto de la zona de Gunnison de nosotros y Grandbay. La distancia era tranquilizadora, pero en el gran esquema de las cosas, no significaba mucho. Aún quedaba mucho tiempo antes de la siguiente luna llena para que David se reagrupara y diseñara un nuevo plan de ataque.

Nuestro equipo de reconocimiento se está retirando ahora. No estamos equipados para ir más allá de Dalesbloom.

Mi corazón se hundió de decepción. David y sus secuaces sobrevivirían esta noche, dejándonos con la angustia de su próximo movimiento.

Sin embargo, nuestro cambiaformas detectó algo interesante. Hay un olor de cambiaformas desconocido cerca de la frontera norte. Creemos que es la hija de Muriel, Kiara.

Me quedé mirando el mensaje largo rato. Sorprendido de que Sebastian me lo contara, le enseñé el texto a Aislin.

—De ninguna manera —murmuró—. Espera. ¿No es un unicornio? ¿Cómo podrían olerla?

—No lo sé.

Aislin jadeó. —Dios mío. ¿Significa esto que David la tiene?

—Sebastián habría dicho si sus olores se entremezclaban —respondí—. Pero tal vez no lo han determinado todavía.

—Tenemos que decírselo a Muriel.

La idea me oprimió el pecho. Todavía había demasiadas incógnitas como para sentirme cómoda compartiendo esto con Muriel. Pero, al mismo tiempo, era su hija y merecía saber que Kiara estaba en la zona. Temía que la Guardia de los Mitos acabara localizando a Kiara y reubicándola antes de que Muriel lo supiera, así que al final suspiré y asentí. —Sí, estoy de acuerdo.

Arriba, sonó el teléfono de mi despacho. Me inquietaba la idea de que alguien intentara ponerse en contacto conmigo por algo que no fuera el trabajo de la manada. Si hubiera sido una emergencia en el aserradero, me habrían llamado al móvil, pero ya era demasiado tarde para que las máquinas estuvieran en marcha. No podía imaginarme qué podía ser, pero subí a contestar, Aislin me seguía rápidamente. El teléfono del despacho ya estaba sonando por cuarta vez cuando contesté bruscamente. —¿Diga?

Una voz distorsionada habló. —Venimos para el Hotel Grandbay. Habitación 303. Todos morirán. El unicornio nos pertenece.

Se me cayó el estómago. —¿Quién es?

Pero no hubo respuesta. El silencio se prolongó durante un angustioso minuto antes de que el teléfono hiciera clic y quienquiera que estuviera al otro lado de la línea colgara.

Sujeté el auricular con incredulidad, mirando por la amplia ventana que daba a la ladera de mi montaña.

—¿Quién era? —preguntó Aislin.

—Creo que era alguien de Dalesbloom —dije—. No pude reconocer la voz. Deben haber estado usando algo para disfrazarla. Dijeron que venían para el Hotel Grandbay, y sabían la habitación exacta en la que se alojan todos. Habitación 303.

—Oh... —Aislin titubeó, claramente tratando de comprender la ramificación de lo que acababa de decir—. ¿Cómo iban a saberlo? ¿Lo dicen en serio? ¿Vienen ahora mismo?

—No lo sé, Ais. Pero no estoy dispuesto a correr el riesgo y dejar que Gavin y los demás se queden ahí sentados, sin saber —dije, pasando a toda prisa junto a ella y volviendo a bajar las escaleras. Mis compañeros de manada me observaban en silencio, pero podían sentir mi inquietud. Debían de haberlo olido en mi aroma, la amarga incertidumbre que surgía con mi

pánico. Volví a coger el móvil y marqué el número de Gavin. —Acabo de recibir una denuncia anónima. Dalesbloom y los Inkscales pretenden atacarte en el hotel.

—Espera, ¿qué? —tartamudeó Gavin.

—No pude reconocer quién era, pero me advirtieron que iban a atacar la habitación 303. Gavin, tienes que sacar a todo el mundo de ahí. Cierra el hotel si es necesario. Humanos inocentes podrían quedar atrapados en medio.

—Joder. De acuerdo. ¿Qué hacemos? —preguntó, probablemente a sí mismo, en lugar de a mí, ya que yo tampoco tenía ni idea de cómo reaccionar ante esto—. ¿Podemos pedir ayuda? ¿La Guardia de los Mitos o alguien?

—Aislin y yo iremos enseguida. Informaré a Sebastian.

—De acuerdo. Nos vemos en la casa de los Mundy, supongo.

—¿Por qué allí?

—Es el único lugar que se me ocurre en el que David podría no saber dónde está.

—Entendido. Estaremos allí en quince minutos —Cuando colgué, me di cuenta de que no había dicho nada sobre Kiara, pero ahora no había tiempo. Podría decírselo cuando llegáramos.

Todos los presentes habían oído la conversación y el miedo volvió a apoderarse de mis compañeros. —Grandbay necesitará toda la ayuda posible —les dije—. Quien esté dispuesto a luchar, que se una a Aislin y a mí. Si no, quédense aquí y vigilen la casa.

Para mi sorpresa, cinco compañeros de manada se levantaron para unirse a nosotros. Llamé a Sebastian y le conté lo que estaba ocurriendo, y él maldijo en voz baja antes de prometer que enviaría a algunos de la Guardia de los Mitos, concretamente a los asesinos que en un principio iban a matar a David. Entonces reuní a los que se habían unido a mí y salimos corriendo de la casa.

Lo mejor que podía esperar era que se tratara de una falsa alarma. Pero si no lo era, estaba dispuesto a defender Grandbay con mi vida, y estaba dispuesto a enfrentarme a David cara a cara.

Tal vez alguien moriría esta noche después de todo.

Capítulo 25

Aislin

—Primero pasaremos por el hotel —dijo Everett mientras abría la caja fuerte de su estudio—. Sólo para asegurarnos de que la manada pudo evacuar.

Ninguno de nosotros tenía mucho con lo que defenderse, aparte de nuestras formas de bestia. Para mi sorpresa, Everett sacó de su caja fuerte dos pistolas que dijo tener guardadas para casos de emergencia. Me dio una a mí y se guardó otra para él; ambos nos pusimos fundas que sujetamos al cinturón.

Nos amontonamos en dos vehículos y fuimos directos a Grandbay. Aquellos pocos minutos que tardamos en atravesar Eastpeak, inquietantemente silencioso y quieto, nos parecieron una eternidad antes de aventurarnos por los caminos boscosos que cruzaban entre las ciudades, y luego llegamos a las afueras de mi pueblo natal. La luna menguante se alzaba entre finas nubes de algodón en el cielo de medianoche, con las estrellas titilando en silenciosa ignorancia de la agitación que se desarrollaba más abajo.

Al principio, la luz de la luna que bañaba las manzanas residenciales y los escaparates que conducían al centro de la ciudad hacía que todo pareciera imperturbable, como si no estuviera ocurriendo nada, pero cuando el Lexus de Everett se detuvo ante una señal de stop, el ruido sordo de los disparos nos produjo escalofríos a todos. Intercambiamos miradas y Everett siguió adelante, sin volver a frenar hasta que llegamos al hotel Grandbay.

Una pequeña multitud se congregaba en la calle, plagada de sonidos de angustia. Nos detuvimos y bajé, con el corazón agitado por el olor a sangre y disparos. La gente estaba de pie alrededor de un par de cadáveres en la acera frente al hotel y, al echar un vistazo, me di cuenta de que uno de ellos era Albin, el dueño del hotel. Everett y yo nos abrimos paso hasta llegar a su lado, donde la gente intentaba ayudar a Albin y a un par de humanos que parecían haber recibido disparos. Alguien aplicaba presión sobre una herida en el estómago de Albin. Aún estaba vivo, boca arriba y respirando con dificultad.

Sus párpados se agitaron mientras nos miraba. —Aislin —ronroneó Albin.

Me arrodillé a su lado, el pánico hacía que mi voz burbujeara. —¿Qué ha pasado?

Albin bajó la voz para que sólo yo pudiera oírle. —Unos minutos después de la llamada de Everett, apareció Dalesbloom. Todavía estábamos evacuando el hotel. Tu madre había metido a Muriel en un coche, pero David y algunos de los dragones los siguieron. Gavin se quedó atrás para ayudar a poner a la gente a salvo. Tenían armas... Todos se fueron justo antes de que llegaras.

La respiración se me entrecortaba en los pulmones. Busqué en la acera: si Gavin hubiera resultado herido de muerte, aún estaría aquí. —¿Todavía intentaron ir a casa de mis padres?

—Que yo sepa —dijo Albin.

La mano de Everett fue a mi hombro. —Tenemos que darnos prisa.

—Sí —Me levanté.

—Una ambulancia está en camino —me dijo Albin desde el suelo—. No te preocupes por nosotros aquí.

Con una inclinación de cabeza, Everett y yo volvimos al coche, donde dos de sus compañeros de manada seguían en el asiento trasero, esperando instrucciones. El resto de los compañeros estaban en el otro vehículo, aparcado detrás de nosotros. Si hubiéramos ido un par de minutos más deprisa, nos habríamos tropezado con el ataque. Me sentí fatal por dejar atrás a Albin, pero tenía que esperar que los primeros en responder le sacaran de esta.

Al salir de la calle principal de Grandbay, las pruebas de la pelea se extendían hasta la casa de mis padres. Había marcas negras de neumáticos en el pavimento y agujeros de bala en los edificios donde los hombres de David habían disparado contra mis compañeros. La noche se iluminó de repente con una llama naranja cuando nos acercamos a un coche que se había estrellado contra una farola. Había un cuerpo desplomado en el asiento del copiloto, con un cristal incrustado en la cara. Era uno de los dragones. Muerto. Era el único en el vehículo, lo que significaba que quien había estado conduciendo se había bajado para continuar la persecución. No podía imaginar qué haría la policía de la escena una vez que llegaran.

Una milla más allá, dos coches más obstruían la carretera. Reconocí uno de ellos como el de

Gavin. El corazón me latía con fuerza en los oídos cuando nos apartamos a un lado y salimos los cuatro; escudriñé la oscuridad en busca de más cadáveres, pero no vi ninguno en el suelo. De repente, tres personas salieron del bloqueo, con la luz de la luna brillando en sus pistolas. —¡Es Everett March! —exclamó uno de ellos—. ¡Matadle!

El olor que desprendían, a aceite quemado y humo acre, los identificaba como dragones.

Everett y yo nos agachamos, retrocediendo detrás de nuestro coche. —¡Encuentren otro camino! —gritó Everett a sus compañeros del otro vehículo. Las balas silbaron por encima y alcanzaron al segundo coche mientras se retiraba, alejándose y dejando a Everett, a mí y a dos de sus compañeros de manada escondidos de los disparos.

—Tenemos que deshacernos de estos tipos —dije.

—¿Qué tan buen tirador eres? —preguntó Everett.

—Nunca he disparado un arma —confesé—. Pero lo intentaré.

Everett me agarró del brazo. —No te expongas demasiado. Dispara una vez, luego agáchate.

—Entendido.

Ambos salimos de detrás del coche, yo asomándome por detrás de una rueda delantera y Everett por encima del maletero. Alineé mi disparo y disparé, y para mi consternación, la bala chispeó contra el tapacubos del coche de los dragones sin dar a nadie. El disparo de Everett alcanzó a uno de los dragones en el hombro. Se quitó de en medio y gritó a los demás; no esperaban que fuéramos armados.

Tras esconderme de nuevo, miré a Everett. Ni siquiera me dirigió una mirada; en cambio, estaba agazapado en posición, escuchando. Entonces volvió a asomarse por encima del maletero y le seguí la corriente.

Los disparos se dirigieron hacia nosotros. Grité y retrocedí asustada -no estaba acostumbrada a que me dispararan-, pero Everett no se inmutó, se agachó rápidamente y volvió a disparar. Esta vez, oí el gruñido angustiado de un dragón y vi que Everett había disparado al hombre en el pecho.

—Uno menos —dijo Everett. Una gota de sudor goteaba de su sien.

En mi siguiente intento, disparé y vi cómo el arma salía volando de la mano de mi objetivo.

—¡Joder! —gritó el hombre. Una poderosa sensación de excitación se agolpó en mi estómago como un globo a punto de estallar. ¡Le había dado! Entonces, otra bala pasó zumbando junto a mi oreja, dejándome la cabeza zumbando mientras me agachaba. Unos pasos golpearon el pavimento. Los dos hombres que quedaban se arriesgaban y corrían hacia nosotros.

Everett disparó a uno de ellos en el tobillo, haciéndole caer al suelo. —Vamos —dijo, enfundando su arma.

Nunca esperé que Everett fuera tan buen tirador. Ni que fuera tan duro en medio del combate. Me esforcé por mantener la cabeza erguida mientras él se lanzaba sin miedo a la batalla, saludando con el puño al hombre al que había disparado en la mano.

Los dos compañeros de manada de Everett y yo salimos al instante de detrás del coche. Me puse junto al hombre que sangraba por el tobillo y, sin pensar en nada más que en mi ira contra los monstruos que habían atacado a mi manada, le di una fuerte patada en las costillas. El dragón frunció el ceño y rodó sobre sus manos y rodillas, pero el compañero de manada de Everett le dio un puntapié desde el otro lado. Me arrodillé a su espalda y le arranqué las manos por detrás, y mi compañero le levantó la camisa de un tirón, se la bajó por los brazos y se la ató con fuerza alrededor de las muñecas. Le dejamos boca abajo. Me levanté justo a tiempo para ver a Everett salir del forcejeo con su oponente, con las manos en las orejas del hombre, girando bruscamente la cabeza hacia un lado. El hombre se desmoronó sin vida.

Mis ojos se abrieron de par en par. Everett miraba fijamente a su enemigo muerto, su mirada de bronce carente de sentimiento. —Vamos —dijo fríamente, instándonos a volver al coche.

No había tiempo para intentar esquivar el bloqueo. Haciendo caso omiso de la posibilidad de que su Lexus sufriera daños -ya tenía una serie de agujeros de bala-, Everett maniobró alrededor de los dos coches, aferrándose a duras penas al arcén y evitando caer en la cuneta. Nos alejamos a toda velocidad. La casa de mis padres estaba en un barrio residencial. Todas las casas por las que pasamos tenían las luces encendidas y sus habitantes se escondían aterrorizados al oír los disparos.

A medida que pasábamos, algunas personas se armaron de valor y se quedaron fuera, buscando el origen del caos, y me sentí mal al imaginar las víctimas que podrían causar las balas perdidas. Incluso pensar en los dragones que habíamos abatido me producía náuseas. Me enorgullecía

haber ayudado a incapacitar al único hombre, pero el tipo al que Everett había disparado en el pecho tal vez no sobreviviera, y al que le había roto el cuello con toda seguridad estaba muerto.

Everett ya había matado a dos dragones. Nunca lo imaginé capaz de algo así, y mientras lo miraba de reojo, me pregunté si le habría afectado. Miraba fijamente a la carretera.

La casa estaba delante. El camión de David, el coche de mi madre y tres vehículos más estaban esparcidos delante. El fuego se abría paso por las ventanas del salón.

Everett se detuvo, pero de inmediato nos abordaron los disparos. Todos nos agachamos, cubriéndonos la cabeza con los brazos mientras los cristales de parabrisas y ventanas se hacían añicos a nuestro alrededor.

Everett me tendió la mano. —¿Estás bien?

—Sí —dije, temblando.

—Tenemos que entrar. ¿Hay una puerta trasera?

—Por el costado, a través de la puerta.

—Ocupémonos primero de los tipos de delante.

Nunca había estado en una batalla como esta. Todo mi entrenamiento no podría haberme preparado para el terror de esta brutalidad. Mi cuerpo me gritaba que corriera y me escondiera, pero mi familia estaba ahí fuera, bajo ataque, y sabía que tenía que hacer algo. Podrían morir sin mi ayuda. Tragándome el miedo, abrí de una patada la puerta del copiloto y salí corriendo entre los disparos hacia la parte trasera del coche. Everett y sus dos compañeros de manada se unieron a mí allí, pero uno de ellos había recibido un impacto en la pantorrilla. Se desplomó y se agarró la herida. —Quédate aquí —le dijo Everett. —No te muevas.

Sólo quedábamos tres. No sabía dónde podrían estar los otros compañeros de manada y los francotiradores de la Guardia de los Mitos que iban en el otro coche. Entrecerrando los ojos a través de la noche -iluminada por las farolas amarillas y el montaje de fuego naranja de la casa de mis padres- vi lo que parecían las consecuencias de una refriega cerca de la entrada: más cuerpos esparcidos por el pavimento.

—¿Estás listo? —preguntó Everett.

No estaba preparado, ni creía que lo estuviera nunca, pero asentí y volví a la misma pauta que habíamos empleado antes. Con el arma firme, me asomé y disparé a los que nos disparaban. Le di a alguien en el cuello y quise gritar de alivio, pero el shock me hizo callar. Todos respiramos un poco en nuestro escondite y cesaron los disparos. Cuando Everett se asomó por detrás del coche, frunció el ceño. —No veo a nadie más. No tenemos más remedio que seguir adelante.

Todo sucedía muy deprisa. Salí corriendo detrás de Everett mientras se oían sirenas a lo lejos, camiones de bomberos, coches de policía o ambulancias, no sabría decirlo. Probablemente los tres. Bordeamos el lateral de la casa, donde la valla terminaba en una puerta encajada en el exterior de estuco. La puerta estaba abierta de par en par.

Mi casa, antaño tan familiar y reconfortante, parecía extraña ahora, asomándose oscura en la noche. Dentro oí golpes y gritos. Pasamos la verja y acabamos en el patio trasero, donde dos dragones negros como el azabache estaban despedazando el cadáver de uno de los humanos de la Guardia de los Mitos. La sangre y las vísceras se esparcían por la hierba; el hedor de las vísceras humeantes era sofocante. Me tapé la boca con la palma de la mano para evitar las arcadas.

Everett reaccionó más rápido que yo. Sacó su pistola y disparó a uno de los dragones, haciéndole un agujero en el ala. Se abalanzó sobre él y lo derribó. —¡Ev! —grité, corriendo hacia él, pero no pude apuntar y disparar lo suficientemente rápido. El segundo dragón se abalanzó sobre mí, me agarró por el medio y me estampó contra el suelo. El impacto me arrancó el arma de la mano y la hizo volar hacia la hierba. Aterricé con un fuerte "¡Uf!" de espaldas, con el monstruoso reptil mirándome con lascivia.

No tenía con qué defenderme. Ni dientes ni uñas. Ni armas. Sólo mis manos desnudas, y temía que no fueran suficientes contra la bestia que me había inmovilizado. Su enorme mano llena de garras me aferraba el brazo mientras su largo cuello se inclinaba sobre mí, con las mandíbulas desencajadas. Una hilera de dientes amarillentos brilló a la luz del fuego mientras chillaba. El sonido me atravesó el cuerpo y reverberó entre mis huesos. Jadeando, aparté la cabeza del rancio hedor de su aliento caliente. Cuando intentó cerrar los dientes sobre mi cabeza, levanté el brazo para protegerme. Mi brazo quedó atrapado entre sus colmillos, desgarrando mi carne en tiras con un dolor cegador. No era lo bastante fuerte para contener al dragón. Me empujó hacia abajo, royéndome el brazo antes de soltarlo y apuntar a mi pecho.

El compañero de Everett saltó y atrapó el cuello del dragón entre sus brazos. Sus garras se despegaron de mí y, de repente, pude volver a mover la parte superior del cuerpo, pero no creí que fuera suficiente para liberarme. El dragón me pisó el pecho, expulsando el aliento de mis

pulmones, y luego se apartó, intentando librarse del lobo de piel oriental. Me dolía todo. La sangre me corría por el brazo, la carne hecha jirones. Aun así, conseguí ponerme en pie y me tambaleé, viendo cómo el dragón arrojaba a mi compañero a un lado. Busqué frenéticamente en el patio y vi el cobertizo en la esquina más alejada. Mis padres siempre lo mantenían cerrado, pero si conseguía entrar, al menos tendría un arma que utilizar, ya que no sabía dónde había ido a parar la pistola.

Tropezando con el cobertizo, miré por encima del hombro y vi al dragón pinchando al compañero de manada de Everett. El otro dragón forcejeaba con Everett, y los disparos iluminaban de vez en cuando la escena con vívidos destellos. Me concentré en el cobertizo y pateé la puerta con urgencia aterrorizada hasta que mi pie se estrelló contra la madera. Unas cuantas patadas más y ya había roto el pestillo de la puerta y podía entrar. Estaba oscuro, pero sabía lo que buscaba. Había una pala apoyada contra la pared.

Agarrando mi nueva arma, volví hacia los dos dragones. El lobo de pico oriental seguía luchando valientemente contra el que me había inmovilizado. Con el brazo bueno, le di con la pala en la cabeza, golpeándolo en la sien y enviándolo de lado. El dragón chilló. Dominada por la ira, le devolví el grito.

Lo único que podía hacer era seguir golpeando y esperar que acertara. Cuando el dragón se abalanzó sobre mí, giré la pala para clavarle el afilado borde metálico en el cuello. La herramienta de jardinería hendió su carne y desprendió hilos de espeso carmesí. El dragón se levantó con las alas desplegadas y me clavó las fauces en el brazo no herido, agarrándome el bíceps y empujándome hacia la derecha. Perdí el equilibrio y dejé caer la pala. El dragón se encabritó y me arrastró hacia él mientras batía las alas. Con el desenrollamiento de sus grandes músculos, la bestia se lanzó hacia el cielo, levantándose del suelo con el brazo aún en su boca.

—¡Joder! —grité, sintiendo la tensión. El dragón se elevó tres metros en el aire antes de dejarme caer. El suelo me golpeó con demasiada rapidez, y la colisión me dejó aturdido, jadeando. Me dolían los dos brazos. Apenas podía moverlos mientras yacía boca arriba, mirando al dragón que se cernía sobre mí. Su cuerpo volvió a caer sobre mí. Las sombras me rodearon, la oscuridad de su cuerpo y sus enormes alas me envolvieron mientras su peso me aplastaba el pecho. Sus garras se clavaron con saña en mis hombros. Sus dientes se arqueaban sobre mi cara y me caían hilos de saliva en los ojos.

El dragón estuvo a centímetros de arrancarme la cara.

Lo último que oí fue un estruendo estremecedor.

Capítulo 26

Everett

Hubo muchos momentos en los que vi mi vida pasar ante mis ojos aquella noche, pero ningún momento me asustó más que cuando vi a aquel dragón descender sobre Aislin.

No podía protegerla mientras luchaba contra el primer dragón que se había abalanzado sobre mí. Obligado a defenderme, aferré con fuerza mi arma con una mano y apuñalé al dragón con la otra, aprovechando cualquier oportunidad para causarle dolor. Le metí los dedos en los ojos. Le golpeé la cabeza con el puño y, cuando mi mano quedó atrapada en su boca, le clavé los dedos en las encías y tiré de sus dientes hasta hacerle sangrar la boca. El dragón se agitaba sobre mí, pero no parecía poder agarrarme bien; no iba a ser una víctima fácil para la bestia. Si alguien iba a matarme, tendría que ser el propio David.

Luchamos durante varios minutos. En mi periferia, había visto a Aislin salir corriendo hacia el cobertizo y había oído el crujido de la madera al derribar la puerta. Pero después de eso, no pude ver lo que sucedía: todo ocurría detrás de mí, y entonces me golpearon de nuevo en la espalda. Intentaba desesperadamente apuntar al dragón; no podía permitirme disparar a ciegas, ya que sólo me quedaban unas pocas balas. La larga cola en forma de látigo del dragón me rodeó el tobillo y me impidió ponerme de pie, pero la bestia cometió un error crítico al cernirse sobre mí una vez que estuve en el suelo. Levanté la mano libre y le agarré la tráquea. Con toda la fuerza de mi cuerpo, apreté y rasgué, desgarrando sus escamas y revelando finalmente su garganta. Cuando el dragón se dio cuenta de lo que había hecho, echó la cabeza hacia atrás, pero ya era demasiado tarde. Le había hecho un agujero en el cuello, y el sonido del aire silbando me aseguró que el dragón ya no podía llenar sus pulmones. La sangre brotó de la herida y me salpicó la cara, pero sólo sentí rabia. El dragón retrocedió, luchando por respirar, y ya no era de mi incumbencia.

Aislin cayó al suelo, y mi corazón saltó a mi boca. —¡Ais! —grité. En cuestión de segundos, el dragón que la atacaba descargó una lluvia de garras relucientes y dientes enseñados. La envolvió de inmediato y echó la cabeza hacia atrás, preparándose para arrasarle la cara. Apunté con el arma y disparé.

La cabeza del dragón se sacudió hacia un lado, de su sien brotó carne negra y sangre roja. Primero se tambaleó y luego se desplomó con los ojos en blanco.

Aislin yacía en la hierba, conmocionada. Volé a su lado, apartando el brazo del dragón de ella. Estaba cubierta de sangre, la mayor parte suya. Ambos brazos estaban desgarrados y manchados de carmesí. Aquella visión me devastó. La agarré por los hombros y la senté. —Ais, ¿estás bien?

Parpadeó. —Creo que sí. Pero Ev, duele... —Lo intentó, pero apenas podía mover los brazos.

—Lo siento mucho.

Incluso si fue su propia decisión unirse a la pelea, yo seguía sintiendo que era culpa mía. Debería haber hecho más para protegerla... Quizá debería haberle dicho que se quedara en el coche. O debería haber disparado al dragón que la atacaba cuando tuve la oportunidad, en lugar de intentar luchar contra mi propio enemigo. En cualquier caso, la inmensa culpa por su dolor me atormentaba. Mi compañero de manada luchaba contra sus propias heridas. Miré entre los dos y estreché a Aislin contra mi pecho antes de ponerme en pie.

Estaba gravemente herido, pero viviría. —Quédate aquí y fuera del camino —le dije a mi compañero de manada. Luego, volví con Aislin y la ayudé a levantarse—. Quiero que te quedes con él.

—N-no —tartamudeó—. Necesito ver qué pasa ahí dentro.

Mis ojos se volvieron hacia la casa. El fuego que crepitaba en el salón había empezado a escalar la fachada del edificio, y podía distinguir columnas de humo que se enrollaban sobre el tejado.

—Vale, pero quédate detrás de mí.

Esta noche ya habíamos estado muy cerca, y esperaba que las cosas empeoraran en cuanto entráramos en la casa.

La puerta trasera con mosquitera daba a la cocina de los Mundy. Dentro, el humo obstruía el techo y volvía el aire nebuloso y gris. La sala de estar era inaccesible debido al incendio, pero a través de la ventana del otro lado podía ver las luces azules y rojas parpadeantes del frente. Esperaba que mis otros compañeros de manada tuvieran la sensatez de huir del lugar.

Entre el salón y la cocina, que estaban unidos por un pasillo enmoquetado, encontré la escalera del segundo piso. En el rellano entre el primer escalón y el segundo, había alguien apoyado

contra la pared.

—¡Papá! —gritó Aislin, agachándose a su lado.

El hombre se inclinaba torpemente hacia la esquina, con los ojos entreabiertos y la boca llena de sangre. Una herida sangrante había sido excavada en su abdomen, manchando su camisa de oscuro. Sus pecas y su pelo rojo podrían haber pertenecido a la mismísima Aislin. De todas las emociones que me embargaban, la empatía por Aislin era la más fuerte en aquel momento, pues sus gritos de angustia dejaban al descubierto su sufrimiento al ver a su padre asesinado. Quería quedarme y consolarla, pero por las voces del segundo piso, sabía que la lucha aún estaba lejos de terminar. Llevé mi mano al hombro de Aislin para convencerla de que me acompañara, pero ella permaneció inclinada sobre la figura de su padre, llorando. Tendría que volver a por ella.

Después de besarle la cabeza, subí las escaleras. Había tres habitaciones alineadas a lo largo del pasillo. La puerta del dormitorio principal estaba entreabierta y percibí los olores de todos los que estaban allí agrupados. Irrumpí por la puerta en el clímax del encuentro.

La ventana estaba destrozada y, junto a ella, David sostenía a Muriel frente a él, con un cuchillo en la garganta. Lothair estaba en pleno proceso de transformación de humano a dragón, mientras que Colt, armado con una pistola, había arrinconado contra la pared a un ensangrentado Gavin y a Billie. Todos me miraron.

—¡Trae a Muriel! —Gavin gritó.

Colt les disparó. Gavin y Billie se sobresaltaron y Gavin la abrazó, pero la bala se había incrustado en la pared entre sus cabezas.

Inmediatamente fui a por David. El alfa enloquecido apareció despeinado: sangre en la ropa, barba desaliñada, ojos azules desorbitados, camisa de vestir blanca rota y sin los tres primeros botones. Empujó a Muriel hacia atrás y me clavó el cuchillo. —¡No tan rápido, March! —gruñó David—. ¡Acércate más y abriré al unicornio!

—Es inútil para ti si muere en su forma humana —dije.

—Nunca dije que la mataría.

Pero la sangre fresca era venenosa para los unicornios. Ya podía ver las huellas de las manos ensangrentadas manchando el brazo y las pálidas ropas de Muriel. Una pesada fatiga rodeaba sus

ojos, su cuerpo luchaba por persistir a pesar de toda la violencia. En mi periferia, vi la transformación de Lothair casi completa y supe que me estaba quedando sin tiempo.

Haciendo caso omiso de la advertencia de David, me abalancé sobre su brazo para intentar quitarle el cuchillo de las manos. Gruñó, me dio una patada en la espinilla y me clavó el cuchillo en el hombro. Le agarré de la camisa y le rodeé el cuello con el brazo. Mientras luchábamos, me tiró de espaldas contra el tocador del dormitorio, haciendo sonar el espejo. De repente, la hoja del cuchillo me apuntó a la garganta. David apretó los dientes y lo acercó, ansioso por cortarme las vías respiratorias y acabar con mi vida.

—Deberías haber muerto con el resto de tu patética manada —gruñó.

—No voy a dejar que te salgas con la tuya —repliqué. Un fuego furioso rugió en mi interior. Este hombre había orquestado la matanza de mi manada, y ahora pensaba que podía quitarme todo lo demás—. La Guardia de los Mitos te verá muerto.

—Me importa una mierda lo que la Guardia de los Mitos crea que puede hacer. Una vez que tenga ese cuerno de unicornio, nadie podrá detenerme —espetó David.

—Eres un monstruo.

—¡Todos los metamorfos lo son al final, de una forma u otra!

David se echó a reír. Bajó bruscamente el cuchillo. La hoja se clavó en la base de mi cuello y un dolor abrasador me recorrió la clavícula. Apretando los dientes, me cubrí la herida con una mano y le agarré la muñeca con la otra. Volvimos a forcejear hasta que me apretó la columna contra la ventana rota y los fragmentos de cristal se clavaron en mi espalda. David me obligó a retroceder hasta que tuve que sujetarme con las manos a ambos lados de la ventana para impedir que me empujara. Tiró del cuchillo hacia atrás, preparándose para clavármelo en el pecho.

Pero entonces, una lámpara crujió sobre su cabeza. David gruñó, tambaleándose hacia un lado antes de volver su mirada iracunda hacia Muriel. La unicornio sostenía la lámpara con su maltrecha pantalla frente a ella, en advertencia, respirando agitadamente.

Un chillido infernal atravesó la habitación. Una vez completada la transformación de Lothair, el dragón se levantó del otro lado de la cama, ocupando casi toda la habitación con su enorme tamaño. Sus labios se despegaron de sus dientes en un gruñido feroz y sus ojos -ahora de un amarillo penetrante y depredador- se clavaron en mí.

El dragón Lothair se lanzó hacia mí y yo me aparté de un salto, escapando de él por los pelos. Su cuerpo se estrelló contra la pared donde estaba la ventana rota, provocando grietas en el yeso y rasgando la sedosa cortina mientras Lothair giraba hacia mí. Con los dientes rechinando, intentó mordirme, mientras su larga cola atrapaba la pierna de Muriel y la apartaba de un tirón. David agarró el brazo de Muriel y una de las espinas que sobresalían de la espalda de Lothair. Yo trepé por la cama para alejarme de la boca del dragón mientras Gavin y Billie intentaban recuperar a Muriel. Lothair utilizó sus patas traseras para patear la pared hasta que se derrumbó, chasqueando los dientes salvajemente contra todos los que se acercaban a él. Se defendió de todos antes de girar y atravesar la pared, saltando al patio lateral. Sentado sobre el lomo del dragón, David agarró a Muriel y la estrechó contra sí mientras escapaban.

—¡No! —rugió Gavin, revoloteando por el enorme agujero en la pared.

No podíamos hacer otra cosa que ver cómo el dragón desaparecía en la noche, medio corriendo y medio volando, con David y Muriel a cuestas.

Conmigo en una esquina de la habitación, y Gavin y Billie cerca de la maltrecha pared, los tres volvimos lentamente la vista hacia Colt, que se había quedado atrás. Estaba de pie junto a la puerta, apuntando con la pistola entre los tres. Tenía la mandíbula apretada.

—No lo hagas —advirtió Gavin.

—Colt, por favor, no dispaes —dijo Billie.

Sus ojos se arrugaron de rabia. —Debería mataros a los tres.

—No podrás disparar más de una vez antes de que uno de nosotros te arranque los dientes —dije, jadeando con fuerza.

Nos apuntó a cada uno de nosotros, pero algo le impidió disparar. Supuse que, de los tres, yo era el que más merecía su ira, ya que me había llevado a Aislin. Por otra parte, Gavin había matado a su hermana. Por supuesto, si Colt intentaba matar a alguno de nosotros, el otro seguramente se lo haría pagar. Tal vez por eso Colt acabó retrocediendo, retirándose de la habitación y bajando por el pasillo. Lo seguí, observando desde lo alto de la escalera cómo tropezaba con Aislin y Oslo. Por un momento, se detuvo y vio los ojos llorosos de Aislin. Me llené de furia.

—¡Colt!

El Hexen me miró y disparó. Aislin gritó y yo me sobresalté, evitando por los pelos una bala en el cerebro. Colt huyó escaleras abajo y desapareció entre el espeso humo.

El lobo que llevaba dentro se enfureció. Quería correr tras él, atraparlo y castigarlo por lo que había hecho, pero ver a Aislin en el rellano me convenció de lo contrario. Ella me necesitaba. Bajé corriendo las escaleras y la puse en pie. —Tenemos que salir de aquí.

—No puedo dejar a mi padre —dijo débilmente.

—Aquí —Deslicé mi brazo por debajo del suyo y alrededor de su hombro. Aislin me ayudó a levantarlo.

—Gretel está en el salón —dijo Gavin, que había aparecido detrás de mí con Billie—. Tenemos que sacarla a ella también.

Miré de reojo a la sala de estar y sentí pavor en el estómago. El fuego devoraba la habitación y se colaba por el pasillo. El espeso humo dificultaba la respiración y la visión, pero desde el patio delantero ya empezaban a llegar intensas ráfagas de agua para sofocar el infierno. Aislin y yo arrastramos a Oslo por la cocina y salimos por la puerta trasera. Un momento después nos siguieron Gavin y Billie con Gretel en brazos.

Una vez hubimos tumbado a Oslo en la hierba, Aislin fue al lado de su madre. Tenía quemaduras terribles en la cara y el cuerpo que habían estado expuestos al fuego. Estaba inconsciente, pero parecía que seguía viva. —Mamá! Lo siento mucho. Debería haber estado aquí —gritó Aislin.

Me pregunté cuál habría sido la diferencia si Aislin hubiera estado con Grandbay en vez de conmigo. Me estremecía pensar que ella podría haber estado entre las bajas contadas esta noche.

No quedaba nadie en la casa de los Mundy. La policía rodeó la casa y los bomberos inundaron las llamas. Mis compañeros de manada y los miembros de la Guardia de los Mitos que seguían con vida ya habían huido, junto con los dragones y los lobos de Dalesbloom. Incluso Gavin y Billie se habían ido, por sugerencia mía, para evitar cualquier interrogatorio policial. Pero yo me quedé con Aislin y sus padres. Ella necesitaba todo el apoyo posible de mi parte, y yo quería brindárselo.

Después de todo lo ocurrido esta noche, no sabía qué vendría después. No sabía cómo se recuperarían Grandbay y Eastpeak, o si podríamos hacerlo. Nuestras dos manadas habían quedado destrozadas por el ataque. Incluso el pueblo y sus habitantes humanos se habían

enfrentado a la ira de David. Lo peor de todo era que habíamos perdido a Muriel.

Ahora, el ritual Lycan era inevitable.

Capítulo 27

Aislin

Aquella noche estaba en tal estado de shock que apenas registré las preguntas que me hacía la policía.

—¿Por qué estabas visitando la casa de tus padres?

Me quedé mirando al frente, boquiabierta, sin palabras, con la manta colgada sobre los hombros.

—Habíamos quedado para cenar, mi novio y yo... —Era mentira, pero con Everett a mi lado, supuse que se daría cuenta y corroboraría la historia.

—¿Puedes identificar a las personas que invadieron la casa de tus padres?

—No... —Aunque David se hubiera propuesto masacrar nuestras manadas, era una norma tácita de los cambiaformas no delatarnos unos a otros ante las autoridades humanas, no fuera a ser que nos arriesgáramos a exponer a toda nuestra comunidad de cambiaformas y complicáramos el encubrimiento de la Guardia de los Mitos. Pero nada me habría gustado más que David se enfrentara a las consecuencias de sus actos en los tribunales y se consumiera en una celda.

—Hay testigos que los identificaron a usted y al señor March en una escena a varios kilómetros de aquí donde se enzarzaron en un tiroteo con dos hombres fallecidos no identificados. ¿Puede explicar eso?

Mis ojos se deslizaron lentamente hacia Everett, que respondió por mí. —Nos atacaron y nos defendimos.

—Y antes de eso, otros testigos dicen que usted se detuvo en el hotel Grandbay y habló con alguien que había resultado herido en un conflicto anterior al suceso de aquí. ¿Puede explicar eso?

—Íbamos a cenar a casa de mis padres —repetí, aún aturdida—. Albin, el dueño del hotel... es amigo nuestro.

—Nos dio motivos para creer que los padres de Aislin estaban en peligro —añadió Everett.

El fuego que devoraba la casa de mis padres se había reducido a brasas ardientes bajo una nube de vapor y humo. Los policías que nos interrogaban tomaban notas en sus libretitas, pero parecían insatisfechos. Hacía minutos que había visto a los paramédicos cargar a mi madre en una ambulancia y a mi padre en una bolsa para cadáveres, y no era capaz de decir nada más que débiles medias verdades. Era mejor que guardara silencio. Los agentes nos instaron a Everett y a mí a ir con ellos a comisaría, pero Everett se resistió y, por lo que a ellos respecta, no tenían motivos para arrestarnos. Los relatos de los testigos no eran prueba suficiente de que fuéramos peligrosos. Éramos víctimas. Eso es lo que Everett argumentó, y en última instancia, estuvieron de acuerdo y nos dejaron ir. De no ser por nuestras conexiones con la Guardia de los Mitos en el cuerpo de policía, sus investigaciones podrían haber hecho que nos llamaran a comisaría para interrogarnos más tarde, pero mientras nos sentábamos en el maltrecho Lexus de Everett y nos dirigíamos al hospital, me aseguró que no tendría que preocuparme por eso.

El hospital recibió a mi madre en estado crítico. Nos dijeron que esperásemos mientras la estabilizaban y atendían sus quemaduras. Durante ese tiempo, Gavin también apareció, los tres sangrando y magullados mientras estábamos sentados en la sala de espera, conteniendo la respiración. Unas cuantas enfermeras me habían ayudado a limpiarme los brazos y vendármelos, así como las demás heridas repartidas entre Everett y Gavin, pero ninguno de nosotros pudo dar ninguna respuesta cuando nos preguntaron qué había pasado. Estaba seguro de que todos teníamos un aspecto desastroso, como si acabáramos de salir arrastrándonos de un derrumbe. Los humanos que estaban junto a nosotros en la sala de espera miraban incrédulos nuestros cuerpos ensangrentados. Evité sus miradas y me refugié en el zumbido del televisor instalado en una esquina alta de la sala.

Sólo podía pensar en la intensa pérdida a la que me enfrentaba. Mi padre se había ido de repente, y ahora mi madre quizá ni siquiera sobreviviera a la noche. En un abrir y cerrar de ojos, David me había arrebatado a mis dos padres. Pensar demasiado en ello casi me hace sollozar. Me mordí la lengua y me quedé con la mirada perdida hasta que los médicos por fin dieron noticias sobre el estado de mi madre: por ahora estaba estable.

Nos llevaron a su habitación. Me quedé de pie junto a su cama y observé la maraña de cables y tubos conectados a mi madre. A su lado había una bolsa de suero y el monitor de frecuencia cardíaca emitía un pitido vigilante. El olor a carne cruda, ungüentos amargos y látex se cernía sobre ella como una bruma. La mayor parte de su cuerpo estaba cubierta de vendas, pero quedaba a la vista una fracción de su cara, con la piel enrojecida y llena de piedrecitas y un ojo

cerrado. Verla así me sobrecogió. Me temblaban los hombros mientras ocultaba gritos silenciosos tras la palma de la mano, sintiéndome asfixiada por una terrible culpa, pena y dolor. Podría pensar una y otra vez en todas las formas en que podría haber protegido a mis padres, pero sería inútil. Así había terminado la noche, y ya no había vuelta atrás. Sólo deseaba haber podido decirle algo a ella, a cualquiera de ellos, antes de que les ocurriera esto.

Recuperando la compostura lo suficiente para hablar, miré a Everett y Gavin a mi lado. —Voy a quedarme aquí un rato.

Everett asintió con comprensión. Me abrazó por última vez y me besó la cabeza. —Llámame si necesitas algo —dijo.

—A mí también —contribuyó Gavin.

—Lo haré. Gracias.

Me dejaron sentada en una incómoda silla de cojines azules junto a la cama de mi madre. Levanté los pies y la observé con ojos llorosos, deseando poder arrastrarme hasta la cama junto a ella y quedarme dormida. En aquel momento, me sentía como una niña desesperada cuyo único consuelo eran sus padres; sin ellos, estaba perdida. De vez en cuando entraban en la habitación enfermeras con batas verdes o rosas para ver cómo estaba ella -y yo-, pero a mediodía yo ya no tenía ganas de hablar. En algún momento, cerré los ojos y me sumí en sueños, pero cuando volví a despertar, la situación no había cambiado en absoluto. Temía que esta melancolía me persiguiera el resto de mi vida.

Durante dos días, viajé entre el hospital y la casa de Everett. Sólo volví a su casa para dormir y ducharme. Afortunadamente, en mi trabajo me habían dado la semana libre, ya que mi cogestor había encontrado empleados para cubrir mis turnos. No habría podido concentrarme en el trabajo, ni habría sido muy eficaz con las heridas irregulares de los brazos, pero al menos se estaban curando. No comí tanto como debía. No importaba, nada importaba mientras mi madre estuviera allí tendida, luchando por sobrevivir a sus quemaduras.

Al tercer día, por fin se despertó. En cuanto la vi moverse, me dio un vuelco el corazón y me incorporé, observando cómo abría lentamente el único ojo que no estaba oculto bajo las vendas. Mi madre parpadeó lentamente y miró al techo poco iluminado, luego giró la cabeza ligeramente para observar lo que la rodeaba. El giro de su cuello le arrancó un pequeño gemido. Aquel sonido bastó para ponerme en pie y me acerqué al borde de su cama. —¿Mamá?

Acomodó el cuerpo para mirar en mi dirección, al principio sin reconocirme. Entonces sus cejas se fruncieron, y sus labios agrietados y secos se entreabrieron. —¿Ais...?

Se me saltaron las lágrimas. Quería rodearla con mis brazos y abrazarla, pero sabiendo lo frágil que era, me contuve. —Mamá... No pasa nada. Ya estoy aquí. He estado aquí todo el tiempo, esperando a que despertaras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ronca.

Agua. Necesitaba agua. Pulsé el botón de llamada a la enfermería. —Dalesbloom atacó — expliqué en voz baja—. Os siguieron desde el hotel hasta vuestra casa. ¿Recuerdas algo de eso?

Mi madre se quedó en silencio pensativa. No había contestado cuando apareció una enfermera.

—Está despierta —le dije—. ¿Puede tomar algo?

—Puedo traerle una taza de cubitos de hielo —dijo la enfermera, que luego se dirigió al lado de la cama, comprobando la vía intravenosa y los monitores—. Hola, Gretel. ¿Cómo te encuentras?

Me quedé mirando mientras la enfermera le hacía una serie de preguntas rutinarias, a las que mi madre se quejaba y respondía entre dientes. Mi madre no respondió a mi última pregunta hasta que la enfermera se marchó, volvió con un vaso de hielo, me lo dio y desapareció de nuevo.

—Recuerdo que tuve que abandonar el hotel —dijo mi madre, esforzándose por pronunciar las palabras—. Tu padre y yo llevamos a Muriel de vuelta a casa... ¿Dónde está?

Se me hizo un nudo en la garganta. No quería decirle la verdad y tener que ver cómo la revelación cruzaba su rostro, o cualquier otra emoción que pudiera seguir. Cogí la mano no quemada de mi madre, la estreché entre las mías y respiré entrecortadamente. —Lo mataron.

Mi madre parpadeó, sin procesar mi respuesta al principio. —¿Tu padre?

—Sí, mamá.

—¿Está muerto?

—Sí.

Reflexionó largo rato sobre esta información. Las emociones que yo había temido aparecieron en

su rostro, una lenta incredulidad que se convirtió en conmoción y luego en pena y dolor. Le temblaba el labio inferior y le brotaban lágrimas de los ojos. —¿Cómo...?

—No sé quién lo hizo. Podría haber sido David o Lothair —dije con dificultad.

Los ojos de mi madre se apartaron de mí y se dirigieron hacia el techo. La lágrima que se hinchó y rodó por su mejilla me destrozó el corazón. —Esos monstruos me arrebataron Oslo —susurró—. Ahora recuerdo más. Sólo intentaba protegerme de ellos. Tu padre... intentaba mantenernos a salvo a Muriel y a mí.

—Hizo todo lo que pudo —Yo no estaba allí, pero no hacía falta estarlo para saber que papá había dado su vida para proteger a su mujer y al unicornio. Mi padre era valiente y amable, cariñoso y valiente. Había sido uno de los betas de Gavin por una buena razón, y su ausencia dejaría un vacío en Grandbay.

—¿Y Muriel?

Mi madre volvió a buscar mis ojos. Fruncí los labios y tragué con fuerza. —La tienen.

A mi madre se le escapó un largo suspiro de derrota mientras cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás. La gravedad de la situación contorsionaba su rostro con emociones que no podía reprimir. La vi derrumbarse, tumbada rígidamente en la cama, incapaz incluso de secarse las lágrimas debido al dolor de las quemaduras. Verla llorar también me hizo daño a mí. Con las pocas fuerzas que me quedaban, me incliné hacia delante y le besé la sien, abrazándola tan suavemente como pude.

Pasaría mucho tiempo antes de que estuviera lo bastante bien como para salir del hospital, pero al menos su lobo la ayudaría a curarse más rápido que los humanos normales. Pasé el resto de la noche con ella. Lloramos la pérdida de mi padre y de los demás. Gavin me informó más tarde de que Niko también había perecido; me habían arrebatado a mi compañero de entrenamiento tan pronto como me había reconciliado con él. Nada volvería a ser lo mismo en Grandbay después de aquella noche.

La luna era poco más que una astilla menguante en una noche que pasé en casa de Everett. Aunque había querido quedarme en el hospital todos los días esperando a que mi madre se recuperara, con el tiempo el zumbido de las luces y los murmullos de las enfermeras y la serie de zumbidos y pitidos empezaron a volverme loca. Mis compañeros de manada se turnaban para quedarse con ella y darme un respiro. Me acurruqué en la cama de Everett con él, sumida en mis

pensamientos mientras me pasaba los dedos por el pelo, colocándome mechones detrás de la oreja.

—Nunca llegamos a decirle a Muriel que Kiara estaba aquí —dije al darme cuenta.

—No. Y no la hemos detectado desde entonces —dijo Everett—. Me preocupa que Dalesbloom la haya capturado también.

—¿Cómo podemos saberlo con seguridad?

—Bueno, no podemos. A menos que logremos localizarlos.

Reflexioné sobre las circunstancias que habían dejado a Dalesbloom en tal ambigüedad para nosotros. Desde el ataque, la Guardia de los Mitos no había podido encontrar a Dalesbloom ni a los Inkscales. La ciudad estaba desprovista de ellos, salvo rastros de olor a dragón. La mansión Hexen había sido abandonada, una vez más, salvo por los rastros de los dragones que de vez en cuando pasaban por allí, probablemente para vigilar la casa y asegurarse de que nadie entrara ilegalmente. Pero el paradero de David, Colt y Lothair era completamente desconocido. Si la Guardia de los Mitos sabía dónde encontrarlos, harían otro intento de exterminio. Lo más probable era que por eso estuvieran todos escondidos... y nadie sabía siquiera dónde buscarlos. No había ningún lugar seguro donde buscar, porque un paso en falso podría significar otra masacre, y ni la Guardia de los Mitos ni nuestras manadas estaban dispuestas a correr ese riesgo.

—Ev... —Mi voz se quebró—. ¿Crees que sobreviviremos a esto?

Tanto Grandbay como Eastpeak habían perdido muchos miembros. Tras perder a dos, Grandbay se quedaba con nueve, incluyéndome a mí, al igual que Eastpeak, que había perdido a uno. No sabíamos cuál era el número de Dalesbloom, ni el de los Inkscales, pero incluso con nuestro total combinado de dieciocho cambiaformas lobo, no creía que tuviéramos ninguna posibilidad contra los treinta o más que quedaban de nuestros enemigos. Nos estaban reduciendo lenta pero constantemente a la nada.

Everett se acercó más, respirando lenta y largamente por la nariz. —Debo tener fe en que sobreviviremos, si no, ya me he rendido. Y no puedo dejar que mis compañeros de manada sufran bajo la crueldad de David.

—Sé que nunca te rendirás. Pero siendo realistas, ¿crees que saldremos vivos de esta?

Volvió a acariciarme el pelo y sentí que mis inseguridades lo perjudicaban. Normalmente era yo la que rebosaba confianza inquebrantable; yo era el fuego, el calor y la energía entre nosotros. Sin mi vibrante optimismo, ¿dónde dejaba eso a Everett? ¿Aferrándose a una esperanza que no existía?

—Siendo realistas, las probabilidades no están a nuestro favor —dijo solemnemente.

Oír eso también me perjudicó. Tal vez había preguntado con la esperanza de que Everett revelara algún plan matemáticamente seguro que había estado preparando. Algún Ave María que estuviera esperando a soltar, algún *deus ex machina* de última hora que borrara a David y todas nuestras preocupaciones. En lugar de eso, me presentó la cruda y sombría verdad: si David continuaba con este reino de terror, probablemente moriríamos.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —murmuré—. ¿No podemos unir fuerzas con Grandbay, fusionar nuestras manadas? ¿Al menos temporalmente?

Everett tarareó. —Entonces, ¿quién sería Alfa?

—Los dos.

Una risa silenciosa se ocultó tras sus labios. —No funciona así.

—Gavin y tú podríais hacer que funcionara. Estoy seguro de ello.

—Aunque ambos nos enfrentamos a la misma amenaza, Gavin y yo seguimos actuando de forma muy diferente. Si David no nos separa, nuestra propia falta de cooperación podría.

—Bueno, ninguna de las dos tiene una Beta en este momento —dije, recordando cómo mi madre había renunciado a ese papel mientras lloraba la pérdida de su marido—. Tal vez uno de ustedes podría cumplir el papel temporalmente.

A mí me parecía perfectamente razonable, pero para dos hombres que habían sido criados para ser Alfas, que habían dirigido sus manadas durante toda su vida adulta, estaba obviamente fuera de lugar aceptar una degradación de ese tipo. El silencio de Everett me lo decía. Ni siquiera sabía quién seguiría siendo el Alfa y quién se convertiría en el Beta. Definitivamente no podía ver a Everett renunciando y convirtiéndose en subordinado de Gavin, pero sabía que Gavin vería como una traición que yo sugiriera que se convirtiera en el Beta. ¿Qué otras opciones había?

—Lo más probable es que Gavin pida a Gretel que retome su papel de Beta —dijo Everett.

—O me querrá a mí —le dije.

La pequeña sonrisa de Everett se transformó en un ceño fruncido. Me miró a los ojos y entrelazó sus dedos con los míos. —Quiero que te quedes aquí conmigo, Aislin.

Lo había sospechado desde que tuve aquella conversación con su madre, Lyssa, pero con todo derrumbándose a nuestro alrededor... —No sé si puedo abandonar a Gavin ahora.

Los ojos de Everett se endurecieron. Sus manos aferraron las mías con más fuerza, y por un momento recordé el vacío de su mirada cuando le rompió el cuello a aquel hombre. —Eres mi compañera predestinada, Ais. Te necesito y tú me necesitas.

—Te necesito, Ev. Pero necesito sentirme cómoda tomando esa decisión por mí misma, y ahora mismo, yo...

Everett me acercó más, con la mano en la cadera. —Por favor, no lo hagas. Eres lo único en lo que me he sentido segura últimamente. No soporto la idea de perderte a ti también —Mientras hablaba, me puso debajo de él, rodando sobre mí para atraparme entre sus brazos, como si mi inseguridad fuera a alejarme de él en ese mismo instante.

No le tenía miedo. Sabía de lo que era capaz, pero el dolor de mi destrozada familia me hacía demasiado difícil aceptar dejarlos. Saqué las manos y aparté su pecho. Everett se retiró lo suficiente para permitirme incorporarme. —No vas a perderme. Pero mi familia es lo primero.

Después de todo lo que había perdido, esperaba que comprendiera mi vacilación a la hora de tomar una decisión permanente. En lugar de eso, Everett frunció el ceño. —Entonces, ¿qué? ¿Quieres ser mi pareja, pero quedarte en Grandbay?

—Supongo.

—Eso no va a funcionar.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué? ¿No quieres ser mi pareja?

¿Qué pretendía presionándome así? —No estoy en el estado mental adecuado para darte las respuestas que quieres —dije, incapaz de resistirme a que la ira se enhebrara entre mis palabras.

—Pensé que ambos sabíamos lo que queríamos.

—Yo también lo pensé. ¡Dame algo de tiempo, por favor!

—¡No necesitarías tiempo si lo supieras!

—Yo sólo... —Simplemente no sabía lo que quería. Supuse que tenía razón. De repente, estaba enfadada con él y conmigo misma, deseando poder decirle directamente que quería ser su pareja y quedarme en Eastpeak, pero la idea de dejar a Gavin y a mi madre -después de la abrupta muerte de mi padre- me parecía cada vez más insoportable. Me zafé de Everett y balanceé las piernas sobre el borde de la cama, hundiendo la cara entre las manos.

Everett se quedó al otro lado de la cama. Por la agitación que sentía en su corazón a través de nuestra conexión, supe que se estaba replanteando todo lo que había dicho.

Pero por la forma en que se había enojado conmigo, yo también estaba dudando de todo. Especialmente ser su pareja.

Capítulo 28

Everett

Entre trabajar con la Guardia de los Mitos para encubrir el ataque, lidiar con la muerte de otro compañero de manada y que Aislin me dijera de repente que ya no estaba segura de nuestro vínculo, ya no sabía qué pensar o sentir. Había empezado a creer que era mejor no sentir nada en absoluto.

Aislin se fue de mi casa esa noche para estar con su manada. Intenté entender su perspectiva, pero esa siempre había sido mi debilidad. La falta de empatía. A medida que avanzaba la noche, me consumía en un charco de desesperación sin nada más que la autorreflexión para mantenerme ocupado, enfrentándome una vez más a la falta de sueño. Me pasé toda la noche en la cama pensando en lo que le había dicho a Aislin y en cómo nuestro dulce y tranquilo momento se había convertido en una discusión. Me culpé por expresar mi falta de confianza en el futuro, pero ella me había preguntado y yo sólo estaba siendo realista. Tal vez eso la había asustado: la idea de que podríamos morir en las próximas semanas después de que David se sometiera al ritual Lycan. Prefería pasar sus últimas semanas con su familia que conmigo. Me convertía en un egoísta pensar que Aislin se dejaría marcar por mí tan fácilmente, se comprometería con Eastpeak y me apoyaría a mí en lugar de a su propia manada mientras nos enfrentábamos a nuestro destino.

Pero ¿era realmente tan egoísta por mi parte creer lo que nos habíamos estado diciendo todo este tiempo? ¿Que queríamos estar juntos? Ella sabía que ser mi pareja significaba tener que quedarse en Eastpeak, y nunca antes había mencionado que no quería hacerlo. Yo había intentado ser paciente, pero supuse que mi miedo a perderla se había manifestado en ira; Aislin ya había perdido mucho, así que lidiar con mis emociones por encima de todo no era algo para lo que estuviera preparada.

Cuando me desperté, me arrepentí de mi reacción. Su ausencia me hizo darme cuenta de que la quería sin importar cuál fuera su decisión. Si quería quedarse en Grandbay, tendría que aceptarlo. Visitarla tan a menudo como pudiera. Hacer las paces con Gavin. Si Gretel no podía o no quería volver a ser la Beta de Gavin y él quería que Aislin asumiera ese papel, entonces me adaptaría,

aunque no coincidiera con mi visión de nuestro futuro juntos. Tener una relación con Aislin era mejor que la soledad a la que me había condenado antes de que se revelara nuestro vínculo predestinado. Había llegado a amarla, y por mucho que me aterrorara admitirlo, me di cuenta de que ella necesitaba saberlo.

Pensé en cómo iba a abordarla esa mañana. En el aserradero, me paré frente a la recepcionista y rebusqué entre el correo, sin apenas darme cuenta de lo que tenía en las manos. Facturas, extractos bancarios, folletos: la mitad era correo basura dirigido a mí. Una copia en papel de una factura de hacía un par de semanas. Una invitación a una feria maderera en otro estado. Me pregunté si estaría vivo para asistir.

—¿Está todo bien, señor March?

Mis ojos revolotearon hacia la recepcionista, con su pelo castaño recogido en un moño en lo alto de la cabeza y su sonrisa cortés y entrometida que vaciló cuando establecimos contacto visual.

—Pareces cansado —aventuró con cautela—. ¿Son los ataques en Grandbay? Eso ha estado desgastando a muchos de nosotros aquí.

Los humanos apenas sabían lo que había ocurrido. Según las noticias, el ataque fue un incidente aleatorio relacionado con novatadas entre bandas, y la casa de los Mundy fue el desafortunado objetivo. La Guardia de los Mitos había hecho creer que ciertas actividades de bandas tenían como objetivo las comunidades de perfil bajo de las ciudades pequeñas, lo que inquietó a los humanos y les disuadió de arriesgarse a exponerse en las semanas siguientes. Eso hizo que la gente se quedara en casa y se mantuviera reservada. Nadie quería verse atrapado en medio de otro ataque como aquel o ser blanco de un ataque sin motivo, sin posibilidad de apelación.

—Sí respondí finalmente, volviendo los ojos al correo—. Conozco a los Mundy. Es muy lamentable lo que les pasó.

Mi recepcionista me miró de reojo antes de que la comprensión hiciera que sus ojos se abrieran de par en par. —Aislin Mundy era la chica que trajiste aquí aquella vez. ¿Es su familia?

—Sí, lo es.

—Oh, señor March, lo siento mucho.

Fruncí el ceño y le entregué los sobres de basura. —Puedes triturarlos. Estaré aquí en mi

despacho las próximas horas por si necesitas algo.

Al coger los sobres, la recepcionista pareció percibir mi desagrado por hablar de Aislin. No me hizo más preguntas, se limitó a asentir y se retiró cuando pasé junto a ella.

Normalmente, el olor polvoriento del aserradero me reconfortaba. Después de que se desarrollaran los confusos, incluso desconcertantes asuntos de los cambiaformas, siempre me quedaba el aserradero como vía de escape de los asuntos de la manada. Aquí era mucho más sencillo. A mis clientes sólo les importaba el dinero, los productos, los envíos rápidos. Yo podía manejar eso. Pero las complejidades de las jerarquías de los cambiaformas, las muertes y desapariciones, los dilemas morales que acarreaba la Guardia de los Mitos... éstos eran los asuntos que me empantanaban. Esperaba que, sentada en mi despacho, ordenando el papeleo, podría olvidarme de todo, pero no funcionó.

El destino de Muriel me preocupaba, y el misterio que rodeaba el paradero de David y Lothair me robaba la capacidad de concentración. Temía que estuvieran escondidos en cada esquina, esperando para tenderme una emboscada en cualquier momento.

Como mi estado de ánimo empeoraba por momentos, salí pronto del molino y volví a casa. Algunos de mis compañeros de manada seguían refugiados en mi salón y en las habitaciones de invitados. Fue un alivio verlos y no sentirme tan solo, pero esa sensación sólo duró unos segundos antes de recordar el gran peso de las amenazas de David. Me recliné en el despacho de mi casa, pero incluso allí me sentía intranquilo.

Deseé seguir teniendo a Taylor conmigo. En ese momento, echaba de menos su compañía más que nada. Olas de culpa me invadían cada vez que pensaba en mi Beta. Nunca nadie sería tan buen amigo como él. Pero finalmente, mi mente volvió a la conversación que había tenido con Aislin la noche anterior sobre la fusión con Grandbay, y me pregunté si habría alguna posibilidad de forjar algo con Gavin.

No es que alguna vez se convertiría en mi Beta. No creo que tolere la idea. Pero tal vez la amistad era algo que ambos necesitábamos.

Lo llamé y me sorprendió oírle contestar. —Gavin —le saludé.

—¿Qué pasa? —La inquietud en su voz me hizo comprender que debía de estar esperando más malas noticias cuando vio que era yo quien llamaba.

—Sólo quería saber cómo iba todo —dije—. ¿Cómo están todos en Grandbay?

Suspiró. —Hemos estado mejor. ¿Quieres saber de Aislin?

—Ella ha estado en mi mente, pero no explícitamente por qué llamé.

—Me enteré de tu discusión.

Se me erizó la piel, pero debería haber esperado que Aislin se lo contara todo a Gavin. —¿Qué te dijo?

—Sobre su idea de fusionar nuestras manadas. Y que no quieres que se quede en Grandbay.

Mi sentimiento de culpa empeoró. —No quise perder los estribos con ella, Gavin. Es sólo que no supe cómo procesarlo cuando dijo que quizá no se quedaría aquí.

—¿La obligarías a quedarse en Eastpeak?

—No. Por supuesto que no. Entiendo lo importante que es su familia para ella, especialmente después de Oslo...

Gavin me interrumpió. —Ella ha pasado por mucho. A menos que vayas a disculparte, tal vez deberías darle espacio.

—Quiero disculparme. No tienes idea de lo mucho que Aislin significa para mí.

El alfa de Grandbay gruñó por lo bajo. —¿En serio? Creo que tengo alguna idea. Aislin ha sido mi mejor amiga toda mi vida.

—Bueno, sí, lo entiendo. Pero ella también me ha ayudado a ver a la gente de otra manera. Ha cambiado la forma en que quiero tratar a la gente, y sin ella, no creo que pueda seguir avanzando, haciendo progresos positivos. Ella es fundamental para mi mejora como Alfa.

Gavin se burló. —Hablas de ella como si fuera una mercancía.

—Me preocupo por ella, Gavin.

—Lo siento. Supongo que me cuesta creerlo cuando lo dices todo tan inexpresivo.

—¿Qué quieres, entonces? —Esta vez dejé que el enfado tiñera mi voz, ya que eso era lo que

Gavin parecía querer oír—. ¿Necesitas que me enfade? ¿Esperas que le suplique que hable conmigo?

—Estaría bien oírte sonar un poco humano, por una vez.

No pude evitar gruñir. —Diez de mis compañeros de manada han muerto en las últimas dos semanas, Gavin, ¿y me dices que tengo que sonar más humana? Los he estado llorando. Manteniendo a los supervivientes en mi casa para protegerlos. Lo dejé todo para acudir en su ayuda cuando esa llamada anónima avisó del ataque. ¡Lloré por mis compañeros de manada, Gavin! ¿Qué coño más tengo que hacer para parecerte más humana?

Mi arrebato dejó a Gavin en silencio. Escuché su respiración al otro lado, segura de que ambos estábamos sucumbiendo a un torbellino de pensamientos inspirados por el otro, hasta que Gavin rompió por fin el silencio. —¿Has llorado?

¿Era eso realmente lo único en lo que se había centrado? —Sí, Gavin. Así es. Puedes preguntarle a Ais.

—Yo también lo hice. Por mis compañeros de manada. Y por los tuyos.

Mi arrebato de ira retrocedió mientras reflexionaba sobre la confesión de Gavin. La suavidad con la que lo dijo me convenció de su verdad. Gavin siempre había sido débil a sus emociones salvajes, así que no dudé de que la pena pudiera atenazarle tan intensamente como la rabia de la que yo solía ser testigo. Era una solidaridad extraña que nunca antes habíamos compartido. — Gracias.

—Mira —suspiró Gavin—. Ha habido un muro entre nosotros desde que tengo memoria. Pero Aislin... tendrá que elegir entre nosotros, y sea cual sea su decisión, no quiero que nos distancie aún más. Especialmente ahora. Tenemos que ser fuertes si queremos sobrevivir a lo que viene con David.

—Lo sé, y estoy de acuerdo —Me recosté en la silla y me aparté el pelo, cerrando los ojos para concentrarme. Dejar que mi ira sacara lo mejor de mí podría haber demostrado mi humanidad a Gavin, pero no iba a ayudarme a restablecer la alianza que había quedado tan dañada—. ¿Qué te parece la idea de fusionarnos?

—A largo plazo, no lo creo. Pero hasta que David sea atendido... tal vez deberíamos intentarlo. Divididos, somos más débiles, pero si nos unimos, podríamos tener una oportunidad.

—¿Crees que ambos podemos seguir siendo Alfas?

—Sí, creo que sí. Pero tenemos que asegurarnos de que seremos capaces de ponernos de acuerdo. Tenemos que estar de acuerdo en cómo vamos a protegernos.

—¿Qué piensas?

—Tal vez lo mejor sería que los miembros restantes de Grandbay buscaran refugio en Eastpeak. El terreno es más difícil, y compartiríamos menos frontera con Dalesbloom. Seríamos capaces de cazar, y tendríamos más números para patrullar. Si David se convierte en Lycan, tendremos fuerza en número, ya que todos estaremos agrupados en lugar de estar dispersos y ser más fáciles de cazar.

Cuando sugirió que todos se quedaran en Eastpeak, mi pecho se alivió. —Haré alojamiento para ti y tu manada —le dije.

—Sin embargo, no podemos simplemente escondernos. Todavía tenemos que localizar a David. Muriel está en peligro; sólo tiene hasta la próxima luna llena. ¿Continuará ayudándonos la Guardia de los Mitos?

—Sí.

—Creo que este es el mejor enfoque, entonces.

Hubo otra pausa mientras ambos digeríamos esta solución. Me pregunté cómo reaccionaría Aislin.

—La persona que te avisó del ataque de Dalesbloom —continuó Gavin—, no reconociste su voz, ¿verdad?

—No.

—¿Y no había identificador de llamadas, nada para identificarlos?

—No.

—¿Es posible que quisieran ayudarnos?

—La forma en que lo redactaron no sonaba como si nos estuvieran llamando por lástima.

—Pero si quisieran intimidarnos, habrían llamado a tu móvil, o al mío. Se habrían dirigido a nosotros directamente, en vez de llamar al teléfono de tu oficina y esperar que estuvieras allí.

Reflexioné sobre esta idea durante un minuto. Sinceramente, no había pensado mucho antes en las intenciones de quien llamaba. —No —decidí—, porque si te hubieran llamado directamente, habrías tenido aún más tiempo para evacuar. Me llamaron sin saber si te avisaría, asegurándose de que Dalesbloom tuviera al menos tiempo suficiente para lanzar el ataque, y al mismo tiempo dando el aviso a Eastpeak. Puede que no tuvieran la intención de que evitáramos el ataque por completo. Pero quizá pretendían hacernos saber que hay alguien en Dalesbloom que simpatiza con nosotros.

Era muy posible que lo que había dicho fuera un poco exagerado. Ese pensamiento exacto era lo que había matado a Taylor, pero si había la más mínima posibilidad de que pudiéramos tener un aliado dentro de Dalesbloom, quería explorarlo. Esa podría ser nuestra única oportunidad de detener a David si no podíamos acceder a él desde el exterior.

—¿Conoces a alguien que pueda rastrear la llamada a un número de teléfono?

—Puedo tender la mano —Este solía ser el trabajo de Taylor, pero yo tenía algunos contactos que pensé que podrían ser capaces de ayudar. No seríamos capaces de obtener una ubicación GPS, pero en realidad, un número de teléfono era todo lo que necesitábamos.

—Bien. Reuniré a mis compañeros de manada esta tarde. Haremos el movimiento a Eastpeak esta noche si todo va bien.

Otra pequeña brasa de esperanza chisporroteó en mi interior. Una vez más, teníamos un plan, sólo que esta vez, Gavin y yo colaboraríamos en la supervivencia de nuestras manadas. —
Mantenme informado.

—Lo haré.

Cuando colgué, sentí como si el peso de mi pecho se hubiera desplazado ligeramente. No había desaparecido ni mucho menos, pero parecía un poco más ligero. Un rayo de sol se asomaba entre el nublado devastador que había oscurecido mi mente. Quizá fuera porque esta noche volvería a ver a Aislin.

No iba a perder más tiempo con respecto a nuestra relación. Tenía que saber todo lo que sentía por ella, toda la verdad. Que quería marcarla y que la amaba. Si ella me alejaba, entonces me lo

habría merecido, pero eso no me impediría trabajar duro para construir esta nueva alianza con Gavin.

Aislin me había enseñado que debía ser más abierto y confiado. Aunque me rechazara para quedarse en Grandbay, las experiencias que había adquirido con ella darían forma al futuro de nuestras manadas. Grandbay y Eastpeak saldrían de esta más fuertes que nunca.

Sobreviviríamos. De eso estaba seguro.

Capítulo 29

Aislin

Gavin reunió a sus compañeros de manada restantes en la cabaña de la manada, aunque no quedábamos muchos. Con Wendy, Philip, Barbara y Casimir fuera de la ciudad, Niko y mi padre muertos, y mi madre en el hospital, sólo quedábamos yo, Billie, Albin y Gavin. Cuatro lobos de los diez que éramos inicialmente hace dos meses, antes de que todo esto empezara. Albin estaba vendado alrededor del estómago; la herida de bala se estaba curando rápidamente, pero aún no estaba en óptimas condiciones. Mientras tanto, Gavin, Billie y yo nos encontrábamos en diversos estados como resultado de la pelea. Teníamos un aspecto lamentable y también nos sentíamos así.

Con un suspiro, Gavin se puso de pie ante el resto de nosotros y cruzó los brazos delante del pecho. —No hay forma fácil de decir esto. No podemos quedarnos aquí. No es seguro, ya que David tiene a Muriel en su poder y no sabemos dónde se esconden él y sus seguidores. Podrían atacar en cualquier momento para aniquilarnos y asegurarse de poder completar el ritual Lycan sin interrupción. Por esta razón, Everett y yo hemos acordado reubicar a los miembros restantes de Grandbay en territorio de Eastpeak hasta nuevo aviso.

Cada palabra de Gavin me hundía más el corazón. Sabía que tenía razón, que ya no estábamos a salvo, pero no sabía qué pretendía hacer como solución, y no esperaba que implicara a Eastpeak. El nombre de Everett me hizo revolotear y me destrozó a la vez. Llamé la atención de mi Alfa, decidiendo que no había necesidad de guardar secretos cuando éramos tan pocos aquí. —¿Hablaste con Everett sobre la fusión?

Albin fue el único que pareció sorprendido por la idea. —¿Qué es eso de fusionarse?

—Everett me llamó hoy temprano —dijo Gavin, y luego miró a Albin—. Fusionar nuestras manadas fue algo que Aislin y Everett discutieron como una forma de mitigar el riesgo de que David nos aislara y nos atacara —Entonces, los ojos de Gavin se volvieron hacia mí—. No vamos a fusionar las manadas permanentemente. Pero acordamos que ambos podríamos servir como Alfa sobre nuestros propios compañeros de manada mientras compartimos un espacio

vital, al menos hasta que sea seguro volver a casa de nuevo.

—No esperaba que llegarais a un acuerdo —admití.

—Nuestra mejor oportunidad de sobrevivir es si trabajamos juntos.

Tal vez los había subestimado. —¿Hablaron de... mí?

La expresión de Gavin se suavizó y sus brazos cayeron a los lados. —Un poco. Creo que será mejor que hables con Everett cuando lleguemos a su casa.

Mi discusión de anoche con Ev me había agobiado todo el día, haciéndome sentir pesada. El tono de voz de Gavin sugería que su conversación podría no haber tenido un resultado positivo con respecto a mí. De repente, temí que Everett hubiera cambiado de opinión sobre lo que quería y que hubiera terminado conmigo.

—Si todos nos quedamos en Eastpeak, ¿qué pasa con los humanos de la ciudad aquí? —Billie habló—. ¿Estarán en peligro por David?

—Es posible, pero... no sé cómo podemos protegerlos y protegernos nosotros también —dijo Gavin.

—La Guardia de los Mitos puede vigilar, ¿no? —sugerí.

Billie asintió. —Deberíamos intentarlo.

—De acuerdo —aceptó Gavin.

Mi fe en la Guardia de los Mitos había flaqueado últimamente. Pero seguramente no correrían tanto riesgo estando destinados aquí como nosotros. Quería creer que la Guardia de los Mitos aún podía redimirse a mis ojos, y estaba dispuesto a darles otra oportunidad, aunque me hubieran rechazado una y otra vez. Era hora de que yo fuera la mejor persona.

Los cuatro subimos al coche de Gavin. No le pregunté cómo lo había recuperado después de tener que abandonarlo la noche del ataque. Las pruebas de la violencia de aquella noche estaban grabadas a golpes en su exterior astillado y abollado, el parachoques arrugado y las matrículas dobladas tanto delante como detrás. Después de parar en mi apartamento, en casa de Billie y Gavin y en el hotel de Albin para recoger nuestras pertenencias, dejamos atrás Grandbay y llegamos a casa de Everett más tarde aquella fría noche sin luna.

La puerta se abrió y Everett se quedó de pie, iluminado por una luz blanca y fría. Billie fue la primera en entrar y le saludó en voz baja. Gavin le puso la mano en la cintura y saludó con la cabeza al alfa de Eastpeak. Albin le siguió con un cortés saludo, y luego estaba yo. En el momento en que me encontré con la mirada de Everett, mi corazón dio un vuelco.

Parecía cansado. Su larga melena le llegaba hasta los hombros y sus mejillas estaban cubiertas de barba canosa. Normalmente, su cuerpo musculoso era rígido y alerta; ahora, se hundía bajo el peso de todo lo que había soportado, y sus ojos grises y apagados evocaban un día lluvioso. La boca de Everett se tensó como si quisiera decirme algo. Pero, en lugar de eso, se limitó a hacerme un gesto para que entrara.

Los compañeros de Everett también estaban en su casa. Nuestras dos manadas se enfrentaban en su totalidad, una extraña mezcla de la xenofobia de Eastpeak y la amabilidad de Grandbay, aunque era nuestro trauma universal lo que nos unía. El cansancio también era compartido por todos nosotros. Lyssa fue la primera en darnos la bienvenida, agarrando las manos de Billie y presentándose formalmente a la compañera del alfa de Grandbay. Les mostró la habitación de invitados que sería suya y de Gavin. Albin se sentó a hablar con los otros compañeros de manada de Eastpeak. Eso nos dejó a Everett y a mí al margen, con un millón de palabras que decimos y lenguas de plomo que no se movían.

Finalmente, se volvió hacia mí. —¿Podemos hablar?

Me di cuenta de que llevaba todo el día queriendo hablar con él, pero a riesgo de parecer desesperada o demasiado ansiosa por perdonarle, mastiqué primero mi respuesta. —Claro —. Aún no sabía cómo iba a acabar todo aquello y no estaba dispuesta a hacerme ilusiones.

Me condujo a su dormitorio, el escenario familiar donde nuestra relación había crecido más y donde se habían desarrollado todas nuestras pruebas. Odiaba y amaba esta habitación. Me daba un puñetazo en el corazón estar aquí.

Everett se quedó delante de mí. Parecía querer tocarme, pero se contuvo manteniendo las manos cerradas en puños a los lados. —Me equivoqué al perder los nervios contigo anoche. Lo siento —murmuró.

Aunque me tranquilizó oírle decir eso, no pude evitar la sensación de que algo peor iba a ocurrir.

—Me he dado cuenta de que nuestro tiempo juntos puede ser limitado a causa de David — continuó—, y no quiero malgastarlo discutiendo cuando podría simplemente llegar a un acuerdo.

Así que, sea cual sea tu decisión, tanto si te quedas con tu manada en Grandbay como conmigo en Eastpeak, quiero estar contigo.

Una aprensión invisible se enroscó a mi alrededor como una serpiente, apretándome tanto que apenas podía respirar. Esperaba malas noticias, así que oír a Everett decir eso me pareció irreal, como si hubiera una advertencia adjunta que él aún no había mencionado. Lo miré fijamente durante largos segundos, en silencio, esperando que saliera algo más de su boca. Pero cuando me miró a los ojos y su rostro se suavizó por completo, comprendí que por fin había bajado todos sus muros para mí. Se estaba mostrando vulnerable, diciéndome exactamente lo que quería sin más estipulaciones, y ahora esperaba mi decisión. La pelota estaba en mi tejado. Él no tenía ningún control sobre lo que yo diría o haría en respuesta, y debió de necesitar mucha humildad para aceptarlo.

Demostrando aún más su compromiso conmigo, Everett respiró lentamente y dijo: —Te quiero, Aislin.

El calor me subió a la cara. Nunca pensé que escucharía esas palabras de él, de nadie en realidad, pero especialmente de él. Me golpearon tan fuerte que me dejaron temblando. —¿De verdad?

—Sí. Lo he sentido durante semanas, pero tenía miedo de admitirlo —dijo—. Te quiero y quiero que seas mi pareja. Elijas lo que elijas al final, quiero que funcione. No soporto la idea de que ninguno de los dos esté con otra persona. Me llenas de formas que nunca he experimentado. Siempre me enseñas a ser mejor persona, y eso es lo que necesito. Nunca dejaré de necesitar eso, ni a ti.

La incredulidad me clavó en el sitio. Todo lo que había dicho contradecía directamente lo que yo esperaba de él. Este Alfa grande, estoico e independiente que nunca había necesitado a nadie más en toda su vida, de repente me necesitaba a mí. Everett no sólo me necesitaba, sino que no quería a nadie más que a mí. Nos complementábamos en el sentido de que ambos teníamos mucho que aprender, y nadie podía ayudarnos a crecer mejor que el otro. Tal vez por eso éramos compañeros predestinados.

—¿Aislin? —instó con suavidad.

No me había dado cuenta de cuánto tiempo había estado conteniendo la respiración hasta entonces. Con una fuerte inhalación, me froté los brazos vendados y sonreí débilmente, aun luchando por hacerme a la idea de las confesiones de Everett. —¿Lo dices en serio?

—Nunca digo cosas que no pienso. Tú lo sabes.

Una timidez inexplicable se apoderó de mí. Suponía que me sentía indigna del amor de Everett en aquel momento, cuando me había pasado todo el día dudando de si éramos el uno para el otro. Aún pensaba que podría darse la vuelta y decidir que yo era demasiado imprudente y estúpida para ser su pareja. —¿Y si pasa algo y cambias de opinión?

—No voy a cambiar de opinión, Aislin. Ya lo he pensado mucho, y sé que incluso las parejas predestinadas necesitan comunicarse. Si pasa algo, lo hablaremos. Lo superaremos. Pero cada día te conozco mejor, y todo lo que eres sigue siendo lo que quiero —Everett se acercó más y me cogió las manos.

Tenía las palmas de las manos agradablemente calientes. No pude resistirme a sentirme atraída hacia él, como por un imán, hacia el confort de su pecho. A través de nuestra conexión, cuando apoyé la cara en sus pectorales, justo debajo de las clavículas ocultas por su camiseta, sentí que mi felicidad, que aumentaba lentamente inspirada por sus palabras, era recíproca. Mi contacto le aliviaba. Nuestro contacto físico reparó su alma dañada, cerrando las brechas que yo había creado al marcharme la noche anterior. El cuerpo de Everett se relajó, sus brazos se deslizaron alrededor de mis hombros y me abrazaron.

—Quiero darte todo lo que necesites —le dije, con la voz amortiguada por su pecho—. Yo también sigo aprendiendo, pero quiero intentar ser lo mejor posible contigo.

—Es curioso, pero creía que tenía todo lo que necesitaba hasta que llegaste a mi vida.

Que Everett llamara gracioso a algo era inusual, pero supongo que ahí estaba su encanto. Me reí en voz baja, y su cuerpo se estremeció con una carcajada que coincidía con la mía.

—Yo también te protegeré y te daré todo lo que necesites —dijo, enterrando la nariz en mi pelo para besarme la cabeza.

La alegría floreció en mi corazón. Me sentía tan bien estando con él. —Me alegra que seas mi compañero predestinado. Te amo, Everett.

La pura dicha que vivía en nuestra conexión explotó en ese momento. Sentía todo lo que él hacía, y viceversa. Nuestra felicidad compartida rebotó como un láser entre dos espejos hasta llenar todo el espacio de una luz cegadora. Era tan cálida y revitalizante que nos curó a los dos. Me eché hacia atrás e incliné el cuello, rozando su barbilla con la nariz. Everett me tocó la

mandíbula y me acercó la cara hasta que nos besamos, y permanecimos así durante minutos, disfrutando de la presencia del otro.

La seguridad de su amor a pesar de mis dudas fue suficiente para decidirme. Quería pasar el resto de mi vida lo más cerca posible de él. Nunca quise separarme de él. Mi aspiración era ser la mejor compañera posible para él, ayudarle a dirigir con eficacia y ver florecer a su manada. Y conmigo en Eastpeak, podría asegurarme de que la alianza con Grandbay siguiera siendo fuerte. Además, no era como si nunca fuera a volver a ver a mis amigos y familia. Estarían justo al lado.

Everett sintió estas revelaciones a través de nuestra conexión. Me di cuenta por la forma en que me abrazó, aceptando mi elección tácita.

Necesitábamos un descanso de las solemnes secuelas del atentado, y no se me ocurría mejor forma de salir adelante que con Everett. Sus manos bajaron por mis costados y me acariciaron las nalgas. Sólo su contacto hizo nacer un fuego ardiente y agitado en mi cuerpo, y nuestro vínculo predestinado se encendió una vez más con una intensidad deseosa. Quería demostrarle cuánto lo amaba.

Everett me llevó a la cama y me inclinó sobre ella hasta que quedé tumbada boca arriba. Su cuerpo se acomodó entre mis muslos, cogiendo inmediatamente el ritmo de rechinar sus caderas contra las mías. Arrastró los dedos por el vendaje de mis brazos, tocándolos ligeramente, consciente de mi sensibilidad, hasta llegar a mis manos. Entonces me cogió los dedos con los suyos y me apretó contra el colchón, metiendo la nariz bajo mi oreja y besándome el cuello. Su barba incipiente me hacía deliciosas cosquillas en la piel. Con cada fuerte presión de sus caderas, sentía cómo se hinchaba el bulto de sus vaqueros. Mi cuerpo lo anhelaba.

Cuando se levantó, no quería soltarle. Pero sólo se apartó de mí para quitarse la camisa y desabrocharse los pantalones. Toleré la distancia haciendo lo mismo, empezando por mis pantalones, pero él estaba desnudo ante mí y se zambulló hambriento de nuevo, quitándome la camisa. A cada segundo, se desesperaba más por sentirme. —Creo que ahora no podría vivir sin ti —respiró Everett contra mi cuello—. Sin esto —Me apretó el pecho y me miró embriagado.

—Soy bastante adictiva, ¿verdad?

—Dios, eres eterna —gruñó Everett.

Parecía que hacía siglos que no podía bromear. Recuperé la confianza, sabiendo lo mucho que Everett me deseaba.

—Necesito estar dentro de ti —Los labios de Everett se cerraron en torno a los míos mientras sus dedos se dirigían a mi ingle, deslizándose en la resbaladiza humedad entre mis labios. Su roce avivó mi fuego, reavivando mi lujuria—. ¿Esto es para mí?

—Sí, nena. Es todo tuyo —ronroneé, echándome hacia atrás.

No necesitaba que se lo dijeran dos veces. Everett me agarró por dentro de los muslos y me abrió del todo, acariciándome los labios rosados con la polla. Me encantaba cómo ondulaban sus caderas y cómo las venas bajo su piel palpitaban de excitación. Los hermosos y afilados bordes de su virilidad envueltos en pelusa rubia oscura me dejaron goteando. Me sorprendió que, por mucho que yo fuera suya, él también fuera mío. Enganchando los tobillos a sus caderas, lo atraje hacia mí, rogándole que me penetrara.

Everett se inclinó hacia delante, apoyándose en los codos a ambos lados de mí. Su cuerpo palpitó con fuerza mientras empujaba dentro de mí. De repente, sentí que me llenaba. Suspiré mientras nuestra unión nos acercaba. Me besó por todas partes, por el cuello, por la mandíbula, por la mejilla y luego por la boca, donde su lengua se deslizó y chasqueó contra la mía. Succioné la suya, disfrutando de su sabor. Me envolvió en su almizcle y su sudor. Los sonidos de sus gruñidos llenaban mi cabeza, embriagándome. Podía perderme en él, cada vez que estábamos juntos así. Me hacía olvidar todo lo malo del mundo.

Nuestro ritmo se aceleró por el placer compartido. La tensión de mi cuerpo me avisaba de mi rápido ascenso hacia el clímax, y mi respiración entrecortada y mis tiernos gemidos instaban a Everett a correrse conmigo. Me mordió el labio y empujó más deprisa para seguirme el ritmo. El deseo se había acumulado tan intensamente entre nosotros que explotó en cuestión de minutos.

Me quedé jadeante, mareada y embargada por un éxtasis que se apoderó de mi cuerpo al mismo tiempo que de él. Se liberó dentro de mí, haciendo que nuestro orgasmo fructificara, y yo me deslicé en un éxtasis de ensueño bajo él.

—Te amo —dijo Everett entre respiraciones—. Ais, quiero marcarte.

Lo que hacía tan atractivo nuestro sexo no era sólo la ardiente química del amor. Era la química natural que compartíamos, nuestro vínculo destinado a alcanzar la finalidad. —Márcame —le murmuré, besándole la mejilla.

Estaba lista para convertirme en el suyo.

Capítulo 30

Everett

Nunca había estado tan seguro de algo como de marcar a Aislin en ese momento. Sabía que era lo que quería porque llevaba días pensando en ello. Obsesionado con ello, deseando poder haberlo hecho en los momentos en que habíamos estado solos antes. Aislin Mundy era mi compañera predestinada y la única persona con la que quería estar; cuanto antes pudiera marcarla, mejor. Ahora era el momento de hacerlo.

Mi alivio fue inconmensurable cuando me dijo que la marcará. Apoyado sobre ella, con mi polla aún dentro y nuestros corazones latiendo al unísono, era lo más cerca que podíamos estar antes del ritual de marcado, pero aun así no era suficiente: tenía que hacerla mía. Sellé nuestros labios con un largo beso, le aparté lentamente el pelo y descubrí una franja de piel en su cuello, donde el tendón estaba firme. Con suaves picotazos, reclamé el lugar donde le sacaría sangre. Ella encontró su propio lugar bajo mi mandíbula, donde sentí su aliento caliente contra mi oreja. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección, ajustados como dos piezas de puzzle que se habían perdido de sus cajas, pero que encontraron su lugar en las formas del otro. Solos, estábamos perdidos, pero juntos... Ella me pertenecía y yo le pertenecía a ella. De algún modo, milagrosamente, funcionábamos. No iba a dar eso por sentado nunca más.

—¿Estás lista? —le pregunté entre besos en su cuello.

—Tan preparada como nunca lo estaré —respondió Aislin.

Le pellizqué la piel entre los dientes. Inmediatamente, sentí que su cuerpo se tensaba ante el leve dolor, que aumentaba a medida que apretaba más la piel hasta que se rompía. Aislin me devolvió el favor. El dolor agudo me subió por la mandíbula y se me clavó en la cabeza, quemándome todo el cuerpo como si ya supiera lo que venía a continuación. El corazón me latía con más fuerza al saborear su sangre cobriza, que olía más dulce que cuando se derramaba con ira. Cuando tuve la certeza de que también me había cortado la piel, tomé aire y, juntos, pronunciamos las palabras que nos unirían.

—Márcanos, Vana. Estamos listos para convertirnos en uno.

Nuestras voces se entrelazaron, las notas roncadas de Aislin acunaron mis gruñidos profundos y apasionados. Acudimos a la Diosa de la Luna con nuestra súplica de solidificar el vínculo de la pareja predestinada, y ella nos escuchó.

Inmediatamente, un calor sobrenatural invadió nuestros cuerpos. La sensación fue tan extraña que me dejó jadeando, el efecto ambrosial del ritual bombeando por mi sangre como miel, y por la de Aislin, reflejada en la mía. Las pequeñas heridas que nos hacíamos en el cuello ardían y chisporroteaban con la magia, sellando al instante la sangre en suaves cicatrices rosadas, eternas declaraciones de nuestro afecto. Eran firmas de nuestro fervor que harían saber a todo el mundo las experiencias, recuerdos, deseos e intenciones que compartíamos, y que nuestras vidas quedarían permanentemente entrelazadas.

Una vez pensé que la Diosa de la Luna se había equivocado tontamente al asignar a Aislin como mi compañera predestinada, pero ahora sabía que había diseñado cuidadosamente nuestro futuro desde el principio. Me daba esperanzas de que quizá David no tuviera éxito en sus planes después de todo.

Cuando el calor se desvaneció, Aislin y yo nos quedamos con el vértigo persistente de nuestro matrimonio espiritual. Quería tocarla entera. No podía saciarme de ella. Tumbado sobre ella, besé su cuello y sucumbí al ansia que me mantenía pegado a su cuerpo, ignorando las responsabilidades que normalmente me obligaban a actuar. Si pudiera pasar el resto de mi vida así, lo haría.

Aislin se rio suavemente detrás de los labios y me pasó los dedos por el cuello y el pelo. —Ahora nunca podrás librarte de mí —musitó.

—Eso no será un problema —dije.

—Todavía no puedo creer que te guste.

Yo también me reí. —¿Incluso después de haberte marcado? —La risa era un concepto desconocido para mí; tan pocas veces la empleaba que sonaba casi extraña saliendo de mi boca. Con Aislin me reía más que en toda mi vida. Ella sacaba eso de mí, una alegría profunda que nunca antes había sido capaz de desvelar.

—Sí. Debe de ser una elaborada farsa —dijo ella con ligereza—. En secreto, eres el mejor

bromista del mundo, gastándome una broma horrible.

—Nunca he hecho una broma en mi vida.

—¿Nunca? Entonces, ¿todo esto es legítimo?

Tararé divertido. —Sí. ¿Qué más tengo que hacer para demostrarlo?

—Veamos... A partir de ahora, quiero oír 'Te quiero' a la carta.

—¿Qué implica eso?

—Significa que cada vez que te pregunte si me quieres —chasqueó los dedos Aislin—, me dices que me quieres.

—Así que estás pidiendo una constante y perpetua tranquilidad.

—Espero, más bien exijo, una tranquilidad constante y perpetua. ¿Puedes hacerlo?

No podía imaginar que interfiriera en mis sentimientos por Aislin. En todo caso, pensé que los recordatorios regulares y los empujones para expresar mis sentimientos por ella podrían ser algo bueno. Me ayudaría a normalizar el hecho de ser más abierto con ella, así que le estaba agradecido incluso por esta tonta condición que estaba imponiendo a nuestra relación. Inclinandome hacia ella, volví a besarla y murmuré contra su piel: —Te quiero, Aislin.

Se retorció de placer y me abrazó por el cuello. —Gracias —Después de lanzarme varios besos rápidos en la sien, añadió— ¿Qué puedo hacer por ti a cambio?

Nuestra relación no tenía por qué ser un intercambio comercial, y estuve tentado de decirlo. Pero en lugar de eso, me mordí la lengua y pensé realmente en lo que podría querer de Aislin para fomentar nuestra relación. —Tómame de la mano cada vez que sientas que me estoy cerrando a ti. Recuérdame la conexión que compartimos. No quiero volver a sentirme solo.

—Nunca volverás a sentirte así, te lo prometo —Aislin buscó mis manos, entrelazando sus dedos entre los míos. Me sonrió, más guapa que nunca, con sus mechones pelirrojos esparcidos por las sábanas, sus pecas ocultas en los hoyuelos y las arrugas alrededor de los ojos. Esta hermosa chica era toda mía.

Acabamos acurrucados bajo las sábanas, mi cuerpo abrazado al suyo, formando hábitos que se

convertirían en una segunda naturaleza. Puse mi brazo sobre el suyo y rocé sus nudillos con las yemas de los dedos. Cerré los ojos y escuché su suave respiración, notando la diferencia entre su silencio de ahora y el silbido de sus pulmones lesionados que caracterizó nuestras primeras interacciones. Su mente divagaba y, a través de nuestro recién descubierto vínculo telepático, exploré los débiles murmullos de sus pensamientos, atesorando la frecuencia con la que volvía a este momento de puro jolgorio. Hasta entonces no había sabido lo realmente asombrada que estaba por nuestra atracción. Hablaba en serio cuando dijo que aún no podía creerlo. Aislin no debía de esperar que mis sentimientos fueran sinceros, pero no la culpaba, no cuando antes me había comportado como un instrumento.

Por la mañana, ella fue lo primero que vi. La luz del sol se reflejaba en su pelo como latón bruñido, el suave resplandor de la mañana bailaba sobre su piel pálida y brillaba en sus pestañas, que se agitaban con el sueño. Cuando Aislin se despertó, nos levantamos y nos duchamos juntos, y vi cómo las gotas de agua se deslizaban por sus hombros y bajaban por sus caderas, acumulándose bajo las curvas de sus nalgas. Me hizo sentir como en un sueño, que despertaba bruscamente cuando bajábamos las escaleras y volvíamos a nuestra solemne realidad.

Mis compañeros de manada me miraban para saber qué hacer. No sabían si algún día sería el último, pero yo iba a infundirles la esperanza de que vendrían tiempos mejores.

—Hoy reanudaremos el control del perímetro —les dije con confianza—. Grupos de tres esta vez. Esta tarde, haremos una cacería en la ladera de la montaña. Gretel Mundy volverá con nosotros esta noche, pero como aún tiene que curarse, se limitará a observar. Quiero que cacemos con mentes claras y cuerpos fuertes. Cazamos desafiando a los que buscan hacernos daño. Sobrevivimos para fastidiarlos y demostrar que estamos por encima de su salvajismo. Cazaremos, prosperaremos y cantaremos esta noche, juntos.

Los lobos reunidos en mi casa vitorearon y aplaudieron de acuerdo. Necesitaban que los animara y me alegró ver que les levantaba el ánimo.

Tras enviar a la patrulla del perímetro, llamé a Sebastian a mi despacho. Una vez más, me encontraba en la silla detrás de mi escritorio, pero ya no estaba solo con mis pensamientos. El sol brillaba a mi espalda e iluminaba la habitación, animada por el olor dulce y especiado de Aislin, que estaba a mi lado. Gavin y Billie estaban en el lado opuesto del escritorio, con el brazo de Gavin colgado sobre el hombro de Billie y los brazos de Billie cruzados. Por último, estaba Sebastian Hicks, sentado en una silla en medio de todos nosotros. Parecía incómodo bajo las miradas de las dos parejas alfa.

—Seré directo al respecto —empecé—. Necesitamos que la Guardia de los Mitos estacione algunos centinelas en Grandbay mientras la manada se refugia aquí en Eastpeak.

El hombre larguirucho nos miró a cada uno de nosotros, pero pareció centrarse principalmente en Gavin y en mí. —Ya hemos sufrido varias bajas en el conflicto con Dalesbloom. Mis superiores están valorando si merece la pena o no arriesgar a nuestros operativos en cualquier misión más allá de otro intento de exterminio.

—Creo que valdría la pena mantener a alguien destinado en Grandbay para proteger a los humanos que habitan la ciudad, ¿no crees? —desafié.

Sebastian frunció los labios. —Sí, supongo que sí.

—¿Vas a seguir buscando a David y a sus seguidores? —preguntó Gavin.

—Hasta que no recibamos una indicación de dónde pueden estar escondidos, no es factible perder tiempo y dinero buscando. De nuevo, pondría en riesgo la vida de nuestros operativos, y Dalesbloom y los Inkscales ya han demostrado ser una amenaza de nivel avanzado.

—No sería un desperdicio —dijo Billie—. Ya sabes que, si se les da la oportunidad, nos matarán. Hay que acabar con ellos lo antes posible.

La situación había empeorado tanto que incluso Billie insistía en exterminar a David. No la culpaba. Después de todo lo que ese hombre le había hecho pasar, comprendí que dormiría mucho más tranquila sabiendo que él se había ido.

Gavin inclinó la cabeza hacia Billie. —¿Y Colt?

Frunció el ceño, manteniéndose firme en su postura. —Ya no es mi hermano.

—Entonces, ¿está muerto para nosotros? —preguntó Aislin.

Billie asintió.

Gavin y yo no habíamos tenido reservas a la hora de eliminar a Colt, pero ahora, con la aprobación de las mujeres, no habría nada que nos impidiera deshacernos de él. Había perdido su oportunidad de redimirse. Colt, David, Lothair y Sibyelle estaban condenados a muerte a manos de la Guardia de los Mitos. O la nuestra, si se daba la oportunidad.

—Muy bien. Veré si puedo persuadir a mis superiores para que envíen grupos de búsqueda. Pero cualquier otra muerte que se produzca recaerá sobre sus propias cabezas —advirtió Sebastian.

—¿Qué otra opción tenemos? —pregunté.

—¿Además de esperar el próximo movimiento de David? Ninguno, supongo... —Sebastian concedió, pero no sonaba feliz por ello. Suspiró, luego miró entre Aislin y yo—. Hay algo diferente entre vosotros dos.

Aún no le habíamos dicho a nadie que estábamos marcados. Tal vez había visto las cicatrices a juego recién cortadas a los lados de nuestros cuellos.

—Sí —confirmé—. Aislin y yo nos hemos marcado mutuamente.

La expresión de Sebastian se aplanó.

Gavin y Billie, en cambio, se animaron. —¿En serio? ¡Enhorabuena! Es increíble —dijo Billie.

—Bonito —coincidió Gavin. Me pregunté si estaría conteniendo la envidia, pero parecía muy enamorado de Billie—. Entonces, ¿qué significa esto para Grandbay?

Todas las miradas se volvieron hacia Aislin, pero no temía su respuesta.

—Me quedaré en Eastpeak con Everett después de esto —dijo con un atisbo de disculpa—. Pero no penséis que eso significa que me voy a alejar de vuestras vidas ni nada por el estilo. Mi madre va a ser tu Beta, ¿verdad, Gavin?

Sonrió. —Sí, si ella quiere.

—Bien. Y tú sigues siendo mi mejor amiga... y, obviamente, Billie es mi chica —dijo Aislin cariñosamente a la pareja de Grandbay—. Así que, después de que todo esto esté dicho y hecho, puedes contar con que Eastpeak estará mucho más involucrado con Grandbay. ¿Verdad, Ev?

Con la mirada que me envió, asentí. —Sí. Me aseguraré de que Eastpeak y Grandbay mantengan más activamente su alianza, siempre y cuando tú hagas lo mismo —le dije a Gavin.

—Por supuesto —dijo.

—¿Y Muriel? —intervino Sebastian.

—Sigue siendo una de los nuestros —dijo Gavin—. Vamos a recuperarla de David y no dejaremos que nadie vuelva a ponerle un dedo encima. Ya sea David o la Guardia de los Mitos.

Sacudió la cabeza. —Eso tendrás que discutirlo con mis superiores.

—Bien.

Sebastian miró entonces a Aislin. —¿Y debo esperar que ahora también te involucres con la Guardia de los Mitos?

Mi prometida y yo ya habíamos hablado de su participación como representante junto a mí. Ella resopló de orgullo y le lanzó una sonrisa de comemierda a Sebastian. —Puedes esperar mi solicitud una vez que todo esto termine. Me apunto a tu División de Tácticas de Intervención.

—Ah. Genial —dijo Sebastian.

Donde antes no había respondido por Aislin, ahora estaría la primera de mi lista. Aunque Sebastian no lo hiciera, reconocía su valor y lo que podía aportar a la Guardia de los Mitos. Necesitaba centrarme en mi manada y en el aserradero, para que Aislin pudiera desempeñar el papel que yo dejaba atrás. Quería que se sintiera útil y con un propósito.

—Por último... la cuestión de Kiara Vale —continuó Sebastian—. No hemos podido confirmar su paradero desde que la detectamos por primera vez. Es posible que siga en algún lugar fuera de las tres ciudades. Estamos enviando partidas regulares de búsqueda en su busca, pero hasta que no localicemos a David y sus seguidores, no podremos saber si ellos también tienen a Kiara en su poder.

—¿Piensan secuestrarla y reubicarla una vez que la encuentren? —pregunté, poco impresionado por la forma en que la Guardia de los Mitos había tratado a los unicornios hasta el momento.

—Nuestro próximo curso de acción con Kiara no está decidido —dijo Sebastian.

Eso probablemente significaba que la trasladarían, lo que también significaba que trasladarían a Muriel si la recuperaban. Compartí una mirada con Gavin, que me di cuenta de que también se lo imaginaba.

Puede que la Guardia de los Mitos fuera fundamental para proteger nuestras ciudades y manadas y deshacernos de David, pero seguían siendo una amenaza por derecho propio. No podíamos arriesgarnos a que la historia se repitiera, permitiendo que Muriel, Kiara y cualquier otro

unicornio a su cuidado se convirtieran en objetivo de los cambiaformas que buscaban el ritual Lycan.

—¿Cómo supiste que la metamorfa que detectaste era Kiara? —preguntó Aislin.

Todos volvimos a centrarnos en Sebastian. —Tenemos formas de identificar a los unicornios que están a nuestro cuidado —dijo vagamente, y luego se levantó de la silla, sintiendo que se había excedido—. Os mantendré informados de nuestras búsquedas y de los centinelas colocados en Grandbay. ¿Eso es todo?

—Sí —dije, despidiéndolo.

Inclinó la cabeza y se dio la vuelta, saliendo del despacho.

A ninguno de nosotros nos sentó bien la forma en que la Guardia de los Mitos estaba enfocando este asunto. Nunca me había dado cuenta de lo poco fiables que eran como aliados hasta que me vi envuelto con mi manada en un conflicto que se suponía que debían resolver por nosotros. Quizá Gavin, e incluso David hasta cierto punto, tenían razón: algunas guerras estaban destinadas a ser libradas por metamorfos y sólo por metamorfos. Sólo nosotros podíamos crear nuestra propia justicia. Éramos capaces de emitir todos los juicios necesarios.

Con Gavin, Billie y Aislin a mi lado, creía que podríamos salir vivos de esta. Miré entre mis compañeros y, por primera vez, sentí que nuestras manadas estaban realmente unidas.

Eastpeak y Grandbay se mantendrían fuertes contra Dalesbloom.

David se arrepentiría de haber intentado dividirnos.

Capítulo 31

Aislin

El efecto del ritual de marcado fue claro e inmediato. La furia volátil que se arremolinaba en mi interior encontró su correspondencia en el vínculo preternatural concedido por la Diosa de la Luna, y el infierno de mi miedo y mi furia quedó dominado. Estaba eternamente unida a Everett. Mi lobo nunca más tendría que correr solo.

Aquella primera noche dormí mejor que nunca. Acurrucada contra el pecho cálido y reconfortante de Everett, por fin me sentía en casa con él, y estaba dispuesta a vivir ese sentimiento el resto de mi vida. Everett March, el estoico Alfa de Eastpeak, era mi compañero.

Tras reunirme con Sebastian, sentí la compulsión de hacer más. No podíamos depender tanto de la Guardia de los Mitos. Everett y yo compartimos ese pensamiento. Mientras él estaba en el patio preparando a nuestros compañeros de manada para la caza y nosotros esperábamos a que Gavin y Billie trajeran a mi madre del hospital, yo me senté sola en el despacho de Everett. Desde la silla en la que solía reflexionar sobre su próximo movimiento, contemplé el mundo que durante tanto tiempo había sido suyo y que ahora también era mío. La ladera de la montaña oscurecida por el crepúsculo, las estrellas brillando entre nubes grises de algodón y el tenue resplandor de la astilla de la luna nueva. Este se convertiría en mi dominio. Como compañera del Alfa, yo también quería ser conocida por las acciones que llevaría a cabo.

Contemplé aquella tenue astilla de luna y suspiré. El ritual de marcado me había hecho sentir más cerca que nunca de la Diosa de la Luna. Me recordaba que era real; por muy intangible que fuera, su magia era verdadera y corría por mis venas y por las de Everett. Nos observaba desde arriba, lo bastante sabia como para elegir a nuestras parejas predestinadas. Consciente de nosotros... y consciente de lo que estaba ocurriendo con David y los malvados dragones.

Cerrando los ojos, me acerqué a la Diosa de la Luna con esperanza en el corazón. —Vana, si puedes oírme, por favor, por favor, no les concedas a David y a Lothair sus poderes Lycans. Sabes tan bien como yo que sólo causará más muertes, y ya hemos sufrido mucho. Tantos lobos metamorfos, tus metamorfos, han visto sus vidas arrancadas. Nuestras manadas están rotas. Si

dejas que triunfen, todo lo que has hecho por nosotros, por mí, por Gavin, será en vano. Por favor, escúchame, Vana; escucha mi plegaria. Somos tus hijos. Y queremos vivir.

Me quedé en silencio, esperando una respuesta. No ocurrió nada.

Incluso cuando abrí los ojos y miré hacia la ladera de la montaña, esperaba ver alguna señal de que la Diosa de la Luna había escuchado mi súplica, pero sólo había quietud en la oscuridad. No sabía si era inútil apelar a ella, o si siquiera le importaba... pero al menos podía dormir sabiendo que había pedido, en lugar de no haber hecho nada.

Bajé las escaleras justo cuando Gavin entraba por la puerta principal, apoyando a mi madre en su brazo. Me dio un vuelco el corazón, y la decepción que me había producido el silencio de la Diosa de la Luna se vio anulada por la alegría de ver a mi madre. Corrí a su encuentro y la saludé con una cálida sonrisa.

—Hola, mamá.

Gretel seguía envuelta en vendas y se movía con cautela junto a Gavin. Puede que se curara más rápido por ser una metamorfa, pero seguía siendo bastante frágil y, por la lentitud de su cuerpo, me di cuenta de que las quemaduras le dolían mucho. Me miró y esbozó una pequeña sonrisa, tendiéndome la mano. Rápidamente la aparté de Gavin, abrazándola con cuidado por donde no estaba quemada.

—Aislin. Es bueno estar aquí y fuera de ese ruidoso hospital —dijo en voz baja.

—Es bueno tenerte aquí. Sólo he estado pensando en ti —Bueno, Everett también estaba muy presente en mi mente, así como la seguridad de nuestras manadas, pero, sobre todo, había estado preocupada por mi madre. Cada minuto que pasaba lejos de ella, me dolía lo que ambos habíamos perdido.

—Supongo que pasaremos mucho tiempo aquí en un futuro próximo, ¿no? ¿Qué le parece a Everett? —preguntó mi madre en voz baja.

Me aparté y la miré a los ojos, frotándome el cuello para llamar su atención sobre la cicatriz. — Está contento. Ahora somos compañeros.

Los ojos de mi madre se iluminaron y brillaron. —Oh, Ais. Qué maravilla. ¿Desde cuándo? ¿Cuánto me he perdido...?

—No mucho —me reí suavemente—. Sólo fue anoche.

Me dio otro abrazo, más fuerte que el anterior. Su amor se expresó en los largos y silenciosos segundos que pasó envuelta a mi alrededor, tan puramente feliz por mí y aliviada de que hubiera un atisbo de positividad frente a toda la oscuridad. No lo dijo, pero lo sentí. —Antes de que me dé cuenta, te casarás, te mudarás a su casa, tendrás sus hijos...

—Una cosa a la vez —bromeé—. Todavía quiero pasar tiempo contigo. No creas que te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Por supuesto que no. Eres lo único que me queda —murmuró, apartándose lo suficiente para ponerme una mano en la mejilla. Apreté sus dedos con los míos, pero la sonrisa que compartíamos estaba teñida de tristeza.

Gavin apareció de nuevo a su lado. —Todavía nos tienes a nosotros —dijo—. ¿No somos Billie y yo tu familia también?

Mi madre se animó un poco y alargó la mano para tocar también la mejilla de Gavin. —Por supuesto.

—Además, voy a depender de su sabiduría y orientación de aquí en adelante —añadió.

No hacía falta decir lo que quería decir con eso. Mi madre tampoco tuvo que pensar en la oferta. Simplemente le hizo un gesto de comprensión, aceptando de nuevo su papel de Beta de Gavin.

—Vamos —dije—. Everett va a dirigir una cacería esta noche. Todos vamos a participar.

—No esperarás que cambie de turno así —dijo mi madre.

Me reí entre dientes. —No. Pero aún te queremos allí.

Apuesto a que tenía ganas de tomar un poco de aire fresco. Aunque no pudiera transformarse, podría observarnos desde lejos.

Los cuatro salimos a reunirnos con los demás. Todos posaron sus ojos en nosotros y, para nuestra sorpresa, incluso los lobos de Eastpeak recibieron la llegada de mi madre con exclamaciones de afecto. La madre de Everett, Lyssa, se unió rápidamente al lado de mi madre, caminando con ella hacia el grupo. —Tú y yo nos sentaremos juntas a mirar, ¿de acuerdo? —sugirió.

—Me gustaría —dijo mi madre.

Todo parecía encajar a la perfección. Mi madre y mi suegra se harían amigas rápidamente, aunque Lyssa dudara en aceptarme al principio.

Nuestras dos manadas se transformaron en lobos. Cada uno de nosotros nos despojamos de nuestras ropas y nos transformamos en la oscuridad, dejando atrás nuestras anatomías humanas por los cuerpos salvajes de nuestras bestias. El dolor me recorrió las extremidades delanteras, pero pronto se atenuó cuando el pelaje relleno la carne que me faltaba, o tal vez fue mi conexión con Everett lo que nos permitió compartir el escozor por igual. Cuando terminé mi transformación, me erguí como loba y miré a mi compañero, que se erguía con su poderosa constitución. Unos ojos grises como el acero se encontraron con los míos. No importaban las dificultades que compartiéramos, éramos lo bastante fuertes para resistir.

Eché a correr hacia el bosque que bordeaba el patio. Le seguí; detrás de nosotros iban Gavin y Billie, y luego nuestros compañeros de manada. Habíamos estado vigilando a una manada de ciervos que vagaba por la ladera de la montaña, y no tardaríamos en encontrarlos.

La hierba me aliviaba las patas y el viento alborotaba mi pelaje rojo otoñal. Incliné las orejas hacia delante y escuché la sinfonía de la noche, los grillos trinando y las ranas emitiendo sus últimas canciones del final del verano. En fila india, los lobos viajaban entre los árboles como fantasmas, guiados por mi compañera, que era veloz como una sombra y plateada incluso a la tenue luz de la luna. Nuestras colas ondeaban como estandartes, nuestras narices al aire en busca del olor de la carne. El hambre se agitaba en nuestro interior. Hacía demasiado tiempo que no cazábamos, ninguno de nosotros.

En cuanto vimos que la manada se dispersaba por el bosque, nos agrupamos y trazamos un plan silencioso. Una cierva herida sería nuestro objetivo, y aunque apenas era comida suficiente para catorce de nosotros, era el comienzo de una nueva tradición de cazar juntos. Ya sabía que Everett y yo renunciaríamos a la comida para que nuestros compañeros de manada llenaran sus estómagos. No me importaba no comer. Todo lo que importaba era la unidad de la victoria.

Echamos a correr, trabajando colectivamente para aislar a la cierva del resto de la manada. Todos los ciervos que no eran nuestro objetivo desaparecieron en las sombras, y nuestro mayor número nos permitió rodear a la cierva con facilidad. Corrimos a su lado, con la lengua fuera de la boca y los dientes relucientes, cada uno de nosotros buscando la oportunidad de atacar. Se me aceleró el corazón. Me sentí vivo de nuevo, corriendo como un lobo junto a mi compañera. Nuestras patas

latían al unísono.

Everett se abalanzó sobre la cierva y le clavó los dientes en el flanco. Me maravilló la destreza de sus pies y los músculos que surgían bajo su piel cenicienta. Junto a él, me abalancé sobre el anca de la cierva y la agarré por encima del tobillo, con la suerte de no recibir una patada en la cabeza. Entonces, el resto de nuestros compañeros de manada se acercaron. Gavin corrió a nuestro lado en el lado opuesto de la cierva, agarrando su cuello donde se encontraba con su hombro. Billie mantuvo el ritmo, también, tomando un bocado detrás de la pata delantera de la cierva en el mismo lado que Gavin. Cada uno de los cuatro teníamos agarrada a la cierva hasta que ya no pudo correr. Nuestros compañeros de manada se hincharon a nuestro alrededor, ladrando con entusiasmo y ánimo. La cierva se detuvo, intentando recuperar el aliento, pero la batalla ya estaba perdida. Poco a poco, sucumbió a nuestros dientes y se desplomó sobre la hierba.

Normalmente, Gavin se habría abierto paso por encima de la presa para matar. Pero esta vez, se quedó atrás, liberando a la cierva y alejándose con Billie. Con sólo Everett y yo aferrados a la cierva, le llamé la atención y gruñí juguetonamente. Él me respondió con un rugido, moviendo la punta de su cola con diversión. Tiramos y fingimos, provocándonos mutuamente una reacción mientras los demás se arremolinaban a nuestro alrededor, aumentando el volumen de sus excitados ladridos. Finalmente, Everett rodeó la garganta de la cierva y apretó, asfixiándola y poniendo fin al juego. Cuando se quedó inmóvil, soltó a la cierva y nos miró a todos a su alrededor.

Echó la cabeza hacia atrás. Con una gran inspiración, Everett lanzó un aullido victorioso, declarando al mundo nuestro éxito, nuestra supervivencia.

El resto de los lobos cantó con él. Volcamos nuestro corazón y nuestra alma en esta declaración, anunciando el orgullo con el que seguíamos respirando y cazando. No podíamos dejarnos vencer tan fácilmente por los dragones, ni por nadie: nos negábamos a ello. Éramos más fuertes de lo que David pensaba. A pesar de todas nuestras pruebas y tribulaciones, seguíamos vivos, y no íbamos a permitir que nos destruyera.

Nuestros aullidos llenaron la noche bajo la mirada de la Diosa de la Luna. Era una declaración de que seguíamos aquí y una promesa de que estaríamos mucho tiempo.

Unidos, sobreviviríamos a la noche y volveríamos a ver salir el sol sobre nuestras mochilas.

Libro 3